

— Un thriller psicológico —

48 HORAS EN NAVIA



SANTIAGO CHOVA GOMIS

48 HORAS EN NAVIA

Santiago Chova Gomis

48 HORAS EN NAVIA

Santiago Chova Gomis

© abril de 2026

Edición y maquetación: Santiago Chova Gomis

Diseño de portada: Gotiasan

Corrección ortotipográfica: Amelia Cuadrado y Amparo

Asins

(Reservados todos los derechos para la edición en audiolibro, e-book y papel)

Ningún fragmento de este libro puede ser reproducido, transmitido ni digitalizado sin la autorización expresa del autor. La distribución de este libro a través de Internet o de cualquier otra vía sin el permiso del autor es ilegal y perseguible por la ley.

A mis hijos Carlos y Sonia.

Escribo estas páginas para que algún día comprendáis que hay lugares que transforman a quien se atreve a mirarlos de frente. Ojalá sepáis reconocer ese rincón del norte donde el mar, el silencio y la verdad nunca son exactamente lo que parecen.

El tren avanza

Navia queda atrás.

No fue el lugar donde me quedé

pero fue el sitio donde

aprendí a seguir.

I

Laura, una diseñadora gráfica, que ha construido su carrera con una delicadeza casi invisible. No era solo talento, era una forma de morar, de ordenar el mundo a través de líneas limpias, colores medidos y una belleza que nunca buscaba imponerse. En cada proyecto dejaba algo de sí misma, una sensibilidad que se intuía más de lo que se veía.

Sin embargo, fuera de ese espacio controlado que era su trabajo, Laura tendía a adaptarse sin discutir, incluso cuando algo dentro de ella pedía lo contrario. Había aprendido a ceder como mecanismo de supervivencia.

A sus cuarenta y tres años, conservaba una elegancia discreta, cuidada sin esfuerzo aparente. Su melena rubia, siempre impecablemente cortada en un estilo corto y moderno, enmarcaba un rostro atractivo en el que destacaban unos ojos expresivos y una sonrisa serena. O, al menos, lo había sido.

En los últimos meses, esa sonrisa parecía apagarse por momentos, erosionada por preocupaciones que no siempre sabía nombrar. Aun así, seguía prestando atención a su aspecto. No era vanidad; era una forma de sostenerse cuando sentía que todo lo demás empezaba a tambalearse.

Amar a Marcos justificaba demasiadas cosas. Había aceptado silencios, excusas, ausencias. Se había inclinado a que el amor implicaba paciencia, comprensión, renuncia. A veces tenía la sensación de estar atrapada en una red invisible donde su voluntad se diluía en el mar de los sentimientos que sentía por él.

Marcos, abogado de profesión, había conocido tiempos mejores. El despacho jurídico en el que había depositado tantas expectativas atravesaba una etapa oscura. Las pérdidas se acumulaban y los

clientes escaseaban. La estabilidad que había imaginado nunca terminó de llegar. En lugar de afrontar la situación y luchar por revertirla, se había instalado en una cómoda resignación, viviendo del sustento económico que Laura aportaba a la casa gracias a su trabajo.

Con cuarenta y cinco años, Marcos era el tipo de hombre que cuidaba su imagen exterior al milímetro. Trajes impecables, camisas perfectamente planchadas, zapatos siempre relucientes.

Cada detalle parecía diseñado para proyectar un estatus que no se correspondía con su realidad.

Sus ojos, de mirada dominante, se posaban en los demás con una seguridad ensayada, como si atravesaran a quien se cruzara en su camino. Lograba imponer respeto, o al menos la ilusión de merecerlo.

Visto desde fuera, cualquiera podría imaginar que se trataba de un hombre poderoso, acostumbrado a manejar grandes sumas de dinero o a tomar decisiones importantes. Sin embargo, aquella imagen no era más que una máscara. Por dentro, Marcos arrastraba inseguridades profundas y vacíos que trataba de compensar con gestos autoritarios y un tono de voz diseñado para dominar. Necesitaba sentirse imprescindible. Y cuando Laura dudaba de sí misma, él encontraba su lugar.

Esa dependencia silenciosa había ido moldeando su relación. Laura se preguntaba, cada vez con más frecuencia, en qué momento había dejado de escucharse para priorizarlo a él. Pero aún no se atrevía a formular la pregunta en voz alta.

Su imagen resulta engañosa: al verlo, cualquiera podría imaginar que se trata de una persona poderosa, alguien acostumbrado a manejar grandes sumas de dinero o a tomar decisiones importantes. Sin embargo, esta fachada no es más que una máscara; por dentro, Marcos arrastra inseguridades y vacíos que compensa con gestos y una voz que, constantemente, busca dominar y controlar a quienes le rodean. Así, cada vez que está en algún lugar, su presencia se impone, aunque lo que realmente proyecta es un esfuerzo desesperado por aparentar lo que no es ni tiene.

Necesitaba sentirse imprescindible.

En vísperas de las vacaciones de verano, ambos cargaban con dudas y miedos distintos, aunque igual de pesados. La traición —todavía sin nombre— y las mentiras habían comenzado a erosionar la base de su relación, dejando un vacío difícil de ignorar.

Laura lo sentía crecer dentro, como una grieta lenta, constante, que amenazaba con romperlo todo.

Observaba la calle desde la ventana del pequeño apartamento en el barrio de Ruzafa. El cristal devolvía un reflejo difuso de su rostro, superpuesto al ir y venir de los peatones bajo el sol aplastante de agosto.

Las tardes de Valencia tenían esa cualidad pegajosa que parecía crecer los pensamientos, volverlos más densos, más difíciles de apartar.

A lo lejos, los toldos de colores y las terrazas llenas de turistas ofrecían un contraste casi hiriente con la quietud silenciosa que se había instalado en la casa.

Marcos estaba en la cocina. Preparaba un café con la precisión mecánica de quien repite un gesto aprendido de memoria. El sonido de la cafetera rompiendo el silencio se volvió insoportable.

Ninguno de los dos hablaba.

La distancia entre ellos no se medía en metros, sino en todo lo que no se estaban diciendo. Ella apoyó la frente en el cristal. No recordaba cuándo había comenzado a sentirse así, como si su propia casa le resultara ajena.

—¿Tienes algo que hacer hoy? —preguntó Marcos de pronto, sin mirarla.

Su voz sonó vacía, como si, sin formular la pregunta, fuera un trámite más.

Laura tardó unos segundos en responder. Podría haber dicho cualquier cosa banal, algo que cerrara la conversación antes de empezarla, pero las palabras se quedaron atascadas.

—No lo sé —murmuró al final—. ¿Y tú?

Marcos no respondió de inmediato. Sirvió el café y dejó la taza sobre la encimera. Se apoyó contra ella y se cruzó de brazos. En su mirada apareció esa tensión que Laura conocía demasiado bien, la muralla que levantaba siempre que intuía un tema incómodo.

Ese día, sin embargo, ella no tenía fuerzas para retroceder.

—Marcos... —empezó, notando cómo la voz se le que-braba—. Tenemos que hablar.

Él dejó escapar un suspiro largo, exagerado, como si ya estuviera agotado antes de escucharla.

—¿Otra vez lo mismo?, Laura. Siempre lo mismo.

—¿Siempre lo mismo? —repitió, sintiendo como algo se le encendía por dentro—. ¡No es lo mismo! No puede serlo si seguimos evitando decir lo que está pasando.

Dudó apenas un segundo antes de continuar.

—Me estás ocultando algo —dijo, por fin—. Y eso es lo que más me duele.

Marcos dejó la taza sobre la encimera con un golpe seco.

—Estás paranoica —respondió sin mirarla—. No sé qué más quieres que te diga.

Laura apretó los labios. Se negó a llorar. No allí. No delante de él. Se abrazó a sí misma, bajando la mirada, como si el suelo pudiera ofrecerle alguna respuesta.

—Esto no puede seguir así, de esta manera —dijo en voz baja—. Estamos rotos.

El silencio cayó sobre la cocina con un peso casi físico.

Marcos se acercó y, por primera vez en días, la tocó. Le apoyó una mano en el hombro, un gesto que pretendía ser tranquilizador.

Laura se tensó de inmediato. Levantó la mirada, buscando en sus ojos algo que la calmara, una chispa de sinceridad.

Solo encontró cansancio y una sombra de impaciencia.

—No sé qué más hacer —dijo él, con un tono que pretendía sonar resignado—. ¿Qué quieres, que me arrodille y te diga todo lo que quieres oír?

Ella negó con la cabeza, herida y enfadada a la vez.

—No quiero palabras vacías —respondió—. Quiero la verdad. Quiero saber si todavía estás conmigo o si hace tiempo que te fuiste, aunque sigas ocupando este espacio.

Marcos retiró la mano y dio un paso, cruzándose de brazos otra vez.

—Es muy fácil para ti decirlo —replicó—. Siempre me pintas como el villano de esta historia, como si no hiciera nada por nosotros.

—¿Nada? —la voz de Laura subió un tono, temblando—. ¿De verdad crees que esto es hacer algo? Ignorarme, esconderte tras tus silencios y tus excusas... Llamar a eso "intentarlo" es insultante.

—¡No estoy escondiendo nada! —alzando la voz por un instante, que enseguida bajó. Se pasó una mano por el cabello, nervioso—. No sé en qué momento empezamos a fallarnos, pero no estoy ocultando nada.

Laura soltó una risa amarga, sin alegría.

—¿Eso se supone que tengo que creer? ¿Que todo es una suma de errores inevitables? Tienes secretos, Marcos. Y puede que yo no sea perfecta, pero no me he rendido en esta relación.

Marcos alzó la vista, y por un momento, algo parecido a una disculpa asomó en su rostro, pero rápidamente lo reemplazó una postura diferente.

—No me he rendido —dijo—. Estoy aquí, ¿no? ¿Qué más quieres de mí?

Ella dio un paso hacia él, con un dolor punzante en su interior, como si cada palabra fuera un golpe más que debía soportar.

—Mírame —pidió—. Dímelo sin rodeos.

Marcos abrió la boca; aun así, no salió ningún sonido.

El silencio volvió a ocupar el espacio entre ellos, esta vez distinto, más definitivo.

—No puedes, ¿verdad? —susurró Laura, esta vez sin rabia, sin lágrimas, solo con una tristeza que parecía consumirla desde dentro—. Eso es todo lo que necesitaba saber.

Marcos bajó la mirada.

—No es tan simple —murmuró—. Estoy intentando hacerlo mejor... pero ya no sé como.

Ella asintió lentamente, como si esas palabras fueran la confirmación de algo que llevaba mucho tiempo intuyendo.

—Tal vez lo que necesitamos es aceptar que no podemos seguir así —dijo—. Este intento constante de salvarnos nos está destruyendo.

No añadió nada más. Cogió el bolso y se dirigió hacia la puerta.

—Espero que encuentres lo que sea que estás buscando —continuó, sin mirarlo—. Ojalá algún día logremos recordar esto sin odio, sin dolor. Pero yo no puedo seguir así de esta manera.

—¡Laura, espera! —la voz de Marcos se quebró, desesperada, mientras daba un paso hacia ella. Su tono era diferente esta vez, cargado de una urgencia que no había mostrado antes—. Por favor, no te vayas. No te vayas así —insistía—. No todavía.

Ella se detuvo, su mano a pocos centímetros del pomo de la puerta. No se giró, pero su postura revelaba que estaba escuchando. Marcos aprovechó ese instante para acercarse más.

—Sé que he fallado —continuó, con una prisa repentina—. Sé que he sido terco, distante... pero te amo. Te amo más de lo que pueda expresar, y tengo miedo de perderte. Solo dame la oportunidad de demostrarte que todavía hay algo

Laura cerró los ojos. Sus palabras abrían una grieta peligrosa en la coraza que había construido. Tras unos segundos, giró ligeramente la cabeza, aunque no totalmente hacia él.

—¿Por qué ahora, Marcos? —preguntó en un tono bajo, como si estuviera hablando consigo misma—. ¿Por qué esperar hasta este momento?

—Porque nunca pensé que este momento llegaría. Pensé que siempre estaríamos aquí, en este espacio, juntos, incluso en medio de nuestras peleas. Pero ahora entiendo que te he estado perdiendo poco a poco, y no puedo permitir que eso pase. No quiero que te vayas así. Por favor.

Laura se giró lentamente. Sus ojos reflejaban dolor y duda a partes iguales.

—¿Y qué pasa si lo intentamos y sigue siendo lo mismo? ¿Qué pasa si, por mucho que quieras demostrar algo, seguimos destruyéndonos?

—Prometo que será distinto, déjame intentarlo —insistió.

Lo observó durante unos instantes, buscando algo que la convenciera.

—Me has roto demasiadas veces —dijo—. No sé si todavía queda algo de mí que puedas reparar.

—No quiero perderte —respondió Marcos, con una sinceridad que rozaba la desesperación—. Quiero aprender a amarte como mereces. Quiero aprender a amarte mejor. Déjame intentarlo.

Un silencio inundó el espacio entre ambos.

Laura, con un aire de cansancio, pero también con un pequeño destello en sus ojos, bajó la mirada hacia el suelo.

Marcos extendió una mano hacia ella.

Ella no la tomó. Apartó la mirada de la mano extendida y, tras un largo y pesado suspiro, se cruzó de brazos.

Su voz, esta vez más firme, cortó el silencio.

—Quiero que me digas la verdad. ¿Hay otra mujer en tu vida? —preguntó sin rodeos, cada palabra cargada de dolor.

Marcos reaccionó con una rapidez que no pasó inadvertida. Abrió los ojos, forzando una expresión de sorpresa que parecía ensayada.

—¿Otra mujer? —repitió—. No. No hay nadie más.

Lo dijo demasiado deprisa. Laura lo notó.

Había escuchado esas mismas palabras antes, pronunciadas con la misma urgencia, el mismo tono defensivo. Algo dentro de ella se resistía a creerle. La intuición, ese zumbido constante en la parte posterior de su mente, no se apagaba.

—Entonces dime —insistió, avanzando un paso—, ¿por qué siento este vacío? ¿Por qué tengo la sensación de que te estoy perdiendo, como si una parte de ti estuviera en otro lugar? Si no hay nadie más, ¿por qué me haces sentir invisible?

Marcos respiró hondo. Había algo en su interior que ya amenazaba con desbordarse, pero supo contenerlo.

—No puedo explicarte lo que sientes —dijo, con la voz ligeramente rota—. Pero te prometo que no hay nadie. Todo esto es por mí, por mis errores. No tiene que ver con otra persona.

Soltó una risa breve, el sonido tan lleno de resignación que hizo que Marcos retrocediera.

—Siempre hablas de tus errores, pero nunca me dices cuáles son. ¿El trabajo? ¿El estrés? ¿Qué es lo que se está rompiendo? Porque yo también estoy cansada, Marcos. Y lo peor es que ya no confías en mí como antes. ¿Cómo puedo creer en tus palabras si no me dejas entrar?

Él se acercó rápidamente, desesperado por cerrar ese abismo que sentía crecer entre ambos.

—Por favor, escúchame. No hay nadie más. No hay secretos. Solo estoy tratando de encontrarme a mí mismo, de entender como ser mejor para nosotros. Sé que no he sido el hombre que mereces, pero te prometo que no es porque haya otra mujer. No quiero perderte por algo que ni siquiera existe.

Lo miró detenidamente. Buscaba una grieta, un gesto, algún indicio que pudiera confirmar o desmentir sus palabras.

Lo único que encontró fue miedo, pero no estaba segura de si era suficiente su sinceridad.

—Si de verdad no hay nadie más, entonces demuéstremelo. Pero no con palabras. He oído suficientes promesas. Lo que necesito ahora son acciones, algo que me haga sentir que todavía soy importante para ti —seguía diciendo, con la voz entrecortada—. Porque si sigo sintiendo que estoy sola en esta relación, no habrá nada que salvar.

Marcos asintió despacio, sus manos cayendo a sus costados. Había algo en sus ojos, una chispa de comprensión que finalmente empezaba a encenderse.

—Lo haré —murmuró—. Te demostraré que no estoy escondiendo nada, y que soy el hombre capaz de darte lo que necesitas. Te lo prometo.

Laura no respondió. Se dio la vuelta y caminó hacia la ventana. Las dudas regresaron en oleadas. Recordó pequeños detalles que había intentado ignorar: olores ajenos en su ropa, un tique de una perfumería que nunca llegó a ver, mensajes que él aseguraba que eran solo del trabajo.

Pero ya no confiaba en las promesas.

«¿Estaba volviéndose paranoica, o todo apuntaba a algo más?» —pensaba con continuidad.

Pensó entonces en su cumpleaños, cuando había esperado una cena especial, algo sencillo, pero significativo. Sin embargo, él llegó tarde, agotado y sin explicación convincente, murmurando apenas que el día había sido duro. La decepción se le quedó grabada, igual que ahora que sentía el peso de sus propias inseguridades y el

miedo a que ese distanciamiento no fuera solo producto de su imaginación.

Desde la ventana, Laura se preguntaba en silencio si no estaría esperando demasiado, si quizás todo aquello que sentía era simplemente el eco de una soledad creciente entre los dos, más profunda que cualquier sospecha.

Marcos, aún de pie detrás de ella, dio un pequeño paso hacia delante, temeroso de interrumpir, pero incapaz de quedarse quieto. Sus manos extendidas ligeramente antes de cerrarse en puños, un intento de contener la marea de emociones que ame-nazaba con desbordarlo.

Ambos se encontraban en una situación tensa y frágil, sin saber si podrían llegar a alguna solución o si su relación terminaría definitivamente.

La distancia entre ellos era manifiesta, y ninguno estaba preparado para dar el primer paso para romper el silencio o la desconfianza.

La luz del atardecer por fin cedió al manto de la noche, y Marcos, tomando una decisión rápida, se dirigió hacia la cocina.

Sabía que las palabras ya no eran suficientes, pero quizás un gesto tangible pudiera ganar tiempo. Empezó a preparar la cena con una atención casi obsesiva, eligiendo los ingredientes como si en ello le fuera la vida. Como si cada elección fuera una pieza clave en su intento de reconstruir lo perdido.

El sonido de la sartén rompió el silencio.

Sentada en su sillón con un libro que apenas lograba leer, levantó la vista. No dijo nada, pero su expresión reflejaba desconfianza.

Marcos, sintiendo su mirada, alzó la vista y esbozó una pequeña sonrisa.

—Quiero hacer algo especial para ti —dijo mientras cortaba unas berenjenas—. No sé si esto puede arreglar algo, pero al menos quiero intentarlo.

Laura continuaba con su libro, manteniendo la distancia, y respondió con tono frío pero contenido.

—Aprecio el esfuerzo que estás haciendo con la cena, sin embargo, ¿crees que esto puede ayudarnos a empezar a sanar lo

que está roto entre nosotros?

Dejó el cuchillo sobre la mesa y la miró directamente a los ojos, desde la poca distancia.

—No lo sé con certeza, pero quiero que sepas que estoy decidido a hacer todo lo posible para demostrarte cuánto significas para mí. Estoy aquí porque me importas de verdad y quiero luchar por nosotros.

Laura suspiró y se acercó un poco, aunque manteniendo una cierta barrera emocional. Se detuvo junto al marco de la puerta de la cocina, observándolo trabajar.

—No quiero gestos vacíos. Quiero sinceridad. Quiero claridad. ¿Esto es solo otra táctica para hacerme olvidar lo que siento?

Marcos dejó escapar un largo suspiro, inclinado sobre la mesa mientras sus manos permanecían quietas, como si el peso las hubiera paralizado. Podía sentir el filo de su desconfianza, cortante, pero justificando, y aunque cada fibra de su ser deseaba persuadirla, entendió que no había espacio para apresurarse.

Laura, aún en la puerta, sintió algo diferente en el aire, no una promesa vacía, sino una lucha silenciosa por reconciliar las palabras con los actos.

Mientras el aroma de las especias comenzaba a llenar la cocina y el sonido rítmico del cuchillo contra la tabla ofrecía una especie de calma, sus pensamientos se enredaron en la búsqueda de un equilibrio entre pasado y futuro.

Marcos colocó los platos en la mesa con esmero.

Ella, aún cautelosa, se sentó frente a él, manteniendo la mirada con curiosidad.

—Espero que te guste —dijo Marcos, con una sonrisa que intentaba ser cálida, pero que no lograba ocultar la tensión en su rostro.

—No se trata de si me gusta o no. Se trata de lo que esto significa. ¿Es esta tu manera de convencerme de que todo está bien?

Inhaló profundamente, intentando mantener la calma.

—No, Laura. Solo quería hacer algo especial para ti. Sé que he fallado en muchas cosas, pero estoy tratando de mostrarte que

todavía me importas.

Laura apoyó el tenedor en la mesa, manteniendo la mirada fija en Marcos.

—¿Mostrarme? ¿O convencerme? Pero hay una gran diferencia, y no estoy segura de cuál es tu intención.

—¿Qué puedo hacer para que confíes en mí otra vez?

Laura entrecerró los ojos, estudiándolo detenidamente.

—La confianza no se reconstruye con palabras o cenas. Se rehace con consistencia, con honestidad, con tiempo. Y hasta ahora, lo único que he visto son intentos desesperados por evitar que esta relación se arruine, pero nada que realmente me haga sentir que está comprometido.

—Lo estoy, cariño. Estoy aquí, haciendo todo lo que puedo.

—Estar aquí no es suficiente. Necesito pruebas reales, necesito acciones que respalden todo lo que dices. Si no puedes darme eso, entonces no hay nada más que podamos hacer.

El silencio que siguió fue pesado, casi sofocante. Tanto como el calor de la noche.

Marcos, sintiendo que las palabras ya no eran suficientes, tomó una decisión. Se levantó lentamente, recogió los platos y comenzó a lavarlos.

Laura, observándolo desde su lugar, sintió una ligera brisa de incertidumbre pasar por ella.

«¿Era esto un paso hacia delante u otro intento de retenerla en su órbita?».

Mientras ambos permanecían atrapados en su propio mundo de dudas, el aire en casa se llenó de silencios y emociones no resueltas.

El sonido del agua corriendo y los platos chocando suavemente contra el fregadero construían un ritmo constante, casi hipnótico, que llenaba los silencios entre ellos.

Laura parecía distraída, pero su mente apenas podía concentrarse en la pantalla frente a ella. Entre las luces parpadeantes del televisor y el tenue murmullo del programa First Dates, parejas hablando de amor, de segundas oportunidades. Observaba la pantalla sin verla.

Finalmente, cerró el grifo y se secó las manos. Su voz rompió el silencio con cautela.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Marcos con cautela.

Laura, sin apartar la mirada del televisor, asintió ligeramente. Estaba atenta a una pareja que estaba en el programa, ya mayores de edad, y que les atraía las ganas de vivir y de encontrar el amor que uno a otro se iban diciendo. La tensión en su postura no pasó desapercibida.

Marcos se acercó, sentándose en el extremo opuesto del sofá, dejando un espacio palpable entre ambos.

—Sé que las cosas no cambian de la noche a la mañana —dijo en voz baja, como si temiera romper el delicado equilibrio—, pero voy a demostrarte que quiero hacerlo bien.

—Está bien —alegó, su voz apenas audible—, intentémoslo, pero con la condición de que cada acción a partir de ahora sea honesta. No puedo soportar más mentiras.

Sentía que él no era perfecto, pero era un paso, uno que no disolvía las preguntas; aun así, sí las trasladaba a un terreno donde podrían encontrar respuestas juntos. Apartó la mirada momentáneamente, como si luchara por mantener un equilibrio entre la vulnerabilidad y la firmeza que acababa de manifestar.

Marcos, aun sujetando sus manos, inclinó despacio su cabeza hacia ella.

—No quiero hacerte daño —dijo en voz baja—. Lo último que deseo es perderte.

Laura respiró hondo, asimilando esa frase como una promesa que, aunque frágil, llevaba una carga emocional evidente. Sin embargo, no respondió de inmediato. Su silencio, lleno de matices, parecía invitar a seguir hablando.

—Sé que me he equivocado —continuó, acercándose un poco más a ella, con un respeto palpable—. Esta vez quiero que sea diferente. No quiero volver a cometer errores —dijo con voz poco convincente—. No así.

Dejó caer sus hombros ligeramente, su postura reflejando el peso de las dudas que aún no lograba disipar.

—Me cuesta creer tus palabras —respondió, finalmente, su voz entrecortada—. Pero si tus acciones me demuestran lo contrario, tal vez podamos encontrar un punto de partida.

Laura sostuvo su mirada desafiante.

—Entonces hazlo —dijo—. Pero no me falles.

El silencio volvió a envolver la estancia, pero esta vez no era agobiante. Todo permanecía por probarse.

Marcos, con un suspiro profundo, se inclinó ligeramente hacia ella. Sus dedos se movían con suavidad, como buscando consuelo en el contacto.

Ella permitió que sus manos se encontraran del todo, marcando su aprobación.

—¿Esto es un comienzo? —preguntó, su voz, apenas un susurro.

Laura cerró los ojos por un instante, dejando que el calor de su contacto disipara algunas de las barreras que habían levantado entre ellos.

—Es una posibilidad —respondió, con un tono más cálido, pero firme.

Las palabras pronto se quedaron cortas, y el espacio que los separaba comenzó a reducirse. Pasó sus dedos por el cabello de Laura, lento, pero decidido, mientras ella se acercaba, dejando que sus dudas se mezclaran con la certeza del momento. El beso llegó sin prisa, cargado de una urgencia que no borraba las dudas, pero las adormecía.

—No quiero que esto sea un error —murmuró, rompiendo el beso, aunque sus manos permanecieron unas sobre otras.

—No lo será —respondió él, sus ojos mostrando una vulnerabilidad que dejaba en evidencia el miedo.

Se quedaron en silencio, uno junto al otro, como si ambos supieran que aquello no era una solución, sino una tregua.

El lunes amaneció sofocante, propio de la segunda semana de agosto en Valencia. Laura se levantó temprano. El calor ya se había instalado en el apartamento y la ciudad parecía despertar con una lentitud pegajosa.

Su pequeño despacho de diseño, integrado en la vivienda, la esperaba con la familiaridad de un refugio.

Aquella mañana debía entregar un proyecto importante, uno de esos encargos que no solo aportaban estabilidad económica, sino también una sensación de control que necesitaba. El trabajo siempre había sido el único espacio donde Laura no se sentía en deuda con nadie.

Se sentó frente a la pantalla de su Mac y comenzó a ultimar los detalles. Ajustó colores, revisó tipografías, corrigió pequeñas imperfecciones que solo ella parecía notar. Cada trazo tenía un doble propósito: cumplir con el encargo y mantener la mente ocupada, lejos de pensamientos que amenazaban con invadirla. Aun así, el eco de la noche anterior seguía presente, como un murmullo constante.

Marcos, por su parte, se preparaba para una reunión que había calificado como crucial para su despacho. Se ajustó la corbata frente al espejo y respiró hondo. La imagen que le devolvía el reflejo seguía siendo impecable. Por fuera, nada delataba el desorden interior.

Mientras conducía hacia el trabajo, repasaba mentalmente cifras, argumentos, promesas que quizá no podría cumplir. Sabía moverse bien en el terreno de las palabras: defender, convencer, disimular. Resolver era otra cosa.

En el despacho, la mañana transcurrió entre reuniones poco productivas y llamadas que no llevaban a nada concreto. Marcos sentía esa familiar mezcla de frustración y cansancio, la sensación de estar siempre a punto de lograr algo que nunca terminaba de materializarse.

Pensó en Ana sin proponérselo. No hizo nada por apartar la idea.

Ana tenía una presencia que lo desarmaba, una belleza directa, sin matices, que le ofrecía un alivio inmediato. Su despacho, contiguo al suyo, se había convertido en un territorio donde las responsabilidades parecían diluirse.

Esa tarde, se dirigió a su despacho, continuo al de él. La excusa era trivial: revisar unos escritos que, en realidad, no requerían ninguna urgencia.

Tocó la puerta suavemente. Ana estaba sentada revisando expedientes. Al verlo, levantó la vista y sonrió.

—¿Necesitas algo? —preguntó ella, con una dulzura que escondía algo más.

Marcos cerró la puerta con cuidado y respondió en un tono bajo.

—Sí, necesitaba verte. No he parado de pensar en ti desde esta mañana.

Ana sonrió, dejando los papeles a un lado. Lo miró con una mezcla de seguridad y cautela.

—¿Y Laura? —preguntó, como si buscara aclarar los límites que ambos fingían respetar.

Marcos se quedó en silencio por un momento, su mirada fija en sus ojos. Luego, alcanzó la mano, acarició suavemente su rostro.

—Laura, ahora mismo está ocupada con su trabajo, no creo que se entere de nada.

Aunque Ana sentía que la conexión entre ellos no solo trascendía lo físico, los momentos que compartían en el despacho eran un refugio para ambos. Allí, entre conversaciones que oscilaban entre lo insignificante y lo profundo, y gestos cargados de una pasión que ambos intentaban justificar, construían un vínculo que, aunque frágil, les ofrecía un respiro a sus conflictos internos.

Era consciente de que aquello no era el amor idealizado que muchos buscan, pero tampoco pretendía que lo fuera.

Para ella, esos momentos eran una forma de vivir el presente sin pensar demasiado en el futuro. Los encuentros con Marcos se convertían en una rutina cargada de emociones contradictorias: placer, incomodidad y una cierta melancolía que ambos preferían ignorar. Eran un refugio compartido, un paréntesis donde ninguno hacía demasiadas preguntas.

Ana giró su asiento, mirándolo de frente, y con un movimiento seguro le rodeó la cintura con los brazos, acercando su cuerpo hasta fundirse en el suyo.

Para Marcos, el deseo se confundía con alivio. Para Ana, aquel vínculo no era amor, pero tampoco una simple aventura. Había placer, sí, pero también una melancolía que ambos preferían ignorar

El calor se intensificó entre los dos, mientras sus labios se buscaron en un beso profundo, voraz y sin reservas. Sus manos recorrían la espalda de Ana, apretándola contra sí, y sus susurros al oído encendían aún más la atmósfera.

—Te deseo más de lo que debería —murmuró Marcos, su voz vibrando con urgencia mientras la boca rozaba el lóbulo de su oreja.

—¿Y quién dice que no está bien quererlo todo? —respondió, con sus dedos deslizándose bajo la camisa de él, arañando suavemente la piel.

El ambiente en el despacho se llenó de suspiros.

La levantó ligeramente, sentándola sobre la mesa entre papeles y carpetas, sin dejar de besarla. Ana entrecerró los ojos, sintiendo a la vez peligro y placer.

—No pienses —le susurró Ana—, solo hazme sentir que hoy el mundo puede desaparecer fuera de este despacho.

Marcos, encendido por el deseo de aquel momento, se dejó llevar completamente por la pasión. Su respiración se acompasó con la de Ana, y en una entrega total, la unión de sus cuerpos fue tan intensa que ambos se perdieron en la sensación. Un suspiro profundo escapó de sus labios mientras sentía como el placer se apoderaba de cada rincón de su ser, haciéndole olvidar por completo el mundo que quedaba fuera de esa oficina.

Ana, lo abrazada, respondiendo con meneos suaves y una mirada que destilaba complicidad. El placer que les recorría era abrumador, una oleada que les hizo cerrar los ojos y dejarse arrastrar por la vorágine de sensaciones.

Por un instante, todo rastro de duda y preocupación se disipó, y solo existía la intensidad de su encuentro efímero, pero necesario.

—No quiero pensar en nada más —contestó, y volvió a besarla con fervor, su cuerpo entregado a la pasión compartida.

Ana no respondió. Sabía que ese momento tenía un límite.

El tiempo se detuvo para ambos, envueltos en deseo, que les hizo olvidar cualquier límite o preocupación. Allí, en ese despacho, eran dos cuerpos buscando consuelo en el ardor del momento, donde cada caricia, cada palabra y cada gesto se volvía una afirmación de su necesidad mutua.

Mientras tanto, en casa, Laura seguía trabajando.

Aunque concentrada, algo la irritaba. No podía nombrarlo, pero lo sentía como una sombra persistente.

Continuó diseñando, convencida de que, al menos allí, nada podía fallar. Se esforzaba por mantener la concentración en los trazos y colores que definían su proyecto. Pero no podía ignorar otra verdad que, aunque silenciosa, era cada vez más evidente.

La noche se instaló sobre la ciudad con una calma engañosa.

En el apartamento, la tensión de los días anteriores parecía haberse diluido lo suficiente como para permitir una convivencia tranquila, casi doméstica.

Como hacía algunos días, Marcos se movía por la cocina con una atención renovada, cuidando los detalles, como si cada gesto pudiera recomponer algo dañado.

—He estado pensando mucho en nosotros —dijo mientras servía la cena—. Creo que aún podemos superar todo esto.

Laura lo observó desde la mesa. Había en su mirada una mezcla de cansancio y esperanza.

—Supongo que sí —respondió—. Aunque a veces me cuesta entender qué nos está pasando.

Se sentó frente a ella y sostuvo su mirada.

—No necesitas entenderlo todo de inmediato. Confía en mí, yo estoy aquí para cuidarte. Siempre he tenido claro que lo nuestro vale la pena.

Laura bajó los ojos hacia el plato.

—Es que... hay momentos en los que siento una especie de inseguridad. No sé, quizás solo son mis pensamientos desordenados.

—Es normal sentir eso, cariño —su voz tranquila y persuasiva. — Pero recuerda, no tienes que cargar con todo tú sola. Déjame ser tu apoyo. Esta vida que estamos construyendo juntos es más fuerte que cualquier duda.

Ella asintió lentamente, aunque algo dentro seguía alerta.

—Tal vez tengas razón. Solo necesito tiempo para acostumbrarme... para confiar más.

—Tiempo es lo que tenemos, pero quiero que sepas que cada segundo contigo hace todo más claro para mí. Tienes que saberlo,

Laura, siempre has sido mi prioridad.

Las palabras sonaban correctas. Quizá demasiado.

—Gracias. Me tranquiliza escuchar eso.

—Entonces eso es suficiente —dijo riendo. —Vamos paso a paso, ¿de acuerdo?

Laura se quedó mirando el plato frente a él.

—Es curioso. A veces siento que mi corazón quiere avanzar, pero mi mente me dice que tenga cuidado, que no me precipite.

Marcos acercó su silla, tratando de ganar más espacio.

—Es natural sentir eso. Lo único que quiero es que te sientas segura conmigo, que veas que no tienes por qué estar en guardia.

—Sé lo que intentas, y créeme, lo valoro. Pero hay algo en mí que me recuerda que no hay certezas en nada, ni siquiera en el amor.

—No hay certezas, es verdad. Pero lo que podemos hacer es construir algo que sea tan fuerte que las dudas no lo derriben. Quiero hacerlo contigo, si me lo permites.

—Marcos... quiero creer en eso. Quiero creer en ti.

—Eso es todo lo que necesito. Un pequeño lugar en tu corazón —le contestó sonriendo con ternura.

Laura se sentía en su interior vulnerable.

—No sé qué haría sin ti. Me hace sentir que todo puede estar bien —algo dentro de ella seguía alerta.

Terminó su cena con una sensación de consuelo. Después de un breve momento de reflexión, decidió darse una ducha para despejar su mente y relajarse antes de ir a descansar. El agua cayó sobre su espalda, pero no logró apagar del todo el ruido de su cabeza. Mientras se secaba, un pensamiento la invadió. Deseaba que este último momento del día fuera especial para ambos.

Minutos después, Marcos cruzó la puerta del dormitorio y la encontró tumbada en la cama, con una expresión serena y los ojos brillando de complicidad.

Laura le dedicó una mirada suave, invitándolo a acercarse con un gesto suave.

Avanzó, sentándose en el borde de la cama.

—¿Todo bien, cariño? Parece más relajada.

—Sí —le dijo tomando su mano. —Creo que estoy dejando atrás parte de esas dudas. Deseo abrirme más, de confiar en nosotros.

—No tienes idea de lo feliz que me hace escuchar eso.

—Y, ¿qué te parece si nos damos un achuchón? —insinuó Laura, acercando su cuerpo semidesnudo.

—Me parece una propuesta incitadora.

Ambos se dejaron llevar por la intimidad de su conexión y por la necesidad sexual de ella.

Después de momentos de caricias, besos y éxtasis, sus cuerpos cayeron agotados. Sus miradas perdidas, mirando hacia el techo de la habitación, como si sus pensamientos fueran profundos.

Se giró y, mirándola, comenzó a acariciar su rostro.

—He pensado en irnos unos días —dijo—. Solo tú y yo. ¿Qué te parece hacer un viaje juntos?

Laura quedó sorprendida, pero intrigada.

—¿Un viaje? ¿Dónde, Marcos?

—No importa el destino —le contestó riendo con entusiasmo—. Podría ser un lugar tranquilo, rodeado de naturaleza, donde podamos encontrar la paz.

Laura giró su cara, mirándolo con ternura.

—Me gusta la idea. Pero... ¿estás seguro de querer hacerlo?

—Sé que en este momento no tengo mucho que ofrecer en términos económicos. Déjalo, tal vez no sea el mejor momento. Quizá no sea lo más sensato.

Laura lo miró, intuyendo demasiado rápido lo que él no terminaba de decir

—Yo me encargo —respondió, antes de pensarlo demasiado.

Marcos esbozó una sonrisa que ocultaba más de lo que mostraba.

Aquella noche compartieron la cama con una cercanía que mezclaba necesidad y alivio. Laura se aferró a ese momento como si fuera una señal. Marcos, en silencio, se dejó llevar

Los problemas financieros a los que se enfrentaba no solo estaban ligados a su despacho, sino también por deudas que acumulaba y regalos a Ana.

A la mañana siguiente, martes de agosto, Laura se despertó con una sonrisa. Vio a Marcos a su lado, aún sumido en el sueño, y, con un gesto cálido, trató de despertarle.

—Buenos días, amor. He estado pensando... bueno, creo que me encantaría ir en el tren Costa Verde Exprés.

Marcos, todavía medio dormido, frunció el ceño.

—¿Eso qué es? ¿Es un tren normal?

Laura se incorporó, entusiasmada por la oportunidad de explicar:

—¡Es mucho más que un tren normal! Es un tren turístico de lujo que recorre toda la cornisa cantábrica, desde Bilbao hasta Santiago de Compostela. Vas atravesando paisajes espectaculares del norte de España, parando en ciudades y pueblos emble-máticos. Es como un crucero sobre raíles, algo diferente.

Marcos escuchaba con atención

—Suenas... caro.

—Es especial —respondió ella—. Ideal para desconectar, para estar juntos sin prisas

—¿Y cuánto dura el viaje? ¿Vas durmiendo en el tren todo el tiempo?

Laura asintió, con una sonrisa:

—Sí, el trayecto suele durar varios días. Tienes tu propia suite, cenas gourmet y visitas guiadas en cada parada. Puedes conocer lugares como Santillana del Mar, Oviedo, Llanes, Ribadeo... Es una forma de viajar relajada y lujosa, sin preocuparte por nada.

Marcos, sorprendido, se frotó la barbilla:

—Suenas fantástico. ¿Pero imagino que irá gente de dinero?

—Pues la verdad, no lo sé, me da igual. Pero ideal para desconectar y disfrutar del paisaje, la comida y la cultura del norte. Imagínate, desayunar viendo los Picos de Europa y otro día visitar la catedral en Santiago...

Marcos sonrió, dejándose llevar por la ilusión.

—Me encanta la idea. No tenía ni idea de que existía algo así. La verdad, suena como el viaje perfecto para nosotros.

Aún intrigado por el entusiasmo y los detalles que Laura mostraba sobre el viaje, la miró con curiosidad.

—Oye, cariño, ¿y cómo sabías tú que existía ese tren? Yo en la vida había oído hablar del Costa Verde Exprés. ¿De dónde sacaste toda esa información?

Laura sonrió y se acomodó en la cama.

—Pues mira, fue gracias a un cliente del estudio. El año pasado hice un trabajo y me contó que acababa de volver de hacer ese mismo viaje con su mujer. Me lo describió con tanto entusiasmo y detalle que me entraron unas ganas locas de hacerlo algún día. Me dijo que fue una experiencia inolvidable.

Se mostró aún más interesado.

—¿Y te contó alguna anécdota del viaje? ¿Algo que le llamara especialmente la atención?

Laura asintió con entusiasmo:

—Sí, claro. Me dijo que una de las cosas que más les gustó fue la parada en Llanes, donde hicieron una visita guiada por los acantilados y luego probaron sidra natural en una casa típica asturiana. Y en Santiago, terminaron el recorrido con una cena a la luz de las velas en el tren, viendo desde la ventanilla cómo anochece sobre Galicia —seguía contando con mucho entusiasmo—. Me aseguró que es el tipo de viaje que une mucho a las parejas, porque es íntimo, pausado y todo está pensado para que desconectes de verdad.

Marcos sonrió. La palabra “unir” le resultó cómoda

—Vaya, suena casi como un viaje de película. ¿Y te comentó alguna cosa en especial?

Laura se lo pensó un momento.

—Sí, me dijo que lo más importante es dejarse llevar y disfrutar cada parada sin prisas. No intentar verlo todo corriendo, sino saborear cada excursión, probar todos los platos que ofrezcan y, sobre todo, no planificar demasiado. Según él, parte de la magia es dejar que el viaje te sorprenda.

Marcos asintió, cada vez más convencido.

—Pues me alegro de que te lo contara. Si a ellos les fue tan bien, seguro que a nosotros también nos ayuda a disfrutar juntos.

—Gracias por estar dispuesto a vivirlo conmigo, aunque sea una locura de última hora. Te prometo que va a ser especial.

Ambos se miraron durante unos segundos, sabiendo que, aunque el viaje aún no había comenzado, ya estaban planeando.

—Me parece una elección maravillosa...

—Pero quiero que seamos honestos el uno con el otro. ¿Estás seguro de que podremos hacerlo sin complicaciones?

—Laura, tal vez no todo esté perfecto en este momento, pero tu felicidad es mi prioridad.

—De acuerdo.

Aunque atrapado en una red de mentiras, Marcos se aferraba a la idea de mantener viva la ilusión de un viaje.

Seguía jugando su papel, balanceándose entre querer satisfacerla y ocultar sus verdades.

Laura, ajena a las sombras que se cernían sobre su relación, se aferró a la idea del viaje como a una promesa.

Estaba convencida de que sería el escenario perfecto para reforzar su relación. Buscó opciones de vuelos baratos, sin perder tiempo.

Pero comenzaban los problemas del viaje. No encontraba vuelos disponibles hasta Bilbao. La única posibilidad era ir hasta Oviedo y allí coger el tren.

Este pequeño inconveniente no la desanimó.

No quiso pensarlo más.

Compró dos billetes de avión de la compañía Volotea, una aerolínea de bajo coste que se ajustaba perfectamente al plan. El regreso desde Santiago ya lo gestionaría una vez allí, pensaba.

Mientras confirmaba la reserva, imaginaba los paisajes verdes, las paradas, la sensación de empezar de nuevo. Marcos, a su lado, mantenía la fachada de entusiasmo. Se propuso no solo organizar el viaje, sino también las excursiones que el Costa Verde Exprés ofrecía en cada parada.

Cuando Marcos supo que todo el viaje ya estaba reservado, le dedicó una sonrisa que ocultaba la tensión interna que le provocaba la idea. Necesitaba que la ilusión siguiera viva. Necesitaba tiempo.

Laura seguía en su portátil con una sonrisa tranquila.

Ignoraba que aquel viaje, pensado para salvarlos, ya comenzaba a tensar los hilos que terminarían por romperlos.

Los momentos siguientes pasaron con una calma frágil, sostenida más por la rutina que por la confianza.

Organizar cada detalle le ofrecía una sensación de control, la ilusión de estar construyendo algo nuevo, algo que pudiera devolverles el equilibrio perdido.

Marcos observaba ese entusiasmo con una mezcla de alivio y tensión. La veía sonreír más, hablar del futuro con cautela, pero con brillo en los ojos. Aquello le concedía tiempo, y el tiempo era, en ese momento, su mayor necesidad.

No hizo preguntas. No cuestionó los detalles. Se limitó a asentir, a mostrar interés, a reforzar la ilusión. Cada gesto suyo estaba calculado para no despertar sospechas, para no romper ese equilibrio precario que habían alcanzado.

Laura, ajena a las sombras que seguían creciendo bajo la superficie, empezó a preparar mentalmente la maleta incluso antes de sacarla del armario. Caviló en la ropa cómoda, en algún vestido especial para las cenas, en la idea de verse reflejada en el cristal del tren junto a Marcos, como si esa imagen pudiera devolverle la certeza de que aún había un “nosotros”.

Mientras cerraba el portátil tras confirmar una de las excursiones, levantó la vista hacia él.

—Creo que este viaje nos va a venir bien —dijo—. Siento que necesitamos alejarnos un poco de todo.

Marcos sonrió y se acercó para besarla en la frente.

—Sí —respondió—. Nos hará bien.

No añadió nada más.

Esa noche, Laura se durmió con una sensación de calma que no sentía desde hacía meses. Marcos permaneció despierto un rato más, mirando al techo, repasando mentalmente cifras, excusas, silencios. Pensó en Ana. Pensó en el despacho. Pensó en lo fácil que era sostener una mentira cuando todavía no había estallado.

El tren aún no había partido. Pero el equilibrio que sostenía su relación ya había empezado a resquebrajarse.

II

Era miércoles de la segunda semana de agosto.

Los días de poniente hacían insoportable el calor en Valencia. El aire llegaba seco, abrasador, envolviendo la ciudad en una atmósfera densa, casi irrespirable. Las calles parecían derretirse bajo el sol implacable y ni siquiera las sombras ofrecían alivio.

Muchos buscaban refugio bajo toldos y terrazas, aguardando una brisa marina que siempre parecía llegar demasiado tarde.

Laura había quedado a merendar con Amparo y Pilar, sus dos amigas más íntimas.

Habían elegido Alborai, la orxatería Daniel, atraídas por una buena orxata, esa bebida tan típica que allí se convertía casi en un ritual. El local, como siempre, estaba lleno. Hicieron cola unos minutos y finalmente se sentaron en la terraza, bajo la sombra de unos cañizos, rodeadas de familias y grupos de amigos que buscaban el mismo alivio.

Laura tenía una manera especial de brillar cuando algo dentro de ella se ordenaba. Esa tarde, sus amigas lo notaron enseguida.

—Chicas, no sabéis lo emocionada que estoy —dijo casi sin sentarse—. Nos vamos de viaje.

Amparo alzó las cejas, sorprendida.

—¿Así, sin avisar? ¿Dónde vais?

—En el Costa Verde Exprés. Vamos desde Oviedo hasta Santiago —respondió, con una sonrisa que mezclaba ilusión y algo más—. Marcos está contento... o eso parece.

Pilar sonrió, celebrando el entusiasmo.

—Me alegra verte así. Hacía tiempo que no te veía con esa cara.

Laura sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

—Sí... aunque hay cosas que no termino de entender.

Amparo ladeó la cabeza.

—A veces lo noto raro contigo. Distante. Puede ser el trabajo, pero...

Laura suspiró, removiendo la pajita en el vaso de orxata.

—Eso quiero creer. Pero siento como si estuviera viviendo en dos realidades distintas. Una en la que todo está bien, y otra en la que algo no encaja.

—¿Has hablado con él sobre cómo te sientes? —preguntó Pilar, preocupada.

—Sí, él sabe como me siento, pero siempre me cambia de tema o me asegura que todo está bien.

Amparo no apartaba la mirada de Laura.

—Hay cosas que no cuadran. Yo no estaría tan tranquila.

—Me ilusiona pasar tiempo juntos y hacer planes, pero a veces siento que algo no está bien. Parece distante por momentos, como si hubiera algo que no quiere o no puede compartir conmigo.

Amparo, le contestó con tono reflexivo.

—Es natural que te sientas así. A veces necesitamos ser pacientes y darle tiempo a nuestra pareja para que se abra. Pero también es importante que no te guardes esos sentimientos. ¿Hay algo más que te haga sentir así?

—A veces siento que estoy viviendo en dos realidades.

Una donde estoy completamente feliz y otra donde no sé qué pensar. Quiero creer que este viaje nos ayudará a conectar y a disipar mis dudas. Tengo miedo de que no sea suficiente.

—¿Has notado alguna señal que te haga pensar eso? —preguntó Pilar, en tono de preocupación.

—No hay nada concreto, pero su cambio de actitud y las evasivas me tienen muy preocupada. No quiero creer que me esté engañando, pero tampoco puedo ignorar mis sentimientos. Lo que sí he notado ciertas cosas —seguía contando—, como mensajes extraños en su teléfono y salidas repentinas, sin explicación. Llegadas tarde muchos días. Sé que puede ser solo una confusión; sin embargo, no puedo evitar sentir desconfianza.

—Ándate con mucho ojo, y estate atenta.

Amparo se acercó un poco más hacia ella, tratando de preguntarle al oído.

—Sé que es difícil de preguntar, aun así... ¿Él cumple contigo? Quiero decir... en la cama.

Laura bajó la mirada.

—A duras penas. Siempre que estamos juntos, soy yo quien tiene que provocarlo. A veces siento que vivo en un mundo donde somos tres.

—Eso es algo muy difícil de llevar. Te entiendo —le dijo Pilar con ternura.

—No debes sentirte así. La relación debe ser de dos, y si sientes que hay una tercera persona, es algo que debes abordar y hablarlo —indicó Amparo con firmeza.

Laura, suspirando, la miró a los ojos.

—Lo hago mil veces.

—Sin embargo, aunque le mires con esos ojos, deberías estar alerta y no confiar ciegamente. Quizás hay algo que necesitas descubrir o confirmar por ti misma. No hagas la vista gorda.

—Entiendo lo que dices, Pilar. Solo espero encontrar el valor para enfrentar la verdad, cuando sea.

—Una curiosidad, ¿y cómo le va en su despacho? —insistía Pilar.

—Regular. Muchas veces me toca pagar el alquiler del despacho. Según me dice, no tiene muchos clientes y no tiene muchos ingresos.

—Vaya, eso debe ser muy estresante para ti.

—A veces me siento tan abrumada por todo esto.

—Sé que quieres a Marcos, pero creo que deberías ser más cautelosa. Nosotras hemos observado, cuando lo vemos, algunas cosas en su comportamiento que nos preocupan —insistía Amparo, tratando de hacerle ver más allá.

—Sí —volvía Pilar a indicar—. Debes protegerte y no permitir que el amor te ciegue.

—Lo sé, chicas. Soy consciente de como es él, pero a veces me es difícil enfrentarme a lo que siento por él.

Hubo unos segundos de silencio.

Los ojos de Laura comenzaban a brillar.

Pilar, la más incisiva, volvía a hurgar con otra pregunta.

—Dime, sinceramente, ¿quién paga el viaje, ese que vais a hacer?

Laura tomó aire, como si por un momento sintiese una presión en el estómago.

—Lo pago yo. Es donde quiero ir.

—Ya, pero eso no es excusa. Creo francamente que te estás equivocando —le contestó con firmeza.

El silencio volvió a adueñarse, y Laura, cabizbaja, no dejaba de tener una mirada perdida.

—¿Por qué no dejamos de hablar de esto y charlamos de algo más alegre? —interrumpió Amparo—, ¿recuerdas dónde vamos nosotras de viaje?

Laura sonrió ligeramente, como si aire fresco le llegase.

—Sí, claro. ¿Ya tenéis todo listo?

—Sí, tenemos ya hasta las discotecas —comenzó Pilar a decir—. Creo que los vamos a pasar genial. Además, el hotel está en una de las mejores zonas de Ibiza.

—La verdad, me dais envidia. ¿Y cuándo os vais?

—Nos vamos el domingo —contestó Amparo con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Vosotros, cuándo os vais?

—Nos vamos el viernes por la mañana. El avión sale a las diez de la mañana. Y una vez allí, en Oviedo, cogemos el tren.

Pilar trataba de darle ánimo y que pudiese disfrutar de ese viaje.

—Lo que debes hacer es disfrutar. No dejes de ver esos paisajes y déjate llevar por las emociones.

—Sí, voy a tratar de que todo fluya y poder disfrutar de cada momento. Pero ya veremos como va todo.

Las tres amigas continuaron charlando animadamente sobre los planes de vacaciones, cada una con su viaje, mientras disfrutaban de su merienda de orxata y fartons. Las conversaciones fluían con naturalidad, mezclando risas y anécdotas. Laura se dejó llevar. A pesar de todo, se sintió afortunada de tenerlas.

La tarde llegaba a su fin tiñendo el cielo de un azul más suave.

Laura regresó a casa pasadas las nueve de la noche.

El barrio de Ruzafa seguía vibrante, incluso a esa hora: terrazas llenas, risas sueltas en el aire, el tintinear de vasos y el murmullo constante de conversaciones que se superponían unas a otras. Todo parecía moverse con una ligereza que contrastaba con el peso que ella llevaba dentro.

Al abrir la puerta del apartamento, lo primero que notó fue el silencio.

Marcos aún no había llegado.

Cerró con cuidado y dejó el bolso sobre la consola del recibidor. Encendió una luz tenue. La casa estaba ordenada, demasiado quieta. Esa ausencia, tan cotidiana últimamente, le provocó una punzada de molestia que se mezcló con algo más incómodo: la certeza de que ya no le resultaba normal.

Encendió el televisor casi por inercia. Las noticias hablaban de olas de calor, de carreteras saturadas, de vacaciones. No prestó atención. Cada sonido del ascensor la hacía alzar la cabeza, como si esperara que en cualquier momento apareciera por la puerta.

Miró el reloj. Luego volvió a mirarlo.

Finalmente, cogió el móvil y le escribió un mensaje breve.

*—¿Todo bien?

La respuesta llegó al poco rato, escueta, impersonal.

*—Sí. Estoy ultimando un escrito en el trabajo. Voy enseguida.

Dejó el teléfono boca abajo sobre la mesa. Aquella frase no le aportó tranquilidad. Había algo en la vaguedad del mensaje que la inquietaba más que el retraso en sí.

Aun así, no podía evitar preocuparse. Había algo que no le daba tranquilidad.

Decidió preparar una cena ligera, esperando poder calmarse.

Cortó algo de fruta, sacó un yogur, pero apenas tenía hambre.

Mientras se movía por la cocina, su mente volvía una y otra vez a la conversación de la tarde con Amparo y Pilar. Las palabras que había pronunciado en voz alta, por primera vez, resonaban ahora con más fuerza.

«Mensajes raros. Llegadas tarde. Evasivas» —recordaba.

Se apoyó un momento en la encimera. Cerró los ojos.

Recordó otros tiempos, cenas improvisadas, risas compartidas en ese mismo espacio, planes hechos sin esfuerzo. Se preguntó en qué momento había empezado a sentirse vigilante dentro de su propia casa.

El sonido de la llave girando en la cerradura la sacó de sus pensamientos.

Eran casi las diez de la noche.

Marcos entró con gesto cansado, aflojándose la corbata mientras dejaba las llaves sobre el mueble.

—Hola —dijo él, sin mucho entusiasmo.

Laura respondió con una sonrisa forzada y lo invitó a sentarse a cenar.

—Hola —respondió ella, forzando una sonrisa—. He preparado algo ligero.

Sentados en la mesa, el ambiente era tenso. Marcos hablaba poco y Laura no quería parecer demasiado preguntona.

Se sentaron frente a frente. El silencio era espeso. Marcos comía distraído, como si su mente estuviera en otro lugar. Laura lo observaba de reojo, buscando algo que confirmara o disipara su inquietud.

La conversación con sus amigas le había dado un valor nuevo. No quería volver a guardarse todo.

—Marcos —dijo al fin—, ¿hay algo de lo que tengamos que hablar? Te noto igual que estos días... distante.

La miró, con cara de sorprendido.

—Estoy cansado, Laura. Nada más.

Ella asintió, aunque la respuesta no le convencía del todo. Tal vez solo necesitaban tiempo, o quizás la situación requería más que palabras.

—Siempre es "nada más".

Marcos dejó los cubiertos sobre el plato.

—De verdad, no pasa nada. El trabajo está siendo pesado, eso es todo.

Decidió no presionar más esa noche.

Laura guardó silencio. Podría haber insistido, pero algo en su interior le pidió que no lo hiciera esa noche. Tal vez por cansancio,

tal vez por miedo a escuchar una respuesta que no estaba preparada para afrontar.

Recogieron la mesa sin decir mucho más. Marcos se fue a la ducha. Laura se quedó un momento en la cocina, apoyada contra la mesa, respirando hondo.

En el fondo, deseaba que, en el viaje, todo cambiase.

Imaginaba que, al alejarse de la rutina y el estrés cotidiano, ambos podrían reconectar y recordar como se enamoraron la primera vez. Un cambio de escenario podría ofrecerles la oportunidad de hablar sin interrupciones, de encontrar soluciones a los problemas que les acuciaban.

Quería creer que aún era posible.

Cuando se acostaron, Marcos se durmió casi de inmediato, o eso parecía. Laura permaneció despierta un rato más, observando la penumbra del dormitorio. Sentía el cuerpo cansado, pero la mente alerta.

Antes de cerrar los ojos, se prometió a sí misma algo sencillo y peligroso a la vez: sí aquel viaje no les devolvía la certeza, tendría que dejar de mirar hacia otro lado.

Esa misma tarde, mientras Laura estaba de merienda con sus amigas, Marcos se encontraba en un lugar muy distinto, aunque no tan lejano como a ella le habría gustado creer.

El consuelo físico y emocional estaba asegurado.

Había pasado la tarde en casa de Ana.

El piso, pequeño y luminoso, estaba impregnado de un silencio cómodo, ajeno a las obligaciones y a las expectativas. Allí, Marcos sentía que podía bajar la guardia. No tenía que explicar retrasos ni justificar silencios. No tenía que sostener una imagen

La relación de ambos había empezado de manera inocente, pero rápidamente se transformó en el tiempo en algo rutinario. La culpa no le preocupaba, pero al mismo tiempo, la atracción y la necesidad de sentirse comprendido y deseado eran demasiado fuertes para ignorar.

Marcos estaba atrapado en un dilema moral. Sabía que lo que hacía estaba mal, que estaba traicionando la confianza de Laura, quien había sido su compañera fiel y amorosa.

Sin embargo, la intensidad de sus encuentros con su compañera le proporcionaba una sensación de alivio momentáneo que no podía encontrar en otro lugar.

Ana caminaba descalza por el salón, recogiendo distraídamente unas copas de la mesa baja. Su presencia tenía algo directo, sin matices, una naturalidad que lo desarmaba.

Los dos yacían en la habitación, las sábanas desordenadas a su alrededor. Los latidos de sus corazones se habían sincronizado en un pulso tranquilo y constante. Ana apoyó la cabeza en el pecho de Marcos, trazando círculos invisibles con su dedo.

—¿Alguna vez pensaste que llegaríamos a esto?

—No, nunca lo imaginé. Todo empezó de manera inesperada. Pero no puedo negar lo que siento cuando estoy contigo.

—Lo sé, lo siento también. Pero me preocupa lo que podría significar para ti... y para Laura.

—Es complicado —respondió suspirando—. Me siento atrapado entre dos mundos. Laura y yo hemos estado juntos tanto tiempo, pero últimamente... todo se siente diferente.

—No quiero ser la causa de tu conflicto —dijo ella—, pero tampoco puedo fingir que esto no significa nada.

Marcos cerró los ojos. Aquellas palabras le atravesaron con más fuerza de la que esperaba.

—Con Laura todo se ha vuelto difícil —admitió—. Llevamos años juntos, demasiadas cosas compartidas. Y últimamente siento que no sé cómo estar allí sin sentirme... insuficiente.

Ana levantó la vista para mirarlo.

—¿Y conmigo?

Él no respondió de inmediato.

—Contigo no tengo que ser nada —dijo al fin—. Solo estar.

Ana suspiró. Había ternura en su gesto, pero también una sombra de preocupación.

—Eso no es una solución, Marcos. Es un refugio. Y los refugios no pueden ser eternos. ¿Qué piensas hacer? No podemos seguir así.

—Lo sé. Ahora mismo, no tengo todas las respuestas.

Solo sé que quiero seguir estando contigo, aunque sea egoísta.

—Te entiendo, y quiero lo mismo. Tarde o temprano, tendremos que enfrentar la realidad.

—Sí, lo sé. Pero ahora, solo quiero disfrutar de estos momentos contigo. Mañana será otro día.

Tomó la mano de Ana, sus dedos entrelazándose. El ambiente lleno de palabras no dichas y sentimientos a punto de desbordarse.

—Marcos, prométeme que, pase lo que pase, serás sincero conmigo.

—Te lo prometo. No quiero perderte por no haber sido valiente para enfrentar la verdad. Pero te quiero a ti.

Se quedaron en silencio. El mundo exterior parecía suspendido, como si aquella tarde existiera al margen del resto.

Sabía que estaba atrapado. No solo por lo que sentía, sino por lo que necesitaba. La estabilidad económica que Laura le ofrecía, la vida que habían construido juntos, el miedo a perderlo todo.

Con Ana, en cambio, no había promesas ni futuro definido, solo una intensidad que le permitía olvidar, aunque fuera por unas horas, quién era cuando regresaba a casa.

Era un bienestar superficial y una necesidad práctica.

—A veces desearía poder escapar de todo esto. Simplemente, dejarlo todo y estar solo contigo.

Ana lo observó con calma. No había reproche en su mirada, solo una aceptación triste.

—Pero tendrás que hacerlo —respondió—. Vivir dividido no es vivir.

Marcos asintió. Lo sabía. Pero también sabía que no estaba preparado para afrontar las consecuencias.

Lo miró con ternura, consciente del dilema interno que le acosaba. No era solo una cuestión de sentimientos, sino también de supervivencia y estabilidad que ella deseaba con él.

—Marcos, entiendo tu situación. Pero también debes pensar en lo que realmente te hará feliz a largo plazo. Vivir una vida dividida no es sostenible. Tendremos que encontrar una solución que nos permita estar juntos sin reservas.

Asintió, sabiendo que Ana tenía razón.

Sin embargo, encontrar el valor para efectuar ese cambio, para enfrentarse a Laura y a las incertidumbres que se presentarían, le generaba ansiedad. Perder esa estabilidad que le aportaba requería una decisión que aún no había encontrado en sí mismo.

Esa misma noche, cuando terminaron de cenar, Marcos se recostó en su cama, abrumado por el peso de sus pensamientos. La habitación estaba en penumbra, y el silencio solo era roto por el bullicio existente en las terrazas de la calle. Fingía estar dormido.

Laura a su lado, ajena a la tormenta interna que lo sacudía. Supo que esa frontera entre ambas vidas se volvía cada vez más frágil.

Y que, por mucho que intentara sostenerla, terminaría rompiéndose.

La pasión con Ana era un refugio, una válvula de escape, pero también una fuente de conflicto y dolor. Una relación basada en el deseo, más que en la emoción.

Sabía que seguir con esta doble vida no era sostenible, pero romper con Laura implicaba enfrentarse a un abismo de incertidumbre.

«¿Podría realmente abandonar la comodidad financiera y emocional que ella le ofrecía?» —pensaba a media luz—. «¿Estaba preparado para empezar con Ana una nueva vida?»

Sabía que tendría que tomar una decisión pronto, por su bien y por el de las dos mujeres que, de diferentes maneras, formaban parte de su vida.

Pero por ahora, solo podía permitir que el sueño lo abrazara, aplazando cualquier decisión dolorosa.

El jueves amaneció con un calor espeso, de esos que se instalan desde primera hora como una advertencia. Marcos despertó con una presión incómoda en el pecho, una mezcla de cansancio y culpa que ya le resultaba familiar.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, observando el techo, tratando de ordenar pensamientos que no querían alinearse.

Laura ya no estaba en la cama.

El olor a café recién hecho llegaba desde la cocina. Aquella normalidad doméstica, tan simple, le produjo una punzada inesperada. Se levantó despacio y se acercó.

Laura estaba de espaldas, con el cabello todavía algo despeinado, moviéndose con la naturalidad de quien habita un espacio que siente propio.

—Buenos días —dijo ella al escucharlo.

—Buenos días —respondió Marcos, forzando una sonrisa.

Laura se acercó y le dio un beso en la mejilla, sin sospechar la magnitud de los pensamientos que lo atormentaban.

Se sentaron a desayunar sin demasiadas palabras. El silencio no era incómodo, pero tampoco relajado. Marcos la observaba con una atención nueva, casi detenida. Había algo profundamente reconfortante en aquella imagen cotidiana: la forma en que la luz de la mañana se colaba por la ventana, el gesto concentrado con el que untaba mermelada sobre la tostada.

Su cabello aún despeinado y la expresión adormilada en su rostro no hacían más que acentuar la belleza natural que irradiaba en las primeras horas del día. Pensó que había algo profundamente reconfortante en esa imagen cotidiana: la manera en que la luz de la mañana dibujaba suaves contornos en sus mejillas, la frescura de su mirada y el sencillo gesto de untar mermelada sobre la tostada.

Se preguntó, por un instante, cómo era posible que algo tan sencillo le resultara tan bonito. A pesar de todo lo que les separaba, ver a Laura así, sin artificios, le provocaba una mezcla de ternura y nostalgia. Le recordó que, incluso en los momentos más confusos, la belleza merecía quedar grabada.

Especuló, no sin cierta tristeza, que aquello era lo que estaba en riesgo de perder.

El ruido de la cuchara, agitando el café, le hizo volver a la realidad.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó Laura sin levantar la vista, mientras extendía mermelada sobre la tostada—. Tenemos que empezar a preparar las maletas. Recuerda que nos vamos mañana.

—Tengo que salir un rato —dijo al fin—. Necesito comprar unas zapatillas.

Laura alzó la vista, sin darle demasiada importancia.

—Está bien. Yo avanzaré con unas cosas del trabajo.

Marcos terminó su desayuno rápidamente y se levantó de la mesa, sintiendo el peso de sus pensamientos.

—Nos vemos luego.

—Hasta luego —contestó ella, sin sospechar el torbellino emocional que él llevaba dentro.

Marcos salió a la calle con una sensación clara: no iba a comprar zapatillas. Caminó sin rumbo fijo durante unos minutos, dejando que el calor lo envolviera. Necesitaba hacer algo. Cualquier cosa que le devolviera la ilusión en los ojos de Laura, aunque fuera por unas horas

A medida que avanzaba, su mente comenzaba a pensar. Su paseo no era casualidad, sino una huida calculada, disfrazada de una excusa.

La plaza del ayuntamiento quedaba a unos pasos y, casi sin pensarlo, se dirigió a uno de los puestos de flores que solían inundar el centro. Se detuvo frente a uno de ellos.

Observar los ramos de flores despertó en Marcos una necesidad impulsiva de aferrarse a lo poco que sentía estable en su vida.

Pidió una docena de rosas rojas.

—Que sean bien bonitas, por favor.

Mientras la florista preparaba el ramo con cuidado, Marcos fue consciente de algo incómodo: aquel acto no nacía solo del amor, sino del miedo. Miedo a perder la estabilidad, la vida ordenada que Laura sostenía, el lugar seguro al que siempre podía volver.

Sabía que regalar un ramo no iba a resolver todo, pero necesitaba sentir que tenía, aunque fuera fugazmente, el control sobre una situación que cada día se le escapaba más de las manos.

Con el aroma dulzón impregnándole las manos, emprendió el regreso, sintiendo que, quizá, un gesto de ternura podría ayudarle a tenerla más convencida.

Al llegar a casa, encontró a Laura en su despacho, concentrada frente al ordenador.

Ella levantó la vista, sorprendida.

El ramo, exuberante y delicado, formaba un círculo casi mágico a su alrededor.

Marcos no dijo nada. Se acercó y la rodeó con los brazos, envolviéndola en el aroma intenso de las rosas. La besó en la frente, en las mejillas, luego en los labios, con una ternura que parecía contener una súplica.

—Te quiero —susurró junto a su oído, con voz cargada de emoción—. Te quiero por encima de todo, eres la mujer de mi vida, la única que le ha dado sentido a cada uno de mis días.

Sorprendida y conmovida, sintió como las defensas que había construido en los últimos meses se desmoronaban ante esa declaración tan sincera.

Hundió el rostro en el pecho de Marcos.

—No entiendo nada... —dijo ella, aferrándose aún más—. Pero esto... esto me hace sentir viva de nuevo.

La separó suavemente para mirarla a los ojos, acariciando su cabello.

—No quiero que nos perdamos, Laura. Quiero volver a encontrarnos, recordarte cada día que eres lo más importante para mí.

Sorprendida, pero ilusionada, tomó el ramo entre sus manos y lo olió despacio.

—Son preciosas... No esperaba esto.

—Quería sorprenderte. Que no dudes nunca de lo que siento.

Ella respiró hondo, dejando que la emoción la atravesara.

—Hagamos borrón y cuenta nueva —dijo—. Dejar atrás todo lo malo.

Marcos asintió, aunque en su interior otro nombre seguía latiendo con fuerza. La imagen de Ana se colaba en su mente como una sombra persistente. Se sintió traidor incluso a sus propios pensamientos.

—Sabes, la excusa de salir era solo para poder comprarte este pequeño detalle. Quería sorprenderte, hacerte sentir especial... No quiero que nunca dudes de lo que siento por ti.

Laura le devolvió la mirada, sus ojos aún brillando por las lágrimas, pero llenos de esperanza.

—A veces es difícil, pero te creo. Siento que podemos empezar de nuevo.

Marcos asintió, pero detrás de su mente danzaba otro nombre, una presencia silenciosa pero persistente. Se sintió traicionado por sus propios pensamientos.

«¿Por qué no puedo dejar de pensar en ella?» —se recriminó en silencio, mientras Laura acariciaba su mano.

—¿Estás bien? —preguntó Laura, notando una leve ausencia de él.

Tardó un segundo en responder, debatiéndose entre la verdad y la necesidad de proteger ese instante.

—Sí, claro. Solo que... —dudó, bajando la mirada levemente—. Es que a veces uno carga con miedos antiguos, con dudas que no sabe de dónde vienen. Pero te prometo que quiero dejarlo todo atrás, confiar en lo que estamos construyendo.

Sin sospechar en su batalla interna, apoyó su frente contra la de él.

—Entonces deja que te ayude —susurró—. Podemos aprender juntos a confiar.

Laura no salía de su asombro. Lo miró con incredulidad, aferrándose aún a su mano. Sabía que él no era especialmente detallista con flores, pero sabía que ese detalle con aquellas rosas era para verla sonreír.

—¿Y qué hacemos con las flores? —preguntó de pronto, dejando escapar una pequeña risa nerviosa—. Si mañana es viernes y nos vamos de viaje, ¿no te preocupa que se marchiten?

Marcos se encogió de hombros, esbozando una sonrisa serena que buscaba disipar las dudas.

—Eso no es importante ahora. Estoy seguro de que, cuando regresemos de ese viaje por el norte, las rosas seguirán aquí esperándote, con el mismo color que tanto te gusta.

Laura ladeó la cabeza, como si sopesara la magia implícita en sus palabras. Se le escapó una carcajada suave, entre resignada y cómplice.

—Siempre tan optimista... Pero sabes que las flores no esperan, ¿verdad?

—Quizá no todas —replicó él, al acercarse un poco más—. Pero estas sí. Porque saben que son importantes para ti. Y cuando algo te importa de verdad, encuentra la forma de sobrevivir. Igual que nosotros.

Por un instante, el silencio se instaló entre ambos, poblado del aroma tímido de las rosas. Laura suspiró por un momento.

—Me gusta pensar que tienes razón. Que quizá la espera por una vez no desgaste las cosas, sino que las prepare para algo mejor.

—Entonces dejemos que las rosas y el tiempo hagan lo suyo. Y al volver, veremos que ha florecido de verdad.

Laura se apartó despacio, todavía con una sonrisa floreciendo en los labios.

Las acarició con delicadeza antes de buscar un jarrón y llenarlo de agua fresca. Tomó una aspirina del botiquín y la disolvió cuidadosamente.

—¿Aspirina? —preguntó divertido, observando el pequeño ritual.

—Mi mamá siempre solía decir que era mano de santo —respondió encogiéndose de hombros—. Según ella, las flores duran más así. Dice que es un truco infalible.

—¿Y siempre funcionaba?

—Siempre —replicó, con un destello de complicidad en la mirada—. En casa había flores por semanas, como si se negaran a marchitarse. Quizá era la aspirina... o quizá era mi mamá.

Marcos sonrió, se acercó, rodeándola por la cintura.

—Entonces no me preocupa nada. Si esas rosas llevan una pizca de tu mamá, seguro esperan nuestro regreso.

Era casi mediodía de ese jueves luminoso.

Un rayo de sol sobre las rosas, arrancándoles destellos pálidos en los bordes de los pétalos.

Laura miró el reloj de la cocina suspirando.

—¿Quieres que prepare algo rápido?

Marcos negó suavemente con la cabeza y una sonrisa.

—Estaba pensando... ¿Y si dejamos la cocina en paz y salimos a comer fuera? Podríamos ir a El Rodamón, en la calle Sueca. Así celebramos el inicio del viaje con buen pie.

Los ojos de Laura se iluminaron, y la sonrisa se le escapó como un secreto bien guardado.

—¿El Rodamón? Sabes que es mi lugar preferido —respondió, acercándose y apoyando sus manos en el respaldo de su sillón de trabajo—. ¿No prefieres que avancemos con las maletas primero?

—Tenemos tiempo —replicó él, consultando de reojo el reloj—. Además, siempre haces la maleta más rápido que yo. Y he visto que hoy tienen arroz meloso con setas y foie.

Laura rio, alzando las cejas con fingida incredulidad.

—¿Estuviste mirando el menú? Eres incorregible.

—Solo quiero que empecemos el viaje de la mejor manera posible. Además, en casa no tenemos postres tan buenos como los de El Rodamón.

Laura asintió, divertida, y se apartó un mechón de cabello.

—Entonces está decidido. Salimos a comer, brindamos por el viaje y después esta tarde hacemos las maletas. Tenemos tiempo —dijo, levantando la mano como si pronunciara un juramento solemne.

—Te tomo la palabra. Además, ¿qué sería de una escapada sin improvisar un poco?

Salieron juntos, el mediodía caluroso con unos treinta y cinco grados, dejando atrás la casa impregnada del aroma de rosas frescas y promesas discretas.

Mientras caminaban, Marcos sabía que aquel gesto no había resuelto nada. Solo había ganado tiempo. Y el tiempo, cada vez más, empezaba a volverse en su contra.

A poca distancia estaba el restaurante, con su toldo color mostaza y las pizarras escritas a mano anunciando el menú del día. El zumbido de las conversaciones y el tintinear de los cubiertos llenaban el pequeño local con calidez. Se sentaron en una mesa al final del local, donde se sentía aún más el fresco del aire acondicionado.

—Hoy tienen sepionet de primero —dijo Marcos, ojeando la carta con fingida solemnidad—. Y luego, el arroz meloso con setas y foie que te prometí.

—¿Y de postre?

—Brownie de chocolate, con helado de vainilla —dijo él, levantando la mirada en una invitación juguetona—. Creo que tendremos que salir rodando.

—Por veinticinco euros cada uno, está muy bien.

No tardaron mucho en llegar los platos. El sepionet apareció primero, tierno y bañado con un aceite perfumado con ajo y perejil. Laura tomó el tenedor, probó un bocado y cerró los ojos un instante, como si quisiera retener ese sabor.

—Esto me recuerda a Denia —comentó—. Aquellas vacaciones en las que no teníamos prisa para nada.

La conversación fluyó ligera mientras recordaban anteriores vacaciones.

Llegó el arroz, con su aroma profundo y la textura perfecta después, el esperado brownie, caliente y cubierto por una bola de helado que se derretía lentamente.

—¿Sabes? —dijo Laura, bajando la voz—. Me alegra que ha-yamos hecho esto. Por un momento temí que... bueno, que las prisas o las dudas nos hicieran olvidarnos de disfrutar.

Marcos la miró, tomando su mano sobre el mantel.

—¿Dudas? —preguntó, en tono suave.

—Nada importante. A veces me asustas por tus cambios, me generan inseguridad, ya lo sabes. Pero ahora, aquí contigo, se me olvida todo eso.

Él apretó su mano con ternura.

—No hay nada que temer. Solo tenemos que dar un paso cada vez, y si nos perdemos, siempre podemos volver aquí.

Laura sonrió, dejando que el calor del momento disipara cualquier sombra. El café llegó, y con él, la certeza de que estaban exactamente donde debían estar juntos, celebrando el inicio de algo nuevo, sin más equipaje que las ganas de compartir el viaje.

O eso es al menos lo que aparenta.

Al salir del restaurante, el aire caliente fue como una bofetada, treinta y siete grados asfixiantes. Marcos entrecerró los ojos, buscando la sombra mientras caminaban hacia casa.

—Hoy está de esos días en los que hasta el asfalto parece derretirse —comentó, caminando con rapidez.

—Por eso dejé el aire encendido —respondió ella, agradecida cuando una bocanada fría les envolvió al cruzar el umbral de su casa —. Si vamos a hacer las maletas, que sea con dignidad.

Marcos dejó sus llaves en el recibidor y estiró los brazos, dejándose caer en el sofá.

—¿Siesta antes o después de la logística? —preguntó, con una media sonrisa pícaro.

—Siesta, por supuesto. No pienso doblar ni una camiseta hasta que mi cerebro se recupere —replicó ella, tirando sus sandalias y dejándose caer a su lado. El silencio era cómodo, roto por el zumbido delicado del aire acondicionado.

—¿Sabes?, a veces siento que podríamos quedarnos aquí todo el verano. Solo nosotros, el fresquito, viendo series malas y comiendo helado —dijo Marcos, mirando el techo. En su mente estaba la figura de Ana.

Laura rio, tomando su mano de nuevo.

—Sé que tienes ganas de vacaciones, cambiar de aires. Y tus maletas siempre están listas antes que las mías. No te hagas el inocente.

Marcos ladeó la cabeza, fingiendo indignación.

—Eso es mera eficiencia. Y hablando de eficiencia, ¿te apetece que prepare café helado para después de la siesta?

Lo miró de reojo, atrapándolo antes de que saliera del salón.

—¿Sabes qué? El café puede esperar —dijo, su voz suave y decidida—. Creo que la cama tiene mejores planes para nosotros.

Sorprendido, soltó una risa baja y dejó atrás la idea de la cocina. Laura se levantó, tomándolo de la mano, y juntos cruzaron el pasillo hacia el dormitorio, donde el aire fresco invitaba a dejar fuera el mundo.

—¿Así que la siesta es en la cama? —preguntó él, con una ceja levantada.

—La mejor siesta —le contestó, besándolo suavemente en el hueco de su cuello.

Se recostaron. Laura buscó el contacto de su piel, acariciando su pecho con lentitud, dejando que sus dedos dibujaran caminos

inventados. Marcos respondió a sus caricias con una ternura que se iba tornando más intensa con cada roce.

Las caricias se mezclaron con susurros y besos. Laura jugueteó con su cabello, mientras él la abrazaba fuerte, como si el tiempo pudiera detenerse en ese instante. El mundo se redujo al frescor de la habitación y a la danza silenciosa de sus cuerpos, entre caricias y miradas que decían todo lo que las palabras no alcanzaban.

—Me gusta este plan alternativo —murmuró Marcos, rozando sus labios con los de ella.

La cercanía fue llenando el espacio de una calidez tranquila y cada caricia se transformó en un lenguaje propio, sin necesidad de palabras. Marcos, atento a las reacciones de ella, buscó aquellos gestos y movimientos que sabía la hacían sonreír y sentirse cómoda. De a poco, la energía inicial fue cediendo a una relajada complejidad.

Después de un buen rato, ya recostados y envueltos en la calma que sigue a los momentos compartidos.

Laura se giró hacia él, con una sonrisa soñolienta.

—¿Ves? Un polvo sí era el mejor plan.

Marcos compartió una risa suave, acomodando un mechón de su cabello detrás de la oreja.

—Definitivo, necesitas elegir los planes más seguido.

Laura, aún medio agotada, apoyó la cabeza en su pecho.

Y ahora sí, la siesta se adueñó, entre palabras suaves y el dulce abandono de estar juntos, sintiendo que en ese rincón del mundo el tiempo podía esperar.

Transcurrió una hora y media cuando Laura despertó lentamente, desperezándose bajo el peso tibio de los brazos de Marcos. Él, con los auriculares puestos y la mirada perdida en el techo, sumido en la música.

Notó el movimiento y, con una sonrisa, se quitó un auricular.

—¿Ya volviste del mundo de los sueños? —preguntó en voz baja, buscando sus ojos.

—No sé si quiero volver del todo —murmuró, respondiendo con un beso perezoso—. Creo que es hora de ponerme en modo práctico. Las maletas no se hacen solas.

Marcos soltó una risa suave y se incorporó, estirando los brazos.

—¿Qué te parece si nos ponemos con eso de una vez? Cuanto antes acabemos, antes podemos volver a la pereza.

Laura asintió, arrastrándose fuera de la cama y caminando descalza hasta donde estaba su maleta. Él, fiel a su estilo minimalista, abrió su maleta —pequeña y perfectamente organizada— y empezó a doblar un par de prendas.

—Mira, todo cabe aquí —presumió, cerrando el cierre de su maleta con una facilidad que a Laura le pareció casi insultante.

—No entiendo como lo haces. Yo necesito espacio para mis vestidos, mis pantalones, mis blusas, para las eventualidades, para los “por si acaso” —replicó ella mientras examinaba su propia maleta grande y la pequeña, ambas ya esperando a ser atiborradas—. Un viaje de más de diez días en el Costa Verde Exprés no se improvisa.

—¿Ya pensaste qué vas a llevar para las cenas?

—Eso lo tengo bajo control. Un vestido negro, el rojo para las noches especiales, alguna blusa elegante... Aunque seguro termino usando lo más cómodo. Pero no puedo evitarlo, me gusta tener opciones —respondió mientras empezaba a doblar cuidadosamente, contando en voz alta las prendas—. Tres pantalones, cuatro camisetas, dos blusas y ese foulard que combina con todo...

Marcos la observaba con una sonrisa paciente.

—Yo, con dos mudas deportivas, unas camisas para la cena, una chaqueta, estoy listo. Lo importante no es la ropa, ¡es el viaje!

—Fácil decirlo cuando no tienes que preocuparte por tacones, maquillaje —le devolvió ella, sacando unas sandalias del fondo de la maleta—. Y no olvides el paraguas, que en el norte nunca se sabe.

Marcos levantó las manos, fingiendo rendición.

—Tienes razón. Eres la experta en prever lo imprevisible. Yo me aseguro de llevarte a ti, que eres lo esencial.

Laura sonrió, arrojándole un par de calcetines enrollados que aterrizaron en su regazo.

—Entonces pon tu maleta junto a la mía y ayúdame a cerrar la grande, que siempre me peleó con el cierre y me cuesta mucho —pidió entre risas.

Juntos, empujaron el contenido mientras el cierre recorría el contorno de la maleta con dificultad. Finalmente, lograron cerrarla entre bromas y carcajadas.

—Diez días —susurró Laura, contemplando las maletas alineadas junto a la puerta—. Diez días de paisajes, túneles, estaciones y, sobre todo, de nosotros.

El cansancio se apoderó de ambos tras el esfuerzo de tanta preparación y la sesión de ejercicios antes de la siesta.

Laura, con el cabello un poco revuelto y la expresión de quien ha dado todo, se dejó caer en el sillón del salón. Encendió la televisión en busca de distracción, dejándose envolver por el murmullo lejano de algún programa.

Mientras tanto, Marcos había salido al balcón, apoyándose en la barandilla.

Deseaba que el aire, algo fresco de la noche, le despejara la mente. En la mano, el móvil vibraba discretamente.

Fingiendo contemplar el ir y venir de las personas por la calle, deslizó el dedo sobre la pantalla y abrió un mensaje nuevo.

*—Ya tengo ganas de tenerte.

Te extraño.

Sostuvo el teléfono unos segundos antes de responder.

*—Yo también. Pronto.

El corazón le dio un golpe seco al enviar el mensaje.

A continuación, un emoji de corazón y un “te amo”.

Guardó el móvil y respiró hondo.

Dentro de la vivienda, Laura levantó la vista de la televisión, notando el leve brillo en la pantalla del móvil a través del cristal del balcón. No sospechó nada; pensó que quizás sería el reflejo de alguna luz. Se acomodó mejor en el sillón y se estiró, dejando deslizar su cuerpo.

Marcos regresó al salón.

—¿Ya tienes todo lo que necesitas? —le preguntó, tratando de sonar casual.

—Creo que sí... bueno, menos energía —respondió con una sonrisa cansada—. ¿Y tú?

—Sí, tengo todo listo —respondió intentando sonar despreocupado—. Afuera aún hace un poco de calor, la verdad. El aire está aún caliente —añadió.

Se acercó a la mesa, disimulando la inquietud que aún palpitaba en sus dedos por la conversación reciente.

Dejó el móvil con suavidad al lado de un montón de folletos y papeles y tomó el itinerario del Costa Verde Exprés, desplegándolo con cierto teatralismo.

—¿Quieres repasar lo que toca mañana? —preguntó, buscando normalidad en el tono y la mirada.

Laura asintió, estirándose un poco más hacia delante, como si la simple mención del viaje le diera un último empujón de energía.

—A ver... viernes, —observó ella, comprobando la fecha.

—Sí. El vuelo sale a primera hora, así que hay que estar en el aeropuerto a las ocho y media de la mañana, como muy tarde. He puesto dos alarmas.

—¿Y si nos quedamos dormidos? No me gustaría perder ese tren.

—Imposible —aseguró Marcos—. Además, llegamos a Oviedo a las once. Así que tendremos una hora para ir desde el aeropuerto a la estación.

—Y subimos al tren a las doce y diez, ¿es así? —preguntó ella, repasando la hoja.

—Exacto. Después, todo es dejarse llevar —Marcos sonrió y pasó el dedo por la ruta marcada en el folleto.

Laura, aún en el sillón, miraba el itinerario.

Él fingía absoluta concentración en la hoja.

Había algo en su manera de evitar la mirada que le provocó una sonrisa medio adormilada.

—Estoy deseando ver los paisajes del norte y las noches desde las ventanas del tren —dijo ella, cerrando los ojos por un instante—. Y disfrutar de todo ese trayecto sin prisa.

Marcos asintió, guardando los folletos y dejando el móvil boca abajo, como si así pudiera esconder cualquier emoción inesperada.

—Va a ser un viaje inolvidable.

Laura apoyó la cabeza en el respaldo del sillón.

—Eso espero. El silencio se instaló por un momento, solo interrumpido por el murmullo de la televisión. En sus mentes, los paisajes, aventuras.

Tras un breve momento, rodeó sus hombros con el brazo. El gesto fue natural, aprendido.

Sin embargo, su mente estaba lejos. Pensó en Ana. En el mensaje breve, en la promesa aplazada. Repensó en lo fácil que era mentir cuando nadie preguntaba más de la cuenta.

—¿Tienes todo preparado? —preguntó Laura, rompiendo el silencio.

—Sí —respondió él—. Documento, cartera, móvil... todo.

Ella sonrió.

—Yo he repasado tres veces la maleta. Por si acaso.

—Eso no me sorprende —dijo Marcos, esbozando una sonrisa.

Se levantaron para ir a la cama. Laura dejó una luz tenue encendida en el pasillo. El dormitorio estaba ordenado, casi impersonal, como si ya se hubieran ido.

Se metieron bajo las sábanas. Laura se giró hacia él.

—Tengo ganas de que lleguemos —susurró—. Siento que necesitamos ese viaje más de lo que creía.

Marcos tardó un segundo en responder.

—Nos vendrá bien —dijo al fin.

Ella apoyó la mano sobre su pecho, notando el ritmo de su respiración.

—Prométeme algo —añadió—. Que allí, pase lo que pase, hablaremos. De verdad.

Marcos tragó saliva.

—Sí —respondió—. Hablaremos.

Laura pareció satisfecha. Cerró los ojos poco a poco, dejándose llevar por el cansancio. En pocos minutos, su respiración se volvió profunda, regular.

Marcos permaneció despierto un rato más, mirando al techo. El sonido lejano de la ciudad entraba amortiguado por la ventana entreabierta. Especuló sobre la palabra hablar. En lo fácil que era prometerla y lo difícil que resultaba cumplirla.

Giró ligeramente la cabeza para mirarla. Laura dormía con el ceño relajado, confiada. Sintió una mezcla incómoda de ternura y culpa.

Apagó la luz.

En la penumbra, el silencio se llenó de todo lo que estaba dicho. El viaje estaba a punto de empezar, pero la verdadera distancia entre ellos ya se había puesto en marcha.

III

Viernes, siete de la mañana.

La alarma sonó aguda y persistente, seguida, treinta segundos después, de la segunda, como una red de seguridad contra cualquier tentación de prolongar el sueño.

—¿Ves? —murmuró Laura, girando apenas la cabeza sobre la almohada—. Por si acaso. Yo pondría tres.

Marcos gruñó algo ininteligible y se incorporó despacio. Afuera, la luz ya era clara, sin concesiones.

El día había empezado sin pedir permiso.

La casa se llenó de sonidos rápidos: el café goteando, el crujido del pan tostado, los pasos descalzos cruzándose en el pasillo.

—Desayuno exprés —anunció Marcos, dejando dos tazas sobre la mesa—. Luego lo compensamos con algo decente en Oviedo.

Laura asentía mientras repasaba mentalmente su lista: documentos, billetes, cargadores, móvil. Las maletas, alineadas junto a la puerta, parecían contener algo más que ropa: nervios, expectativas, una última esperanza.

—¿Seguro que no nos dejamos nada? —preguntó por inercia.

—Solo cinco minutos más de cama —respondió él, esbozando una sonrisa cansada.

Salieron al rellano enseguida. El ascensor descendió con una lentitud casi ceremonial. En la calle, el aire ya anunciaba calor, aunque todavía era temprano.

A las ocho en punto, un coche oscuro con el logotipo de Cabify se detuvo junto a la acera.

—¿Laura y Marcos? —preguntó la conductora, con una sonrisa amable.

—Así es, rumbo al aeropuerto.

En la parte trasera, Laura apoyó la frente en la ventanilla. Valencia despertaba con su ritmo habitual, ajena a la urgencia privada de quienes se marchan.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco, sí. Pero en cuanto suba a ese tren y vea el norte... —dudó y luego sonrió—. Nuestras aventuras siempre empiezan temprano, ¿te das cuenta?

Marcos asintió, con un bostezo.

—Y siempre con dos alarmas, por si acaso.

Rieron, brevemente. El coche avanzaba fluido.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila, que llegamos a tiempo —dijo intentando calmarla, aunque su propia voz traicionaba una pizca de ansiedad.

—Sí, claro, no estamos para perderlo —le contestó con una sonrisa nerviosa.

Por fin, el coche se detuvo en la terminal. Bajaron con prisa, arrastrando las maletas entre el bullicio de viajeros. Buscaron el mostrador de Volotea, que se distinguía por una fila que serpenteaba como una cuerda interminable.

—Allá está, mira el letrero —dijo Marcos, señalando.

La cola interminable, y poco a poco iba avanzando.

Ya en el mostrador de facturación pusieron las maletas sobre la báscula. El empleado, con chaleco reflectante y gesto serio, tecleó datos y observó el peso.

—Sus maletas exceden el límite permitido —anunció, sin levantar mucho la voz—. Son siete kilos extras.

—¿Siete? —repitió Laura—. No puede ser...

—Son diecisiete kilos. El máximo es diez —zanjó el hombre.

Marcos intentó negociar:

—¿No hay manera de ajustar? Podemos sacar algo y llevarlo en la mochila...

—Lo siento, tienen que pagar el exceso —insistió, señalando la lista de tarifas con el dedo.

Laura bufó, rebuscando en el bolso mientras murmuraba.

—Es que siempre es lo mismo. Al menos no nos cobraron por la sonrisa.

El empleado apenas disimuló una mueca. Resignada, deslizó la tarjeta de crédito con rapidez. El sonido del datáfono anunció el pago.

—Listo, pase, por favor, a la zona de embarque por la puerta quince —dijo el empleado devolviendo los documentos.

Ya con la tensión bajando, suspiró.

—Primera aventura del día: sobrevivimos a la facturación.

—Y con saldo negativo —rio Marcos, tomando su mano, mientras se alejaban rumbo al control de seguridad, cargados de nervios, pero también de ese entusiasmo inevitable que precede a una gran partida.

Las maletas habían tomado su curso, por otro lado.

El caos en el aeropuerto de Valencia era palpable.

Un flujo constante de cuerpos avanzaba en todas direcciones: familias con niños adormilados, viajeros solitarios aferrados a mochilas, grupos que reían demasiado alto para ser tan temprano. Las ruedas de las maletas producían un zumbido continuo, casi hipnótico.

Laura avanzaba esquivando obstáculos con la vista fija en las pantallas.

—Te lo juro, en mi vida había visto tanta gente en el aeropuerto —observó Marcos.

—Eso, o toda Valencia está aquí.

De pronto, levantó la vista hacia las pantallas luminosas. En la fila de su vuelo, el mensaje apareció con una claridad cruel: “Puerta 15 – Retrasado”.

—¿Estás viendo? No podía faltar —dijo, soltando un bufido—, y empieza la temporada de caza de retrasos.

Marcos intentó sonar tranquilo.

—Por lo menos nos da tiempo de desayunar algo, ¿no? Y de respirar un poco.

Pero ella ya había empezado a hacer cuentas. Lo sabía. Siempre lo hacía.

—¿Y si cambian la puerta y no nos enteramos? ¿Y si luego va todo el mundo corriendo y nos quedamos atrás? No sabes cómo se pone esto cuando avisan un embarque.

Al lado, una pareja discutía con acento andaluz:

—¡Que te digo que no ponía la puerta diez, Antonio!

—Que no, mujer, que ese es el de Palma. Mira el de Menorca... ¿Ves? Retrasado también.

Más atrás, un niño lloraba mientras su madre intentaba calmarlo con promesas de regalos.

De repente, una voz metálica vibró en el altavoz.

“Atención, pasajeros del vuelo de Iberia 2143 con destino Lanzarote, su puerta de embarque es la diez. Retraso estimado de treinta minutos. Les rogamos que permanezcan atentos a las pantallas informativas”.

El murmullo se elevó en la sala. Un grupo de adolescentes aplaudió por pura ironía.

Marcos se apoyó en una columna, haciendo un gesto a Laura.

—Bueno, primer contratiempo, pero sigue siendo verano, ¿no? Además, el aeropuerto es perfecto para observar a la humanidad en todo su esplendor.

Laura rodó los ojos, pero sonrió.

—A ver si llueve confeti cuando anuncien el nuestro.

—O una ronda de café gratis —añadió él, guiñándole un ojo.

Ambos se acomodaron en un banco, rodeados de maletas, mientras el aeropuerto seguía latiendo a ritmo de vacaciones y desvelo.

—No me gusta controlar los tiempos —confesó—. Me pone nerviosa.

—No ganas nada repitiéndolo —respondió él, sin dureza, pero con un cansancio que se le escapó en la voz—. No depende de nosotros.

Ella levantó la vista, sorprendida por el tono.

—No lo digo por fastidiar. Solo... —calló, respirando hondo—. Siento que este viaje empezó torcido desde el principio.

Marcos apoyó la espalda en una columna.

—Bueno, quizá fue mala idea apurar tanto el margen de tiempo —soltó, casi sin pensar—. Ya lo hablamos.

Laura lo miró, incrédula.

—¿Ahora es mala idea? Ayer decías que era suficiente.

Él se pasó la mano por la nuca, incómodo.

—No quiero discutir —dijo—. Solo estoy nervioso.

Se hizo un silencio incómodo.

“Atención, pasajeros del vuelo Volotea 1315 con destino Oviedo, su salida estimada será a las 10:15 horas”.

Algunos rostros se iluminaron, otras caras serias rieron, y una fila de maletas se puso en movimiento, como si despertaran de un letargo.

Nada más escuchar el anuncio, a Laura le recorrió el cuerpo un escalofrío. Sintió como, de golpe, la calma artificial del aeropuerto se volvía amenaza.

Miró el reloj: la salida prevista les dejaba, con suerte, apenas margen para llegar a la estación.

—Marcos, si el vuelo se retrasa más, vamos a tener que ir corriendo... —susurró, intentando sonar tranquila, pero con preocupación.

—Tranquila, seguro que llegamos.

Él forzó una sonrisa, aunque se apreciaba que también hacía cálculos en su cabeza.

—A ver, si salimos a las 10:15, aterrizamos a tiempo con viento a favor...

—¿Y si hay tráfico hasta la estación? ¿Y si tarda en salir el equipaje? —Laura notaba como sus preguntas se atropellaban, igual que sus pensamientos.

—Vamos a ir bien. Si acaso, salto la cinta del equipaje y los rescato yo mismo —bromeó, pero Laura solo curvó los labios en una mueca tensa—. En serio, no te pongas en lo peor. No hay tormenta, no hay niebla, no hay anulación, solo... un poco de retraso.

Laura suspiró con frustración. Observó a una pareja que, con la misma alerta en el rostro, consultaba cosas en el móvil. Un niño mordisqueaba nervioso una correa de su mochila.

—Me pone de los nervios esto de no controlar nada —confesó bajito, mirando sus propias manos, que apretaban la correa de su bolso como si en cualquier momento fuera a salir corriendo.

Marcos se esforzaba por mantener el tono ligero, pero la inquietud se colaba entre sus palabras.

—De verdad, no ganas nada en estar repitiendo, una y otra vez —dijo, un poco más brusco de lo que pretendía—. No podemos controlar el horario, ni el avión, ni el equipaje. Únicamente toca esperar.

Ella levantó la mirada, sorprendida por el filo en la voz de Marcos.

—No lo digo por molestar. Es solo que... —buscó aire, pero su ansiedad asomó en la mirada—. Siento que este plan ya empezó mal desde la compra de los billetes.

Él soltó una sonrisa corta, más crispada que divertida.

—Pues sí, la verdad, un poco sí. ¿No podíamos haber ido a otro lugar? —soltó, incapaz de reprimir su frustración—. Me tienes loco con el tema del horario, pero el margen que dejamos es mínimo. ¿Por qué tan justo?

Ella se encogió de hombros, defendiendo su elección sin demasiado convencimiento.

—Pues aquí estamos, rezando para que no haya ni un minuto más de retraso —replicó Marcos, bajando la voz y mirando a su alrededor, como si temiera que el aeropuerto entero escuchara su reproche—. Perdón, estoy nervioso, pero es que...

Laura asintió, mordiendo el labio.

—Lo sé. Ya sé que soy pesada, pero me agobia pensar que por un minuto perdamos el tren.

Durante unos segundos, ambos quedaron en silencio, atrapados en la tensión de la espera y en ese vaivén de reproches y disculpas.

Alrededor, el ambiente seguía vibrando con anuncios, maletas y pasos rápidos, como si nada pudiera romper el infinito compás del aeropuerto.

A las 10:05, una voz metálica anunció el inicio del embarque. El murmullo en la sala de espera tornó en movimiento: personas de todas las edades se pusieron de pie, arrastrando equipaje y reacomodándose las mochilas con gestos aliviados. Algunos sonreían y compartían bromas, otros revisaban por última vez los documentos.

Laura, en cambio, solo apretó el reloj de su muñeca y exhaló despacio, como si intentara controlar el vértigo de la cuenta atrás.

—Ya, ya empiezan —musitó, sin mirarlo, con la vista fija en la fila que comenzaba a formarse.

—Vamos —dijo él, tocándole suavemente la espalda en un intento de reconciliación—. Mejor nos ponemos en la fila antes de que se haga más larga.

Mientras avanzaban, Laura se quedó callada, observando a quienes les rodeaban: una familia de dos niñas pequeñas que saltaban de impaciencia, una persona mayor que sujetaba fuerte el bastón y una pareja joven que, lejos de cualquier nerviosismo, se tomaba selfis en la puerta de embarque.

El control de billetes fue rápido y pronto caminaron por la pasarela, sintiendo como el espacio se cerraba a su alrededor y el aire se volvía más denso.

Al sentarse en sus asientos, Marcos soltó un suspiro largo, como si por fin pudiera liberar parte de esa tensión acumulada.

—Esto ya está —dijo con una media sonrisa, intentando contagiarle calma—. Solo queda despegar.

Cedió, pero su mano permaneció aferrada al reposabrazos. Mientras observaba a través de la ventanilla como los operarios cargaban las maletas, su mente seguía calculando minutos.

—¿Y si hay tráfico aéreo? —preguntó en voz baja.

—Laura, ya. —Marcos, intentó sonar paciente, aunque la impaciencia asomaba en el temblor de sus dedos—. Ya estamos aquí. Si pasa algo, nos enteraremos todos. Ahora toca relajarte un poco, ¿sí?

Ella cerró los ojos, respiró hondo y se obligó a asentir.

Entonces una azafata pasó comprobando cinturones y recordando el apagado de dispositivos electrónicos. El avión ya había comenzado a moverse.

El reloj avanza. 10:20 y todavía en pista. Laura apenas se daba cuenta de las conversaciones a su alrededor.

Por fin, dos minutos más tarde, sintieron el empuje de los motores y el avión comenzó a moverse. Mientras se deslizaba, Marcos la miró y le apretó la mano.

—Ya, ahora sí, vamos arriba.

Laura abrió los ojos justo cuando el avión despegaba. Sintió el vértigo de la aceleración, el leve temblor bajo los pies y, durante un instante, la ciudad alejándose bajo ellos. Cuando por fin el avión se estabilizó y la señal del cinturón se apagó, soltó aire, dándose cuenta de que había estado conteniendo la respiración desde hacía minutos.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Cada vez que consultaba el reloj, los minutos se le antojaban fugaces y crueles. La idea de perder el tren la rondaba como un zumbido persistente. Bajó la mirada al móvil: 10:45.

Quedaban unos treinta minutos aproximados para el aterrizaje, si es que todo iba según lo previsto.

Se puso a mirar a Marcos, que ojeaba distraídamente la revista de a bordo, pero su gesto solo le generó más dudas. «¿Por qué le costaba tanto confiar en él?». Por dentro, una sola voz insistía en viejos temores, en conversaciones a medias y silencios que se habían acumulado durante el último mes. «O tal vez el ramo de flores solo fue algo puntual» —meditaba. Era absurdo, pensó; pero igual de absurdo era ese nudo que le apretaba en el estómago.

—¿En qué piensas?

—En el tren —mintió Laura. Se apresuró a añadir. —¿Crees que llegaremos a tiempo?

Suspiró, elevando apenas los hombros antes de contestar.

—Depende de cuánto tarden en salir las maletas. Ya lo hemos hablado, no tiene sentido angustiarse —pero su voz tenía ese matiz cortante que Laura ya conocía.

No le respondió.

Se quedó observando por la ventanilla las nubes que pasaban lentas, y de nuevo las dudas y los malos pensamientos se colaron por las rendijas de su mente. «¿Por qué Marcos había cambiado tanto últimamente?» «¿Sería solo su imaginación, o había algo más, una sombra que no podía nombrar?»

Sentía que tanta tranquilidad le confundía. Se odió un poco por desconfiar, pero no pudo evitarlo.

El avión comenzó a descender, y los anuncios por megafonía pidieron a los pasajeros que se prepararan para el aterrizaje.

Se abrazó a sí misma, sintiendo que el frío no venía solo del aire acondicionado.

—Vamos a llegar, ya verás —dijo él, buscando su mirada, quizás intentando tranquilizarle o, tal vez, tranquilizarse él mismo.

Ella fingió una sonrisa, aunque por dentro todo seguía revuelto. El tren, la hora, la maleta... y Marcos.

A las 11:05 en punto, el avión tomó tierra en el aeropuerto de Asturias con una ligera sacudida. Laura se aferró al asiento, mirando la pista gris a través de la ventanilla, que se deslizaba veloz bajo ellos. El corazón le latía con fuerza, desbocado.

—Bueno, una parte superada —comentó Marcos, intentando bromear mientras el aparato rodaba hacia la terminal.

Laura asintió mecánicamente, pero el alivio por el aterrizaje solo duró un segundo. Rápidamente, el reloj volvió a ocupar su mente.

—¿Tienes la reserva del tren a mano? —preguntó, intentando mantener la voz firme.

—Sí, tranquila. Está en el correo. Pero de verdad, deja de preocuparte.

Laura cerró los ojos un instante, sintiendo como la ansiedad, lejos de marcharse, se arremolinaba más fuerte en su interior. Tenía la sensación de que, pese a haber llegado a tierra firme, las verdaderas turbulencias apenas comenzaban.

Y llegaron las prisas.

Apenas se detuvo el avión, la cabina se llenó del ruido apresurado de los pasajeros levantándose demasiado pronto. Compartimentos que se abrían, mochilas que caían, suspiros impacientes.

Había quienes se levantaban antes de que el aviso del cinturón se apagara, ansiosos por ser los primeros en la fila, y quienes permanecían sentados, resignados a dejarse arrastrar por la corriente humana.

Observo que él revisaba su móvil, aparentemente imperturbable. Sin embargo, su propia inquietud aumentaba con cada segundo que pasaba, como si el tiempo estuviera hecho de una gelatina espesa que ralentizaba cada movimiento.

El pasillo se volvió un río obstruido, donde cada paso costaba el doble y cada sonrisa forzada era un intento de conservar la calma.

Una persona mayor luchaba por alcanzar su bolso, mientras detrás, alguien murmuraba su frustración en voz baja.

Se preguntó si todas esas personas compartirían la misma ansiedad, o si corrían por costumbre, temiendo perder algo indefinido más allá de la hora.

Cuando finalmente se abrieron las puertas y la marea de pasajeros comenzó a avanzar hacia la salida.

Afuera, la luz asturiana parecía invitarles a respirar hondo, pero Laura solo podía pensar en el siguiente paso, en el reloj y en esa inquietud que, lejos de disiparse, seguía apretando el pecho con la misma fuerza que el cinturón minutos antes.

Salvando a unos y otros en las colas, llegaron a la cinta de equipajes. Allí, el bullicio tenía otro ritmo: impaciencia y ese murmullo constante de ruedas de maletas y anuncios de fondo.

Laura volvía a pensar en los tiempos. Miró el reloj: eran las 11:15, y las maletas aún no asomaban por la boca negra de la cinta.

Sentía los nervios palpitando en las sienes, la mirada fija en el punto de aparición, como si pudiera invocar su equipaje por pura fuerza de voluntad.

A su lado, Marcos parecía flotar en una calma ajena, cónsul-tando el móvil, distraído, como si toda esa urgencia le resbalara.

Laura apretó los labios, crispada.

—¿No te inquieta que no salgan todavía? —preguntó, con la voz tensa.

Marcos se encogió de hombros, sin despegar la vista de la pantalla.

—Llegarán cuando lleguen. No sirve de nada estar así, ¿no?

La respuesta, lejos de tranquilizar, encendió una chispa.

—Pues a mí sí me sirve, ¿sabes? Me sirve para sentir que hago algo. Que no me resigno a que todo vaya lento.

—Pero no puedes acelerar la cinta con los nervios —replicó él, ahora mirándole por encima del móvil, con una media sonrisa.

Laura bufó, cruzándose de brazos.

—No sé cómo puedes estar tan tranquilo. ¿No te importa si perdemos el tren?

—Claro que me importa, pero si nos toca correr, correremos. Ya hemos hecho esto antes.

—¡Pues justo por eso! No quiero volver a ir apurados. Yo sí necesito saber que todo está bajo control.

Marcos suspiró, y por un momento el silencio entre ambos fue más ruidoso que el ajetreo de la sala. Un anuncio interrumpió la tensión, pero la cinta seguía vacía.

—Mira, entiendo que estés nerviosa —dijo él, ahora en voz baja y más suave—, pero vamos a salir de esta igual que siempre.

Laura apartó la vista, masticando su propia ansiedad, mientras la gente a su alrededor compartía miradas cómplices, algunas cargadas de solidaridad, otras de exasperación.

El tiempo parecía parado en las 11:20 y las maletas, como sus pensamientos, seguían ocultas en algún rincón, fuera de su control.

Marcos, absorto en la pantalla, notó la vibración suave de su móvil. Era un mensaje: “No te olvides de mí”. Sin levantar la vista, disimuló la sonrisa y, con el pulgar, tecleó un corazón como respuesta. Apenas devolvió el teléfono al bolsillo cuando un rugido eléctrico anunció que la cinta empezó a moverse.

Se detuvo, observando como Marcos guardaba el móvil, notando el sutil destello de agrado en su rostro.

—¿Todo bien?

—Todo bajo control —asintió, cerrando la cremallera de su mochila. Y, por primera vez esa mañana, Laura creyó en sus palabras. O eso, deseo creer.

El murmullo de la sala se transformó en expectación colectiva.

—¡Por fin! —exclamó Laura, sus hombros cayendo en alivio repentino.

Las primeras maletas comenzaron su desfile.

Entre ellas, casi como un guiño del destino, aparecieron las suyas.

—Mira, ahí están —señaló Marcos, avanzando con su tranquilidad intacta.

Laura fue tras él y, mientras se acercaban, murmuró.

—No sabes lo que respiro cuando veo mi maleta.

Marcos soltó una risa breve.

—¿Ves? No todo está fuera de nuestro control. A veces, las cosas simplemente... llegan cuando tienen que llegar.

—Eso dices porque no eres tú la que sueña que la maleta se va a otra ciudad.

Marcos levantó la suya y, con un gesto de triunfo discreto, miró a Laura.

—Once y veintidós —respondió ella—. Vamos.

Sin dar tiempo a palabras innecesarias, ambos se pusieron en marcha, las maletas rodando a toda prisa por el suelo encerado.

Salieron al aire fresco de la mañana, esquivando peatones y sorteando charcos, hasta llegar a la acera donde una fila dispersa de taxis esperaba, bajo la promesa de un día cualquiera.

Marcos levantó la mano y, con una eficacia casi milagrosa, un taxi se detuvo frente a ellos. Subieron deprisa, acomodando el equipaje como pudieron.

—A Oviedo, a la Estación del Norte, por favor. Lo más rápido que pueda —dijo Laura, y el conductor asintió con una mueca de entendimiento.

Eran las 11:24. Faltaban apenas cincuenta minutos.

El coche se lanzó por la autovía, sorteando coches y adelantando con esa mezcla de urgencia y resignación que solamente quienes han vivido la prisa conocen.

Los separaban apenas unos cuarenta kilómetros de distancia. El camino parecía interminable. El reloj en el salpicadero parecía avanzar más rápido, cada minuto un recordatorio de que el margen era escaso: cuarenta minutos faltaban para la salida del tren.

—Por favor, necesitamos estar en la estación antes de las doce y quince. Le daré una buena propina —le indicó Laura.

El taxista aceleró de inmediato. Pero el tráfico, como si se burlara de su apuro, comenzó a espesarse. Primero, una hilera interminable de coches detenidos por una obra; luego, una ambulancia que bloqueó el paso, obligando al taxi a desviarse y tomar una calle secundaria. Marcos tamborileaba los dedos contra su rodilla, como de costumbre. Laura seguía el mapa en su móvil con cara de preocupación.

Cada semáforo en rojo era una pequeña derrota. El conductor intentó atajos, se sumergió en calles laterales donde furgonetas de reparto y peatones cargados con bolsas ralentizaban su avance. El tiempo, implacable, seguía descontando segundos.

—Tranquilos, aún llegamos —dijo el taxista, aunque en su mirada se adivinaba la duda.

Laura exhaló despacio. Desde la ventanilla, los edificios se sucedían como fragmentos de un sueño apresurado. El ajetreo de la ciudad, las bocinas, el rumor de las conversaciones perdidas en la acera. Por fin, tras lo que pareció una eternidad, el taxi enfiló la calle Uría y la silueta de la estación se adivinó en el horizonte.

El reloj marcaba las doce cuando, por fin, el taxi se detuvo junto a la entrada. Bajaron de un salto, arrastrando las maletas, el pulso acelerado y la risa nerviosa a flor de piel. Habían llegado.

Con todas las prisas del mundo, cuando se dispusieron a pasar las maletas por el control de equipajes de la estación, la voz metálica de la megafonía retumbó en el vestíbulo:

“Atención, por favor. Salida del Costa Verde Exprés con destino a Santiago de Compostela. Vía tres. Última llamada para pasajeros”.

La frase se quedó suspendida en el aire, como una sentencia irrefutable. Se miraron asustados. Sus rostros eran un poema trágico: quietos, inmóviles, sin saber qué decir ni cómo actuar. Laura notó que el mundo se le venía abajo. Él, a su lado, parecía estatuario, con la mirada perdida y la boca entreabierta, incapaz de reaccionar.

—¿Has escuchado eso? Es la última llamada. Ya... ya casi no hay tiempo.

Marcos parpadeó, incrédulo, soltando por fin el asa de la maleta.

—¿Cómo puede ser? Si todavía tenemos... —miró su reloj, tartamudeando—. Faltan cinco minutos, ¿no?

—No —replicó Laura, con la voz quebrada—. No, Marcos. El Costa Verde Exprés siempre sale antes, ¿no te acuerdas? Lo dijeron en el correo, lo pusieron en negritas... “Rogamos a los pasajeros presentarse con antelación por los controles de seguridad”.

—Yo... yo no lo tomé en serio.

Marcos pasó la mano por el cabello, desesperado.

—¿Y si corremos? ¿Todavía podemos alcanzarlo? Quizá si le pedimos a alguien que... no sé, que detenga el tren unos minutos.

—¿Detener el tren? ¿De verdad crees que es posible? Somos nosotros los que llegamos tarde, no el tren —soltó una risa amarga, al borde del llanto.

El empleado del control los observaba, impasible, mientras la fila se acumulaba detrás.

—Por favor, pasen las maletas por la cinta —dijo, sin levantar la vista.

Laura asintió, mecánicamente, y colocó el equipaje sobre la cinta transportadora. Estaba muy nerviosa.

—No entiendo cómo hemos podido llegar tan justos —susurró él, más para sí mismo que para ella—. Salimos con tiempo, ¿verdad?

—El tráfico, la ambulancia, los desvíos... —enumeró Laura, la voz apagada—. Todo se ha confabulado hoy.

El pitido de la máquina de rayos X sonó más fuerte de lo habitual. El empleado asintió con gesto aburrido.

—Listo. Pueden pasar.

Ambos recogieron sus maletas y se apresuraron hacia el andén. La estación era un hervidero de voces, maletas, pasos apresurados. Laura apretó el paso; él la siguió, torpemente.

—¿Y si no llegamos?

Laura se detuvo en seco, girándose hacia él, los ojos como platos.

—¿De verdad no entiendes? Es el único tren de hoy.

Marcos bajó la mirada, avergonzado.

—Siempre llego tarde a todo, ¿verdad? —musitó—. Hasta lo importante.

Laura se suavizó un poco, suspirando.

El altavoz volvió a sonar, ahora anunciando la inminente salida del Costa Verde Exprés.

“Por favor, pasajeros con destino a Santiago de Compostela, embarquen de inmediato. Las puertas cerrarán en un minuto”

Marcos levantó la maleta, decidido.

—Todavía tenemos un minuto.

Laura asintió, tragando saliva. Se lanzaron a la carrera, esquivando gente, con el corazón golpeando en el pecho y el eco de

la esperanza resonando en cada paso. La distancia hasta el andén era algo lejana

Solo cuando llegaron a la vía y vieron como el tren, majestuoso, cerraba sus puertas y se ponía lentamente en marcha. El silencio que siguió fue pesado, un eco amargo flotando entre los dos mientras la estela del tren desaparecía con una elegancia casi ofensiva.

Laura se detuvo en seco.

Marcos dejó caer la maleta.

—¿Ves? Te lo dije —espetó, la voz tensa—. Si hubiéramos planeado todo con más tiempo, si hubiéramos llegado ayer como sugerí, esto no pasaría.

Laura apretó los labios, furiosa y dolida a la vez.

—Y según tú era tan fácil, ¿no? —replicó—. ¿Quién fue el que insistió en que el vuelo era suficiente, que solo era cuestión de organización? ¿De verdad crees que todo esto es culpa mía?

—No es cuestión de culpas —bufó, pero su tono destilaba reproche—. Solo que siempre vamos al límite, Laura. Siempre. Ya estoy cansado de improvisar, de correr a última hora. Así no se puede.

—¿Y tú crees que yo no estoy cansada? —alzó la voz, la rabia y el cansancio mezclados—. ¿Supones que me gusta estar así? Pero nunca aceptas que algo pueda salir mal, nunca te preparas para los imprevistos. Siempre dejas todo para el final.

—¡Eso no es cierto! —la miró, herido y desafiante—. Fuiste tú quien insistió en apurar los tiempos. Yo solo seguí tu ritmo. ¿Ahora resulta que la culpa es mía por no prever hasta el clima?

Se abrazó a sí misma, la mirada perdida entre las vías.

—Tal vez ninguno tuvo razón, ¿sabes? Solo... solo quería que esto saliera bien. Pero parece que, entre tú y yo, lo simple siempre se complica.

—Podríamos haberlo hecho distinto —murmuró él después de un silencio—. Haber reservado todo con calma, no dejarlo para el último momento. No estar aquí discutiendo cuando deberíamos estar ya en el tren.

—Sí, claro —Laura suspiró—. Pero llegamos tarde, como siempre. No solo al tren. A veces siento que llegamos tarde hasta a nosotros mismos.

Marcos bajó la mirada, el desprecio diluido en una tristeza honda.

—Quizá el problema es que ninguno sabe realmente a dónde quiere ir, ni cómo llegar.

Ella levantó la cabeza, cansada.

—¿Puedes no convertir esto en un juicio ahora mismo?

Marcos cerró la boca. Se pasó una mano por la cara.

—No quiero discutir —dijo, sin convicción—. Solo... estoy hart.

Laura bajó la mirada. Sentía un cansancio distinto, más hondo que el físico. Un agotamiento que no se arreglaba con dormir.

El andén se fue vaciando, y sus palabras se quedaron flotando, como los restos de un viaje que nunca comenzó.

Se quedó sentada sobre su maleta, con las manos apretadas entre las rodillas, inmóvil ante la corriente de personas que cruzaban por el interior de la estación.

Observó a Marcos a unos pasos de distancia, apoyado contra una columna, la mirada fija en algún punto invisible.

Su expresión era difícil de descifrar, ni enojo, ni consuelo, más bien una indiferencia resignada, como si ya no esperara nada, como si las palabras se hubieran vuelto inservibles.

El silencio que compartían era espeso, cortante. Laura se preguntó en qué momento los desacuerdos se volvieron rutina, cuándo empezaron a hablar para defenderse y no para entenderse. Recordó la ilusión con la que habían planeado ese viaje, al menos ella, las risas llenas de promesas, los planes hechos a medias, pero con entusiasmo.

Ya dudaba de él, de sus ganas de viajar.

Ahora, solo quedaban dos boletos arrugados y una distancia silenciosa creciendo entre ambos.

Miró el reloj de la estación. Sintió que no solo perdían un viaje, sino algo más que no sabía nombrar.

Intentó buscar en su interior alguna solución, una palabra capaz de romper la inercia, de coser los pedazos rotos. Pero todo le sonó torpe, insuficiente. Se giró hacia él, esperando encontrar un destello

de complicidad o al menos una señal de que él también quería recomponer algo.

Pero él permanecía igual, ausente, como si esperar soluciones fuera tan inútil como esperar el retorno de un tren que ya partió.

Laura suspiró, resignada. Se permitió cerrar los ojos por un instante, dejando que el frío de la estación le recordara dónde estaba, quién era. No tenía claro si dar el primer paso, si intentarlo una vez más.

Mientras la estación se vaciaba, supo que, aunque el destino se hubiera desvanecido, todavía podía elegir hacia dónde caminar.

Sacó el móvil y marcó el número de atención al cliente. Esperó. Cada tono le pesaba como una burla.

Levantó la cabeza, curiosa, aunque sin esperanza.

—Buenos días, le atiende Sofía —sonó la voz al otro lado, cálida pero distante—. ¿En qué puedo ayudarle?

Laura tragó saliva, buscando palabras que no la hicieran parecer desesperada.

—Hola... Eh... Acabamos de perder nuestro tren en Oviedo. Quisiera saber si hay alguna posibilidad de cambiar los billetes o comprar otros, aunque sea para otro día. De verdad, cualquier horario, cualquier clase.

Hubo un breve silencio, un tecleo ágil. El murmullo lejano de otras llamadas en la central de reservas llenaba el vacío.

—Permítame un momento, por favor, reviso las opciones disponibles.

Marcos se acercó un poco, apenas lo justo para escuchar. Laura sentía su presencia, tensa, aguardando.

—Señora, lo lamento mucho —respondió finalmente la empleada—, pero todos los trenes para el mes de agosto están completamente reservados. No quedan billetes disponibles a ningún destino.

La noticia cayó como una piedra en su estómago. Miró a Marcos, buscando una reacción, algo que la rescatara de esa sensación de derrota.

—¿De verdad no hay nada? —insistió—. ¿Ni listas de espera, ni cancelaciones, nada?

—Me temo que no. Agosto es el mes más concurrido y no ha habido devoluciones. Si lo desea, puedo revisar septiembre o incluirle en una lista para notificarle si se libera algún asiento, pero no puedo asegurarle nada.

Laura apretó el teléfono contra la mejilla, cerrando los ojos.

—Está bien... revise, por favor, cualquier opción.

El silencio volvió, solo interrumpido por el golpeteo de teclas del otro lado.

Marcos se sentó junto a ella, sin atreverse a tocarla, una cercanía tímida y torpe.

—Nada por ahora —informó Sofía, con tono profesional, pero sincero—. Si ocurre algún cambio, nos pondremos en contacto. ¿Desea dejar algún correo o número adicional?

—No, gracias —contestó, resignada.

Colgó despacio, dejando caer el teléfono sobre la maleta.

Durante un rato, ninguno dijo nada. El murmullo de la estación era ahora un telón de fondo lejano, cada vez más ajeno.

—Todo está lleno —murmuró Laura, sin mirarlo—. No hay trenes, ni mañana, ni pasado. Ni siquiera para septiembre, al menos por ahora.

Marcos asintió, tragando sus propias palabras. El peso de la realidad los había dejado inmóviles, como si el andén no solo les hubiera quitado un viaje, sino la posibilidad misma de moverse.

—Tal vez... —empezó él, pero se detuvo; no había remedios fáciles.

Laura se encogió de hombros, mirando la pantalla muerta del teléfono.

—A veces da igual cuántas veces lo intentes. Simplemente, no hay lugar para ti, ni en el tren, ni en ningún lado.

Marcos la observó, y por primera vez en mucho tiempo, sus ojos reflejaron la aceptación de una derrota o quizá, un viaje que nunca estuvo destinado a comenzar.

El silencio se rompió cuando Laura, con una excusa breve, se levantó.

—Voy al aseo, regreso en un momento —dijo, más para llenar el aire que para algo necesario.

Marcos asintió y, casi instintivamente, se acercó a las maletas, empujándolas con la punta del pie para asegurarse de que seguían ahí. Vio como su figura se alejaba entre la gente, perdida durante un instante en el bullicio anodino de la estación.

Dentro del aseo, Laura se lavó las manos despacio, mirando su reflejo con la extrañeza de quien no sabe bien si está escapando o volviendo de algún sitio interno.

Al salir, lo primero que llamó su atención fue un panel de información, uno de esos que cambiaban de destino y horario con el paso caprichoso de los minutos. Entre el mareo de nombres y cifras, leyó claramente:

“Trenes a Ferrol – Salidas: 13:10, 19:45”.

Se quedó quieta.

Quiso creer que aquel cambio de escenario serviría de algo. Ferrol no significaba nada. Precisamente por eso.

Era un destino como cualquier otro, como una ruta inesperada que podría, al menos, sacarla de ese limbo ferroviario.

Con esa idea latiendo, regresó al punto donde Marcos esperaba, encorvado junto a las maletas, el móvil muy cerca del rostro. Antes de que ella dijera nada, él bajó el teléfono de golpe y lo giró en sus manos con torpeza, como si tratara de qué ella creyera que solamente revisaba noticias o alguna red social.

—¿Hay alguna novedad? —Laura, tanteando el terreno sin mostrar el panel que acababa de ver.

—Nada nuevo, la página de la compañía sigue igual que antes —respondió, evitando su mirada, mientras desplazaba el dedo por la pantalla, un perfil de wasap brillando por breves segundos antes de bloquear el móvil—. ¿Y tú? ¿Todo bien?

Laura respiró hondo, un atisbo de decisión en su voz.

—Vi una cosa curiosa en el panel. Hay trenes a Ferrol. Salen dentro de poco... Estaba pensando, ¿y si tomamos uno? No es lo que planeábamos, pero, al menos, podríamos ver Asturias de otro modo. Quizá incluso nos venga bien.

Marcos se quedó en silencio, procesando la sugerencia como si le hubieran hablado en otro idioma.

—Ferrol... —repitió, y se frotó la barbilla—. Pero eso está en Galicia, ¿no? Es un desvío enorme.

—¿Y qué? —replicó con una media sonrisa, cansada pero esperanzada—. Aquí no vamos a ninguna parte. Al menos el tren se mueve, y nosotros con él. Ya no hay plan, solo opciones

Marcos suspiró, dejando caer el peso del móvil sobre su muslo.

—¿No te molesta cambiar tanto de plan así?, sin más... —dudó—. No quiero que luego te arrepientas.

Ella negó con la cabeza.

—No me molesta. Lo que me molesta es quedarme aquí, esperando algo que no va a llegar. A veces solo hay que subirse a algo, aunque no sea lo que pensabas. Y Ferrol, bueno... seguro que tiene su encanto. O al menos su paisaje.

Marcos miró el panel, luego a Laura, luego otra vez al panel. Un leve destello de incertidumbre cruzó su rostro.

—¿Y si luego tampoco hay trenes desde Ferrol? —preguntó, casi en un susurro.

—Luego veremos. Un hotel, un coche, lo que sea. Pero no quiero quedarme parada aquí.

Marcos la miró durante unos segundos, dudó. Luego asintió.

—Bueno —cedió al fin, con una sonrisa resignada, casi agradecida—. Ferrol entonces.

Laura consultó el panel una vez más, sin apartar del todo la vista de Marcos.

—El primero sale en veinte minutos. Podemos comprar los billetes en la máquina. Si quieres, yo voy mientras tú cuidas las maletas.

—Mejor vamos los dos, no vaya a ser que tengamos otra sorpresa —replicó él, ya poniéndose de pie y acomodando el asa de la maleta en la mano.

Ella recogió su mochila y juntos, con maletas a cuestas, avanzaron hacia las máquinas expendedoras.

A cada paso, la estación parecía menos ajena, y aunque el destino era incierto, por primera vez en horas, ambos sintieron que, al menos, estaban yendo hacia alguna parte.

Mientras imprimían los billetes, el panel parpadeó una última vez, como si bendijera su decisión improvisada.

Así, sin mapas ni certezas.

Cuando los billetes cayeron en la bandeja, Laura leyó en voz alta el horario, casi sin inflexiones.

—Sale a las 13:10. Son siete horas y catorce minutos de viaje.

—Perfecto —murmuró él—. Justo lo que necesitaba.

No lo decía con resignación ni entusiasmo; era un simple hecho, igual que podría haber leído la previsión meteorológica.

—¿Siete horas y pico para llegar? —preguntó, más para sí que para ella, mientras recogía el billete.

—Sí, eso pone. —Laura giró el boleto entre los dedos—. Llegaremos sobre las ocho. Supongo que podríamos buscar un hotel cerca de la estación.

—O dormir en el tren, si nos dejan. —Intentó una broma, pero la voz le sonó hueca. Se encogió de hombros—. Da igual. Lo importante es salir de aquí.

Caminaron hacia el andén, rodeados de viajeros que parecían moverse con más propósito y menos fatiga.

El reloj de la estación marcaba las 12:55.

Marcos la miró de reojo.

—¿Y qué hacemos en Ferrol? ¿O también vamos improvisando?

—No lo sé. Podemos ver la ciudad, buscar un coche de alquiler, lo que sea más sencillo. —Laura ajustó la correa de su mochila, la mirada fija en el suelo—. Pero ahora mismo solo quiero sentarme y no pensar por un rato. No es mucho pedir.

Avanzaron otro tramo en silencio, el murmullo de la estación llenando los huecos entre palabras.

—Si quieres, cuando lleguemos, te quedas en el hotel y yo me encargo del coche —ofreció Laura, más pragmática que amable.

—Como quieras. —No parecía dispuesto a debatir. Miraba los rieles, como buscando respuestas en las líneas de acero—. Lo mejor es esperar y ya veremos cuando lleguemos.

—Eso espero —respondió Laura sin mirarlo.

La megafonía anunció la inminente salida del tren. Ambos se encaminaron sin prisa, arrastrando las maletas, sin intercambiar una palabra más de las necesarias. El andén estaba casi vacío.

Subieron al vagón, eligieron dos asientos juntos, pero con un espacio invisible entre ellos; una tregua silenciosa, ni hostil, ni cercana, simplemente, dos personas compartiendo destino.

—¿Te importa si me pongo los auriculares? —preguntó ella, más por educación que por necesidad.

—Haz lo que quieras —contestó recostando la cabeza contra el cabezal, cerrando los ojos como si el traqueteo de las vías pudiera arrullarlo.

Laura deslizó los auriculares sin darle al play. Prefería escuchar el ruido del tren, ese golpeteo constante que marcaba el paso del tiempo sin exigirle nada. Afuera, el paisaje comenzaba a desplegarse: prados verdes, casas dispersas, una luz distinta, húmeda y serena.

Durante un buen rato no hablaron.

Laura miraba el paisaje sin verlo, mientras Marcos fingía dormir por momentos.

El tren se detuvo en estaciones pequeñas, casi invisibles. Subía una persona, bajaba otra. La vida seguía en esos pueblos mínimos, ajena al peso que Laura llevaba en el pecho.

Marcos se levantó al poco rato.

—Voy a estirar las piernas —dijo, colgándose la mochila al hombro.

Ese gesto, en apariencia trivial, empezaba a inquietarla. «¿Qué guardaba ahí que no podía dejar ni por un minuto?» «¿Era simple costumbre, o había algo de recelo entre ellos que no se atrevía a nombrar?» —cavilaba para sí misma.

Laura lo observó alejarse por el pasillo. No era raro. Siempre necesitaba moverse. Lo raro era que nunca dejara la mochila.

Cuando regresó, volvió a sentarse sin mirarla. El gesto se repitió al cabo de un rato: se levantaba, se iba, volvía. Siempre con la mochila.

Laura empezó a fijarse en ese detalle con una atención nueva, incómoda.

«Es solo una manía» —se dijo.

Pero la duda ya había hecho su trabajo.

Las estaciones se sucedían: Pravia, Cudillero, nombres que Laura apenas registraba. El tren avanzaba con una lentitud casi provocadora, obligándola a quedarse sola con sus pensamientos.

Casi a las tres horas de viaje, poco después de dejar atrás Villapedre, volvió a levantarse. Esta vez fue la excusa del aseo, «una más» —volvió a pensar. Pero algo era distinto esta vez; dejó la mochila sobre el asiento. Por primera vez, la barrera invisible que protegía ese objeto se resquebrajó.

Laura sintió un latigazo en el estómago.

El silencio se volvió más espeso. El traqueteo del tren parecía amplificado. Pasaron apenas unos segundos cuando el móvil vibró dentro del bolsillo lateral de la mochila.

Dudó un instante, pero la desconfianza pudo más.

Una vibración breve. Luego otra.

Laura se quedó inmóvil.

No quería mirar. No quería saber. Pero el impulso fue más rápido que la razón.

Abrió la cremallera lo justo para sacar el teléfono.

En la pantalla, dos mensajes nuevos.

El primero: "Te quiero".

El segundo: "Tengo ganas de estar contigo".

El nombre apareció encima, claro, sin rodeo: Ana.

La sorpresa fue tan brutal que apenas pudo reaccionar. Laura sintió que algo se rompía de forma limpia y definitiva, como un cristal fino que estalla sin ruido.

No gritó. No lloró.

El mundo simplemente se recolocó de golpe, encajando piezas que llevaba tiempo evitando mirar: la distancia, las excusas, las ausencias, la mochila siempre a cuestas.

Por dentro, era una mezcla de ira y tristeza, un torbellino que le nublabla la vista y le hacía temblar las manos. Se sentía traicionada, sí, pero la traición pesaba más por lo que no había querido ver que por lo que acababa de descubrir. Cada mentira, pequeña o enorme, era ahora una piedra más en el costal invisible que había estado cargando, convencida de que todo era pasajero, de que el amor

podría con los silencios, de que bastaba con esperar a que volviera la luz.

Todo tenía sentido ahora. Y eso era lo más doloroso.

Guardó el móvil con manos firmes, cerró la cremallera y se puso en pie.

El tren aminoró la marcha. El traqueteo se volvió irregular y, entre el chirrido de los frenos y el murmullo de gente levantándose, Laura sintió el impulso urgente de huir.

No lo pensó dos veces: se levantó de golpe, empuñando la maleta con una fuerza que no sabía que tenía. Cruzó el pasillo sorteando los asientos vacíos, el corazón golpeándole las costillas como si intentara escaparse también. El aire olía a metal húmedo.

El tren se detuvo por completo.

Bajó aferrando su maleta, sintiendo que cada paso la alejaba de una vida que, minutos antes, aún creía suya. Sin mirar atrás, bajó los dos escalones del vagón y pisó el andén vacío, donde la lluvia regaba la tierra. Por un instante, le pareció que el mundo entero se detenía con ella, que el único sonido era el pulso en sus sienes y el eco lejano de una voz en el altavoz, ininteligible y neutra, como si el universo quisiera recordarle que nada de lo que le ocurría tenía importancia para el resto del mundo.

Apenas sus pies tocaron el andén, el tren cerró sus puertas con un silbido agudo y, casi de inmediato, volvió a ponerse en marcha, alejándose, como si arrastrara consigo todo lo que Laura ya no podía recuperar.

Sus pensamientos chisporroteaban, inseguros, incapaces de ordenarse. Quiso gritar, pero solo le salió un suspiro quebrado. «¿Desde cuándo se había convertido su vida en esto?» «¿En cuántas mentiras se puede vivir antes de que todo se derrumbe?»

Apretó la maleta con más fuerza.

El andén era tan pequeño que parecía un decorado improvisado: apenas un banco, un reloj parado en el tiempo, un letrero con el nombre del pueblo que ni siquiera leyó. Por un momento, sintió el impulso absurdo de ponerse a caminar por las vías, dejarse empapar por la llovizna, alejarse a pie de todo, sin destino ni mapa. «No

quiero volver» —pensaba. «No quiero volver nunca más a lo que fui hace apenas un minuto».

Respiró hondo una vez, luego otra, hasta que el aire algo fresco le despejó la cabeza. El dolor seguía allí, punzante, pero debajo de la rabia y la vergüenza empezó a asomar algo distinto: una vaga, temblorosa sensación de alivio.

Por primera vez en mucho tiempo, tenía la opción de elegir. De irse. De no esperar más explicaciones, de no mendigar migajas de cariño ni justificar lo injustificable.

Se quedó quieta, envuelta en ese silencio irreal que sigue a una decisión irrevocable.

La estación era pequeña y desierta, el eco del tren disipándose entre el rumor de la llovizna.

Sintió el peso de la maleta y el de sus propios pensamientos, pesados, espesos, imposibles de soltar.

Dolor, rabia, impotencia: un inventario de emociones que no sabía como ordenar ni hacia dónde dirigir.

Miró a su alrededor. Un banco, un reloj antiguo, un cartel oxidado.

Leyó el nombre despacio, como si lo pronunciara por primera vez en voz alta:

Navia.

No significaba nada.

Y, por eso mismo, lo significaba todo.

Un nombre que no expresaba nada para ella, una hoja en blanco en mitad de una pared.

Laura tragó saliva y, por primera vez, caminó hacia la salida, con la maleta en una mano y el corazón, roto pero terco.

El tren se perdió tras la curva con un sonido hueco, como si se llevara también el eco de una vida que ya no era suya.

Permaneció quieta unos segundos, inmóvil en mitad de la nada, bajo una llovizna fina que comenzaba a calar sin prisa. El silencio era distinto al de la estación de Oviedo: no había megafonía insistente, ni carreras, ni relojes apremiando. Solo el rumor del agua y un leve olor a tierra húmeda.

Se sentó en el banco de madera, dejando la maleta a sus pies. Le temblaban las manos, pero no de frío.

Todo había ocurrido demasiado rápido y, al mismo tiempo, llevaba tiempo gestándose.

Era un lugar que no esperaba a nadie.

Y, sin embargo, ahí estaba ella.

Caminó sin rumbo fijo, arrastrando la maleta por un suelo irregular, observando escaparates cerrados y terrazas a medio llenar. Nadie la miraba. Nadie la juzgaba. Por primera vez en mucho tiempo, no era la mujer de nadie. No tenía que justificar nada.

IV

Habían pasado tan solo dos minutos cuando Marcos volvía hacia su asiento. El tren había salido de la estación y ya surcaba el puente sobre la ría de Navia.

Abajo, el pueblo se mostraba con una claridad casi solemne, recogido alrededor de la ría y abierto al mar del fondo. La bajamar dejaba el paisaje al descubierto: bancos de arena extendidos como lenguas pálidas tras la retirada del agua, pequeñas embarcaciones de pesca varadas a un lado, inmóviles, como si descansaran después de una noche larga. En los Astilleros de Armon, los remolcadores permanecían asentados en el nivel bajo que marcaba la marea, enormes y silenciosos, integrados en esa quietud suspendida.

Marcos apoyó la frente en el cristal. El vaho de su respiración fue borrando poco a poco el reflejo de su propio rostro hasta dejar solo el exterior: el caserío compacto, los tejados rojizos, alguna chimenea todavía humeante pese a la llovizna persistente, el campanario asomando entre los árboles con una discreción casi tímida.

El tren avanzaba despacio sobre la estructura de hierro, como si dudara en abandonar tanta calma, tanta agua dormida. En una de las orillas, unos niños lanzaban piedras a la ría; sus voces apenas llegaban hasta él, amortiguadas por la distancia y el cristal.

Sintió una punzada de nostalgia por algo que no podía nombrar, un deseo vago de bajar, de caminar entre las casas, de perderse en las callejuelas estrechas que serpenteaban hasta el puerto. El pueblo se deslizaba ante sus ojos, envuelto en una llovizna, y la ría, en bajamar, dejaba al descubierto secretos que el agua normalmente protegía: troncos arrastrados por la corriente, redes secándose al sol y el brillo fugaz de algún pez atrapado en un charco aislado.

Mientras el tren completaba el cruce y el paisaje quedaba atrás, se preguntó si alguna vez volvería a sentir que pertenecía a un lugar, si dejaría de ser ese pasajero permanente que observa la vida desde el otro lado del cristal. Por ahora, solo podía mirar y fijar ese instante de belleza callada en la memoria, dejando que el traqueteo del convoy arrastrara consigo una parte de su inquietud.

Pensó en Ana, en el deseo de estar con ella, un pensamiento que apareció sin aviso y sin culpa.

Dejó de pensar cuando, casi sin darse cuenta, llegó a su vagón.

Al entrar, el ambiente había cambiado. Un silencio espeso se apoderaba del espacio. Las miradas de los pasajeros, que hasta hacía un momento le habían resultado tan neutras como el paisaje exterior, se clavaron en él con una atención incómoda, como si esperaran algo, como si en cualquier instante pudiera revelarse un secreto que ni él mismo alcanzaba a comprender.

Durante unos segundos se sintió fuera de lugar, protagonista involuntario de una escena que no le pertenecía, el sospechoso de una historia oscura. El peso de aquellas miradas le comprimió el pecho.

Recorrió el vagón con la vista, buscando sin pensar la imagen familiar: el cabello suelto de Laura, la curva de sus hombros inclinados junto a la ventana.

Pero el asiento estaba vacío.

Parpadeó, incrédulo. Solo la mochila que había dejado seguía allí, en el suelo, como una prueba muda de que aquello no era una confusión. La maleta también estaba desplazada, fuera del lugar donde la habían colocado juntos, movida de forma evidente. No era un descuido. Tampoco un simple gesto trivial.

El pánico comenzó a filtrarse despacio bajo su piel, frío, reptante. Por un instante, el tren pareció inclinarse, y el mundo a su alrededor se volvió inestable, frágil, a punto de venirse abajo.

Las personas del vagón continuaban observándolo. Algunas con curiosidad abierta; otras, con una lástima discreta. Algo que se mira de reojo para romper la monotonía del viaje.

Dudo en salir corriendo, recorrer los vagones, gritar su nombre, pedir ayuda. Pero la voz se le quedó atrapada en la garganta. No

salió ningún sonido.

Solo fue capaz de agacharse y recoger la mochila del suelo, aferrándose a ella como si ese gesto cotidiano pudiera devolverle una parte de la realidad que acababa de perder.

El tren seguía avanzando, indiferente, mientras él se quedaba inmóvil, los nudillos claros, la mente completamente en blanco. Afuera, la ría y el pueblo quedaban atrás.

Dentro de aquel vagón, para Marcos, todo acababa de detenerse.

La confusión apenas le dejaba respirar. El murmullo lejano de los pasajeros se mezclaba con el eco de sus propios pensamientos cuando, de pronto, una voz pausada lo sacó de ese estado suspendido.

—Joven —dijo una señora de cabello blanco, con las manos firmemente aferradas a un bolso de tela—. No quiero meterme donde no me llaman, pero... ¿no venía usted con una muchacha?

Marcos levantó la vista, desorientado.

—La vi hace un rato —continuó ella—. Parecía apurada. Cogió una maleta y bajó en la última estación, justo antes de que partiera el tren.

Parpadeó varias veces, como si el tiempo se hubiera ralentizado. Sintió que le faltaba el aire.

—¿Está segura? —preguntó al fin, en un hilo de voz.

La mujer asintió con una expresión cargada de compasión.

—Sí, hijo. La vi desde mi asiento. Iba sola y se fue deprisa. Me pareció que lloraba, aunque... —se encogió ligeramente de hombros—, solo la vi un momento.

Marcos no quiso escuchar más. Las palabras se le acumulaban en la cabeza como fragmentos de una verdad que se resistía a aceptar. Sacó el móvil del bolsillo con un gesto casi desesperado, buscando el nombre de Laura. Antes de poder marcar, la pantalla se iluminó con varias notificaciones: mensajes de Ana. El brillo del móvil le resultó de pronto agresivo, casi una advertencia.

Le temblaban los dedos mientras desbloqueaba el teléfono. Leyó los mensajes uno tras otro, y una sensación de vértigo lo atrapó con fuerza.

El vagón pareció girar a su alrededor. El traqueteo del tren se convirtió en un golpe constante, como un tambor marcando el ritmo de su confusión. Alzó la vista, buscando en el espacio alguna señal, cualquier indicio que le dijera qué hacer.

—¿Está bien? —preguntó la señora, ahora con un tono más suave. Marcos negó despacio.

—No lo sé —murmuró—. Creo que... creo que todo se ha ido a la porra.

El silencio volvió a instalarse dentro de él.

Con la mochila aún entre las manos, marcó el número de Laura. La llamada se desvió al buzón de voz. Intentó escribirle un mensaje, pero las palabras seguían atascadas tanto en la garganta como en la pantalla.

*—Laura, ¿dónde estás? Por favor, contesta.

Esperó. Los segundos cayeron pesados, uno tras otro. En la pantalla apareció un único tic.

La señora se levantó, le dio una palmada breve en el hombro y se alejó por el pasillo, dejándolo solo con la incertidumbre, el móvil aún encendido en la mano y la sensación nítida de que algo esencial acababa de terminar en una estación desconocida.

Afuera, la ría y el pueblo seguían su curso.

Dentro del vagón, Marcos se hundía, intentando recomponer, sin éxito, el rompecabezas de lo ocurrido.

Laura avanzaba con la maleta en la mano, sin un rumbo definido. Sus pasos parecían obedecer más a la necesidad física de moverse que a una decisión consciente. El aire fresco le rozaba el rostro y, durante un instante, tuvo la sensación de que el ruido de la estación se deshacía a su espalda, diluyéndose en el murmullo del pueblo y en el eco lejano de la ría.

«Piensa, Laura. No te dejes arrastrar», —se repetía—. Aunque las ideas se le amontonaban sin orden, dispersándose como pájaros asustados. Cada bocanada de aire era un esfuerzo por calmar el temblor de sus manos, por evitar que el caos de mensajes leídos y palabras no dichas se apoderara por completo de ella.

Pasó frente al Casino, con su construcción imponente y el brillo frío de los ventanales. Un edificio palaciego que antaño había sido sede de la Universidad de Oviedo. Más adelante, dejó atrás lo que le pareció un cine, o tal vez un teatro, con la marquesina apagada y las puertas cerradas, como si custodiara historias que no le pertenecían.

Fue en aquel momento, a mitad de la acera, cuando algo la detuvo.

Ante ella se alzaba un edificio grande, solemne, como surgido de otro tiempo. Una casa indiana, con balcones de madera, galerías acristaladas y detalles que hablaban de viajes lejanos, de fortunas hechas y de regresos cargados de promesas. En la verja, un cartel sencillo, con una única palabra —Hotel— brillaba en dorado, discreto y tentador.

Se quedó inmóvil. Sintió que la pesadez de la maleta era también el peso de todo lo que no había dicho, de lo que había dejado atrás en el andén, de las preguntas y de los mensajes de Ana, que seguían resonando en su cabeza.

Imaginó pasillos silenciosos, habitaciones con vistas a la ría, la posibilidad de encerrar sus pensamientos entre paredes limpias y ajenas. «¿Sería cobardía esconderse allí?» —se preguntó—. «¿O solo una pausa necesaria, un respiro antes de tomar cualquier decisión?»

Miró sus zapatos mojados, tragándose la inquietud. Quizá necesitaba ese paréntesis: un lugar donde nadie le exigiera respuestas inmediatas, donde pudiera sentarse en el borde de una cama extraña y dejar que el desorden interior encontrara, poco a poco, un cauce.

El letrero del hotel parecía una invitación muda, un gesto amable en medio de la confusión.

Eran las tres y media de la tarde cuando apretó con fuerza el asa de la maleta. Tras una última mirada a su alrededor —el pueblo seguía su rutina, ajeno a su tormenta— empujó la verja y cruzó el umbral, buscando algo más que un techo: buscaba quietud.

Nada más entrar, la recibió una luz suave filtrada por vitrales antiguos que acariciaba el suelo de madera pulida. El ambiente olía a calma, a flores silvestres dispuestas en un ramo sobre una mesa redonda.

Al fondo, tras el mostrador de madera oscura, un recepcionista la observaba con una atención que resultaba difícil de esquivar. Rondaría los cincuenta años, llevaba el pelo engominado y una sonrisa fija que no abandonó ni un segundo. Su mirada, directa y penetrante, parecía recorrerla sin prisa.

—Buenas tardes. ¿Busca alojamiento? —preguntó con una voz pausada, como si el tiempo allí avanzara a otro ritmo.

—Sí, por favor... —carraspeó, insegura—. ¿Le queda alguna habitación libre?

El recepcionista consultó el ordenador con parsimonia.

—Justamente nos queda una —respondió—. Es abuhardillada, con vistas a los jardines. Tiene un encanto especial. Si le parece bien, puedo enseñársela.

Asintió casi sin pensarlo, con la sensación de que, por primera vez desde hacía horas, algo jugaba a su favor. Siguió al recepcionista por una escalera de madera que crujía bajo sus pasos, ascendiendo hacia lo alto de la casa indiana.

Él la observaba mientras subía. Se fijó en la delicadeza de sus movimientos, en esa mezcla de incertidumbre y dignidad contenida que parecía envolverla. Su mirada descendió, casi sin querer, por la silueta que marcaba la blusa mojada. El tejido se ceñía a su cuerpo, transparentando de forma sutil la forma de sus pechos, el escote ligeramente desabrochado, la piel aún húmeda y el temblor leve de su respiración.

Apartó la vista con un gesto medido, esforzándose por recuperar la compostura. Aun así, la imagen quedó grabada, consciente de haber cruzado una frontera invisible entre la cortesía profesional y un deseo que prefería no nombrar.

Laura notó esa observación. Era una sensación conocida: personas que desnudan con la mirada sin decir una sola palabra. Un escalofrío le recorrió la espalda. No se sentía abiertamente incómoda, pero sí vulnerable, como si aquel hombre pudiera atravesar la tela empapada y adivinar el torbellino que llevaba dentro. En ese cruce silencioso quedó suspendido todo lo que no se atrevía a decir en voz alta.

Llegaron a una puerta de madera oscura, decorada con una aldaba de bronce en forma de golondrina.

El recepcionista giró la llave y empujó con cortesía.

—Aquí está. Espero que le guste.

La habitación era pequeña, pero acogedora. El techo inclinado dejaba ver las vigas de madera, y una ventana amplia enmarcaba la ría a lo lejos. Una cama vestida de blanco, una lámpara de lectura y una mesa junto a la ventana componían el espacio. No había artificios: todo invitaba al descanso.

Laura dejó la maleta en el suelo y recorrió la estancia con la mirada, notando como su respiración se acompasaba al ritmo tranquilo del lugar.

—Es perfecta —murmuró, casi para sí.

El recepcionista sonrió.

—Me alegro. Si necesita cualquier cosa, estaré abajo. Si le apetece algo caliente, puedo prepararle un té o un café.

—No, gracias —respondió ella—. Ahora no.

—Como desee. Cualquier cosa, me avisa.

Mientras bajaba de nuevo a la recepción, no pudo evitar que la imagen de Laura volviera a ocupar sus pensamientos. Fantaseó con encuentros fortuitos en el pasillo, con miradas prolongadas, con roces aparentemente casuales bajo la luz tenue del vestíbulo. Sabía que los huéspedes iban y venían, pero, aun así, se preguntó qué historia traía consigo aquella mujer y cuánto tiempo permanecería allí antes de marcharse.

Una vez que la puerta se cerró, se quedó en silencio. Sus pensamientos iban y venían; todo era buscar el porqué de todo, aunque ya había comenzado a despejar muchas dudas. Su sentimiento era de vulnerabilidad por primera vez en mucho tiempo, dejando que el calor de la habitación la pudiese abrazar.

Afuera, la llovizna seguía cayendo.

Dentro, todo parecía, por fin, en pausa.

Permaneció sentada en la cama, escuchando como los pasos del recepcionista se perdían por el pasillo. No le había generado una sensación clara de seguridad, pero el cansancio le ganó la partida. Cerró los ojos y dejó que el silencio se le echara encima como una

manta tibia. Afuera, la llovizna seguía cayendo; dentro de la habitación, el tiempo parecía haberse detenido.

Se tumbó bocarriba, con la mirada fija en las vigas de madera que cruzaban el techo inclinado. Intentó vaciar la mente, dejarse arrullar por el rumor constante de la lluvia y el olor tenue de la madera antigua. No lo consiguió. Los pensamientos comenzaron a fluir con la insistencia de la ría, empujándose unos a otros, todos conduciéndola al mismo nombre: Marcos.

«¿En qué momento había empezado a sospechar?» —pensaba. Tal vez en esas llamadas a deshoras, o en la forma en que él apartaba el teléfono cuando ella se acercaba. En los silencios incómodos cada vez que Ana aparecía en alguna conversación. En los mensajes leídos a medias, sin explicación posible.

Había preferido no mirar de frente, sostener la duda como quien camina al borde de un precipicio sin asomarse. Pero los mensajes en el móvil de Marcos, breves y demasiado claros la habían empujado de golpe a la evidencia.

Sintió una mezcla de rabia, tristeza y una extraña sensación de alivio. Dolía, sí, pero la verdad tenía esa capacidad brutal de ordenar el caos, de poner nombre al miedo.

Bajo el techo inclinado, protegida por la lluvia, se preguntó si alguna vez había querido ver la realidad. Quizá una parte de ella siempre lo había sabido y había preferido inventar excusas: el cansancio, el estrés, la casualidad. Intentó discernir si el dolor provenía de la traición o de la pérdida de todo aquello que había creído construir.

Dejó que el silencio la envolviera de nuevo.

El cansancio acabó imponiéndose. Sin darse cuenta, se quedó dormida sobre las sábanas limpias, la tensión acumulada aflojándose en un sueño profundo y sin imágenes.

Cuando despertó, aún era de día.

Miró el reloj: faltaban pocos minutos para las siete y media. Había dormido casi dos horas. Estiró las piernas despacio, notando el cuerpo entumecido, y se sentó en el borde de la cama.

La tormenta había pasado. Ya no se oía el repiqueteo de la lluvia, solo el murmullo lejano de algún pájaro y voces dispersas en la calle.

Abrió la maleta y fue sacando la ropa con movimientos lentos, casi ceremoniosos. Eligió unos vaqueros cómodos y una camiseta sencilla; añadió una chaqueta ligera, por si refrescaba. Miró la ropa más elegante que había traído y negó levemente con la cabeza. No era el momento.

Después de una ducha rápida, que la despejó y la reconcilió apenas un instante con su reflejo, se vistió y se observó en el espejo. Las sombras bajo los ojos seguían allí, pero también una determinación callada.

—Salgo a ver el pueblo —se dijo en voz baja, como si al pronunciarlo pudiera recuperar algo de control.

Bajó las escaleras y encontró al recepcionista revisando su móvil tras el mostrador. Se acercó y apoyó suavemente los codos sobre la madera.

—Buenas tardes —saludó, con la voz aún algo semidormida—. ¿Podría recomendarme algo para ver por aquí? No conozco nada del pueblo y me vendría bien perderme un poco.

Él levantó la vista y dejó el teléfono a un lado. La observó con atención antes de sonreír.

—La verdad, llevo poco tiempo aquí —admitió—, pero me ha dado tiempo a descubrir algunos rincones.

—Eso suena bien.

—Si sales por la puerta y giras a la derecha, llegas a la avenida de los Emigrantes. El pueblo no es grande, pero tiene encanto. Si sigues un poco más, llegas al puerto, a la ría.

Tras una pausa, se quedó mirando fijamente a sus ojos.

—Al terminar mi turno, te puedo recomendar qué ver.

Laura se quedó sorprendida. Dudó unos segundos.

Él pareció notar la vacilación.

—No hay compromiso —añadió—. Solo si te apetece. A veces compartir un paseo ayuda a cerrar el día de otra manera.

De pronto carraspeó, consciente de haberse expuesto demasiado. Su gesto se endureció ligeramente y adoptó un tono más profesional.

—En cualquier caso, si necesitas algo, solo dímelo. Estoy aquí para ayudarte.

Con más distancia, comenzó a detallar.

—Si te gusta caminar, puedes seguir el paseo de la ría hasta el final. Y si te entra hambre, hay una sidrería familiar antes del puerto. Cocina casera, de la buena.

—¿Y algún sitio especial, algo que no salga en las guías?

—Lo especial de este pueblo es la gente —le dijo, después de estar pensativo por un momento—. Aquí te saludan, aunque no te conozcan. Si preguntas por una calle, acabas escuchando media vida. A veces lo mejor es dejarse llevar.

Laura sonrió, agradecida.

—Creo que eso es justo lo que necesito hoy.

—Entonces vas por buen camino. Y si vuelves y te apetece un café, aquí estaré.

Bajó la voz.

—¿Te quedarás muchos días?

Miró por la ventana, hacia el cielo que comenzaba a dorarse.

—No lo sé todavía. Supongo que depende de cómo me sienta aquí.

Él asintió despacio.

—Este pueblo da tiempo y espacio para pensar. A veces eso es suficiente.

—No estaría mal perderme unos días —respondió ella—. Sin decidir nada.

—Pues aquí tienes tu refugio. Y si en algún momento necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme. O podemos tomar un café si lo deseas —insistía.

Se había quedado prendado de la belleza de Laura, sus ojos seguían cada movimiento y reacción. Seguía desnudándola con la mirada.

—Por cierto, me llamo Juan —al mismo tiempo que extendía su mano.

—Laura —respondió estrechándole la mano.

Intercambiaron unas palabras más. Él le contó que había llegado hacía pocos meses, buscando tranquilidad; ella escuchó, sin ganas de profundizar.

Al salir a la calle, notó el aire húmedo, el olor a tierra mojada y hierba fresca.

Se quedó pensativa por las palabras del recepcionista, con sus miradas posesivas, de esas que desean cautivar para uno mismo.

Pensó en no darle importancia.

Mientras caminaba, meditaba en cuántas veces había postergado el simple placer de deambular sin rumbo. Ahora, en aquel pueblo desconocido, con la tarde estirándose en tonos dorados, sintió una nostalgia dulce por las cosas sencillas y una curiosidad nueva por lo que aún no sabía de sí misma.

Siguió la calle principal —o eso creyó— dejando que el tiempo avanzara sin prisa, abierta, por primera vez en mucho tiempo, a lo que pudiera encontrar.

Al poco de caminar, se encontró frente a un local cuyo rótulo decía Sidrería Antolín. Visto desde fuera, tenía algo acogedor, una promesa discreta de refugio. No solo sidra: una pausa. Una conversación posible. Se dejó llevar por el impulso y se sentó en la terraza, bajo una sombrilla blanca que filtraba la luz del atardecer.

Pidió una sidra. Mientras esperaba, encendió un cigarrillo y dejó que el humo se mezclara con el aire fresco del pueblo.

Observó a quienes pasaban por la acera: caminaban sin prisa, charlando con un acento musical que le resultó amable. Se preguntó cuántas historias se cruzaban allí cada día, entre palabras suaves y gestos familiares.

El camarero, de ojos vivaces y sonrisa abierta, le llevó la botella y un vaso frío, dejándolos sobre la mesa con naturalidad.

—¿Eres de aquí? —preguntó, rompiendo el hielo.

—No —respondió ella—. Acabo de llegar.

—Entonces todavía estás a tiempo de cogerle el ritmo —dijo él, divertido—. Yo tampoco lo soy. Aquí uno acaba contagiándose.

—Yo soy Laura.

—Manolo —se presentó—. Encantado.

—¿Hacéis cenas?

Manolo infló un poco el pecho, orgulloso.

—Claro. Y bien hechas. Aquí se come mejor que en muchos sitios de Navia.

Laura sonrió.

—Eso lo dice todo el camarero de su propio local.

Él se inclinó ligeramente hacia ella, en tono cómplice.

—Puede ser, pero aquí lo decimos con motivo. Los guisos de doña Mercedes son casi leyenda. La fabada, el arroz con leche... Hay gente que viene desde lejos solo por eso.

Laura se inclinó hacia delante, interesada.

—¿Y tú qué recomendarías?

Manolo dudó un instante.

—Depende. Si quieres algo de aquí de toda la vida, la fabada. Si prefieres pescado, la merluza a la sidra. Hoy es viernes; mañana a comer espero que no falles.

Laura sintió el placer de las decisiones pequeñas, las que no pesan.

—Quizá vuelva —dijo—. ¿Y tú cómo acabaste aquí?

Manolo miró hacia la ría.

—Por trabajo, pero al final uno se queda. Cada día pasa algo: gente que viene a celebrar, otros a olvidar, otros solo a sentarse y mirar como pasa la vida... como tú hoy.

Ella guardó silencio un momento, mirando el vaso entre las manos.

—Me gusta como se habla aquí —comentó—. El acento... hace que una se sienta menos fuera de sitio.

—Eso dicen todos —respondió él—. El acento se te mete dentro.

Un grupo pasó saludando al dueño, Juanín, que respondió entre risas. Laura observó esa complicidad cotidiana y pensó que quizá perderse significaba permitirse entrar en escenas así, aunque fuera solo como espectadora.

La tarde avanzaba y la terraza se iba llenando. Laura se sintió tentada a quedarse más tiempo, a dejar que las horas se sucedieran una tras otra, como vasos de sidra compartidos entre desconocidos que, poco a poco, se volvían parte de su propia historia.

—Y tú, ¿qué buscas en Navia? —preguntó el camarero, al volver para recoger la botella vacía.

Miró alrededor: el cielo cambiando de tono, las conversaciones cercanas.

—Todavía no lo sé. Pero hoy, aquí, creo que solo quiero sentir que el tiempo pase deprisa. Y que los días me dejen tranquila, en paz — no quiso dar más explicaciones.

El camarero asintió, cómplice.

—Entonces este es tu lugar.

El murmullo de la terraza, el aroma de la sidra y la promesa de una comida casera le hicieron pensar que, quizá, en ese pueblo y en esa sidrería, había mucho más por descubrir.

Laura siguió caminando.

Las barcas dormían atadas en el pequeño puerto. La marea seguía baja, y las nubes se reflejaban en el agua quieta. Se detuvo un instante. El pueblo parecía deslizarse con la misma suavidad con la que la ría avanzaba hacia el mar, como si el tiempo se entretuviera en la tarde.

Caminó despacio junto a la ría, siguiendo el sendero que serpenteaba hasta la desembocadura. Algunas personas paseaban; otras se sentaban en los bancos, mirando sin prisa. Vio a una pareja de ancianos caminando de la mano, a un niño jugando con su perro.

La escena era tan sencilla que resultaba casi irreal.

Respiró hondo. Sintió como algo en su interior aflojaba. Pero el nombre de Marcos regresó, persistente, como una corriente subterránea.

El dolor seguía allí, silencioso, y a ratos las lágrimas le bajaban sin permiso.

Aun así, no se permitió detenerse.

Pensó en todo lo dejado atrás, en las noches de insomnio, en las dudas. Se preguntó si había hecho bien al bajarse del tren sin pedir explicaciones. Y, al mismo tiempo, sintió gratitud por estar allí, eligiendo avanzar, aunque doliera.

Quizá perderse era mirarse desde otro lugar. Permitirse sentir sin huir. Convivir con la herida mientras sanaba.

El aire refrescó. Aunque era agosto, la noche empezaba a asomarse. Miró el reloj: las nueve y media. El sol aún iluminaba débilmente sobre el pueblo.

Regresó a la sidrería. Tenía hambre de verdad, de esa que se siente en las tripas y te despierta el apetito.

—¡Vaya, has vuelto! —gritó, dejando de secar un vaso—. Sabía que acabarías rindiéndote a la tentación.

Laura se rio, encogiéndose de hombros.

—La verdad, no pude resistirme. Desde que probé la sidra y pensé en comida... bueno, me atrapó el estómago.

—¿Te apetece cenar dentro o prefieres la terraza? —preguntó él, señalando ambos ambientes.

—Dentro, por favor.

La condujo a una mesa y le acercó la carta, aunque se adelantó.

—Te voy a ser sincero. Hoy tenemos cachopo, y está espectacular. Si te animas, te aseguro que no te arrepientes.

—¿Cachopo? Nunca lo he probado.

El camarero abrió los ojos con fingido escándalo.

—¡Eso hay que solucionarlo ya mismo! Es casi un sacrilegio venir al norte y no probarlo.

—¿Pero no será mucho para cenar?

—No. Te traeré uno más pequeño, para que al menos lo comas.

—Bueno, entonces, me fío de ti.

—¿Y para beber? ¿Una sidra, quizás?

—Fría —respondió ella, sonriendo.

—Marchando una de cachopo y sidra. ¿Y de postre qué te apetece? —preguntó mientras tomaba nota.

Laura hojeó la carta por esmero, aunque ya lo tenía decidido.

—Arroz con leche. Deseo probarlo a ver cómo está.

—Muy sabia elección. Ahora mismo te lo traigo todo. ¿Te apetece algo mientras esperas? Un poco de pan, unas aceitunas...

—Aceitunas estaría bien, gracias.

Se quedó observando el local, percibiendo que aquel lugar era mucho más que una simple sidrería: era un refugio donde convergían amistades antiguas, encuentros familiares y sonrisas compartidas. A través de las conversaciones, el murmullo se entrelazaba con las risas, dibujando un mosaico vibrante de historias cotidianas.

El lugar, testigo tranquilo de ese ir y venir, parecía guardar sus secretos en cada rincón. Las paredes lucían orgullosos adornos marineros, redes envejecidas, remos barnizados, fotografías en sepia

de barcos y mareas, recuerdos de una vida ligada al mar que envolvían la estancia en nostalgia salina. Las mesas, muchas con un tonel debajo y sillas de madera, con años auestas, chirriaban dulcemente al moverse, sumándose al coro de sonidos familiares.

Cada marca y cada grieta de la madera contaba una anécdota, un brindis, una despedida, una celebración. Era un lugar de cobijo, donde cualquiera podía encontrar un rincón cálido y sentirse parte de la escena.

Mientras esperaba, observaba a la gente, marineros, quizás gastados por los años. Un lugar vivido.

Juanín se acercó y la saludó con naturalidad.

—Espero te guste la cena. Ya verás como sales encantada —comentó guiñándole un ojo, antes de desaparecer entre el bullicio para atender a otro grupo que acababa de entrar.

Aunque el ajetreo era constante, Juanín se las ingeniaba para estar en todo, supervisando que no faltase de nada y dedicando siempre unas palabras cariñosas a cada comensal. Ese trato cercano contribuía a la atmósfera cálida del local, haciéndole sentir, por un momento, más una habitual que una forastera.

El camarero regresó con la sidra.

—¿Sabías que aquí la luna decide casi todo? —le susurró a Laura, inclinándose un poco—. Mareas, cosechas, hasta el humor del pueblo.

Ella soltó una carcajada.

—Entonces hoy debe ser luna buena, porque hay muy buen ambiente.

Él dejó la sidra en la mesa y, medio en broma, añadió.

—Y si la comida no te convence, prometo invitarte a la próxima.

—¿Sueles apostar así con todos los clientes nuevos?

—Solo con quienes que parecen necesitar una buena cena.

La llegada del cachopo interrumpió la conversación. Juanín, el propietario, colocó el plato delante de Laura con gesto ceremonioso.

—Aquí tienes, la estrella de la casa. Ojo, es enorme. Si no lo terminas, no pasa nada.

Laura lo miró, atónita ante el tamaño.

—¡Esto puede alimentar a una familia entera!

Manolo rio —aún seguía de pie, junto a ella.

La cena había terminado y la noche envolvía las casas en su manto tranquilo. Laura salió de la sidrería con paso lento, casi arrastrando los pies, como si la digestión de aquel festín asturiano requiriera también asimilar los pensamientos que le agitaban la cabeza. La brisa suave de la ría le acariciaba el rostro, y ella se detuvo, fascinada por el reflejo de las luces sobre el agua.

La marea baja había dejado al descubierto la profundidad del puerto náutico. Las barcas balanceaban bajo la luz tenue de las farolas. El murmullo de la corriente, mezclado con el crujido ocasional de las barcas al chocar suavemente unas contra otras, provocaba un sonido sordo y rítmico, casi como un suspiro que acompañaba la quietud de la noche.

Allí, sobre la barandilla desde la que podía contemplar el ir y venir del agua, encendió un cigarro, sintiendo como la brisa fresca disipaba el humo en espirales suaves.

Permaneció inmóvil, saboreando el contraste entre el calor del tabaco y el aire salino, y permitiéndose, por fin, un momento de pausa y recogimiento. En ese instante, con la naturaleza desplegando sus pequeños misterios a su alrededor, sintió que el tiempo se diluía, como si las heridas y las dudas pudieran, al menos por un rato, quedarse atrás junto a las huellas que la marea pronto borraría.

Sin embargo, en cuanto el bullicio del restaurante quedó atrás, sus pensamientos empezaron a revolotear de nuevo en torno a la misma inquietud, esa sombra que se había instalado en su mente: Marcos. Las advertencias de sus amigas regresaron con claridad.

Ahora, de pie frente a la ría, los recuerdos desfilaban ante ella con una claridad dolorosa.

Ahora, aunque doliera, la verdad traía alivio.

Mientras caminaba hacia el hotel, en ese paseo lento, cada paso se volvía una meditación. Sus pensamientos, como el agua en la ría, seguían moviéndose, a veces turbulentos, a veces tranquilos. Pero por primera vez en mucho tiempo, sentía que la corriente la llevaba hacia donde realmente necesitaba estar: consigo misma, sin más engaños, sin más dudas.

El vestíbulo del hotel estaba casi vacío cuando Laura entró. Una luz cálida iluminaba el suelo de madera y los cuadros de paisajes colgados en las paredes, resaltando la serenidad del lugar.

El silencio, apenas roto por algún crujido antiguo, le resultó reconfortante después del murmullo constante de la sidrería.

Detrás del mostrador, una recepcionista joven levantó la vista del libro que estaba leyendo. Tenía una sonrisa franca y una mirada tranquila, como si hubiera estado esperando su regreso.

—Buenas noches. ¿Cómo está usted? —preguntó, cerrando el libro con cuidado.

Laura le devolvió la sonrisa, agradeciendo sin darse cuenta aquella amabilidad sencilla.

—Muy bien, gracias. Este pueblo tiene algo especial. Aunque he visto poco, me ha gustado mucho.

La recepcionista asintió con un entusiasmo contenido.

—Suele pasar. ¿Pudo pasear por la ría? Por la noche está especialmente bonita.

—Vengo de allí —respondió Laura—. Con las luces reflejadas en el agua... impresiona.

—Muchos huéspedes dicen que ayuda a pensar. A ordenar ideas —. Comentó ella.

Laura dudó un instante.

Pensó en todo lo que había removido aquella tarde, en la mezcla de cansancio y claridad.

—Creo que es verdad —dijo al final—. A veces el silencio es lo único que te permite escuchar lo que importa.

Ambas guardaron silencio durante unos segundos, como si la conversación hubiera tocado algo delicado.

—Me alegra que haya tenido una buena noche —continuó la recepcionista, retomando un tono más práctico—. Le recuerdo que el desayuno se sirve de ocho a diez, en el comedor del edificio de enfrente. Tenemos pan recién hecho y mermeladas caseras.

—Eso suena tentador —respondió Laura, notando como la pesadez del pecho se le aligeraba un poco—. Creo que mañana madrugaré solo por probarlo.

La joven sonrió.

—Si quiere, puedo recomendarle alguna ruta para caminar. Hay senderos muy bonitos por aquí.

—Me encantaría. No conozco nada, así que cualquier sugerencia será bienvenida.

La recepcionista sacó un pequeño mapa y lo extendió sobre el mostrador, señalando con el dedo.

—Aquí está el club náutico, aquí el mercado —solo los jueves—, y este sendero lleva a un mirador precioso. Desde allí se ve toda la ría y empieza la senda costera.

Laura observaba el mapa, pero también la forma en que ella hablaba, con calma y cercanía.

—¿Tiene algún rincón favorito? —preguntó.

Ella la miró unos segundos.

—El mirador al atardecer —respondió—. Y mejor llevar una chaqueta; suele refrescar.

—Gracias, lo tendré en cuenta. ¿Hace mucho que trabaja aquí?

—Unos tres años. Me gusta estar al tanto de los que vienen y escuchar sus historias. Cada huésped tiene algo especial que contar.

—Supongo que ve de todo.

—Sí, desde parejas que celebran aniversarios hasta personas que quieren empezar de nuevo. Los hoteles son como estaciones de paso por la vida, ¿no cree?

—Me gusta esa idea —respondió pensativa—. A veces es justo lo que uno necesita: una estación de paso, un respiro.

Se despidieron con una última sonrisa compartida.

Antes de subir a su habitación, Laura se giró una vez más.

—Gracias por la conversación y los consejos. Me ha hecho bien —dijo.

—Para eso estamos —contestó ella—. Que descanse. Mañana será un buen día.

Mientras subía lentamente las escaleras, el eco suave de sus propios pasos le recordaba que estaba sola y, al mismo tiempo, acompañada por la calma peculiar de los lugares nuevos. Sentía el crujido leve de la madera bajo los pies, con esa mezcla de antigüedad que flotaba en los pasillos.

Se quitó los zapatos y se sentó en la cama. La imagen de la ría, la sidrería, las conversaciones breves, regresaron mezcladas con el recuerdo inevitable de Marcos.

Ya no había rabia. Solo una tristeza honda y una claridad nueva.

Cerró los ojos. Afuera, el pueblo dormía.

Dentro, después de mucho tiempo, Laura permitió que el cansancio la venciera sin resistirse.

La mañana amaneció despejada. El sol iluminaba las fachadas antiguas con un brillo suave, y una brisa ligera recorría las calles aún tranquilas. Era sábado. El aire fresco del norte se colaba por las rendijas, despertando poco a poco al pueblo.

Marcos estaba sentado ante una taza de café humeante. Untaba mantequilla sobre el pan sin prestar atención, atrapado en un remolino de pensamientos. Había desayunado temprano, casi de manera automática, ajeno al murmullo de las conversaciones que lo rodeaban.

Su mente estaba en otro lugar: en los raíles que lo llevarían a Navia, en la posibilidad —todavía incierta— de encontrar a Laura.

Aquel viaje, que inicialmente había sido solo una modificación de planes, se había convertido en una ruta circular de emociones enfrentadas. Ella era su refugio y su ancla, la única certeza en medio de sus contradicciones. A su lado encontraba una calma que el mundo parecía negarle, una estabilidad que amortiguaba su caos interior.

Sin embargo, el pensamiento de Ana emergía una y otra vez. Representaba el deseo, la intensidad, la huida. Cada encuentro con ella abría una nueva grieta en la fachada cuidadosamente construida de su vida. Se preguntaba cuánto tiempo más podría sostener esa mentira antes de que todo se viniera abajo, como un castillo de naipes a merced de un sopro.

Hacer las cosas a su manera no era solo una preferencia, sino una necesidad. Permitía que Laura tomara decisiones en la superficie, dándole la sensación de control, mientras él mantenía el timón desde un segundo plano. Era su forma de asegurarse de que nada

escapara a su dominio, de preservar ese espejismo de control que tanto necesitaba.

La huida de Laura lo había golpeado de lleno. No soportaba el desplante; lo vivía como una herida directa a su orgullo. Esa coraza de seguridad le impedía mostrar debilidad y lo empujaba a actuar de forma injusta, incapaz de ceder incluso cuando intuía que estaba equivocado.

En medio de la confusión, se preguntó si Ana era realmente el futuro que deseaba o solo una vía de escape a una rutina que lo asfixiaba. Dudaba si merecía la pena sacrificar la paz que le ofrecía Laura por la promesa incierta de una libertad que quizá no existía. Las dudas lo erosionaban, pero su orgullo no le permitía mostrarlas.

Pensó si alguna vez sería capaz de ser sincero consigo mismo. Si tuviese el valor de renunciar a Ana o, al menos, de dejar de esconderse tras excusas torpes.

El tren con destino a Navia saldría en una hora. El día anterior había bajado en Ribadeo, incapaz de seguir adelante. Ahora se preguntaba a quién estaba traicionando más: a Laura, a Ana o a sí mismo.

Se aferró a la idea de encontrarla como quien se agarra a un salvavidas, aun sabiendo que la vida rara vez concede segundas oportunidades sin exigir algo a cambio. Con una mezcla de resignación y esperanza, recogió sus cosas y se dirigió a la estación.

El tren llegó puntual. Tras los primeros traqueteos, se dejó llevar por el vaivén, abandonándose a la incertidumbre. Iba dispuesto a encontrarla, aunque fuera solo para comprobar si aún quedaba algún resquicio de redención.

O eso quería creer.

Laura había despertado con el nombre de Marcos aún rondándole la cabeza. La claridad de la mañana no había borrado el cansancio emocional del día anterior.

Bajó a desayunar con pasos lentos, como si cada movimiento la devolviera al desconcierto vivido.

El comedor estaba animado, con ese bullicio suave en el que nadie repara demasiado en los demás. Entre el ir y venir de los huéspedes, reconoció enseguida a Juan, el recepcionista, que la observó desde el mostrador.

Mientras removía el café distraída, repasó los motivos que la habían llevado hasta allí: el engaño, los silencios prolongados, la sensación de estar flotando en un lugar ajeno. Se preguntó si algún día volvería a confiar con naturalidad en la felicidad.

La camarera le ofreció otra taza y ella asintió, agradecida por el gesto. Sabía que debía enfrentarse a muchas cosas, pero también que no podía quedarse atrapada en lo ocurrido.

Se quedó un momento más, observando las migas sobre el mantel, mientras el pueblo afuera despertaba del todo. Sentía que cada día era una página en blanco, pero el peso de la historia común con Marcos seguía aferrado a su mente.

Se levantó y se dirigió hacia la salida del comedor. Juan aprovechó un momento de calma para acercarse.

Las miradas de ese hombre le causaban muchas dudas y a la vez marcar cierta distancia. Se sentía incómoda.

—Buenos días, Laura —saludó, con una sonrisa demasiado firme—. Hoy el sol ha decidido acompañarnos. ¿Tiene ya algún plan para esta mañana?

Ella se detuvo. La luz que entraba por la puerta la envolvió un instante.

—No, todavía no —respondió.

Juan se adelantó, cortándole el paso con una cercanía que le causó desagrado. Su mirada era fija, invasiva. Laura apretó la mochila contra el pecho, evitando sostenerle los ojos.

Él habló en un tono algo íntimo, lanzando preguntas personales que nada tenían que ver con su estancia.

Laura comprendió de inmediato que aquella amabilidad ocultaba algo turbio. Juan parecía disfrutar reteniéndola, prolongando la conversación con excusas absurdas mientras su mirada recorría su cuerpo sin pudor.

Intentó apartarse, inventando una prisa inexistente. Él dio un paso más, murmurando palabras ambiguas que hicieron crecer en

ella una sensación clara de amenaza.

Entonces decidió salir. Casi corrió hacia la puerta, sin mirar atrás.

Al cruzar el umbral y perderse entre la gente de la calle, respiró hondo. El alivio fue inmediato, aunque el malestar seguía ahí, adherido a la piel.

El pueblo continuaba con su ritmo tranquilo, ajeno a todo.

Laura avanzó entre las calles con el pulso aún acelerado, sabiendo que algo dentro de ella había cambiado. No solo había dejado atrás un tren. También estaba aprendiendo, por primera vez, a escuchar sus propias alarmas.

V

Laura decidió dejarse llevar, sin rumbo fijo, permitiendo que sus pasos eligieran por ella.

El mapa, doblado dentro de la mochila, era más una invitación que una obligación.

Caminó despacio, dejando que el bullicio de la mañana se fuera disipando en sus oídos y que el sol, todavía tímido, templara el aire fresco.

Necesitaba dejar atrás la sensación de acoso que había sentido al salir del hotel.

Aún llevaba en la piel el rastro incómodo de la mirada del recepcionista, como una sombra pegajosa que se resistía a desaparecer. Cada paso era un intento de recuperar su propio espacio, de volver a sentirse segura dentro de su cuerpo.

Aceleró un poco el ritmo, buscando entre las calles de la villa algún rincón que le devolviera la tranquilidad y una mínima sensación de control. Solo cuando se vio rodeada de desconocidos, de vida cotidiana, de gestos ajenos y conversaciones cruzadas, comenzó a soltar la tensión que le atenazaba los hombros y la espalda. No quería seguir rumiando lo vivido.

Solo deseaba pasar página.

El puerto náutico tenía ese aroma salino y el tintinear de las barcas, que danzaban al compás del agua.

Se detuvo un momento, observando como los reflejos del cielo de la mañana se unían con los colores vivos de las embarcaciones. Allí, por fin, sintió que podía respirar sin esfuerzo.

Le apetecía un café. Algo sencillo que anclara ese instante y lo hiciera real.

Frente al puerto, la cafetería El Monolito llamaba la atención. Era amplia, pero con un interior cálido y acogedor. Se sentó fuera, en la terraza cubierta, donde podía respirar ese aire distinto y observar el ir y venir de la gente, el vaivén tranquilo de las barcas, la rutina pausada del lugar.

Pidió un café fuerte, encendió un cigarrillo y se dejó envolver por esa sensación extraña de pertenencia temporal, como si el lugar hubiera sido pensado para quienes buscan sentirse parte de un sitio sin dejar de ser visitantes.

Mientras lo saboreaba, se preguntó si la clave estaba en dejar de perseguir recuerdos y empezar a coleccionar instantes nuevos. Miró el humo elevarse lentamente y pensó que, al final, la vida quizá fuera eso: una sucesión de pequeños respiros, oportunidades breves para perderse y encontrarse, a veces en la misma mañana.

En El Monolito, entre el aroma del café recién hecho y el murmullo constante del puerto, Laura decidió que ese día sería suyo. Sin expectativas, sin nostalgia. Solo curiosidad y el deseo sincero de dejar atrás el dolor. De intentar olvidar, aunque fuera por unas horas, la traición que había vivido con Marcos.

No había terminado el café cuando una mujer se acercó a su mesa con una sonrisa abierta. Era de su misma edad, llevaba el cabello recogido, era rubia y tenía unos ojos vivaces que contrastaban con el aire melancólico de Laura.

—¿Te importa si me siento? —preguntó, señalando la silla vacía frente a ella.

—Claro que no —respondió Laura, siguiendo el gesto con una sonrisa educada.

—Soy Carmen —se presentó—. Soy de aquí, de Navia. No suelo ver muchas caras nuevas por el puerto a estas horas.

—Laura. Acabo de llegar —dijo ella—. Encantada.

Carmen era de esas personas que no sienten pudor al hablar con desconocidos. Su carácter abierto y espontáneo parecía empujar siempre la conversación hacia delante. Relacionarse le resultaba natural, casi una costumbre: sabía como hacer sentir cómodos a los demás y disfrutaba creando lazos, aunque fueran breves.

—Me gusta conocer gente nueva —admitió, acomodándose en la silla—. Al verte sola pensé que quizá te apetecía compañía. Espero no haberte molestado.

—Al contrario —respondió Laura—. Me viene bien. No conozco a nadie aquí y, a veces, cuesta dar el primer paso.

Carmen rio suavemente.

—¿Te has mudado o estás de paso?

—Estoy de paso, de momento —dijo Laura, encogiéndose de hombros—. ¿Y tú? ¿Eres de aquí?

—Sí. Aunque a veces echo de menos el bullicio de una ciudad grande, luego vengo cerca del puerto y se me pasa —respondió—. ¿Te está gustando el pueblo?

Laura miró hacia el mar.

—Mucho. Es tranquilo, pero tiene algo... no sé explicarlo.

—Aquí nos gusta hablar con los que llegan —añadió Carmen—. Nunca sabes cuándo una conversación se convierte en una amistad.

La observó con atención y, tras unos segundos, se atrevió a preguntar:

—¿Te encuentras bien? Te noto... triste.

Laura dudó, removiendo el café. No tenía confianza suficiente para abrirse del todo.

—Es solo que a veces una necesita respirar lejos de lo conocido. Tengo la cabeza llena de cosas.

Carmen asintió y, sin insistir, recondujo la charla.

—Aquí se vive con calma. La gente se conoce, se ayuda. El mar enseña a esperar, a aceptar el ritmo de las mareas.

Laura la escuchó, dejando que aquella voz arrastrara sus pensamientos hacia un lugar más liviano.

Carmen hablaba sin pausa, con naturalidad.

En ese momento, otra mujer se acercó a la mesa de al lado, saludando con familiaridad.

—¡Ey! Carmen. ¿Desayunando temprano?

—Claro, que el café no espera a nadie. Ven, siéntate. Esta es Laura.

La recién llegada se acomodó, pidió un café y se sumó enseguida a la conversación.

—Encantada, me llamo Teresa. ¿De dónde eres?

—De Valencia —respondió—. Vine a descansar... a ver si el norte tiene respuestas que el Mediterráneo no quiso darme.

—Aquí nadie pregunta demasiado —dijo Teresa—. Hay tiempo para las historias, pero también para los silencios.

El murmullo de las tres voces se mezcló con el ambiente de la terraza. Hablaron de las fiestas, de los paseos junto a la ría, del clima y de como influía en el humor de quienes vivían cerca del mar. Hablaron de cocina, de ritmos lentos, de la importancia de perderse un poco.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo? —preguntó Carmen.

Laura miró el puerto antes de responder.

—No lo sé. Quizá una temporada. Aquí todo parece detenerse y, al mismo tiempo, ofrecer algo distinto.

La conversación se prolongó.

Compartieron anécdotas, rutas, lugares donde comer bien. Por momentos, Laura olvidó el peso de sus dudas.

El café se enfrió, pero la mañana se llenó de posibilidades, y pensó que quedarse en Navia no era solo una opción, sino una invitación.

Y fue entonces, cuando la charla empezaba a apagarse, cuando una figura conocida cruzó la calle y se acercó con paso decidido.

Era Marcos.

Lo vio acercarse y, al instante, un temblor le recorrió el cuerpo. La sangre pareció retirarse de las manos, dejando una sensación de frío que le subió por los brazos. La furia empezó a arremolinarse en su interior, mezclada con el peso del engaño y una sorpresa amarga.

No quería encontrarse con él. No allí. No ahora.

Marcos cruzó la calle con paso decidido, buscando su mirada con unos ojos suplicantes que no lograban ocultar la tensión que le tensaba la mandíbula.

—Laura... —musitó—. Necesito hablar contigo.

Ella ya se había incorporado de la silla. Su cuerpo estaba erguido, rígido, y la voz le salió tensa, afilada.

—¿Hablar? ¿Ahora quieres hablar? —dijo—. No puedo creer que tengas la cara de acercarte.

Carmen y Teresa se miraron, desconcertadas, sin atreverse a intervenir. El murmullo habitual de la terraza se fue apagando poco a poco, como si la escena hubiera absorbido la atención de todos.

Marcos dio un paso más, alzando la voz apenas lo justo para hacerse oír.

—Solo quiero entender qué pasó. ¿Por qué te bajaste del tren? ¿Por qué desapareciste así?

Laura soltó una risa breve, amarga.

—¿De verdad vas a preguntarme eso? Después de todo lo que hiciste... ¿Me tomas por ingenua? Yo confié en ti, Marcos. Confié de verdad. Y tú... todo era una mentira.

—No era mi intención —respondió él, avanzando un paso—. No quería que esto terminara así.

Ella retrocedió instintivamente, como si el aire entre ellos quemara.

—¿Y qué querías, entonces? ¿Seguir fingiendo? ¿Seguir usando mi confianza como si fuera un adorno?

Su voz se quebró un segundo, pero no cedió.

—Por favor, escúchame —insistió Marcos, con el gesto contraído.

—No. No quiero escuchar nada más —dijo ella, firme—. ¿Sabes lo que se siente al descubrir que todo era falso? Es como despertar de golpe y darte cuenta de que has estado viviendo en la oscuridad.

Carmen apretó la taza entre las manos. Teresa se cubrió la boca, sin saber si debía intervenir.

Marcos bajó la cabeza, como cambiando de estrategia.

—Laura... si puedes perdonarme...

—No me pidas perdón —estalló ella—. No lo quiero. No lo necesito. Solo quiero que te alejes de mi vida.

—Por favor...

—¿Por favor qué? ¿Que olvide lo que hiciste? ¿Que vuelva a confiar en ti? Eso no va a pasar.

La tensión crecía. Carmen se levantó despacio, indecisa, pero no llegó a decir nada.

—¿De verdad crees que puedes arreglar esto con palabras? —continuó Laura—. Hay cosas que se rompen y no se reparan.

Estaba enfurecida, fuera de sí.

—¿Cómo te atreves siquiera a mirarme a la cara? Me engañaste. Yo confiaba en ti... y ahora solo veo mentiras.

Marcos abrió la boca, pero las palabras no salieron.

—Nunca quise hacerte daño —dijo al fin—. Te juro que solo existes tú... Pensé que este viaje nos ayudaría.

—¿A quién? —interrumpió ella—. ¿A ti? ¿A tu conciencia? No sabes lo que es sentirse estafada por quien más creías.

—No fue así, Laura...

—No me vengas con excusas —golpeó la mesa con el puño, haciendo temblar la taza—. Me prometiste sinceridad y me diste traición.

Carmen quiso intervenir, pero el peso del momento la dejó muda.

—Te lo suplico —balbuceó Marcos—. Si pudiera volver atrás...

—Pero no volviste —lo cortó ella—. Elegiste mentir.

—Yo todavía te amo...

—No te atrevas —gritó Laura—. El amor no se construye sobre mentiras.

Carmen y Teresa seguían paralizadas.

—Si alguna vez te importé —continuó Laura—, vete. No quiero verte. Vete con Ana.

El nombre cayó como un golpe seco.

Marcos guardó silencio.

—Laura —intervino Carmen, al fin—. Quizá deberíamos calmarnos...

—¿Calmarnos? —la miró, con los ojos vidriosos—. ¿Cómo se calma una cuando todo se desmorona?

—¡Y tú no te metas! —arremetió Marcos, endureciendo la voz—. Esto no es asunto tuyo.

Carmen retrocedió, herida.

Laura avanzó un paso, alzando la voz.

—¡Claro! Eres experto en arrasar y luego esconderte. ¡Mírame cuando te hablo!

—Ya está todo dicho —replicó él—. No puedo cambiar el pasado.

—Lo único que quiero es que te largues. ¡Desaparece de mi vida! —gritó.

—No tienes derecho a hablar así de Ana.

—¿Ahora la defiendes? —su voz se volvió hiriente—. ¿Te plantas aquí y proteges a la persona con la que me engañaste?

—¡Laura, basta! —intentó Carmen.

—¡No! —vociferó—. Por fin te veo tal como eres. ¡Mentiroso!

—No vine a pelear —dijo Marcos—. Vine a dar la cara.

—La cara la perdiste hace tiempo.

Los gritos cruzaban la calle. La gente evitaba mirar, pero nadie ignoraba la escena.

—Quédate con tus mentiras —sentenció Laura—. Yo me quedo con mi dignidad.

—Por favor...

—Lárgate —dijo ella—. Déjame vivir en paz.

Laura se dio la vuelta y empujó la puerta del local con brusquedad, buscando refugio en el interior.

Nada más entrar, una camarera joven se acercó a Laura con gesto alarmado.

Había visto la escena desde dentro y entendió al instante que algo no iba bien.

—Ven, siéntate aquí —le dijo con suavidad, rodeándola con un brazo firme y cálido—. Tranquila, anda.

Laura se dejó caer en la silla como si, por fin, el cuerpo cediera al peso que había estado sosteniendo durante horas.

—Gracias... No sé si puedo quedarme mucho —murmuró, con la voz rota.

—Claro que puedes —respondió la camarera—. No tienes que irte a ningún lado. ¿Quieres agua? ¿Algo más fuerte?

—Agua, por favor.

La voz se le quebró del todo. Cuando la camarera volvió con el vaso, le acarició brevemente el brazo al dejarlo sobre la mesa.

—Todo va a estar bien —le aseguró en voz baja—. Aquí nadie te va a molestar.

Dio un sorbo y, sin poder evitarlo, comenzó a llorar. No era un llanto ruidoso, sino contenido, entrecortado, como si cada sollozo liberara una parte mínima de la presión acumulada.

Desde la barra, el dueño del bar había seguido la escena con atención. Al ver que el hombre seguía merodeando fuera, se

encaminó hacia la puerta con paso decidido.

—Oiga, usted —tronó, señalándolo—. Aquí no queremos problemas. Márchese ahora mismo. Y si vuelve a molestar a la señorita, llamo a la Guardia Civil. ¿Está claro?

Marcos respondió con una risa amarga, acompañada de gestos obscenos.

—¡Hipócritas! ¡No tenéis ni idea de lo que pasa! —gritó—. ¡Que os zurzan!

El dueño no se inmutó.

—Le he dicho que se largue. Última advertencia.

Tras unos segundos de tensión, Marcos se alejó calle abajo, todavía mascullando insultos y haciendo cortes de mangas. El murmullo de la clientela fue cesando poco a poco, aunque nadie parecía del todo ajeno a lo ocurrido.

La camarera se sentó frente a Laura, apoyando los codos en la mesa.

—¿Quieres que llame a alguien? ¿A una amiga, a tu familia?

Negó con la cabeza, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—No... solo necesito un minuto para respirar.

Desde la mesa contigua, una mujer mayor que había observado en silencio intervino con voz serena:

—Si necesitas ayuda, no lo dudes. Aléjate de personas así. No traen nada bueno.

Laura asintió, agradecida.

Permaneció allí unos minutos, intentando acompasar la respiración al ritmo tranquilo del local. Poco a poco, el temblor fue remitiendo. La camarera volvió a acercarse; había dejado la bandeja sobre la barra y ahora su expresión era distinta, más personal.

—Mi turno termina ya —dijo—. Si quieres, puedo acompañarte. No tienes por qué estar sola.

Carmen y Teresa, que habían permanecido cerca sin invadir, asintieron al mismo tiempo.

—Vamos —añadió Carmen—. El aire de la calle te ira bien.

Laura dudó un instante, pero la calidez de aquellas voces la sostuvo. Juntas atravesaron la puerta. Afuera, el aire fresco de la

mañana le resultó casi un bálsamo.

Caminaron despacio. Carmen fue la primera en hablar.

—¿Tienes a alguien a quien llamar? ¿Un sitio al que elijas ir?

—Quiero que todo esto termine. Que deje de doler, aunque sea un poco.

Teresa le pasó un brazo por los hombros.

—Vamos al centro de salud. Allí pueden ayudarte a tranquilizarte.

El trayecto se hizo en silencio. Al llegar, el personal reconoció enseguida la ansiedad dibujada en el rostro de Laura y les indicó una sala tranquila donde esperar.

—Todo esto va a pasar —le susurró Carmen—. Ahora lo importante eres tú.

Un médico joven, de bata blanca y gesto cercano, abrió la puerta.

—Hola. Me han dicho que necesitas calmarte un poco —dijo—. ¿Quieres contarme qué ha pasado o prefieres que nos centremos en cómo te sientes ahora?

Laura respiró hondo. Cerró los ojos unos segundos.

—Solo quiero paz y tranquilidad —susurró—. Aunque sea por un rato.

El médico asintió, comprensivo.

—Vamos a ayudarte. Te daré un calmante suave.

Mientras seguía sus indicaciones, Carmen y Teresa permanecieron a su lado, sin preguntas innecesarias.

Al salir del centro de salud, el aire ya se sentía más cálido. Laura caminaba despacio entre ambas, como si cada paso la alejara un poco del nudo que había llevado dentro todo el día. El pueblo parecía distinto, más amable.

—No hay prisa —dijo Teresa.

—Hoy es día de cuidarnos —añadió Carmen.

Laura las miró con una gratitud que no necesitaba palabras.

Caminaron juntas unos minutos más, dejando que el pulso del pueblo marcara el ritmo. Laura sentía el cuerpo cansado, pero la mente algo más despejada. Agradecía no estar sola.

—¿Y si comemos algo? —propuso Carmen al fin—. Necesitas sentarte, recuperar fuerzas.

—Sí —asintió Laura—. Me vendrá bien.

—Podemos ir a Ankla¹⁶ —sugirió Teresa—. Siempre tienen un buen menú del día.

Laura dudó apenas un segundo. Parte de ella quería refugiarse en el hotel, esconderse del mundo. Sin embargo, aquella mañana ya estaba desbordada por demasiadas fugas.

—Me parece bien —decidió—. Es hora de dejar de tenerles miedo a los sitios.

Entraron en el restaurante envueltas en un ambiente animado. A esas horas, el local estaba lleno. El murmullo de las conversaciones, el tintinear de los cubiertos y el aroma a comida caliente componían una escena acogedora que contrastaba con la tensión vivida horas antes.

Miró a su alrededor, sorprendida.

—Parece un camarote de barco —comentó, fijándose en los detalles marineros, las lámparas de latón y la madera oscura de las paredes—. Nunca había estado en un sitio así.

—Tiene alma marinera —expresó Carmen—. Pedro, el dueño, es un enamorado del mar. Dice que así la gente come como si fuera a embarcar.

—Pues se consigue —dijo Laura, sonriendo por primera vez con cierta ligereza—. Da la sensación de que aquí todo puede volver a empezar.

Teresa asintió.

—Y lo mejor es que aquí nunca hay tormentas. Solo buena comida y mejor compañía.

El dueño, que había observado discretamente su llegada, se acercó con una sonrisa cordial.

—Me alegra veros —dijo a Carmen y Teresa—. Y tú debes de ser nueva por aquí. Soy Pedro. ¿Estás mejor? He observado lo que te ha sucedido esta mañana.

Laura agradeció el tono, sin preguntas invasivas.

—Sí. Mucho mejor. Gracias por preocuparte.

—Aquí cuidamos de los nuestros —respondió él—. Y a veces, de los que acaban de llegar.

Les explicó el menú del día con entusiasmo: los chipirones encebollados, la merluza en salsa, los escalopines al Cabrales. Las

tres intercambiaron miradas indecisas y bromearon sobre pedir uno de cada.

—Al final, lo que el cuerpo pida —resolvió Carmen.

Mientras esperaban la comida, la conversación se volvió más ligera. Hablaron del pueblo, de las fiestas de agosto, de ropa y modas. Laura escuchaba, dejando que las palabras ajenas le construyeran una sensación de normalidad.

Cuando llegaron los platos, el aroma invitó al primer bocado.

—Esto huele de maravilla —dijo Laura.

—Hoy es especial —comentó Pedro—. Cocina mi madre. Lleva toda la vida en esto.

—Pues se nota —respondió ella, sincera.

Entre bocado y bocado, Laura comenzó a hablar de sí misma. Al principio con cautela, luego con mayor soltura.

Contó que era de Valencia, que trabajaba como diseñadora gráfica, que vivía en Ruzafa, un barrio lleno de vida y contrastes. Habló de colores, de proyectos, de una rutina que hasta hacía poco había sentido como hogar.

Poco a poco, sin dramatismos, apareció Marcos en la conversación. No como un reproche feroz, sino como una herida todavía abierta.

—Llegué aquí casi por casualidad —admitió—. Todo se rompió de golpe. Descubrí que había otra persona... y no supe como seguir.

Teresa le apoyó la mano en el hombro. Carmen asintió, sin interrumpir.

—A veces uno se va porque está demasiado cerca de lo que duele —continuó Laura—. Y lo peor es que esa otra persona... es su compañera de despacho.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino respetuoso.

—No hiciste nada mal —dijo Carmen con firmeza—. Nadie merece eso.

Laura notó como algo se aflojaba en su pecho.

—Aquí puedes ser tú —añadió Teresa—. Sin dar explicaciones.

Después pidieron café. La sobremesa se alargó entre historias más livianas. Carmen contó un viaje improvisado que terminó

durmiendo en una estación de tren; Teresa habló de una sidrería en Cangas y un accidente con un tonel.

Laura reía, sorprendida de sí misma. El peso del día parecía menos denso.

—¿Dónde te alojas? —preguntó Teresa.

—En un hotel antiguo, enorme, con jardín. Creo que es una casa indiana... no recuerdo el nombre.

—El Palacio Arias —dijo Carmen sin dudar—. Seguro que es ese.

—Sí —sonrió Laura—. Ese mismo.

—Te va a encantar por la tarde —añadió Teresa—. Y el desayuno... ya verás.

La sobremesa continuó sin prisa. Por momentos, Laura olvidó el temblor de la mañana. Se sentía, por primera vez en días, parte de algo.

Cuando se levantaron para marcharse, el mundo parecía un poco menos hostil.

Al salir de Ankla¹⁶, la tarde ya había avanzado. El sol comenzaba a caer con suavidad, tiñendo las fachadas de un tono dorado que hacía parecer el pueblo más cercano, más amable. Caminaron despacio, sin prisa, dejando que la conversación se disolviera en comentarios ligeros y alguna risa suelta.

—¿Os apetece tomar algo? —propuso Carmen—. Podemos ir a La Bolera. Seguro que vemos a Enrique por allí.

—Sí, y así Laura conoce al famoso Enrique, el rey de los chistes malos —añadió Teresa, divertida.

Laura sonrió, todavía con el cuerpo algo cansado, pero agradecida por no quedarse sola.

—Venga —aceptó—. Una más y luego descanso.

En La Bolera, Enrique estaba sentado en una de las mesas exteriores, apoyado en una de las tinajas de madera que hacían de improvisadas mesas. Gesticulaba con entusiasmo mientras discutía sobre el resultado del partido del día anterior. Alto, de buen ver, con ojos vivaces, no tardó en advertir la presencia del grupo.

—¡Pero bueno! —gritó, poniéndose de pie—. ¡Esto sí que es una sorpresa!

—Te presento a Laura —dijo Teresa.

—Encantado —respondió él, sonriendo.

—Ten cuidado —añadió Carmen, que las valencianas suelen tener respuesta para todo.

—Depende —replicó Laura—. ¿Paella auténtica o con cosas raras? Enrique se echó a reír.

—Me has pillado. Yo soy de los que no deberían opinar.

Teresa pidió una ronda de vino. Enrique, entre copa y copa, parecía fascinado con Laura.

No le quitaba la vista de encima y lanzaba preguntas como si quisiera extraer todos los misterios de su vida en una sola tarde.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó él al cabo de un rato.

Laura se encogió de hombros, jugando con el posavasos.

—Supongo que necesitaba aire nuevo, perderme un poco para encontrarme.

Teresa, viendo que Laura comenzaba a sentirse observada y algo incómoda, intervino con naturalidad y una sonrisa amplia.

—Enrique, no seas tan preguntón, que casi no le das tiempo ni de respirar —bromeó, guiñándole un ojo—. Además, nosotras ya hicimos los deberes, la conocimos esta misma mañana y ya es de la pandilla. ¿Verdad, Laura?

Laura asintió, agradecida.

—Así es, en cuestión de minutos ya me había fichado. Carmen tiene un radar para las nuevas amistades.

Y se rio.

—Apenas la vimos y supimos que encajaba perfecta con nuestras locuras.

—Vaya comité de bienvenida me encontré —dijo Laura, sonriendo al grupo.

—Eso nos pasa por tomar café a deshoras —replicó Teresa, divertida—. Y ahora, que Enrique deje de interrogarte o le hacemos el tercer grado a él.

—Mejor no, que entonces sí me pongo nervioso —respondió, fingiendo preocupación.

Las risas se esparcieron, relajando el ambiente, creando que la tarde fluyera con mayor calidez.

Carmen intervino, sonriente.

—No la atosigues, Enrique, que recién acaba de llegar.

La conversación derivó hacia anécdotas del pueblo, leyendas de casas encantadas y las fiestas del pueblo en el fin de semana. Cada tanto, buscaba la complicidad de Laura con una broma o una mirada, y ella, aunque algo ruborizada, respondía con una mezcla de timidez y simpatía.

Enrique, decidido a impresionar, contó como una vez rescató a un perro que se había caído a la ría.

—Y desde entonces, cada vez que llueve, ese perro viene a buscarme al bar. Dicen que soy el San Bernardo del pueblo —remató, provocando carcajadas.

Laura, por fin, parecía disfrutar de una tarde en paz, mientras Enrique, sin perder el entusiasmo, seguía acumulando motivos para volver a verla.

La tarde fue cayendo sin que nadie lo notara. Entre vinos y tapas, el tiempo se volvió flexible.

Cuando finalmente decidieron marcharse, el aire de la noche refrescaba la piel y las farolas dibujaban sombras largas sobre las calles empedradas.

—¿Te acompaño? —preguntó, con un tono natural, sin presión.

—Gracias —respondió Laura—. Me vendrá bien.

Caminaron juntos. Pasaron frente a la sidrería Antolín, donde el camarero que Laura había conocido el día anterior los saludó con entusiasmo.

—¡Buenas noches! No faltes mañana, que tienes que probar la puntilla de la casa —le gritó, guiñándole un ojo.

—Aquí todo el mundo se entera de quién eres y dónde vas —bromeó Enrique.

—Es distinto —admitió Laura—. En mi barrio apenas saludo a los vecinos.

—Aquí, si no saludas, te buscan —indicó él, riendo.

Caminaban calle arriba, por la calle que da nombre a los Emigrantes. En recuerdo de esas personas que emigraron en busca

de una vida mejor.

Aún quedaban algunos grupos en el parque Ramón de Campoamor. Había habido un discomóvil esa misma tarde. Enrique aprovechó el momento para animarse a invitarla a algo más.

—¿Sabes? Mañana tengo libre por la mañana. Si te animas, podríamos hacer la senda naviega.

—¿La senda naviega?

—Sí, es una ruta preciosa a la orilla de la costa. Se respira mar y verde por todos lados. Son apenas unos kilómetros y termina en Puerto de Vega. Vale mucho la pena, sobre todo si es tu primer paseo largo por aquí.

—Suená bien, la verdad. Me han hablado algo de ella. Me vendría bien estirar las piernas después de tanto tapeo —respondió, riendo.

—Entonces te recojo a las nueve. Lluve o truene —afirmó Enrique, con convicción juguetona.

—¿Y si me arrepiento? —dijo Laura, fingiendo duda, aunque una sonrisa leve flotaba en su voz.

—No te dejes —respondió él, divertido—. Mañana la excusa del sueño no vale.

—Está bien, trato hecho. Pero me debes un café antes, ¿eh?

—Eso está hecho. Y si te portas bien, hasta churros.

Se despidieron en la puerta del hotel.

Hubo un instante de silencio confortable.

—Gracias por acompañarme y por hacer que me sienta parte de este lugar, aunque sea por un rato.

—No tienes nada que agradecer. Me alegra de haberte conocido —dijo, con una sinceridad cálida.

Ambos se miraron un instante, el silencio cómodo de quienes empiezan a entenderse sin palabras.

—Hasta mañana, Enrique.

—Hasta mañana. Que descanses.

Mientras ella entraba al hotel, Enrique se quedó un momento frente a la puerta, viendo como la noche parecía menos oscura.

Atravesó las puertas, se encontró de nuevo con el recepcionista, apostado tras el mostrador como una sombra discreta pero vigilante. La observaba con una intensidad molesta, su mirada fija y

ligeramente obsesiva, persiguiendo cada uno de sus movimientos. Laura, notando aquella presencia constante, solo alcanzó a decir, en voz baja pero educada:

—Buenas noches.

El recepcionista, sin apartar los ojos de ella, respondió simplemente.

—Buenas...

Acto seguido, se giró despacio, como si algo fuera del hotel reclamase su atención. A través de la cristalera, sus ojos se detuvieron en la silueta de Enrique, que permanecía aún en la calle, siguiendo con la mirada a Laura mientras esta se dirigía hacia el ascensor.

Por un instante, el recepcionista pareció debatirse entre la curiosidad y la cautela, observando la escena en silencio.

Pensaba que allí empezaban a pasar cosas.

Al amanecer de su tercer día en Navia, era domingo.

Laura despertó con una sensación extraña: cansancio físico, pero la mente más despejada. Las pastillas la habían sumido en un sueño profundo.

Como si el aire del norte hubiera congelado de forma benévola las preocupaciones que le martilleaban en la cabeza.

Al encender el móvil, el recuerdo de Marcos seguía ahí, persistente, pero ya no tan punzante.

Tenía una habilidad singular: cuando algo le dañaba o no encajaba con su manera de ver el mundo, sabía soltarlo, dejarlo atrás, casi como si borrara una frase escrita a lápiz.

A las nueve en punto, Enrique la esperaba puntual en la puerta del hotel, apoyado en la barandilla con una sonrisa fácil.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido? —preguntó, notando el brillo distinto en su mirada.

—Hoy sí que he descansado. Ya era hora, ¿no?

—¿Te apetece un café antes de empezar el día? Aunque ya hayas desayunado, nunca está de más una buena excusa para sentarse.

—Acepto con gusto. A veces el café sabe mejor en buena compañía —respondió, agradecida por la oportunidad de una rutina nueva.

Al poco de comenzar a caminar, se sentaron en la terraza de la sidrería Antolín. El lugar tenía vistas al club náutico.

Al verlos llegar, el camarero, un hombre de unos cincuenta años con bigote poblado y delantal a rayas, se acercó animadamente.

—¡Hombre, Enrique! Mira que hacía tiempo que no venías tan bien acompañado —dijo guiñando un ojo a Laura—. Buenos días, señorita.

—Buenos días —respondió Enrique con tono familiar—. Nos pones dos cafés, por favor.

—Marchando. Y para ti, ¿algún antojo? Hoy tenemos bollos recién hechos.

Laura sonrió, agradecida por el trato cercano.

—Solo el café, gracias. Ya he desayunado en el hotel.

—Hecho. Ahora mismo te lo traigo —asintió Antonio, el camarero, desapareciendo hacia la barra.

Miró a Enrique con curiosidad, veía algo interesante en él.

—¿Así que eres cliente habitual?

—Digamos que, en un pueblo como este, los solteros cotizados acabamos siendo parte del mobiliario —rio Enrique—. Y Antonio, además de camarero, es el mejor informador de Navia. Sabe todo lo que ocurre mucho antes que la prensa.

Se acomodó en la silla, buscando el sol, que a esas horas aún apetecía.

—Por cierto, cené aquí el día que llegué. Me atendió el camarero que nos saludó anoche, algo más mayor, ¿cómo se llama?, que no me acuerdo.

Enrique sonrió, apoyando los codos sobre la mesa.

—Ese debe de ser Manolo. Lleva tiempo trabajando aquí. Y además fue torero. Aquí se organizan por turnos, así que seguro te tocó el equipo de la tarde-noche. Por la mañana está Antonio y siempre el dueño, que le llaman Juanín. Aunque hay varios más trabajadores.

Laura asintió, encendiendo un cigarrillo con gesto pausado.

El carmín dejó una huella rosada en la boquilla mientras exhalaba el humo con tranquilidad.

Se sentía relajada.

—¿Siempre se reúnen tantas historias en un sitio como este? —preguntó, observando el ir y venir de la barra—. Ese camarero que dices que fue torero me contó que los fines de semana suele venir mucha gente.

Enrique soltó una pequeña carcajada.

—Vaya, veo que ya te está integrando en el club de los parroquianos. Y sí, suele haber marcha los sábados. Aunque hay más sitios para cenar y tomar copas.

El camarero regresó con los cafés y los colocó frente a ellos.

—Hablando de mí a mis espaldas, ¿eh? —bromeó—. Ojo, que Enrique suele exagerar. Esos chistes míos, pura inspiración del momento.

Laura sonrió, tomando el café entre las manos.

—Pues estoy deseando escuchar alguno.

—Eso sí, pero el secreto es que la mejor está en las historias que se cuentan en las mesas. Si te quedas el tiempo suficiente, seguro te llevas alguna digna de novela.

—Si buscas material para escribir, este pueblo es una mina de oro —añadió Antonio, guiñando un ojo—. ¿Vas a quedarte muchos días?

—Depende de lo que Navia me ofrezca. Por ahora, tengo ganas de descubrir el mar —dijo, apagando el cigarro en el cenicero.

Antonio recogió el cenicero con arte, tratando de ser atento.

—Gracias, Antonio. Gracias por tu atención.

—Aquí la propina no es dinero, es volver.

Rieron los tres. Después de unos veinte minutos charlando y saboreando el café, Laura y Enrique abandonaron la cafetería. El aire fresco de la mañana los animaba a caminar.

—¿Y bien? ¿Estás preparada para la ruta naviega?

—Lista. Me has prometido mar, historias y algún juego furtivo. No puedo pedir más.

Comenzaron a caminar por la orilla de la ría; el color matinal de Navia era una maravilla para los ojos.

Una mujer mayor que volvía de su caminata temprana los miró curiosa.

—¡Buenos días, Enrique! ¿Llevas compañía nueva?

—Buenos días, doña Sara. Te presento a Laura, recién llegada y ya cautivada por el pueblo.

—Ah, bienvenida, hija. Si vas con Enrique, seguro acabas conociendo todos los rincones y también los secretos. Pero ten cuidado —dijo la mujer, sonriendo con complicidad.

Siguieron su paseo, rumbo al mar. El rumor de las olas se mezclaba con la charla tranquila.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Laura.

—Cada vez que puedo, sí. Caminando junto al mar se piensa mejor. He estado mucho tiempo fuera del pueblo trabajando y ahora estoy en el paro. Además, Navia cambia con cada estación. Hoy está tranquila, pero ya verás cuando llegue la fiesta grande.

—Y esa, ¿cuándo es?

—Comienza mañana lunes. El pueblo se llena, hay música, gastronomía, procesiones y hasta carreras de motos de agua en la ría.

Laura rio, imaginando la escena.

—Me lo apunto. Pero hoy, con que me enseñes el faro y alguna leyenda, me conformo.

—Eso está hecho.

El paseo continuó entre risas. Al poco, llegaron al imponente Monumento al Emigrante, una figura de bronce mirando al horizonte, como si aún buscara noticias de quienes partieron.

—Este es uno de mis lugares favoritos —dijo Enrique, deteniéndose frente a la escultura—. Representa a todas esas personas que, hace más de un siglo, tuvieron que dejar Navia para buscar una vida mejor en América.

Se quedó mirando el monumento; le causaba respeto.

Laura, conmovida, acarició la placa. Leyó la inscripción en silencio. Algo se removió en su interior.

“De cara a la gran aventura de las Américas, dejaron sus tierras y cruzaron el mar, iluminados por una eterna alborada de

descubrimientos. Estas piedras son el homenaje entrañable y permanente de los que quedamos, a cuantos emigraron y volvieron, y a los que nunca más retornaron”.

—¿Tienes familia que emigró? —preguntó ella, mirando la inscripción con curiosidad.

—Mis bisabuelos, como los de casi muchas familias en el pueblo. Se decían historias de cartas que tardaban meses en llegar, de fotografías en sepia y promesas de volver. Algunos nunca regresaron.

—Debe de ser duro dejarlo todo atrás —susurró Laura.

—Sí, pero también es esperanza. Mira, ponte aquí, junto al Monumento. Te hago una foto, que así se quedan los recuerdos.

Laura sonrió y posó mientras Enrique sacaba el móvil, capturando el momento. Luego, él se le acercó.

—Ahora un selfi, para que conste que no traje sola —bromeó.

Ambos rieron mientras el sonido de la cámara sellaba la instantánea de su complicidad.

—¿Seguimos la senda? —preguntó Enrique, señalando el camino costero que se internaba entre verdes prados y acantilados rugosos.

—Por supuesto —respondió Laura—. ¿Me vas contando historias por el camino?

Mientras avanzaban, el mar rompía furioso contra las piedras y la espuma salpicaba el aire, perfumando el ambiente de sal.

Laura se detuvo, maravillada.

—¡Es precioso! El Cantábrico parece infinito desde aquí.

—Y peligroso. Hay leyendas de barcos que nunca volvieron y de noches en que las olas traen voces.

—¿Voces? ¿Qué tipo de voces?

—Dicen que, si escuchas con atención, puedes oír a los emigrantes llamando a quienes dejaron en tierra. O a marineros contando historias de sirenas y naufragios.

Laura cerró los ojos, dejando que el rumor del mar la envolviera.

—Casi puedo imaginarlo. Aquí uno siente que el tiempo se detiene.

Siguieron recorriendo entre helechos y brezos. En un recodo, encontraron a dos señores mayores sentados en una explanada junto al acantilado.

—¡Buen día, Julián! —saludó Enrique, levantando la mano.

—¡Hombre! ¿Te animas a nadar? —propuso uno de ellos, con voz jovial.

—Hoy no, que voy de guía con una visitante de honor —respondió, señalándola.

—Pues cuídala, que dicen que quien camina por la senda navega, regresa siempre —añadió el otro señor, guiñando un ojo.

Continuaron el paseo, ella toda curiosa.

—¿Siempre hay gente aquí, aunque haga mal tiempo?

—Siempre. La senda es como la plaza del pueblo, pero más larga y con mejores vistas

Animada, se detuvo un instante y miró a Enrique con una chispa de curiosidad en los ojos.

—¿Y tú? ¿Conoces alguna historia de aquí? Siempre he oído que en los pueblos costeros las leyendas nunca faltan.

Sonrió y bajó levemente la voz, como si fuera a confesar un secreto solo para ella.

—Claro que sí. ¿Quieres que te cuente mientras seguimos por la senda? Aquí cada curva guarda un cuento.

Laura asintió, entusiasmada.

—Me encantaría escuchar una. Elige la que más te guste.

—Existe una leyenda, muy antigua, de una sirvienta del Palacio de Andés, que se enamoró de un marinero que nunca volvió, y su alma quedó atrapada en el acantilado.

—¡Guauuu...! —exclamó Laura.

Enrique se ajustó la mochila al hombro y, mientras retomaban el paso entre el sonido de las gaviotas, siguió hablando.

—Hay una que mi abuela solía contarme, sobre una noche de tormenta y una luz misteriosa en el acantilado... La historia de una moza que se enamoró de un farero y cada noche le enviaba luces desde la ventana de su casa, para que supiera que lo pensaba.

—¡Qué romántico! ¿Y cómo termina?

—Eso depende de quién lo cuente. Si quieres, te lo cuento entero cuando lleguemos a la playa de Frejulf.

—Trato hecho.

El sendero discurría ahora junto a un murete cubierto de musgo. Pararon a ver las olas romper con fuerza y Enrique aprovechó para enseñarle como distinguir las diferentes aves marinas.

—Mira, esos de ahí son cormoranes. Y por allí, si tienes suerte, podrás ver alguna chova piquirroja.

Laura sacó su móvil y también intentó captar el paisaje, aunque se rindió rápido ante la magnitud del escenario.

—Ninguna foto hace justicia a esto. Es mejor guardarlo en la memoria.

—Eso es lo bonito de la senda navega. Aquí, cada paso es una historia y cada rincón, un secreto. Hoy eres parte de ellos.

Enrique trató de explicarle algo más.

—Dicen que quien hace la senda navega siente que el tiempo se detiene un poco, que cada curva guarda un recuerdo o un pensamiento. Hay lugares donde la gente se sienta a mirar el horizonte o a escuchar el viento. También hay paneles con historias de marineros, de naufragios y de vidas unidas al mar. Es un paseo que mezcla historia, naturaleza y emoción. Al final, entiendes por qué los de aquí la queremos tanto: porque no es solo una senda, es su manera de mirar el mar y sentirse parte de él.

Laura se quedó conmovida por la explicación.

Al doblar una curva, la playa de Fabal apareció finalmente a lo lejos, recortando su silueta contra el cielo azulado. El rumor constante de las olas se mezclaba con el canto lejano de las gaviotas, y el aire salado llenaba los pulmones de ambos.

Laura sonrió, sintiéndose parte de un tiempo suspendido, donde solo existía el presente y el paisaje inmenso.

—¿Sabes? —dijo mientras avanzaban—. Siempre pensé que las playas estaban solas. Pero ahora veo que son todo lo contrario: son señales, puntos de encuentro, de saborear y descubrir.

Enrique le dedicó una mirada cómplice.

—Y testigos de todas esas historias que nadie ha contado todavía. Quizá un día alguna de ellas sea la nuestra.

Laura hizo como que no había escuchado.

Siguieron andando, dejando atrás el sendero cubierto de musgo, con la playa cada vez más cerca y el horizonte abierto a todo lo que aún estaba por suceder.

A pesar de la agradable mañana, los pensamientos de Laura iban y venían, deshilachándose entre el rumor del mar y el calor inesperado de la compañía. No lograba quitarse de la cabeza la imagen de Marcos, su voz dura y la amargura de la discusión del día anterior.

Sentía mucho dolor en su interior

El eco de las palabras no pronunciadas se mezclaba con el aire marino, pesando en su pecho como una piedra enorme.

Sentía que caminar al borde del mar era una forma de buscar respuestas, una manera silenciosa de ordenar el caos de adentro y, tal vez, soltar aquello que no le pertenecía.

Pero cada vez que pensaba en Marcos, en la manera en que el enojo había encendido su rostro, le volvía el temor a no ser comprendida, a repetir errores antiguos, a perderse de nuevo en una conversación que no llegaba a ningún puerto.

Intentaba convencerse de que, más allá de ese miedo, existía la promesa de otros caminos, de amistades y paisajes nuevos, como los que la rodeaban ahora.

Quizá, se dijo, los recuerdos duelen menos cuando se camina hacia delante y el horizonte se abre generoso ante la duda.

Sin embargo, al mirar a Enrique, sintió una chispa de gratitud: en ese instante, el peso de lo no resuelto se disipó apenas un poco, como la bruma bajo el sol, y pudo respirar hondo, permitiéndose la esperanza de que, al menos por hoy, el mar la ayudaría a reconciliarse consigo misma.

Mientras avanzaban, Laura sentía cada paso como una pregunta suspendida en el tiempo.

No podía evitar pensar en Valencia, en la seguridad de las calles conocidas, los cafés donde el bullicio era un rumor familiar, los rostros amables pero previsibles. «¿No era acaso más sencillo regresar, recoger las certezas y refugiarse en el mosaico de rutinas a salvo de sorpresas?»

Sin embargo, había algo en ese pueblo, en la brisa cargada de sal y promesas, que le invitaba a soltar la cuerda invisible que la ataba al pasado.

«¿Me iría mejor si regreso?» —se preguntó, viendo cómo las gaviotas trazaban círculos en el aire, libres del peso de cualquier itinerario. Había una magia sutil en esa costa: la manera en que la luz cambiaba sobre el agua, el olor a vida fresca, la promesa de caminos sin mapa.

Por un momento, se permitió imaginarse dejándose llevar, sin planes, como si el propio destino la empujara a descubrir algo—un secreto, una versión desconocida de sí misma, una historia apenas por empezar.

Cerró los ojos y escuchó el latido del mar mezclándose con el suyo. «Tal vez aquí—justo aquí—hay algo para mí. Algo que nunca hubiera encontrado si no me hubiese atrevido a salirme del guion de siempre».

Le vino a la mente la frase de un libro que había leído de adolescente: «Hay lugares donde uno se encuentra a sí mismo, aunque no sepa qué anda buscando». «¿Y si todo lo que necesitaba era quedarse un poco más, respirar, dejarse cambiar por el escenario y el instante?» —pensaba.

La sombra de la duda volvió a asomar, pequeña pero persistente.

«Quizá el destino no es un lugar fijo, sino una suma de momentos en los que nos dejamos sorprender» —deliberó, siendo para sí.

Y con esa certeza frágil, pero luminosa, siguió caminando, dejándose llevar, abierta a lo que viniera, permitiendo que el mar, el viento y el tiempo la fueran moldeando, sin prisa y sin miedo.

La voz de Enrique la despertó de esos pensamientos.

—¿Has visto alguna vez un lugar tan especial como este? —preguntó, con una sonrisa suave en los labios, como si también estuviera sorprendido por el espectáculo ante sus ojos.

Laura negó despacio, sin apartar la mirada del horizonte.

El mar se extendía frente a ellos con un azul profundo, salpicado por la espuma que el viento empujaba hacia la costa.

Al fondo, la playa de Prejulte.

—Nunca así —susurró—. Hay algo aquí... no sé, parece que todo brilla de otra manera. Es como si el mundo se quedara quieto.

Enrique se acercó un poco más, bajando la voz:

—A veces pienso que estos lugares existen solo para recordarnos que hay cosas más grandes que nosotros, ¿no crees? Que uno puede dejar atrás lo que pesa y simplemente mirar.

Laura se giró hacia él, buscando su rostro en medio de un sol radiante.

—Justo eso sentía hace un momento —admitió—. Como si, por fin, pudiera respirar. Como si el pasado fuera menos importante aquí.

—Quizá deberíamos aprender a mirar el mundo así más seguido. Dejar que el mar se lleve lo que no nos sirve.

Laura sonrió, mirando las gaviotas que jugaban sobre las olas.

—¿Sabes?, me gustaría recordar este instante. Tenerlo listo para cuando vuelva el miedo o la duda.

No dudaron en bajar a la playa.

Los pasos apenas dejaban huella sobre la arena húmeda, y la brisa salada les acariciaba el cabello.

Al acercarse al agua, Laura se agachó, dejando que la espuma fresca le mojara las manos.

—¿Te imaginas vivir junto al mar? —preguntó, con voz baja, como si el rumor de las olas fuera un secreto que solo ellos podían escuchar.

Enrique se quedó pensando, mirando el horizonte.

—Creo que sería como empezar algo nuevo cada día. Aquí todo parece posible, ¿no?

Laura sonrió, recogiendo una pequeña piedra brillante y mostrándosela.

—Ojalá pudiéramos llevarnos este momento. Guardarlo como si fuera una piedra preciosa.

—Quizá no hace falta llevárselo —dijo Enrique, agachándose a su lado—. Basta con saber que existió.

El diálogo flotó entre ellos, ligero, mientras caminaban más cerca del agua, donde el mundo parecía abrirse y las preocupaciones perdían peso.

Un par de gaviotas volaron sobre sus cabezas, y Laura las siguió con la mirada, sintiendo una paz inesperada.

—¿Sabes?, nunca pensé que un lugar pudiera hacerme sentir tan libre.

—A veces solo hace falta el mar y un poco de compañía —replicó Enrique, tocando el hombro de ella antes de mirar la línea de dunas que los esperaba.

Mientras avanzaban, se quedó observándolo, notando en su forma de sonreír y en la calma de sus gestos algo que la intrigaba.

—¿Por qué estás solo, Enrique? —inquirió suavemente, sin perder la mirada en el horizonte—. Eres tan amable y dulce. No entiendo cómo no tienes a alguien.

Bajó la mirada, dejando que el sonido del mar llenara el silencio antes de responder.

—La vida es rara, Laura —dijo al fin—. Está llena de momentos agrídules y oportunidades, pero parece que todo está... mal repartido. A veces uno da demasiado cuando no debe, o espera algo que nunca llega. Me acostumbré a dejar que las cosas sucedan, sin forzarlas.

Laura asintió, sintiendo que sus palabras resonaban en sus propias experiencias.

—¿No crees que el problema es que nos enseñan a esperar siempre lo perfecto? —confesó ella—. Yo también he sentido que todo lo bueno llega tarde, o se va demasiado rápido. Pero contigo aquí... no sé, siento como si algo se acomodara por fin.

Enrique la miró, sorprendido ante su honestidad, y se permitió abrirse un poco más.

—He buscado personas que me entiendan, que quieran compartir silencios y complicidades como este —admitió—. Pero la mayoría busca respuestas rápidas, certezas, y yo prefiero los momentos que se quedan, aunque sean fugaces.

El silencio se hizo por un momento entre ellos, solo interrumpido por el vaivén de las olas. Enrique la miró con una franqueza inesperada, y sus palabras salieron suaves.

—Me gustaría darte un beso.

Laura no respondió con palabras. Dio un pequeño paso hacia él. Comenzó como un roce tímido, transformándose luego en algo contenido, pausado e intenso.

Sus labios se volvieron a encontrar en un segundo beso lleno de intensidad, como si en ese instante pudieran conjurar los miedos y las ausencias. Cuando se separaron, ella tomó aire.

Las manos de Enrique buscaron el rostro de Laura, la acariciaron con delicadeza, y ella cerró los ojos, entregándose al momento, dejando que la pasión y la ternura se mezclarán como la espuma con la arena.

No hacía falta decir nada más.

Solo el beso, penetrante y sincero, mientras el mundo alrededor desaparecía y ellos se quedaban suspendidos en ese instante, bajo el cielo abierto y el rumor del mar.

Laura se detuvo y dejó un espacio entre los dos, dejando que la brisa le despeinara el cabello.

—Quizá deberíamos ir despacio —dijo—. Ahora mismo, esto es suficiente.

Enrique sonrió, con esa gratitud discreta que solo aparece cuando alguien entiende lo que uno calla.

—Tal vez la vida no reparta bien los momentos, pero nos da instantes como este, y personas que los aprecian —contestó, tratando de quedar bien—. Eso basta.

La conversación se fue diluyendo en confesiones pequeñas, casi mudas.

Mientras sus pasos seguían en la arena, y la complicidad se tejía entre ellos, tan ligera y persistente como la espuma que rozaba sus pies.

Enrique, con la mirada todavía perdida en el horizonte, rompió el silencio con una pregunta apenas susurrada, como si temiera perturbar la calma del mar.

—¿Qué te trajo hasta Navia? Quiero decir, ¿qué buscas aquí?

Ella bajó la vista, notando como la brisa le pegaba mechones de pelo al rostro. Tardó unos segundos en reunir el valor para

responder, pero cuando lo hizo, su voz fue tan clara como vulnerable.

—No fue fácil —admitió, jugando con la arena entre los dedos—. Todo parecía tan grande, tan ajeno... Perdí a alguien importante, y después nada tuvo sentido. Todo fue casualidad, como escapar del peso. Es encontrar un lugar donde la casualidad te deje respirar sin que duela.

Enrique no la interrumpió. Sus ojos buscaban la serenidad en el mar, como si cada palabra de Laura tuviera su eco en las olas.

Ella continuó, con pausas largas, midiendo cada frase.

Laura observó como la espuma retrocedía, dejando líneas efímeras sobre la arena. Inspiró hondo, como si el aire salado pudiera dar forma a aquello que nunca había contado en voz alta.

—Hay algo más, Enrique... —murmuró, con un hilo de voz—. Lo de venir aquí no fue solo por perder a alguien. Fue por mi pareja. Por lo que descubrí... —Se detuvo, apretando los labios, y sus dedos dejaron caer la arena—. Todo aquello que creía seguro... de pronto se rompió. Fue como si la vida, de golpe, me obligara a ver lo que no quería mirar.

El nombre de Marcos volvía a flotar en su mente como una ola que llega sin aviso. Laura bajó aún más la mirada.

—Me aferré a una rutina, a una entrega total, a un nosotros que ya no existía. Y cuando descubrí lo que él ocultaba, lo que yo fingía no ver, sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Me quedé sin lugar, sin excusas ni brújulas. Y entonces... apareció Navia. Sin buscarlo, sin esperarlo. Un punto en el mapa donde nadie me conoce, donde...

Y una lágrima cayó por su mejilla.

Por un momento, solo se escuchó el rumor constante del mar. Enrique asintió con un gesto leve; entendía bien la necesidad de huir para perderse.

—A veces hace falta alejarse para encontrarse —dijo finalmente, con voz suave—. Yo soy de aquí, pero siempre huyendo de algo. O de alguien. O de mí.

Laura lo miró, como si una complicidad invisible se tendiera entre ambos.

—¿Tú también?

—Claro —afirmó Enrique—. Hay días en que el silencio del mar es lo único que me salva de mí mismo. Supongo que, por eso, aprecio tanto los silencios compartidos... los que no piden explicaciones, los que simplemente son.

Laura sonrió, agradecida por esa honestidad serena.

—Quizá por eso estamos aquí ahora, los dos. Sin grandes respuestas, pero sí con preguntas parecidas.

Se formó entre ellos una pausa colmada de entendimiento. El viento siguió jugando con la arena, y Laura soltó un suspiro, como si se quitara un lastre invisible.

—Gracias —susurró, apenas audible—. Por escuchar sin juzgar.

Enrique respondió con una sonrisa franca. No hacían falta más palabras; ambos sabían que, por un momento, el dolor compartido se volvía más liviano.

Viendo que el momento se estaba volviendo dulce y calmo, Enrique decidió que era hora de regresar al pueblo. El camino de vuelta les tomaría cerca de dos horas, pero no parecía pesarles; al contrario, la distancia se antojaba como una nueva ocasión para descubrirse en el vaivén de palabras y silencios.

Se puso de pie despacio, sacudiendo la arena de los pantalones, y extendió la mano hacia Laura con una sonrisa cómplice.

—¿Volvemos? —preguntó, su voz envuelta en la brisa.

Laura aceptó el gesto y, al levantarse, sintió que el aire era menos denso. Caminaron juntos por la orilla, con las pisadas profundas sobre la arena húmeda. El inicio del retorno fue tranquilo, marcado por un silencio suave donde la compañía bastaba. Pero la conversación, como la marea, pronto regresó entre ellos.

El tiempo se deslizaba en un murmullo compartido, y cada palabra allanaba el sendero invisible entre ambos.

A ratos reían, otras veces callaban, dejando que el sonido del mar tejiera nuevas confianzas. Así siguieron, paso a paso, dejando que el camino y la conversación los condujeran suavemente de regreso.

A medida que avanzaban, Laura reconoció el contorno familiar de la senda navega, ese sendero que serpenteaba junto a los acantilados y parecía contener, a cada recodo, un secreto antiguo. Le había fascinado su modo de entrelazarse con el paisaje, como si

estuviera hecho para personas dispuestas a descubrirse a sí mismas al ritmo del mar y del viento.

Aquella mañana, sin embargo, el asombro cedió paso a una inquietud difusa. Al acercarse al final del camino, donde el Monolito del Emigrante se alzaba como una sombra solitaria, divisó la silueta de Marcos, recortada con la ría de fondo.

Fue como si el peso de una gran losa la alcanzara de golpe. Una parte de ella deseaba con fuerza no mirar, no detenerse; otra, sin embargo, se quedó clavada en el sitio, arrastrada por temor, por miedo.

«¿Por qué, después de tanto dolor, su mente seguía atada a ese nombre, a esa figura?» —se preguntó, con una oleada de cansancio, si alguna vez podría dejar atrás a esa persona.

Sentía odio. Era como una pesadilla que se repetía, persistente, donde la distancia entre lo vivido y lo deseado se volvía insalvable.

Sintió una punzada de rabia hacia sí misma por no saber escapar del laberinto de su propia memoria. «¿Por qué no me deja en paz el pasado?». «¿Por qué cada paso que doy parece llevarme de vuelta a ese mismo lugar?».

Pero también, en lo más hondo, una ternura sorda: recordaba las tardes antiguas, la complicidad fugitiva, los sueños que entonces parecían posibles, porque tener a otra y no a ella misma.

Y, aun así, la realidad volvía a interponerse, tozuda, marcando la frontera entre lo que fue y lo que ya no podía ser.

Por un instante, mientras Enrique seguía caminando a su lado, valoró dar media vuelta, en huir hacia atrás.

Pero la senda bajo sus pies y la presencia silenciosa de su compañero le dieron el coraje de seguir adelante.

«Quizá —pensó— no se trata de olvidar, sino de aprender a mirar de frente las propias heridas y aceptar que forman parte de una misma».

Y así, el paso siguiente le pareció, por primera vez en mucho tiempo, un pequeño acto de reconciliación consigo misma. Deseaba ser valiente.

Cuando se aproximaban al Monumento al Emigrante, la silueta recortada contra la ría la detuvo en seco.

Era Marcos.

El corazón le dio un vuelco. Una parte de ella quiso girarse, retroceder, desaparecer. Otra se quedó clavada en el sitio, paralizada por un miedo antiguo, conocido, que le tensó la nuca y le cerró la garganta.

—«¿Por qué ahora?» —especuló—. «¿Por qué no me deja en paz?»

Enrique notó al instante el cambio en su cuerpo. No preguntó. Simplemente, se colocó un poco más cerca, atento.

Marcos comenzó a avanzar despacio. No levantaba la voz. No hacía aspavientos. Esa calma era lo que más inquietaba.

—Hola —dijo Marcos, y su voz rompió el aire como la nota de una campana—. No esperaba encontrarte aquí.

Laura parpadeó, atrapada entre el impulso de huir y la necesidad de sostenerse firme. Enrique, a su lado, se mantuvo quieto, un testigo paciente, un resguardo silente.

—Yo tampoco —respondió Laura, y el temblor en su voz solo era perceptible para quienes conocían el idioma de las viejas cicatrices.

El viento parecía amplificar cada sonido: el crujir de la grava, el roce de la ropa, la respiración contenida.

El Monumento al Emigrante se erguía a pocos metros, testigo mudo.

Laura, de pronto, sintió como sus piernas se negaban a avanzar; el miedo la atenazó, helándole la sangre. Su respiración se volvió superficial, temblorosa, y el sudor frío le empapó la nuca. El pulso le retumbaba en los oídos mientras, justo delante, la figura de Marcos se volvía más definida, más amenazante. Un escalofrío recorrió su espalda al recordar la dureza de ciertos gestos, la violencia contenida en algunas palabras pasadas.

Temía que esta vez las cosas se desbordaran, que Marcos cruzara esa línea invisible que separa el rencor de la agresión.

Enrique, atento al cambio en el cuerpo de Laura, le tomó la mano con suavidad, pero su gesto no era solo de ternura, sino de alerta.

—No te preocupes, estoy aquí —murmuró, aunque su propia voz le traicionaba con un temblor que Laura no había oído antes.

Él intentó tirar de ella, apresurar el paso, pero también quedó anclado por la mirada de Marcos, que se clavaba en ambos como una amenaza.

Apretó su mano, dispuesto a protegerla, aunque el temor le brotaba por los poros. El ambiente se volvió opresivo, el mar dejó de sonar como refugio y se tornó en un fondo lejano, casi hostil.

Marcos detuvo su avance, el rostro endurecido por la rabia que le desbordaba. Sus ojos brillaban de resentimiento y la mandíbula se le marcaba con fuerza, como si contuviera palabras venenosas.

Laura intentó retroceder, pero sus pies no respondían. El silencio se hizo tan pesado que el crujido de la grava bajo los zapatos resonó como una alarma.

Enrique se interpuso entre ellos dos, la mirada firme pero inquieta.

—Vete de aquí —dijo, con una firmeza que no ocultaba el temblor subyacente.

Marcos soltó una carcajada seca, sin alegría, rebosante de despecho.

—¿Ahora necesitas que te defiendan? —escupió, la voz cargada de desprecio—. Siempre fuiste débil, siempre ocultándote detrás de otros. ¿Es que no tienes el valor de afrontar lo que hiciste hace años?

Laura tragó saliva, sintiendo como el pánico le cerraba la garganta. Quiso responder, pero las palabras no llegaban; solo pudo mirar a Enrique, buscando en sus ojos un refugio que la ayudara a sostenerse.

Él la envolvió con el brazo, intentando guiarla lejos, pero Marcos se interpuso, su cuerpo tenso, el gesto desbordando hostilidad.

—Déjala en paz —insistió Enrique, la voz ahora más firme—. No le vas a hacer daño.

Marcos dio un paso más cerca, la distancia entre los tres reduciéndose a apenas un suspiro. El brillo en sus ojos se volvió furioso, y los insultos brotaron como espinas.

—Siempre te las arreglas para quedar como la víctima, ¿verdad, Laura? Todo el mundo tiene que compadecerte... Es patético. ¿Te

crees muy valiente ahora que tienes a alguien que te protege? — soltó, la lengua afilada en cada palabra.

Laura cerró los ojos un segundo, sintiendo el temblor de sus manos. Se aferró con fuerza a Enrique, quien, a pesar de su propio miedo, se mantuvo firme ante Marcos. Su respiración se entrecortaba, pero se obligó a hablar, aunque la voz apenas fuese un susurro.

—Déjame paz. No tienes derecho a tratarme así.

—¿Derecho? ¿Y tú qué sabes de derechos? Si alguien aquí ha sufrido, soy yo. Tú solo sabes huir, esconderte... Nunca tuviste el valor de mirar las consecuencias de tus actos.

—Basta —dijo Enrique—. Te estás pasando.

De pronto, en medio de la tensión, Marcos se giró ligeramente hacia Laura y, en voz baja, pero firme, dejó caer una frase cargada de reproche y verdad.

—¿Pasándome? ¿Después de todo lo que hizo? —se volvió hacia Laura—. ¿O ya has olvidado ciertas cosas? ¿O prefieres que no hablemos de cuando eras amante de tu cuñado?

El aire se volvió irrespirable.

Laura palideció. Durante un segundo, el miedo dio paso a la culpa, a una herida antigua que no esperaba ver expuesta así, en medio de la senda.

—Eres un cabrón —balbuceó Laura, con la voz rota.

Enrique, visiblemente alterado, alzó la voz:

—¡Cállate! —estalló Enrique—. No tienes derecho a humillarla.

Marcos dio un paso más, demasiado cerca.

—Ten cuidado —dijo, mirándolo fijamente—. No sabes con quién te estás metiendo. ¿Crees que puedes protegerla de todo? ¡Estás tan perdido como ella!

Laura sintió que el cuerpo ya no le respondía. El temblor se volvió incontrolable

El miedo seguía allí, punzante, pero una chispa de dignidad la sostuvo. El silencio que siguió fue aún más violento que las palabras de Marcos.

Avanzó un paso más, su sombra alargándose sobre Enrique. Sus palabras, llenas de veneno.

—Te lo advierto, chulo de mierda —masculló, la voz ronca y helada—. Más te vale andarte con cuidado. Si te cruzas en mi camino, te mato. A los dos. No me tiembla la mano.

El silencio que siguió fue brutal.

Enrique, por un momento, sostuvo la mirada de Marcos. Pero no dijo nada. Sabía que cualquier respuesta sería inútil.

Sin apartar la vista de su rival, sujetó a Laura del brazo y tiró de ella, decidido a abandonar aquel lugar antes de que la tensión explotase.

—Nos vamos —dijo—. ¡Ahora!

Laura, con los ojos ardiendo de ira y la mandíbula tensada, se giró bruscamente hacia Marcos. El silencio que se había apoderado del lugar se hizo añicos en un instante.

Su voz, grave y vibrante de rabia contenida, sonó como un latigazo.

—¿Sabes qué? —escupió las palabras, cada sílaba cargada de resentimiento—. Lo peor que he vivido eres tú. Ojalá nunca te hubiera conocido. Vete, márchate con tu amiguita Ana, que es lo único que sabes hacer: Acostarte con ella cuando en casa no te lo terminas. Lo peor de todo es que ni llegas.

La tensión en el aire era palpable, como si el menor movimiento pudiera desencadenar una tormenta. La miró, herido y confuso, sin atreverse a responder de inmediato. Abrió la boca, titubeando.

—Laura, no sabes lo que dices... no sabes de lo que es capaz de hacer Ana en la cama...

Pero Laura, temblando todavía, no cedió ni un ápice. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas y una determinación feroz:

—Nunca debí conocerte —dijo—. Todo contigo ha sido un desastre. Vete de mi lado y desaparece por fin de mi vista.

Durante un segundo, la rabia silenciosa de Laura llenó todo el lugar. Derrotada. El momento quedó suspendido: crítico, irreversible, como una grieta imposible de cerrar.

Laura salió con paso ligero, casi sin mirar atrás, y Enrique la siguió a corta distancia, queriendo acompasar su ritmo al de ella.

Cruzaron el pinar Veiga de Arenas envueltos en un silencio tenso, solo interrumpido por el crujido de la hierba húmeda bajo sus

zapatos y el murmullo lejano del mar. Enrique, aún conmocionado por el enfrentamiento anterior, no conseguía apartar la vista de los hombros rígidos de Laura, percibiendo en cada movimiento la huella del dolor y la rabia contenidos.

A medida que avanzaban, la brisa marina despeinaba a Laura, que ni siquiera se molestaba en recolocarse el cabello. Caminaba con una determinación férrea, como si cada paso fuera un esfuerzo por dejar atrás no solo el lugar, sino todo el peso de lo vivido minutos antes.

Enrique quiso decir algo, tenderle una palabra de consuelo, pero la distancia emocional era tan patente como la física, sentía que cualquier intento podría romper el delicado equilibrio en el que se había instalado.

Al llegar a la tapia que delimitaba el campo de fútbol, Laura se detuvo de pronto, respirando hondo, obligándose a recuperar la compostura. Enrique aprovechó ese instante para acercarse con cautela, posando una mano suave sobre su hombro. Ella no se apartó, pero tampoco se volvió. Solo entonces, con la mirada fija en el horizonte y la voz apenas un susurro, murmuró:

—No voy a dejar que vuelva a hacerme daño, nunca más —dijo al fin—. No, otra vez.

Enrique asintió.

—No tienes por qué hacerlo. Mañana vamos a la Guardia Civil.

—No quiero montar más lío. Solo quiero que pare.

—Precisamente por eso —insistió él—. Esto no es normal. Yo estaré contigo.

Laura dudó, agotada.

—Mañana... mañana lo hablamos. Ahora no puedo más.

Enrique guardó silencio. Juntos reanudaron el camino hacia el pueblo,

No hubo palabras entre ellos durante varios minutos, solo el silencio, denso y doloroso, mientras el eco de la hostilidad de Marcos resonaba en sus cabezas, sin resolución posible y con la amenaza persistente de nuevos encuentros.

Solo a los escasos metros de haber reanudado el camino hacia el pueblo, se calmó por un momento rompiendo el silencio, su voz

aún firme y decidida.

—Lo mejor es que me vaya de aquí, Enrique... así no puedo seguir —dijo, deteniéndose en seco y mirando el suelo con los labios apretados.

Se giró rápido hacia ella, interponiéndose en su camino y buscando su mirada.

—No debes huir. No es la mejor opción. No has hecho nada malo —replicó con firmeza—. Tenemos que ir a la Guardia Civil y denunciar lo que ha pasado. No voy a dejar que te enfrentes sola a todo esto.

Laura negó con la cabeza, una sombra de pánico cruzando su rostro:

—¿Denunciar? ¿Y qué van a hacer? Solo van a decir que es una pelea más de una pareja... Ellos nunca entienden nada —protestó, la voz quebrada.

—No, esta vez no, Laura —insistió—. Yo estoy de testigo, tienes razones de sobra. No puedes seguir cargando tú sola con todo esto. Si te vas, le das la razón en el daño que te está haciendo. Seguirá persiguiéndote.

—Solo quiero que pare todo. Que me deje en paz,irme lejos, a mi casa y olvidar que esto alguna vez pasó —susurró, su voz expresaba cansancio.

Enrique suspiró, bajando la voz para tratar de calmarla.

—No tienes que hacerlo sola. Yo iré contigo. Si quieres, ahora mismo. Pero prométeme que no vas a desaparecer, que no vas a rendirte. Esto se tiene que acabar ya.

Laura lo miró por fin, con los ojos vidriosos.

—¿De verdad crees que sirve de algo? ¿Que cambiará algo si me quedo?

—Creo en ti —afirmo sin dudar—. Y creo que es hora de que todo pare. Por ti, por el daño que te ha hecho, y para que no vuelva a pasar nunca más.

Respiró hondo, secándose discretamente los ojos, y asintió con lentitud.

—Vale. Vamos mañana a primera hora a la Guardia Civil. Ahora no me encuentro bien.

—Conforme entonces —indicó, no muy seguro.

En el reloj del campanario daban las dos de la tarde.

Pasaron por la cafetería Martínez, llena de gente celebrando el domingo.

La normalidad le resultó casi ofensiva.

Al ser domingo, todos buscaban el reunirse. Grupos de amigos se reunían alrededor de mesas llenas de tapas y platos de pulpo, brindando con copas de vino y cañas de cerveza bien fría. El murmullo de las conversaciones, las risas y las voces entremezcladas creaban una banda sonora viva, auténtica de la hora del aperitivo en Navia.

Laura observó la escena, sintiéndose por un momento ajena a la alegría, pero reconfortada por la normalidad que la rodeaba.

—Enrique, necesito estar sola —dijo, con expresión ausente—. Ha sido muy fuerte lo de Marcos, todo lo que ha pasado. Solo quiero descansar y pensar. ¿Te importa?

—Claro, lo entiendo, no te preocupes —respondió, con voz baja—. Solo quiero que estés bien. Si necesitas algo, aunque sea solo hablar, puedes llamarme. No quiero que te sientas sola ahora.

Ella esbozó una sonrisa tenue, que casi se perdió en la sombra de sus mejillas.

—Gracias, de verdad. A veces parece que todo se me hace cuesta arriba... Pero ahora solo quiero que el tiempo pase, sin presiones. No me voy a ir, lo prometo. Mañana hablamos, ¿vale?

Enrique asintió y se acercó un poco más, bajando la voz con cierta complicidad:

—¿Me prometes que mañana vendrás? Que no vas a desaparecer sin avisar... No me gustaría verte huir de ti misma, Laura.

—Vendré, lo prometo. Solo necesito descansar y dejar de darle vueltas a todo en mi cabeza. Hablar contigo me ayuda, pero ahora... ahora ni yo misma sé lo que siento. ¿Entiendes?

Él sonrió con ternura, intentando aliviar la tensión que crecía entre ambos:

—Lo entiendo, más de lo que crees. Descansa, y si necesitas que te acompañe mañana a la Guardia Civil, estaré aquí. No te rindas, ¿vale?

Laura se quedó un momento en silencio, mirando las baldosas del suelo y jugando con la hebilla de su mochila. Finalmente, alzó la mirada, sus ojos brillando de emoción contenida:

—Gracias. Por quedarte, por no juzgarme. Mañana... mañana intentaré ser valiente.

Ella miró como si quisiera memorizar ese instante, el reflejo de la tarde en sus ojos y la fragilidad que asomaba bajo su firmeza. Se despidió con una caricia breve en el brazo, y la vio alejarse despacio por la acera, volviéndose una vez para cerciorarse de que ella estaba bien.

Enrique pensó en quedarse a tomar unos vinos allí mismo, en la cafetería Martínez. No tenía prisa alguna.

Laura cruzó el vestíbulo del hotel con paso apurado, sintiendo el suelo bajo sus pies como si fuera de cristal.

El recepcionista, el mismo hombre de la noche anterior, levantó la vista del mostrador y, con una sonrisa que no alcanzó a sus ojos.

—Buenas tardes, señorita —dijo, prolongando las palabras y dejando que su mirada resbalara descaradamente por el cuerpo de Laura.

Ella se detuvo en seco, notando el frío recorrerle la espalda. Tragó saliva y bajó la vista, fingiendo buscar algo en el interior de su bolso.

—Buenas... —murmuró, intentando no sostenerle la mirada.

El recepcionista se inclinó levemente, acercándose más de la cuenta.

—¿Se encuentra bien? Parece cansada. Si necesita cualquier cosa... lo que sea, solo tiene que pedírmelo —susurró con voz sugerente, sin apartar esos ojos que a Laura le resultaban tan inquietantes.

Sintió que las piernas le flaqueaban. Miró de reojo hacia el ascensor, calculando la distancia.

—No, gracias. Estoy bien... —pulsó el interruptor del ascensor con furia.

El recepcionista intentó dar un paso al frente, bloqueándole sutilmente el camino.

—¿Seguro que no quiere nada? Puedo ayudarla en lo que desee...

Laura apenas pudo contener el temblor en su voz:

—Déjeme en paz, por favor —susurró, casi sin aliento.

El hombre dio un paso que le bloqueó el camino.

—No hace falta ponerse así.

Sin esperar réplica, apretó el paso y se coló al interior del ascensor, cerrando la puerta a toda prisa. Solo cuando sintió el ascensor subir, se atrevió a soltar el aire y a dejar que la tensión le aflojara los músculos.

En la habitación, cerró con llave y apoyó la espalda contra la puerta, intentando recuperar el aliento.

El eco de las palabras del recepcionista seguía persiguiéndola, mezclado con la imagen de su sonrisa forzada y esa mirada lasciva que la había desnudado más que cualquier palabra.

Se obligó a caminar hacia el baño, buscando la seguridad del propio espacio, y allí se detuvo frente al espejo.

Solo entonces reparó en el detalle que lo explicaba todo: un botón de la blusa estaba desabrochado, dejando al descubierto casi medio pecho.

La tela, caída de manera descuidada, mostraba más de lo que había pretendido, y comprendió al instante el motivo de la actitud del recepcionista. La sensación de debilidad se intensificó, como si toda la incomodidad sufrida en el vestíbulo se hubiera multiplicado por la imprudencia de ese descuido.

No llevaba sujetador.

La vergüenza y la rabia se mezclaron.

Observó su reflejo con atención, buscando en su rostro alguna señal de debilidad o culpa. —Ese hombre es un puto baboso —se repitió, notando como la indignación iba ganando terreno a la inseguridad.

—No es culpa mía —se dijo, abrochándose con brusquedad—. No lo es.

Se apresuró a abrocharse la blusa, con movimientos bruscos, y el gesto sirvió para recuperar, al menos en parte, el control sobre la situación.

Pero el malestar permanecía, adherido a la piel, recordándole que la mirada ajena puede convertir cualquier error en una exposición

indeseada.

Intentó calmarse, lavándose la cara con agua fría y respirando hondo, pero la inquietud no se disipó del todo.

Pensó en lo injusto que era tener que preocuparse por cada detalle de su aspecto, por como podía interpretarlo alguien como el recepcionista, y sintió que la soledad de la habitación era a la vez refugio y cárcel.

Mientras cerraba el grifo y se secaba el rostro, aquel episodio no la intimidaría. Sabía que no era culpa suya, aunque la sociedad, con sus miradas y sus juicios, se empeñara a menudo en hacerle pensar lo contrario.

Se tumbó sobre la cama y cerró los ojos, buscando un descanso imposible. Tomó una pastilla para dormir. Necesitaba desconectar.

Antes de cerrar los ojos, repensó que algo había cambiado definitivamente: el miedo ya no era solo recuerdo. Era una advertencia.

Y Navia, que hasta entonces había sido promesa, empezaba a mostrar también su lado oscuro.

VI

El lunes amaneció en Navia con una expectación especial.

Era el día grande: la Virgen de la Barca y San Roque.

Desde muy temprano, el pueblo entero bullía de actividad. Las calles se llenaban de vecinos y forasteros, todos vestidos con sus mejores galas, como si la rutina hubiese quedado en suspenso por unas horas.

La atmósfera festiva se enriquecía aún más con la presencia de los festeros, que desfilaban orgullosos luciendo los trajes llaniscos. Los balcones aparecían engalanados con banderas y flores, y el aire olía a jabón recién usado y a perfume de fiesta, a esa mezcla inconfundible de celebración y reencuentro.

Conforme avanzaba la mañana, el repique de las campanas convocaba a la gente hacia la iglesia, donde la imagen de la Virgen aguardaba engalanada entre velas y ramos. Muchos naviegos que vivían fuera —en ciudades lejanas o incluso más allá de Asturias— hacían todo lo posible por regresar ese día. No era solo una tradición: era casi una obligación moral y afectiva.

Laura despertó con el ánimo revuelto. La preocupación latente dibujaba sombras bajo sus ojos. La presencia de Marcos, aun en el pueblo, le pesaba como una carga invisible, pero constante, como si cada rincón de Navia estuviera impregnado de silencios pendientes.

Se vistió con lentitud, intentando que la rutina la protegiera de esa inquietud que no la abandonaba desde el encuentro en el Monolito. Cada gesto era deliberado, como si moverse despacio pudiera contener lo que bullía dentro.

Bajó al comedor del hotel. El murmullo de otros huéspedes llenaba el espacio mientras el desayuno la esperaba intacto. Con cada sorbo de café, trataba de anclar sus pensamientos al presente,

pero el rostro de Marcos regresaba una y otra vez, obstinado, como una marea que no entiende de resistencias.

Mientras desayunaba, el recuerdo del recepcionista tampoco se le iba de la cabeza. Su mirada, las palabras insinuadas, seguían latiendo con incomodidad, mezclándose con la inquietud arrastrada desde el día anterior.

Por mucho que intentara centrarse, sentía que aquel episodio había dejado una huella difícil de borrar.

Terminó la tostada y, antes de que la ansiedad la atrapara del todo, decidió salir. Necesitaba respirar el bullicio festivo que ya inundaba las calles.

Al pasar por recepción, percibió un ligero murmullo entre las empleadas. Solo alcanzó a distinguir la frase “Guardia Civil” entre susurros, pero no se detuvo a indagar. La curiosidad se mezclaba con el cansancio de la noche anterior.

En un pueblo pequeño, los rumores corrían rápido, sobre todo en días grandes, y prefirió dejarlo pasar, convencida de que, al menos por una vez, su café era más urgente que cualquier chisme.

Al salir a la calle y sentir el aire fresco sobre la piel, enfiló hacia el Novakcafé, justo detrás del hotel. El bullicio festivo se filtraba entre las fachadas, pero Laura avanzaba abstraída, con la atención dividida entre aquellos murmullos y la necesidad de encontrar en la rutina un refugio.

«¿Será algo grave ese rumor?» —pensaba, mientras caminaba por la calle Ilustrados Asturianos. La idea de denunciar lo ocurrido el día anterior volvió a rondarle la cabeza.

La palabra denunciar le provocó un escalofrío, como si al pronunciarla abriera la puerta a un abismo de consecuencias desconocidas. Aun así, no podía evitar preguntarse si esa sería la única forma de dejar atrás el miedo y la impotencia que arrastraba.

Se obligó a apartar esas imágenes. Al menos por hoy, se repitió, solo buscaba el consuelo de una taza caliente y el rumor discreto de un café donde ordenar la maraña de emociones que la acompañaban desde el amanecer.

Al doblar la esquina y ver la terraza del Novakcafé, sintió, por un instante, que el día podía empezar de nuevo, lejos de las sombras y

de los ecos del pasado.

Sentada en la terraza, encendió un cigarro. Se permitió, por primera vez en días, abandonarse a ese placer fugaz: el humo ascendiendo lento, el calor tibio del sol en la piel. Saboreó el primer trago de café recién servido, intentando dejar atrás el temblor que le había acompañado desde que abrió los ojos.

Pero algo en el ambiente no encajaba.

El bullicio del pueblo no tenía el ritmo habitual de los días de fiesta. No era el alboroto alegre de las procesiones ni el jolgorio anticipado de las verbenas. Había, en cambio, una cadencia nerviosa, una especie de contención invisible, como si cada conversación se viera interrumpida por una preocupación soterrada.

Laura alzó la vista y observó a su alrededor.

Los grupos en la calle no se componían solo de vecinos comentando la procesión de la tarde o de forasteros paseando sin rumbo. Había corros demasiado apretados, gestos tensos, miradas que se cruzaban con cautela. Las voces, antes festivas, sonaban bajas, casi conspirativas.

Notó que algunos hombres hablaban en voz contenida con una agente de la Guardia Civil, mientras otras personas se acercaban con disimulo, fingiendo interés por cualquier cosa, solo para enterarse de lo ocurrido. Los camareros se movían más rápido de lo habitual, cuchicheando entre ellos.

De pronto, el rumor se hizo claro junto a la barra.

—Dicen que han encontrado a un hombre muerto en el paseo, junto a la ría.

La frase corrió como pólvora. En cuestión de segundos, la noticia se filtró en cada mesa, en cada esquina de la cafetería.

—¿Será un vagabundo? —preguntó una mujer mayor, llevándose la mano al pecho.

—No. Parece que era forastero. Lo han visto esta mañana, tirado cerca del Monolito —respondió otro, frunciendo el ceño.

Algunos clientes se levantaron, inquietos, intentando saber más. Alguien mencionó una ambulancia y varios coches de la Guardia Civil en dirección a la playa. Otros comenzaron a especular en voz baja, sumando versiones contradictorias.

—Esto en Navia no pasa nunca... y menos el día de la Virgen — murmuró un hombre, como si pronunciara una blasfemia.

Laura sintió que la normalidad de la mañana se rompía de golpe. El cigarro se le consumía entre los dedos sin darse cuenta. La fiesta, de pronto, parecía latir con el corazón en vilo.

El murmullo de la terraza se interrumpió cuando una figura conocida apareció entre las mesas. Teresa avanzaba deprisa, jadeando, visiblemente alterada. Las mejillas encendidas y el pelo revuelto delataban la urgencia con la que había cruzado la plaza. Sus ojos buscaron a Laura y, al encontrarla, se acercó sin pararse a saludar a nadie más.

—Laura... Laura —balbuceó, casi sin aliento, apoyando una mano en el respaldo de la silla—. Tienes que venir... han encontrado...

Laura apagó el cigarro con un gesto torpe. El pulso se le aceleró al instante.

Teresa se dejó caer a su lado, sin esperar invitación.

—¿Qué pasa? —preguntó, notando cómo el café se le atascaba en la garganta.

Teresa tragó saliva. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro tembloroso.

—Han encontrado un cuerpo... en el paseo de la ría.

Era un hombre y... —se detuvo, buscando fuerzas en la mirada de Laura—. Es ese hombre con el que discutiste el otro día. Es él. Dicen que tenía un golpe en la cabeza... que ha sido eso lo que... lo que lo ha matado.

El suelo pareció deslizarse bajo los pies de Laura. El ruido de la terraza se volvió un eco lejano, como si todo el pueblo se hubiera sumergido bajo el agua. Durante unos segundos fue incapaz de reaccionar.

—No... no puede ser —murmuró, llevándose la mano a la boca—. ¿Estás segura? ¿Cómo ha pasado eso?

Teresa asintió, con los ojos brillantes.

—Lo ha dicho la Guardia Civil. Nadie sabe bien qué ha pasado aún. Lo encontraron tumbado, junto al Monolito. Están investigando, pero... —la voz se le quebró—. Ay, Laura, lo siento tanto...

Ambas quedaron en silencio, rodeadas por un bullicio amortiguado y por miradas furtivas que intuían la gravedad de la escena.

Laura temblaba, tratando de asimilar la noticia, mientras Teresa la rodeaba con un abrazo torpe, buscando ofrecer consuelo frente a la devastación que acababa de caer sobre la mañana festiva.

El aire se volvió denso, cargado de preguntas sin respuesta.

Con la mirada perdida, apenas pudo murmurar el nombre de Marcos. La certeza de la tragedia se le instaló en su cuerpo con un peso irreversible.

Teresa no se apartó de ella. Permaneció a su lado, aunque parecía consciente de que cualquier gesto podía resultar excesivo. La miró con pena, buscando palabras que no hicieran daño, pero el silencio se imponía con una gravedad que pesaba más que cualquier intento de consuelo.

—Laura... —susurró al fin, acercándose un poco—. No sé qué decirte. Yo no sé exactamente qué pasó entre vosotros... ni cómo acabasteis así, pero... una muerte nadie la espera. Nunca.

Se secó las pocas lágrimas que se le escapaban, rápidas y silenciosas. No buscó refugio en el hombro de Teresa. Sus ojos, cansados y enrojecidos, se perdían en algún punto más allá del gentío, como si la noticia todavía no hubiera terminado de encajar en su vida.

—No... no tienes que decir nada —respondió con la voz ronca—. Es que no sé ni qué siento. Es demasiado repentino. Demasiado absurdo. Ayer mismo quiso hablar conmigo... —tragó saliva—. No me lo puedo creer.

Teresa asintió despacio. Percibía cómo se abría una distancia inevitable, una frontera invisible que no sabía si debía cruzar.

—Sé que lo que me contaste de él no era fácil —dijo con cautela—. Y que lo vuestro se quedó lejos de lo que querías. Supongo que estas cosas descolocan... cada uno las lleva como puede. Si te apetece hablar, aquí estoy. Y si no, también lo entiendo.

Laura negó lentamente, apretando los labios.

—No es que no quiera hablar... es que siento que debería estar destrozada. Que tendría que llorar sin parar, o no poder moverme.

Pero solo tengo esta sensación de vacío —hizo una pausa—. Como si estuviera fuera de mí, mirando la escena desde lejos.

Teresa soltó el aire con cuidado y se atrevió a pasarle un brazo por los hombros.

—No te juzgues por eso. El dolor no siempre se manifiesta como esperamos. Ya has pasado mucho. Nadie puede exigirte una reacción concreta.

La miró, agradecida, aunque con una lejanía que no lograba disimular.

—Gracias... de verdad. Me siento observada. Como si todos esperaran algo de mí. Que me derrumbe, que monte una escena... y no puedo. Solo siento frío. Y rabia —añadió en un hilo de voz—. Rabia porque no entiendo nada de lo que me estás diciendo. Porque no me dio tiempo a cerrar nada. A decirle lo que tenía que decirle.

Teresa le apretó el hombro con suavidad.

—Lo sé. Es injusto. A veces la vida no da explicaciones. Pero escucha: si necesitas soltarlo todo, decir barbaridades, romper algo... aquí estoy. Y si no quieres hablar, te acompaño igual. No tienes que demostrar nada a nadie.

Inspiró hondo, conteniendo el temblor.

—¿Sabes qué es lo peor? Que ahora todo el mundo lo recordará como "el hombre muerto el día de la Virgen". Y yo no sé ni cómo recordarlo. No sé si llorar por él, por mí... o por todo lo que no supimos hacernos bien.

Teresa guardó silencio unos segundos antes de responder. Le acarició el brazo con un gesto torpe pero sincero.

—Quizá no tengas que decidir eso ahora.

Se obligó a sonreír, aunque la preocupación seguía asomando en sus ojos.

—¿Qué te parece si damos una vuelta? Igual te viene bien. Al menos para dejar de sentir que te mira todo el pueblo.

Laura dio un par de pasos, pero se detuvo. El bullicio de la calle le llegó amortiguado, lejano. Tragó saliva.

—No sé... —dijo sin mirarla—. A lo mejor debería ir a la Guardia Civil. Decirles algo. No puedo quitarme de la cabeza que quizá debería hacer algo más que... distraerme.

Teresa también se detuvo. Bajó la voz, incómoda.

—No sé si tiene mucho sentido que vayas ahora. No creo que puedas aportar nada —titubeó—. Y además... no quisiera que te vieras envuelta en líos. La Guardia Civil ya tendrá su información.

Se abrazó a sí misma, como si le costara respirar.

—Es que me siento rara. Como si todo me pasara por delante y yo no estuviera del todo aquí. Pero si ahora me quedo quieta mientras ellos preguntan... es como si estuviera huyendo. ¿Y si creen que oculto algo?

Teresa negó con la cabeza, aunque no sonaba del todo segura.

—No tienes que justificarte. No has hecho nada malo. Si vas ahora, solo te pondrás en el foco. Y tú ya has pasado bastante.

Laura se mordió el labio. La inquietud no cedía.

—No lo sé... quizás solo necesito sentir que hago algo. Que no me quedo mirando cómo todo se desmorona. No puedo evitar pensar que, de alguna forma, podría haber hecho algo para evitarlo... —se interrumpió—. ¿Nunca te ha pasado? Esa culpa absurda que sabes que no tiene sentido, pero que no se va.

La miró con ternura.

—Claro que sí. Pero a veces el mejor gesto es cuidarse. ¿De verdad crees que yendo ahora al cuartel te sentirás mejor? ¿O solo añadirás más peso?

Laura bajó la cabeza. Cuando habló, su voz estaba cargada de cansancio.

—No quiero parecer impasible. Ni que piensen que me da igual. Pero tampoco sé si tengo fuerzas para enfrentarme a preguntas, a miradas, a rumores.

Teresa respiró hondo.

—Si sientes que tienes que ir, te acompaño. Pero no te castigues. Nadie espera que seas fuerte ahora. Nadie puede juzgarte por no saber qué hacer.

Quedaron en silencio. Laura dudaba.

El momento se alargó, denso.

Y, sin quererlo, le vinieron a la mente las amenazas de Marcos a Enrique. La escena regresó nítida: la voz tensa, las palabras afiladas, flotando en el aire. Un escalofrío le recorrió la espalda.

«¿Y si aquella discusión fue más grave de lo que pensé?»
«¿Y si esas amenazas desembocaron en algo peor?» —se decía para sí misma.

El miedo volvió a instalarse en ella con una claridad nueva. Guardó silencio, consciente de que ya no podía mirar lo ocurrido como una simple coincidencia.

—Escucha, si de verdad sientes que tienes que ir, yo te acompaño. Pero piensa en ti. No te castigues más. Ahora mismo nadie espera que seas una heroína ni que lleves la carga de lo que ha pasado. Nadie puede juzgarte por buscar un poco de paz, ni por no saber qué hacer. Si lo que de verdad necesitas es hablar con la Guardia Civil, lo hacemos.

Miró a Teresa, buscando entre sus palabras un asidero, una certeza.

—¿Y si después me arrepiento? ¿Y si de verdad podía haber hecho algo más?

—No te martirices. Nadie sabe nunca si ha hecho lo correcto. Lo que decidas ahora lo harás pensando en lo que te permite seguir adelante. Eso también es valiente. Yo estoy contigo en lo que decidas —contestó Teresa, con una seriedad tranquila pero firme.

Quedaron las dos en silencio, apenas moviéndose, sintiendo el peso de la decisión. No contestó enseguida, mientras Teresa la observaba, esperando que aceptara cualquier camino que eligiera.

Laura dudaba y ese momento se hizo interminable.

—Vale —asintió por fin—. Prefiero moverme a quedarme aquí atrapada.

Caminaron calle abajo, dejando atrás el Novakcafé y el murmullo espeso que había quedado suspendido en la terraza. Sus pasos, al principio vacilantes, fueron ganando un ritmo mecánico, como si el cuerpo se moviera antes de que la mente pudiera alcanzarlo.

La calle de los Emigrantes ofrecía ese contraste tan propio de los días grandes: banderas ondeando al viento, música que se escapaba de alguna ventana abierta y, al mismo tiempo, pequeños corrillos de vecinos hablando en voz baja, con los rostros tensos, atentos a cualquier novedad.

El aire era fresco, pero no lograba deshacer el nudo que Laura sentía en el estómago. Caminaban despacio, sin decir palabra. El silencio entre ellas pesaba más que cualquier conversación. Laura apretaba el bolso contra el cuerpo y, de vez en cuando, miraba a Teresa de reojo, buscando en su perfil una señal, una certeza que no llegaba.

Al cabo de unos metros, se detuvo en seco. Teresa frenó también.

—¿De verdad crees que está bien esto? —preguntó Laura, rompiendo el silencio—. Irnos así... sin decir nada. Me siento como si tuviera algo que ocultar, y eso me da miedo. ¿No pensarán que sea sospechosa por no presentarme yo misma?

La miró, titubeando. Sus ojos esquivaron los de Laura, posándose en el suelo, en las fachadas, en cualquier punto que no fuera su rostro.

—No creo que seas sospechosa —dijo al fin—. Ya te lo he dicho, tú no has hecho nada. No tienes que mostrar lo que no eres.

Pero las palabras no lograron tranquilizarla. El miedo seguía abriéndose paso por dentro, esquivando cada intento de consuelo.

Laura pensó en las miradas de los vecinos, en los murmullos, en la Guardia Civil anotando cada gesto, cada palabra. ¿Y si, por no acudir, su nombre empezaba a circular con más fuerza? ¿Y si el silencio se volvía contra ella?

—¿Y si esperan que yo vaya? —susurró—. Que explique todo, que dé la cara. Si no voy, quizás crean que me escondo... que tengo motivos.

Teresa aceleró el paso unos segundos, incómoda, antes de responder.

—No te obsesiones. Si quisieran hablar contigo, ya te habrían llamado. Ir ahora solo sería buscar problemas.

Aquella insistencia le produjo a Laura un escalofrío.

Una idea fugaz cruzó su mente, incómoda:

«¿Por qué le preocupa tanto que vaya?»

«¿De verdad lo hace solo por mí?»

—Teresa... —dijo de pronto, parándose otra vez—. ¿Por qué insistes tanto en que no vaya? Es como si te interesara que yo me mantuviera al margen. ¿Hay algo que no me estés diciendo?

Teresa se quedó inmóvil. Durante unos segundos no respondió. Laura percibió el temblor leve en sus manos antes de que hablara.

—No —dijo rápido—. No hay nada. Te lo juro. Solo... me da miedo que te hagan daño. Los interrogatorios, las preguntas... ya sabes cómo son estas cosas.

Laura la observó con atención. Teresa parecía sincera, pero la duda ya se había instalado como una sombra persistente. Pensó que, precisamente en los momentos difíciles, las personas ocultaban sus miedos más profundos.

«¿Y si teme que salga algo que la implique?»

«¿Y si prefiere mantenerme lejos por algo que no me ha contado?»

La tensión creció entre ambas.

—A veces pienso que todos tenemos secretos —dijo Laura con voz contenida—. Yo no sé si hice lo suficiente... si me comporté como debía. Pero tampoco sé si tú..., sí, tú —se detuvo—. Sí, tú tienes algo que temer.

El rostro de Teresa se endureció un instante, antes de suavizarse. Bajó la mirada.

—Todos tenemos miedo —respondió—. El mío es verte sufrir más de lo que ya estás sufriendo.

Laura sintió un pinchazo de desconcierto.

«Si me conoce desde hace tan poco... ¿cómo puede estar tan segura?» —repasaba.

Permanecieron unos segundos en silencio. A lo lejos, una música comenzaba a sonar, recordándoles que el pueblo seguía celebrando, ajeno a su angustia.

—Solo sé que tengo miedo —dijo Laura al fin—. Miedo de que me señalen. Miedo de que pase algo peor por no haber actuado. Y miedo de perder la confianza en mí misma.

Teresa la rodeó con un brazo, apretándola con cariño.

—Pase lo que pase, estoy contigo.

Laura asintió, pero la duda no se disipó.

«Esta guarda algo... y no sé qué es» —caviló, incapaz de ignorarlo.

Caminaron juntas unos metros más, la incertidumbre pegada al cuerpo como una segunda piel. Laura no encontraba respuestas en su cabeza.

Al doblar la esquina, vieron a Carmen sentada en la terraza de la cafetería Martínez, sola, con una cerveza entre las manos. Tenía la mirada perdida y el gesto apagado.

—¡Carmen! —la llamó Teresa.

Carmen levantó la vista despacio. Al reconocerlas, esbozó una media sonrisa que no llegó a los ojos.

—Hola, chicas. Venid, sentaos conmigo.

Se acomodaron a su mesa. Durante unos segundos, ninguna habló. Carmen giraba el vaso entre los dedos, nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Teresa—. Tienes mala cara.

Carmen respiró hondo antes de responder. Su voz temblaba.

—¿No lo sabéis? Han detenido a Enrique. La Guardia Civil se lo ha llevado hace un rato... esposado, delante de todo el mundo

Laura sintió que el estómago se le contraía.

—¿A Enrique? —repitió—. ¿Pero por qué?

—Dicen que tiene que ver con lo de esta mañana —explicó Carmen en voz baja—. Que lo vieron cerca del paseo anoche. Todo el pueblo habla de ello.

El silencio cayó como una losa.

—No puede ser —dijo Teresa—. Enrique no... no encaja en algo así.

Carmen se mordió el labio, visiblemente angustiada.

—La gente dice muchas cosas, ya sabéis cómo es este sitio. Algunos aseguran que discutió con ese hombre anoche, otros que lo vieron dando vueltas por el paseo de la ría. Pero nadie parece saber nada de verdad. Y mientras tanto, ahí está, encerrando en el cuartel, y su madre hecha polvo.

Laura sintió una punzada de culpa, de vértigo.

Buscó las palabras con dificultad.

—Esto... esto es un disparate.

Teresa miró a Carmen con calidez.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? Se te ve fatal.

—No lo sé... Me siento inútil, ¿sabéis? Me da miedo que quieran buscar un culpable rápido, solo para calmar los ánimos. Y Enrique, bueno, no es perfecto, pero no es capaz de algo así. Creo que no.

Laura se quedó mirando a las dos. El ambiente de la terraza, a pesar del sol y de las risas en otras mesas, parecía brumoso, teñido por la tristeza y la incertidumbre.

—A veces pienso que este pueblo es una olla a presión. Todo lo que ocurre se magnifica... y si hay un rumor, todos lo dan por cierto antes de saber nada.

Teresa asintió, apretando los labios con rabia.

—Ojalá pudiera hacer algo.

Carmen se limpió una lágrima rebelde y trató de recomponer el gesto.

—Me gustaría ir al cuartel a preguntar, pero seguro que no me dejan. Solo espero que, como mucho, sea cuestión de horas y que todo esto se aclare.

Las tres mujeres quedaron un rato en silencio, cada cual sumida en sus pensamientos.

Laura se pasó la mano por el pelo, nerviosa, y miró a sus amigas con los ojos al borde del llanto.

—De verdad, siento que desde que llegué no ha pasado más que cosas malas... No sé si ha sido por mi culpa, pero desde que apareció Marcos parece que todo se ha revuelto. La gente mira raro, todo son rumores... No entiendo nada.

Carmen, con la voz suave y firme, se inclinó hacia ella.

—Ni se te ocurra pensar eso. Tú no tienes culpa de nada, ¿vale? Aquí siempre se habla demasiado y a veces lo que hace falta es un poco de silencio.

Teresa puso su mano sobre la de Laura, apretándola con calidez.

—Es verdad. ¿Quién sabe? Y tú tranquila, deja que el viento cambie.

—En este pueblo las cosas se enredan solas. Tú has hecho bien en quedarte aquí —indicó Carmen.

Teresa se sumó, decidida.

—Además, tú deja que investiguen y quédate tranquila.

La miró, buscando algo lógico.

—¿Y si no se aclara? ¿Y si esto se convierte en algo grande y termina salpicándome a mí?

Carmen le rozó el brazo con dulzura.

—Mira, lo mejor ahora es que mantengas la calma y no digas nada. A veces, guardar silencio es la mejor opción.

Teresa sonrió, intentando levantar el ánimo.

—Hoy es día de fiesta, vamos a intentar distraernos un rato. Si te animas, vienes a casa, que mi madre no pregunta y cocina para un regimiento.

—Pero ¡cómo puedes decirlo así! —exclamó Laura, alzando la voz más de lo habitual—. ¿Es que no te das cuenta de lo que está pasando? Han encontrado a Marcos, mi pareja, y Enrique, que es vuestro amigo de toda la vida, está detenido. ¿De verdad puedes bromear con esto?

Teresa se quedó un segundo sin palabras, sorprendida por la reacción. Bajó la vista, buscando las palabras adecuadas.

—Lo siento, no quería parecer insensible. Solo intento animarte, pero sé que esto es muy duro para ti. No pretendía hacerte sentir peor.

—Necesito salir de aquí, no aguanto más. Todo esto me supera, de verdad. No sé cómo seguir sentada como si nada mientras todo se desmorona —dijo Laura, con rabia, levantándose bruscamente de la silla.

—Espera, no te vayas... Ven, respira. Nadie va a dejar que pases esto sola —contestó Carmen, alarmada.

Laura vaciló un instante, conteniendo las lágrimas, pero finalmente se giró, intentando querer irse a no sabía dónde.

Las calles de Navia vibraban bajo un cielo limpio de agosto. La fiesta seguía su curso, imperturbable, como si nada hubiera ocurrido.

Músicos afinaban gaitas y tambores en una esquina; las terrazas rebosaban de gente con los rostros encendidos por el sol y el vino, y los brindis se multiplicaban como si la tragedia de la mañana fuera apenas un susurro ahogado por la alegría colectiva.

En ese bullicio compacto, las familias se reunían alrededor de mesas largas, repitiendo gestos heredados de generación en generación. Era también un día para comer juntos, para reafirmar la pertenencia.

Dentro de la cafetería Martínez, la familia González compartía la comida festiva. El abuelo Manuel, con la servilleta anudada al cuello de la camisa, alzó el vaso de vino.

—A ver, que nadie toque el pan hasta que brindemos —dijo con voz firme—. Hoy se celebra también San Roque, y hay que dar gracias. Salud, y que el año que viene estemos todos aquí otra vez.

Inés repartía trozos de empanada mientras vigilaba de reojo a su hermano pequeño.

—Samuel, espera un segundo. Escucha al abuelo, anda —le reprendió, sin enfado real.

El niño, con un puchero resignado, dejó el chorizo en el plato. La abuela Lucía sonrió y le acarició el pelo.

—Déjale, hija, que para una vez que le veo comer con ganas... El chaval está creciendo.

El padre, Andrés, cortaba queso con gesto concentrado.

—Bueno, ¿y este año quién va a bailar en la procesión? —preguntó—. Que yo sepa, Lucía y Carolina se han apuntado a los pasacalles, ¿no?

Lucía, la nieta mayor, asintió con entusiasmo.

—¡Sí! Hemos ensayado toda la semana. Y Carolina dice que este año no se va a caer.

—¡Abuelo, no lo cuentes! —gritó Carolina, sonrojada—. Fue un tropiezo tonto.

El abuelo rio, levantando de nuevo la copa.

—La fiesta es para disfrutar. Y si uno se cae, se levanta y sigue bailando. Así es la vida.

Entre risas y el ruido de los platos, la conversación siguió su curso. Inés, de pronto, se puso seria.

—Mamá, ¿te acuerdas de la primera vez que trajiste a papá? —preguntó—. Se perdió entre las peñas y acabó bailando con los de la banda de gaitas.

Lucía sonrió, con una nostalgia suave.

—Eso fue hace más de treinta años... y aquí seguimos. Aunque falten algunos, siempre volvemos a llenar la mesa.

—Al que echo de menos es al tío Ramón —añadió Andrés—. Era el único que sabía tirar la sidra sin ponerlo todo perdido.

—Este año toca viaje —respondió Inés—. Pero ha prometido llamar después de la procesión.

La comida continuaba entre bromas, recuerdos y planes para la tarde. Afuera, la música y el bullicio envolvían la escena, ajenos y cercanos al mismo tiempo.

Para Laura, sin embargo, el mundo parecía detenido.

La muerte de Marcos la había bloqueado por completo. El dolor no era solo tristeza: era un escozor interno, una mezcla de angustia, rabia y vacío. A pesar de todo, había vivido con él años, lo había amado, y ahora ese vínculo roto se manifestaba en recuerdos desordenados.

Besos en portales, discusiones a media voz, risas compartidas en fiestas, promesas que nunca llegaron a cumplirse. Todo se agolpaba sin orden, como imágenes mal reveladas.

Sentía culpa por lo no dicho, por los silencios que ahora pesaban toneladas, y al mismo tiempo una extraña gratitud por haber compartido un tramo de vida con él, aunque el final fuera abrupto y cruel.

Era incapaz de ordenar lo que sentía. El pueblo celebraba, la gente seguía con sus rutinas, y ella se sentía fuera de lugar, como si la muerte de Marcos hubiera abierto una grieta invisible solo para ella.

Sabía que había un luto íntimo, privado, que tendría que atravesar sola, aunque la compañía sirviera de ancla para no perderse del todo.

No sabía qué hacer ni a dónde ir.

Teresa terminó su cerveza y miró el reloj, arrugando el gesto.

La charanga empezaba a sonar cerca, obligándola a alzar la voz.

—Chicas, me tengo que ir. Mi madre me mata si no llego a tiempo para comer.

Carmen asintió.

—Yo también debería irme. Hoy no se perdona ni un minuto de retraso.

—¡Vente a comer si quieres! —añadió Teresa—. Mi madre cocina para un regimiento.

—Gracias, pero no —respondió Laura, levantando la mano mientras las veía alejarse, absorbidas por la marea de gente y colores.

Durante unos segundos, el bullicio acentuó su soledad. Se quedó sentada, percibiendo cómo todos parecían tener un lugar al que ir, una mesa donde ser esperados. Sintió ese dolor conocido: el de quien se descubre de pronto como espectadora.

Mientras observaba el ir y venir de la gente por la calle, sintió cómo el hambre y la inquietud se entremezclaban en su estómago.

Dudaba entre dirigirse primero a la sidrería Antolín y dejarse reconfortar por un plato caliente o, por el contrario, acudir directamente al cuartel de la Guardia Civil.

La necesidad de respuestas era punzante.

«¿Debía pasar por el reconocimiento del cuerpo?» —dudaba en su interior—. «¿Tal vez entregar algún papel, identificar a Marcos, o dejar constancia de que era alguien querido, conocido, que no estaba solo en el mundo?»

Se debatía entre el pudor y el deber, entre el miedo a enfrentarse a la crudeza de la muerte y la urgencia de no dejar ningún cabo suelto.

Valoraba que quizá el orden de los factores no importaba. Acudir primero a la sidrería le daría fuerzas, le permitiría coger aire entre tanta presión y luto.

Pero al mismo tiempo, sentía que, si retrasaba la visita a la Guardia Civil, la culpa y la ansiedad se harían aún más pesadas. «¿Y si voy primero a la Guardia Civil?» —después, un poco de comida me sentará mejor—, se dijo.

Sin embargo, la sola idea de sentarse frente a un agente, de escuchar palabras legales y burocráticas en ese estado, le revolvía el estómago.

Finalmente, se dejó llevar por el impulso: comería primero. Necesitaba sostenerse antes de enfrentarse a lo inevitable.

Se levantó con decisión. El ruido del pueblo seguía ajeno a su tormenta interna, pero sintió que paso a paso se recomponía para afrontar lo que viniera después de comer.

«Quizá me anime el ambiente, aunque solo sea por escuchar un poco de ruido que no sea el de mi cabeza» —se animaba.

En la sidrería, la algarabía era casi agobiante. El ruido de las voces, el tintinear de los vasos y el olor a comida caliente formaban una burbuja artificial, una normalidad forzada que contrastaba con el peso que Laura arrastraba por dentro.

Manolo, desde detrás de la barra, alzó la mano al verla.

—¡Mira quién viene! ¿Vas a comer algo?

—Hola, sí. Algo caliente, sí queda —respondió ella, con una voz que intentaba parecer firme.

—Aunque hoy estamos hasta arriba, te hago un hueco —dijo él—. Siéntate en la mesa del fondo.

Laura se acomodó donde le indicó. Desde allí veía la barra llena, los grupos de amigos brindando, las familias ocupando cada rincón.

A su lado, una pareja mayor discutía sobre cuál era la mejor tapa del pueblo; más allá, unas chicas reían por algún chisme reciente. La fiesta seguía.

Las demás mesas estaban llenas de familias y amigos, todos celebrando el día grande con entusiasmo. Se escuchaban risas que llenaban el ambiente y brindis que repetían de mesa en mesa. El aire estaba impregnado de alegría y de ese bullicio tan característico de las fiestas del pueblo, donde cada grupo parecía tener su propia historia y motivo para reunirse.

Manolo se acercó al poco, sirviendo la sidra con destreza.

—Valenciana, ¿verdad? Se te nota en el acento.

Laura esbozó una sonrisa mínima.

—De Ruzafa.

—¡Anda! —rio él—. Mi padre también era de allí. Yo acabé aquí por la vida... y por huir de otros sustos —añadió, señalando una cicatriz en el brazo—. Aquí los peligros son distintos.

Escuchaba con atención distraída. Aquella charla banal le daba un respiro, un anclaje breve.

Manolo se acomodó en la silla del al lado, aprovechando la pausa —. La fiesta me gustaba, pero la hostelería me ha dado otra vida. Además, aquí hay menos sustos que en la plaza de toros —rio, mostrando la cicatriz en el brazo—. El Chato de Ruzafa, ¿te suena?

—¡Claro que sí! Mi tío tenía carteles de “El Chato” en casa. Nunca pensé que acabaría charlando con un banderillero, y menos en Asturias.

Manolo, satisfecho por la conversación, le acercó la carta

—Hoy tenemos pote asturiano. Recién hecho.

—Me apetece —asintió ella.

Entre idas y venidas, Manolo comentaba en voz alta con los clientes habituales, saludando a una señora que preguntaba por su hijo y bromeando con una familia.

El murmullo de la sidrería era cálido, vasos que tintineaban, las risas mezcladas con el aroma a pote y chorizo.

Manolo se tomó unos segundos más. Le contó cómo, de joven, recorría Valencia en Fallas, y cómo el paso de la hostelería le había regalado historias menos peligrosas, pero igual de memorables.

Ella escuchaba, sentía el lazo invisible de la tierra y la nostalgia compartida. Le habló de la diferencia en las comidas, de la orxata y de los buñuelos. Y que siempre encontraba un valenciano en los sitios más insospechados.

—Aquí todos tenemos algo de forasteros —dijo Manolo, señalando a los clientes—. Pero al final, es el ruido de la gente y las ganas de fiesta lo que nos hace sentirnos en casa, aunque sea lejos de la tierra.

Sonrió agradecida por el instante. Había encontrado no solo a un camarero y ex banderillero, sino a otro testigo de esa mezcla de raíces y caminos cruzados.

En un momento de la conversación, cuando Manolo regresó con el pote humeante, se acomodó un poco más cerca, bajó la voz, con esa franqueza campechana.

—Y dime, ¿qué te ha traído a Navia? Pocos son los forasteros que se dejan caer por aquí en pleno mes de agosto si no es por algo especial.

La pregunta como directa, cortando de raíz el ambiente ligero. Notó cómo el bullicio pareciese atenuarse por un instante, y el ruido de los vasos y risas flotó en la distancia. Mantuvo la sonrisa, aunque le costó sostener la mirada, y jugó con la cuchara en el plato como si buscara la respuesta en el fondo.

—Bueno... ya sabes cómo es esto —dijo, forzando una risa leve—. Un poco de turismo, cambio de aires, escapar del calor de Valencia. Me hablaron bien del norte y pensé, ¿por qué no? La verdad, tenía ganas de ver verde y desconectar un poco.

La observó con la cabeza ladeada, como quien no termina de creerse la excusa. Pero no insistió. Prefirió soltar una de sus bromas de taberna.

—Pues mira qué para desconectar, Navia te lo pone fácil, o te pierdes por los acantilados, o acabas en una sobremesa interminable. Aquí el tiempo se mide entre cervezas, sidras, vinos y charlas largas, no en minutos.

Laura asintió, agradecida por el desvío, y aprovechó.

—¿Y tú? ¿No echas de menos Valencia?

Así, entre comentarios sobre el tiempo, el tamaño de las mareas o la receta secreta del pote, la conversación se desvió, dejando flotando, la pregunta sin respuesta entre los dos.

Manolo, con la intuición de quien lleva toda la vida tras una barra, entendió que algunas historias necesitan tiempo, y que a veces basta con dar compañía y no pedir explicaciones.

Apenas había dado la segunda cucharada cuando la puerta de la sidrería se abrió.

El cambio fue inmediato.

Dos hombres entraron sin prisa, pero con una presencia que imponía silencio. Vestían de civil, pero no había duda alguna. Sus movimientos eran precisos, su mirada firme, entrenada para buscar. El murmullo del local se apagó como si alguien hubiera bajado un interruptor invisible.

Sus ojos recorrieron el local con la firmeza de quien está acostumbrado a buscar y encontrar, evaluando cada rostro, cada gesto, deteniéndose en Laura más tiempo del que a ella le habría gustado.

El primero, de perfil anguloso y gesto imperturbable, se acercó directamente a su mesa. El segundo quedó atrás, apoyado en la barra, cruzando los brazos y lanzando una mirada vigilante al resto de la clientela, que comenzó a susurrar entre sí, movida por una inquietud inesperada. Las risas se apagaron, las cucharas dejaron de tintinear. Manolo, sin decir palabra, limpió la barra con movimientos estudiados, atento pero discreto.

—Señorita, deje de comer —ordenó el agente, sin levantar apenas la voz, pero con la gravedad que obliga a obedecer—. Tiene que acompañarnos. Será mejor que no haga nada extraño ni monte ningún numerito, por su propio bien.

Laura sintió cómo el frío le subía desde el estómago hasta el cuello.

—¿Perdón? —logró decir, dejando la cuchara en el plato.

—Será mejor que nos acompañe —insistió—. Necesitamos hacerle unas preguntas.

Manolo se acercó un paso, confundido y preocupado.

—Oiga, ¿qué pasa aquí?

—No se preocupe, caballero —intervino el segundo agente, con un gesto que no admitía réplica—. Esto no le concierne.

Las conversaciones quedaron suspendidas. Las miradas se clavaron en Laura. Nadie hablaba, pero todos observaban.

Juanín, el propietario, conocía a cada agente de la Guardia Civil, unos más clientes que otros. Pero a estos dos agentes, era la primera vez que los veía. Se quedó tras la barra, con el paño en la mano, observando cada gesto: su forma de moverse era distinta, más rígida, y sus miradas parecían pesar sobre las cabezas de los presentes.

Un grupo de amigos, con caras tensas, como el que no desea ser visto, como si temieran que cualquier palabra pudiera hacer saltar chispa. El murmullo volvió, ahora convertido en susurros asustados, mientras algunos clientes miraban a Laura con curiosidad.

—¿Puedo saber quién es usted? —preguntó ella, esforzándose por no mostrar el temblor.

El agente sacó la cartera y mostró fugazmente la placa de la Guardia Civil.

—No tiene de qué preocuparse si colabora.

Laura miró a Manolo, buscando un apoyo imposible.

Él permanecía quieto, impotente.

El agente que había permanecido en la barra se acercó, vigilando que la salida estuviera despejada. Los clientes hicieron un pequeño hueco, apartándose con respeto.

Se levantó despacio, consciente de cada gesto, de cada mirada. El pote quedó a medio comer, como una normalidad interrumpida sin aviso.

—No se olvide de sus cosas —dijo el agente, señalando el bolso.

Laura lo tomó con manos inseguras.

Los clientes se apartaron ligeramente para dejarla pasar. Nadie dijo nada. Solo el peso del silencio y los murmullos contenidos cuando cruzó la puerta.

Manolo se quedó mirando a los agentes, buscando explicaciones en su gesto, pero solo encontró la misma seriedad impenetrable.

Los clientes siguieron con la mirada hasta que la puerta volvió a cerrarse tras ella, dejando el bullicio suspendido, como si todos esperasen una respuesta que tardaría en llegar.

La sidrería quedó atrás, suspendida en una quietud incómoda.

La noticia del muerto junto al Monolito al Emigrante había cruzado el pueblo como una ráfaga inesperada.

Era imposible abstraerse del rumor, y en casa de Teresa el ambiente de sobremesa era de una inquietud contenida.

El tic-tac del reloj parecía marcar el ritmo de la conversación, aunque todos sabían que esa tarde no sería como siempre.

—Dicen que es un forastero, ¿verdad? —preguntó la madre, intentando sonar menos preocupada de lo que estaba—. Que nadie del pueblo le conocía.

—Eso cuentan —respondió el padre, dejando el periódico sobre la mesa—. Y también que la Guardia Civil detuvo a Enrique esta mañana. Me crucé con su hermano y tenía la cara desencajada.

Teresa, sentada en un sillón, oprimía la taza del café entre las manos. Su hermana pequeña, curiosa como siempre, intervino:

—¿Enrique? ¿El hijo de la peluquera?

—Ese mismo. Parece que lo vieron cerca del Monolito anoche. Y ahora, con esto de la chica nueva... —El padre bajó la voz, como si temiera que las paredes pudieran escuchar.

Teresa se movió nerviosa. Dudó un instante antes de hablar, mirando de reojo a su madre.

—Yo... ayer vi a ese hombre. Estaba discutiendo con una chica que la conocimos en la cafetería El Monolito. Fue una discusión muy fuerte, pero pensé que sería de amores.

El silencio cayó sobre la mesa. La madre entrelazó los dedos, y la hermana dejó de enredar la servilleta.

—¿Estás segura de que era ese hombre? —preguntó el padre—. Porque si la Guardia Civil se entera de eso...

—Segurísima. Además, estaban muy furiosos. Esta chica llegó al pueblo y parece que él fue tras de ella.

La madre se levantó despacio y fue a mirar por la ventana, como si intentara encontrar respuestas fuera.

—Todo esto es una desgracia —murmuró—. Un muerto, un detenido, y ahora resulta que Enrique tenía líos con una forastera. Qué mala sombra tiene este verano.

Teresa se quedó callada, repasando en su mente la escena del otro día.

La discusión le había parecido trivial entonces, pero ahora, con el revuelo en el pueblo y la detención de Enrique, la coincidencia le erizaba la piel.

«¿Y si había visto más de lo que pensaba?» —se preguntó si debía contarlo, o si su silencio podría empeorar las cosas. El café se le quedó frío entre los dedos, y la inquietud le pesó más que nunca.

En casa de Carmen, el ambiente no era distinto.

El televisor sonaba de fondo, pero nadie prestaba atención a la película de la tarde.

—A mí me lo dijo Mari Luz, que lo encontraron de madrugada, junto al Monolito, con la cara tapada —comentó la hermana de Carmen, moviendo la cabeza con incredulidad—. Y encima, dicen

que Enrique estaba por allí. Si es que en este pueblo no pasa nada en años, y de repente esto...

Su cuñado, siempre escéptico, replicó:

—Aquí la gente inventa mucho. Hasta que no lo confirme la Guardia Civil, no sabemos nada. Pero lo de la forastera sí que me da que pensar. ¿Quién será esa chica?

—Dicen que llegó sola, que nadie la conoce. Y la gente ya está con que si es familia del muerto, que si anda metida en algo raro...

—comentó la madre.

Carmen pensó en no decir que la conocía.

La abuela, sentada en el butacón, suspiró.

—Esto traerá más cola que la riada última. Cuando los forasteros traen misterio, nada bueno sale. Que Dios nos ampare.

Carmen miró a sus sobrinos, que escuchaban atentos desde el pasillo, y bajó la voz

—No quiero que salgáis hasta muy tarde estos días. Mejor volver pronto a casa hasta que todo esto pase.

María, la hermana de Carmen, asombrada, se acomodó en su silla antes de responder, con un tono que mezclaba incredulidad y cierta firmeza.

—Pero ¿de verdad piensas que hay que tenerlos encerrados ahora que estamos en plenas fiestas? Precisamente este fin de semana lo llevamos esperando todo el año. No tiene sentido que los chicos se pierdan la verbena o que tengan que estar dentro como si esto fuera Madrid —dijo, mirando a los niños, que la observaban con esperanza.

Carmen suspiró, preocupada.

—No se trata de prohibir ni de amargarles la fiesta, pero no puedo dejar de pensar en todo lo que está pasando. Entre el revuelo del Monolito, la Guardia Civil y los rumores de la forastera... no sé, me da mala espina que anden por ahí hasta las tantas.

María negó con la cabeza, buscando palabras que no sonaran a reproche.

—Pero precisamente porque es la Virgen y hay tanta gente en la calle, es el momento en que menos puede pasar algo. Si los tratamos como si el peligro estuviera en cada esquina, les vamos a

quitar la ilusión y la confianza en su propio pueblo. Yo confío en que no pase nada, como siempre. No podemos dejar que los chismes y el miedo nos cambien la vida.

Carmen, aun con el gesto serio.

—Tienes razón en que no podemos encerrarlos como si fuéramos a la guerra, pero tampoco quiero bajar la guardia. Prefiero que vayan juntos, que no se separen y que me avisen si pasa cualquier cosa. No se trata de prohibir, pero sí de cuidarles un poco más.

En ese momento, el cuñado entró en el salón con gesto torcido, molesto por lo que acababa de escuchar.

—¡Siempre igual! Tienes que estar diciendo lo que hay que hacer como si esto fuesen tus normas. ¿Por qué te empeñas en meterte en cómo educo a mis hijos?

Carmen se giró con rapidez, manteniendo el tono sereno, aunque la tensión era palpable:

—No estoy diciendo cómo tienes que hacer las cosas, solo estoy preocupada por los niños, por lo que está pasando fuera. Es un simple consejo, no quiero imponer nada.

Él negó con la cabeza, visiblemente irritado:

—Pues parece que sí. Siempre estás dando órdenes y parece que los demás no sabemos cuidar de los nuestros.

Carmen levantó las manos, tratando de templar los ánimos:

—No es cuestión de miedo, es sentido común, ¿no ves cómo está el pueblo? No quiero que les pase nada, ya está.

—Tú siempre tan autoritaria. Deja de agobiar, que bastante tenemos ya con los chismes y los rumores como para meter miedo en casa también —le replicó el cuñado.

La discusión siguió unos minutos, con los niños observando, hasta que María intervino para calmar el ambiente.

Las dos hermanas se miraron en silencio.

En ambas casas la conversación giraba en círculos, igual que en el resto del pueblo.

El pueblo entero parecía girar alrededor de las mismas palabras: muerto, detenido, forastera.

Mientras tanto, Laura escoltada por los agentes.

Las calles seguían llenas de música y gente. La fiesta continuaba. Pero ella sentía que caminaba por un lugar ajeno, separado por un cristal invisible.

No sabía aún qué le iban a preguntar. Ni qué respondería. Ni hasta dónde llegaría aquello.

Solo sabía una cosa: desde ese momento, ya no era una espectadora.

El capítulo se cerraba ahí. Con Navia celebrando

Y Laura entrando, sin saberlo, en el centro de la tormenta.

VII

El aire de la tarde estaba impregnado de ese zumbido especial que solo se percibe cuando el pueblo entero se echa a la calle.

Como cada año, los naviegos se preparaban para la procesión de la Virgen de la Barca y San Roque. Las campanas repicaban con fuerza, rebotando en las fachadas y avisando a los rezagados de que la celebración estaba a punto de comenzar. Desde primera hora, las mujeres habían engalanado el paso con flores frescas, cuyo aroma a campo recién cortado se mezclaba con el salitre del puerto.

San Roque encabezaba la marcha. Su figura, erguida y solemne, avanzaba a hombros de los mozos más fornidos del pueblo, que sentían el peso no solo de la imagen, sino también de una responsabilidad heredada de padres y abuelos.

Mientras avanzaban con esfuerzo, se colaban entre ellos murmullos y bromas, apenas disimuladas bajo el rumor general.

—Venga, tira para arriba, que parece que hoy pesa el doble... ¿Seguro que no le han metido piedras al paso?

—No seas flojo, Javier. Esto es por devoción, no por el peso. De aquí al puerto y luego al bar.

—Ojalá... como sigamos así por las calles de empedrado, y voy a tener que pedirle a la Virgen que nos cuide los tobillos también.

—Calla, que tu madre nos está mirando desde el balcón. Como no vea protestar, mañana nos toca ayudarle con el ganado.

—Por lo menos no llueve. El año pasado acabé empapado hasta los huesos.

—Mira a los gaiteros, tan tranquilos tocando mientras nosotros sudamos. Eso sí que es tener buen oficio.

—Cuidado al girar, que la esquina es estrecha. Como se nos vaya el paso, mañana salimos en todos los chismes del pueblo.

—Como cada año... pero la Virgen siempre ayuda. Vamos, chicos, que el puerto nos espera.

Las risas quedaban atrapadas entre los hombros tensos.

La Virgen de la Barca avanzaba protegida bajo un palio de terciopelo azul y oro, moviéndose despacio al compás marcado por la banda. Las mujeres mayores, con pañuelos de vivos colores cubriéndoles la cabeza, murmuraban letanías, mientras los niños corrían orgullosos junto al cortejo, con velas encendidas y trajes recién estrenados.

La Reina del Truébano, la banda de gaiteros de Navia abría la procesión con una melodía antigua, de esas que se meten bajo la piel y despiertan recuerdos de otras fiestas, de otros veranos. El sonido de las gaitas y los tambores rebotaba en las calles empedradas, y más de un vecino, emocionado, tarareaba la música o dejaba escapar una lágrima discreta.

Las notas se mezclaban con el murmullo de las conversaciones y con el rumor del mar, visible al fondo, como un testigo silencioso de la devoción popular.

Desde ventanas y balcones adornados con colchas bordadas asomaban rostros de todas las edades. Algunas ancianas lanzaban pétalos al paso de la Virgen; los más pequeños observaban atentos, asimilando, casi sin saberlo, el significado de la tradición.

A cada recodo, los aplausos y los vítores animaban el cortejo. No faltaban los “¡Viva la Virgen!”, ni los “¡Viva San Roque!”, lanzados entre risas y frases cariñosas que reflejaban el orgullo de ser naviego.

Frente a la iglesia, la procesión se detuvo unos instantes. El silencio se impuso, roto solo por el crepitar de alguna vela. Después, la banda volvió a sonar, los portadores retomaron el paso y la comitiva siguió su camino hacia el puerto, donde las barcas engalanadas aguardaban para rendir homenaje a la patrona de los marineros y de todos los que vivían de cara al mar.

Detrás del cura y los monaguillos avanzaban las autoridades, tan formales como exigía el protocolo.

La Guardia Civil, con los tricornios relucientes y los uniformes impecables, marchaba con paso firme, abriendo camino entre la

multitud y lanzando miradas discretas, siempre atentas, a cada rincón del recorrido.

A su lado, la alcaldesa caminaba con compostura. Vestía un elegante traje azul marino, con la banda municipal cruzándole el pecho y el bastón de mando apoyado con naturalidad en la mano. Saludaba a los vecinos con una sonrisa contenida, consciente tanto de la solemnidad del momento como del peso simbólico de presidir la fiesta más importante del año.

Avanzaba junto al capitán de la Guardia Civil, jefe del cuartel que abarcaba todo el concejo de Navia. Ambos mantenían la vista al frente, sabiendo que no había gesto que pasara desapercibido.

En un momento en que el bullicio de la banda cubrió parcialmente el sonido de las voces, la alcaldesa bajó ligeramente el tono.

—Capitán, comprenderá que como alcaldesa tengo la obligación de saber en qué punto se encuentra la investigación. El pueblo está inquieto... y los rumores no cesan.

Él siguió mirando al frente, con el rostro grave, pero sereno, acostumbrado a ese tipo de preguntas.

—Entiendo su preocupación, señora alcaldesa. Créame que la unidad de la UCO está trabajando con la máxima discreción. Pero comprenderá que, por el momento, no puedo ofrecerle detalles. Todo está bajo investigación y cualquier información precipitada podría entorpecer el proceso.

La alcaldesa asintió, aunque no logró ocultar cierta frustración en la mirada.

—Lo entiendo... pero la inseguridad es peligrosa. La gente habla, imagina. Si al menos pudiera tranquilizarles un poco...

El capitán evitó mirarla directamente, observando a los vecinos apostados en las aceras.

—No es fácil —admitió—. Mi equipo también siente la presión. Desde anoche no paran de entrar llamadas. Pero los indicios todavía no son concluyentes. Hay piezas que no encajan. Además, contamos con una agente de la científica y se han solicitado refuerzos.

Aprovechando un recodo del recorrido, la alcaldesa se acercó un poco más, bajando aún más la voz.

—¿Ni siquiera una pista? Algo, aunque sea extraoficial, que me permita actuar si la situación se complica. No quiero que esto se nos vaya de las manos. Recuerde lo que pasó hace dos veranos en Villapedre...

El capitán esbozó una sonrisa leve, más astuta que relajada.

—Soy el primer interesado en resolver esto cuanto antes. Seguimos varias líneas de investigación, se han tomado declaraciones, se han recogido pruebas y esperamos algunos resultados. En cuanto tengamos algo sólido, será la primera en saberlo. Pero ahora mismo, cualquier filtración podría complicarlo todo. La confidencialidad es fundamental.

Avanzaron unos metros en silencio, rodeados por el murmullo de la procesión y el eco constante de los tambores. La alcaldesa se detuvo un instante para saludar a una vecina y, al retomar el paso, insistió.

—Hoy ya hemos salido en las noticias. Nadie quiere ver el nombre de Navia en los titulares por las razones equivocadas. Al menos, ¿cómo cree que debería manejar la comunicación con los vecinos y con la prensa?

El capitán suspiró antes de responder.

—Lo mejor ahora mismo es no alimentar los rumores. Recomiende calma y prudencia. Insista en que la Guardia Civil está trabajando y que cualquiera que tenga información acuda directamente a nosotros. La prensa hará su trabajo, pero lo importante es que no se des controle la situación. Y si escucha algo relevante, hágamelo saber de inmediato.

La alcaldesa asintió de nuevo.

—Eso haré. Solo le pido que, en cuanto haya cualquier novedad, por pequeña que sea, me lo comunique. No quiero que nadie se sienta desprotegido.

El capitán la miró con seriedad, casi como una promesa.

—Tiene mi palabra. No vamos a bajar la guardia.

El bullicio de la procesión volvió a cubrir sus voces. Entre el repique de las campanas y el sonido de las gaitas, la tensión seguía flotando, invisible, pero palpable, sobre quienes tenían la responsabilidad de mantener la calma y el orden en el pueblo.

A su lado avanzaba también el maestro del colegio, Ramón de Campoamor, de traje gris y corbata discreta. Como cada año, ocupaba su lugar en la comitiva, símbolo del respeto al saber y a la educación.

La escena tenía algo de representación coral, casi berlanguiana: la solemnidad de las autoridades, los gestos medidos, el murmullo del pueblo, todo mezclado en un equilibrio frágil entre tradición, ironía y tensión latente. Como en aquellas películas, cada personaje parecía tener su papel asignado, aunque ninguno controlara realmente el guion.

El cortejo avanzaba alineado, marcando un paso pausado y digno. Aquella parte del recorrido reforzaba la sensación de que, al menos por un día, Navia caminaba unida bajo el mismo estandarte, dejando a un lado —solo en apariencia— los rumores y el desasosiego que se colaban entre la música y los aplausos.

Teresa y Carmen habían quedado en el club náutico, en el extremo del muelle desde donde mejor se divisaba la ría. Allí, el bullicio de la procesión se mezclaba con el rumor del agua y el ir y venir de las embarcaciones engalanadas para la ocasión.

Se abrieron paso entre vecinos y turistas hasta apoyarse en la barandilla. El aire húmedo les envolvió el rostro, y el sol de la tarde movía destellos dorados sobre la superficie del agua.

En el pantalán, los mozos del pueblo, vestidos con camisas blancas y fajas de colores, hacían los últimos preparativos para embarcar a San Roque y a la Virgen de la Barca.

Las imágenes, cuidadosamente sujetas y adornadas con flores, eran recibidas con devoción y orgullo.

Un grupo de mujeres, entre ellas la madre de Carmen, entonaba coplas dedicadas a la Virgen sin descanso.

El murmullo era constante, como un oleaje incesante que se confundía con el rumor de la ría y el golpeteo de las barcas contra los noráis.

Aunque muchos fingían esperar únicamente la llegada de los santos, las conversaciones que circulaban entre los corrillos eran

otras, mucho más inquietantes.

El aire cargado de nerviosismo, y las miradas iban y venían, buscando confirmar, negar o simplemente alimentar el miedo acumulado desde la mañana.

Un grupo de mujeres, reunidas abanicándose con gesto nervioso, cuchicheaban sin disimulo.

—¿Habéis visto a la madre de Enrique? Ni se ha acercado por aquí... bastante tiene la pobre —comentó Inés, apretando el rosario entre los dedos.

—¿Y cómo va a venir, con el hijo en el calabozo? A mí me han dicho que lo vieron cerca del Monolito justo antes de que encontraran el cadáver —respondió otra, encogiéndose de hombros, con ese tono a medio camino entre el miedo y la certeza que hace crecer los rumores.

—No digáis tonterías... Enrique siempre fue buen chico —terció una tercera, dubitativa—. Callado, sí, pero de ahí a matar a alguien...

—Bueno, bueno... tan chico no era —intervino un hombre mayor, con gorra de visera y voz cascada—. Que yo sé que andaba con esa forastera, la que apareció hace unos días. Y ya se sabe: cuando el río suena...

—Eso digo yo —añadió otra vecina, bajando la voz—. Nadie sabe de dónde salió esa chica ni qué hacía con él. Y ahora aparece un muerto. Yo no afirmo nada, pero...

Teresa y Carmen escuchaban desde su rincón, incómodas, con esa sensación algo que crecía sin control.

—Parece mentira —susurró Carmen—. Ayer Enrique era uno más, y hoy hablan de él como si siempre hubiera sido un criminal.

Teresa, que no podía dejar de pensar en la discusión que había presenciado, negó despacio con la cabeza.

—Yo no me creo nada. La gente tiene memoria corta y mucha imaginación. Y Enrique, con sus cosas, era más bien tímido. ¿Tú le recuerdas algún mal gesto? Porque yo no.

—Quizá el problema es ese, que nadie le conoce de verdad. Siempre va a lo suyo, y ahora cualquiera puede idear lo que quiera. Me agobia pensar que, con solo unas palabras, pueden arruinarle la

vida. También pasó mucho tiempo fuera de casa, y a saber qué vivió.

Teresa asintió, apretando los labios. El eco de los rumores la rozaba por dentro, despertando viejas inseguridades sobre hasta dónde puede llegar el miedo cuando se disfraza de certeza, pero enseguida volvió la preocupación.

—Ojalá no sea nada. A veces creo que este pueblo se está volviendo loco con tanto rumor. Me asusta pensar que cualquiera puede ser el siguiente en el punto de mira, sin más pruebas que un chisme.

Desde una esquina del muelle, el grupo de hombres que solía discutir de fútbol hablaba ahora en voz baja.

—Esto tiene pinta de ajuste de cuentas —afirmó uno—. Y Enrique sabe más de lo que parece.

—¿Y si no fue él? —negó el más joven, dudando—. A mí me parece demasiado fácil culpar al primero que pasa. ¿Y si la forastera tiene algo que ver? Nadie pregunta por ella.

—Siempre igual —zanjó un tercero—. Hasta que la Guardia Civil aclare algo, todo son cuentos.

Una ráfaga de viento agitó las banderas, y las voces bajaron al aparecer la alcaldesa con su comitiva.

Nadie miraba directamente, solo de reojo, con gestos tensos.

Las conversaciones se quedaron en susurros, pero el ambiente seguía tan tenso como antes. Nadie miraba a nadie directamente: solo se cruzaban miradas perdidas, cargadas de sospecha y temor.

—¿Tú crees que, si se descubre la verdad, todo volverá a ser como antes? —dijo Carmen.

Teresa tardó en responder.

—No lo sé. Una vez que el miedo entra en un sitio pequeño, cuesta mucho sacarlo.

Carmen dudó un instante antes de bajar aún más la voz.

—Mira, nosotras apenas la conocemos. Han pasado, ¿qué? ¿Dos días desde que llegó? Todo lo que sabemos lo ha contado ella, y ya sabes que cuando uno es nuevo puede decir lo que quiera. No sabemos si nos ha dicho la verdad o solo lo que le interesa que sepamos.

Se giró, sorprendida por el tono de su amiga.

—¿Crees que nos ha mentado? Yo la he visto sincera, y parecía nerviosa, no sé, tampoco me dio mala espina.

Carmen chasqueó la lengua, pensativa.

—No es cuestión de tener mala espina, es que no conviene fiarse tanto y tan rápido. Al fin y al cabo, el que ha estado siempre con nosotras es Enrique. Él sí es amigo de verdad, no esta chica que apareció de la nada.

—Ya, pero Enrique tampoco nos contó qué hizo con Laura. Quizá es porque quería algo de ella... O quizá hay cosas que no sabemos.

Carmen suspiró, mirando de reojo a la gente que seguía murmurando cerca del muelle.

—Por eso mismo. Ni Enrique nos ha explicado nada, ¿por qué íbamos a saberlo nosotras? No te digo que sea mala, pero tampoco podemos ser ingenuas. A veces, quienes menos imaginas son quienes más esconden.

Teresa bajó la mirada.

—Entonces, ¿quieres que la dejemos de lado? Me cuesta creer que una chica que lleva aquí dos días pueda haber hecho algo...

Carmen negó con la cabeza, con suavidad.

—No digo que la apartemos, solo que seamos cautas. Si algo he aprendido en este pueblo es que hay que saber a quién abrirle la puerta. Y hasta que no sepamos bien lo que pasó, mejor no confíes demasiado. Enrique ha sido nuestro amigo siempre, él sí merece esa confianza.

—Tienes razón, supongo que me dejé llevar porque parecía tan sola... Pero, claro, no sabemos nada más que lo que ella quiso contar.

Carmen sonrió, intentando suavizar la tensión.

—Eso es. Estemos cerca, pero con ojo. Y si Laura regresa, ya veremos si nos cuenta algo nuevo. Mientras tanto, mejor no meterse más en líos, que bastante tenemos ya con lo de Enrique y todo el pueblo alborotado.

En ese instante, un hombre de aspecto bonachón conocido por ellas. Llevaba la chaqueta al hombro y olía a alcohol. Se detuvo muy cerca, saludando con un gesto.

—Vaya tarde más rara —comentó—. Oye, ¿vosotras sois amigas de Enrique? Porque ayer lo vi por la senda navega, iba con la chica nueva.

Teresa lo miró, interesada y suspicaz al mismo tiempo.

—¿Seguro que era él? ¿A qué hora?

Julián se quedó pensativo.

—Pues... sería sobre las diez y media, bueno, quizá un poco antes. La verdad es que no miro el reloj cuando paseo. Pero sí, era él, iban los dos juntos. Ahora que lo pienso, aunque al principio me pareció que le cogía la mano y le decía algo al oído.

Carmen, visiblemente inquieta, intervino.

—¿Los oíste decir algo? ¿Se les veía bien...?

—No, no, no, iban bastante acaramelados. Bueno, la verdad, creo que nos cruzamos con ellos justo antes de la playa de Coedo. Pero ahora dudo, pero más o menos —se encogió de hombros, confuso—. De lo que sí estoy seguro es de que Enrique iba muy pendiente de ella, como si la cuidara. Ella andaba un poco más atrás, igual le dolían los pies, que aquí las cuestas castigan mucho.

Teresa apretó los labios, notando las contradicciones.

—¿Entonces estaban juntos o cada uno iba a lo suyo?

Parpadeó, como dudando.

—Bueno, verás... primero me parecieron muy melosos, de esos que se cuentan confidencias. Pero yo creo que al vernos a José y a mí, pues disimularon... porque ella se giró de golpe. O igual saludó a alguien, no sé... Es que ahora me lío.

Carmen y Teresa se miraron, escépticas.

—¿Seguro que era ayer? —insistió Carmen.

Julián se llevó la mano a la frente, pensativo.

—Sí, sí, fue ayer... Solo recuerdo bien la camisa, y la chica llevaba un bolso grande, creo... Ay, hija, qué cabeza la mía. Pero si queréis que diga José.

Teresa sonrió con cierta ironía.

—Bueno, Julián, por lo menos nos has dado para pensar, aunque no sabemos ya si viste el fantasma del puente...

—No os fieis mucho de mi memoria, que la fiesta me descoloca. Pero ya sabéis cómo es este pueblo: enseguida se monta el runrún

por cualquier cosa. Vosotras, si sabéis algo, avisad, ¿eh?

Las dos sabían que levantaba mucho el codo, así que solo se creyeron a medias. En el pueblo, su fama de exagerado y las historias regadas con vino eran tan conocidas como la propia senda navega.

Cuando se fue, ambas supieron que aquella versión valía poco, pero lo suficiente para seguir alimentando el runrún.

—Habíamos quedado con Laura aquí —murmuró Carmen—. Y no aparece.

Teresa miró el reloj del club náutico.

Carmen empezó a agitar el móvil entre las manos, comprobando una vez más la pantalla sin recibir respuesta en sus mensajes.

—¿Y si le ha pasado algo?

—Esperemos un poco más —respondió Teresa, aunque la inquietud ya se le había instalado en el pecho—. Si no viene, iremos al hotel.

—Igual se fue a comer a la sidrería.

Permanecieron así durante varios minutos.

Carmen se incorporaba un poco en la barandilla, pero no la veía.

El bullicio festivo seguía adelante, como si el pueblo entero ignorase la inquietud que, poco a poco, se apoderaba de las dos mujeres.

—Vamos a esperar un poco más —sugirió Teresa, intentando sonar convincente, aunque la incertidumbre ya le pesaba—. Si no aparece, iremos a por ella.

El redoble de los tambores anunció la llegada de los santos al muelle. Los aplausos estallaron, las gaitas sonaron con fuerza y, por un instante, el pueblo pareció olvidar el miedo.

Pero Teresa y Carmen seguían buscando entre la multitud, conscientes de que, aunque la fiesta avanzaba, algo esencial no encajaba.

Solo quedaba, una vez más, esperar y observar, con la esperanza de que el escándalo pasara tan rápido como había llegado, y que la verdad, fuera la que fuera, no causara más heridas de las que ya supuraban bajo la superficie del pueblo.

—Mira, ya los suben —susurró a Teresa.

Las embarcaciones comenzaron a moverse despacio por la ría, una tras otra, seguidas por una hilera de lanchas y pequeños botes ocupados por familias enteras que no querían perderse el espectáculo desde el agua. El sol, ya más bajo, arrancaba reflejos dorados en las superficies ondulantes, y el sonido de las gaitas se mezclaba con los aplausos y los vivas que estallaban desde el muelle.

Teresa y Carmen se miraron en silencio cuando la Virgen empezó a alejarse, paseando sobre el agua entre pétalos y promesas. Compartieron una sonrisa breve, casi automática, como si aquel instante de belleza pudiera suspender por unos segundos todo lo demás.

—Es bonito... —murmuró Carmen, sin apartar la vista de la ría.

—Siempre lo es —respondió Teresa—. Aunque este año se me hace raro.

La alegría colectiva parecía envolverlo todo. Durante unos minutos, el pueblo entero olvidó rumores y miedos para concentrarse en la tradición, en la música, en las imágenes balanceándose sobre la ría como si nada pudiera perturbarlas.

Pero la inquietud volvió pronto.

Teresa volvió a mirar el reloj del club náutico. La hora que habían acordado con Laura había pasado hacía rato.

—No me gusta —dijo en voz baja—. Ya debería haber llegado.

Carmen asintió, inquieta.

—Le he escrito dos veces. No contesta.

Ambas recorrieron con la mirada la multitud, buscando entre caras conocidas y desconocidas. El muelle estaba lleno, pero Laura no aparecía por ninguna parte.

El bullicio seguía. A su alrededor, la gente comentaba la maniobra de las barcas, se hacía fotos, brindaba con sidra. Nadie parecía compartir su desasosiego.

—Vamos a esperar un poco más —dijo Teresa.

Carmen volvió a mirar el móvil.

—No responde... nada.

El silencio entre ellas se llenó de pensamientos incómodos. La conversación con Julián regresó, confusa, mezclada con los rumores

escuchados minutos antes.

—¿Y sí...? —empezó Carmen, pero se detuvo—. No sé. Igual estoy exagerando.

—No estás exagerando —respondió Teresa—. Algo no encaja desde esta mañana.

Se apoyaron en la barandilla, observando cómo las embarcaciones describían su recorrido solemne por la ría. El contraste entre la belleza de la escena y la inquietud creciente les resultaba casi ofensivo.

—Cuando todo esto termine —dijo Carmen—, nada va a ser igual, ¿verdad?

Teresa tardó en responder.

—No lo sé. Pero cuando un pueblo empieza a mirar así... cuesta volver atrás.

Mientras en el muelle la música y los vítores marcaban el pulso de la tarde, el cuartel de la Guardia Civil permanecía hermético, ajeno al bullicio festivo del pueblo.

En el patio trasero, dos todoterrenos de la UCO tenían las puertas abiertas. Varios agentes, algunos uniformados y otros de paisano, cruzaban instrucciones rápidas, consultaban papeles, entraban y salían de los despachos con gesto concentrado.

El ambiente era denso, contenido, como si todo el edificio respirara con cautela.

Bajo la luz blanca de los neones, la agente Romero, de la científica, repasaba informes apoyada en una mesa metálica. Varias carpetas abiertas mostraban fotografías, esquemas y notas a mano. Nadie hablaba más de lo necesario.

En el sótano, Enrique llevaba horas solo, incomunicado en una celda de paredes grises. El frío del cemento le calaba hasta los huesos. Sentado en el camastro, con la espalda apoyada en la pared, sentía la cabeza pesada, embotada, como si cada pensamiento se le escapara antes de poder ordenarlo.

Desde su detención apenas había hablado. Un par de respuestas secas, algún gesto, nada más.

—¿Necesitas algo? —preguntó uno de los guardias al pasar, sin demasiado interés.

—Saber por qué estoy aquí —respondió Enrique, con la voz ronca—. No he hecho nada.

El guardia sostuvo su mirada un segundo, incómodo.

—Eso no lo decido yo. Ya hablarás cuando toque.

La trampilla de la puerta se cerró con un golpe seco. Enrique se dejó caer de nuevo sobre el camastro, cerró los ojos y trató de recomponer las horas anteriores: la mañana, el Monolito, la caminata con Laura, las miradas, las palabras sueltas. Sabía que, aunque dijera la verdad, cada minuto que pasaba allí abajo jugaba en su contra.

Un piso más arriba, la sala de interrogatorios tenía un aspecto aséptico, casi clínico. Paredes claras, una mesa metálica, dos sillas enfrentadas, una cámara registrando cada gesto.

Laura permanecía sentada, esposada, con la vista fija en sus manos. Blasco, agente de la UCO, hojeaba la declaración anterior sin levantar la cabeza. En la sala contigua, tras el cristal, el teniente Salcedo y Méndez seguían la grabación.

—¿Tú qué piensas? —murmuró Méndez.

—Que ninguno está diciendo todo —respondió Salcedo—. Pero tampoco veo aún dónde agarrarnos.

Dentro, Blasco levantó la vista.

—Laura, volvamos al inicio. ¿A qué hora viste por última vez a Marcos?

Ella dudó.

—No lo recuerdo bien... Sería cerca del mediodía. Todo fue muy rápido.

—¿Había alguien más contigo?

—Enrique. Íbamos caminando cuando Marcos apareció cerca del Monolito.

—¿Discutisteis?

—No... —negó con la cabeza—. Él quería hablar conmigo, yo no. Marcos se alteró, pero no hubo una bronca.

—¿Y Enrique?

—No lo conocía de antes. Me lo presentaron Teresa y Carmen.

Blasco anotó algo, observando sus gestos.

—¿Qué haces tú en Navia, Laura?

Respiró hondo y comenzó a relatar su historia: Valencia, el viaje, la relación con Marcos, la huida, el encuentro con las chicas, la discusión en el Monolito, la invitación de Enrique a caminar por la senda. Habló despacio, como si cada frase le costara un esfuerzo físico.

En la sala de observación, Salcedo revisaba datos en la tablet.

—Según ella, estuvo toda la tarde y la noche en el hotel. Dice que el recepcionista la vio entrar.

—Si eso se confirma, cambia bastante el panorama —respondió Méndez.

Dentro, el interrogatorio se intensificó.

—¿Saliste del hotel en algún momento?

—Creo que no... —respondió Laura, insegura—. Estaba cansada.

—¿No bajaste al vestíbulo? ¿A la terraza? ¿Al pasillo?

—Quizá un momento... no lo sé.

—Los registros indican movimiento en la puerta a las 22:45.

Laura frunció el ceño.

—Pudo ser cualquiera... No miré la hora. Me tomé un Noctyra para dormir.

Blasco alzó ligeramente la cabeza.

—¿Cuántos?

—Dos.

En la sala contigua, Méndez buscó el medicamento en el sistema. Leyó en silencio los efectos secundarios. Miró a Salcedo.

—Lagunas de memoria. Conductas automáticas.

Ambos intercambiaron una mirada breve.

Blasco continuó.

—¿Desde cuándo tomas ese medicamento?

—Desde hace unos meses... Por el insomnio.

—¿Te lo recetó un médico?

—Una amiga me lo facilitó.

El tono del agente se endureció.

—¿Sabías los efectos? ¿Has tenido episodios de pérdida de memoria antes?

—No... que yo recuerde.

—¿Podrías haber salido del hotel sin acordarte?

Laura bajó la mirada.

—No lo sé... Puede ser.

El silencio se volvió espeso.

—Laura —dijo Blasco, con voz firme—. Si ocultas información, te perjudicas. Hay una persona muerta. Necesitamos saber qué hiciste y qué no hiciste.

Ella negó, con lágrimas contenidas.

—No hablé con nadie. Tenía miedo. Solo quería dormir.

—¿Miedo de qué? —insistió el agente—. ¿De quién?

—No lo sé... Tenía miedo de todo.

En la sala continua, nadie habló durante unos segundos.

El agente volvió a la carga, implacable.

—¿Qué sentiste después de tomar la pastilla? ¿Notaste algo raro, te mareaste, perdiste la noción del tiempo?

—No lo sé... Puede ser. No lo recuerdo... —susurró, derrotada.

Blasco, sin mostrar compasión, hizo una última anotación y concluyó.

—Laura, te lo advierto. Si omites la información sobre el uso de ese medicamento, si ocultas efectos secundarios o no eres totalmente sincera sobre tu estado de noche, tu declaración perderá valor y podrías enfrentarte a consecuencias graves.

Cambió de tono, endureciéndolo aún más.

—¿Por qué entonces otros huéspedes afirman haber oído voces en el pasillo, discutir cerca de tu puerta? Y si te callas algo, será mucho peor para ti.

Se encogió, resbalando en la silla.

—Tenía miedo...

Blasco, implacable, se inclinó hacia delante.

—¿Pero, miedo de qué? ¿Por qué estabas asustada? ¿Hay algo que temas que sepamos?

El silencio se espesó. Laura, con los ojos llenos de lágrimas, negó con dificultad.

—No...

El agente, sin pestañear, siguió presionando.

—Mírame a los ojos. ¿Estás segura de lo que dices? —remató, dejando la amenaza flotando en el aire.

Laura se cubría la cara, temblando, sin atreverse a mirar a nadie.

Blasco suspiró. Cada respuesta evasiva era como un muro más, una negativa a dejarse alcanzar.

Le venían a la mente imágenes borrosas. La blusa desabrochada. El pecho descubierto. Se sentía vulnerable.

En la sala de interrogatorios, Laura permanecía sola. La puerta se cerró a su espalda con un chasquido seco que la hizo estremecerse. Se llevó las manos al rostro y respiró hondo, intentando contener el temblor que le recorría el cuerpo. Tenía la garganta seca, los ojos ardientes y una sensación de irrealidad que no lograba sacudirse.

Todo le parecía lejano, como si observara su propia vida desde fuera.

Las palabras del agente resonaban aún en su cabeza: lagunas, contradicciones, miedo. Intentó recomponer la tarde anterior, aferrarse a algún recuerdo firme, pero las imágenes se superponían sin orden: el aire frío del hotel, la mirada del recepcionista, el cansancio aplastándole los párpados, la pastilla disolviéndose en la boca. Después, nada claro. Solo una neblina espesa.

Un agente abrió la puerta y le indicó con un gesto que se levantara.

—Por ahora quedas a disposición judicial —le dijo, con tono neutro—. Te acompañamos a otra sala.

Laura asintió, incapaz de formular una pregunta. Se levantó despacio, las piernas algo entumecidas, y salió escoltada por el pasillo. Notó cómo algunas miradas se posaban en ella, breves, calculadas, como si intentaran medir su peso dentro del engranaje que acababa de ponerse en marcha.

Arriba, en uno de los despachos, el teniente Salcedo revisaba por última vez las anotaciones del día. Blasco y Méndez permanecían en silencio, apoyados en la mesa.

—Tenemos dos versiones incompletas —dijo finalmente Salcedo—. Ninguna se sostiene por sí sola.

—Y ninguna se cae del todo —añadió Blasco—. Eso es lo que más me inquieta.

Méndez asintió.

—Laura puede ser víctima de su propio desorden. O puede estar escondiendo algo sin saberlo. Y Enrique... —hizo un gesto impreciso—. O es el tipo más despistado del mundo, o está eligiendo muy bien qué no recordar.

Salcedo cerró la carpeta con firmeza.

—No vamos a forzar conclusiones. Revisad cámaras, móviles, movimientos en el hotel y en el puerto. Quiero horarios exactos, nombres, cualquier detalle que nos permita anclar la historia a algo sólido.

Hizo una pausa antes de añadir:

—Y mantenedlos separados. Lo peor que podríamos hacer ahora es permitir que ajusten versiones, aunque sea de forma inconsciente.

—Esto va para largo —matizó Blasco.

—Sí —respondió Salcedo—. Y el pueblo no va a tener paciencia.

Fuera, la tarde empezaba a caer. En el muelle, las barcas regresaban poco a poco tras el recorrido por la ría. La música se apagaba lentamente, los vecinos comenzaban a dispersarse y las risas iban perdiendo fuerza, como si la fiesta se retirara a regañadientes.

Antes del interrogatorio de Laura, el ambiente de la sala ya veía caldeado desde la mañana.

Enrique había pasado por el mismo pasillo, acompañado por dos agentes, horas antes.

Eran las 10 de la mañana.

Sentado frente a la mesa, respondió con la misma vaguedad a cada pregunta: el muelle, los pescadores, el ruido, la calma que le daba observar el trabajo. No supo dar horarios exactos ni nombres concretos.

Se sentó frente a la mesa, evitando mirar a nadie.

Blasco, que era el encargado de llevar el interrogatorio, también era el más veterano de la unidad.

—Enrique, ¿puedes contarme dónde estuviste anoche?

Él asintió, apretando los labios antes de responder.

—En el muelle, con los pescadores. Suelo ir allí, a ver qué traen y ver cómo descargan las cajas.

—¿Alguien puede confirmar que estabas allí?

—No lo sé... Había gente.

Se sucedieron preguntas sobre detalles mínimos: a quién saludó, si compró tabaco en el quiosco, si había visto a Marcos aquella tarde, pero Enrique se limitaba a negar con la cabeza o a responder con evasivas.

—¿Recuerdas la hora a la que llegaste al muelle?

—Serían... no sabría decir la hora exacta. Después de cenar, quizás sobre las diez o las diez y media, más o menos, pero no llevaba reloj —admitió, encogiéndose de hombros.

—¿Y cuándo te marchaste?

—Cuando empezó a refrescar, ya tarde. Fui a casa directamente.

El agente Méndez, que momentos antes se había incorporado, y él se cruzaron miradas, anotando respuestas tan vagas que no despejaban ninguna duda.

Enrique repetía la misma cantinela: “No me fijé”, “no sé si me vieron”, “quizás estaba distraído”.

El interrogatorio se alargó durante horas, y los agentes alternando preguntas cada vez más incisivas.

—Voy allí porque me calma ver a los pescadores. No hablo con nadie, solo quiero estar tranquilo, pensar un rato y escuchar el ruido de las olas —repetía.

Pero esa tranquilidad aparente no convencía.

Blasco, con voz dura, interrumpió.

—¿De verdad esperas que creamos que nadie te habló, que no tienes contacto con nadie del pueblo? ¿No te resulta extraño?

Enrique bajó la cabeza, murmurando que no tenía nada que ocultar, que no buscaba problemas.

—En esos momentos solo quiero paz. No me fijo en los demás. No me interesa lo que hagan —añadió.

La presión aumentó aún más, cuando el tema viró.

—Has dicho que viste a Marcos por la mañana, ¿dónde exactamente? —preguntó Méndez.

Tras vacilar un instante, contestó.

—En el Monolito, estaba esperando a Laura. Ella no quería verle, se lo dijo varias veces. Pero él insistía. Yo... yo intenté quedarme al margen, pero él me amenazó. Me dijo que no me metiera.

Las preguntas se volvieron más directas.

—¿Qué te dijo exactamente? ¿Por qué crees que Laura le tenía miedo? Enrique apretó los puños, recordando.

—Él estaba muy alterado, gritó que, si volvía a entrometerme, las cosas acabarían mal. Ella no quería hablar con él, se lo repitió, pero él no la dejaba en paz. Llegó a amenazarme.

—¿Crees que Marcos podía hacerle daño? —insistió.

Enrique dudó, luego asintió suavemente:

—No sé lo que habría sido capaz de hacer. No lo conozco apenas, pero ese tenía una mirada muy... muy violenta.

Buscaban debilidades, obligando para que detallara cada gesto, cada palabra.

—¿Y tú?, ¿qué hiciste cuando Marcos te amenazó?

Reconoció que intentó intervenir, pero Laura le pidió que no se metiera. Que prefería enfrentarse ella sola.

La sala se llenó de tensión, con los agentes anotando cada detalle, indagando en los silencios y las miradas de Enrique. Cada respuesta parecía abrir nuevas preguntas, y el interrogatorio continuaba, obsesivamente, hasta el agotamiento, en busca de una grieta.

Blasco se inclinó hacia Enrique, con la voz cargada de suspicacia.

—Entonces, Enrique, dices que Laura prefirió enfrentarse sola... ¿Qué significa eso exactamente? ¿Acaso insinuaba que iba a hacerle algo a Marcos? ¿O pensabas que ella “se encargaría” de él?

Enrique tragó saliva, evitando la mirada directa de los agentes. Movi6 nervioso las manos, como si buscara una respuesta entre sus dedos.

—No, no... —titubeó—. Yo solo... No sé qué tenía en mente, de verdad. No la conozco tanto...

Blasco insistió, endureciendo el tono.

—¿Seguro que no pensaste que podía buscar venganza? ¿Ella te dijo algo más concreto? ¿Te pidió que te apartaras para protegerte,

o porque planeaba hacerle algo a Marcos?

—No... —respondió, cada vez más tenso—. No sé nada más, se lo juro. No me contó nada raro...

Méndez intervino, anotando cada gesto evasivo.

—Tus respuestas no nos aclaran nada. Pareces evitar el tema, como alguien que esconde algo. ¿Seguro que no hay nada que debemos saber? ¿No viste a Laura hablar con nadie más, ni notaste que preparara algo?

Apretó los labios, bajando aún más la cabeza:

—No, de verdad... No tengo nada que ocultar. Yo solo quería que se calmara todo, nada más. No sé qué pensaba Laura.

Los agentes se miraron, convencidos de que callaba algo, repasando las respuestas evasivas una y otra vez, buscando esa pieza que faltaba.

—¿Viste a alguien sospechoso en el muelle, algún movimiento extraño?

—No, nada que recuerde... Todo estaba normal, como cualquier noche —respondió, manteniendo la mirada baja.

Los agentes no cedían en su empeño. Todo era tensión, apenas interrumpida por el roce de hojas y el repiqueteo de un bolígrafo sobre la mesa.

—Enrique, ¿puedes decirnos si viste a Marcos en algún momento, cerca del muelle o por el pantalán de la ría?

—No, no me suena... Quizá pasó alguien parecido, pero no me fijé bien. Había mucha gente, pero no me fijé bien. Había mucha gente.

—¿Entraste en algún bar o cafetería durante la tarde? ¿Recuerdas haber comprado algo?

—No, creo que no... O igual entré a pedir una cerveza, pero no estoy seguro. No me quedé mucho rato en ningún sitio.

—¿Alguien se te acercó a hablar, algún desconocido o alguien del pueblo que te hiciera preguntas?

Que yo recuerde, nadie. La gente estaba a lo suyo, hablando entre ellos. Yo solo observaba, no tenía ganas de conversar.

—¿Notaste algún comportamiento extraño, alguien que pareciera nervioso o que mirara demasiado?

Negó con la cabeza, frunciendo la frente como si rebuscara en la memoria.

—No, de verdad que no. Todo como siempre. Ruido, risas, el puerto lleno de movimiento. Nadie destacó.

Blasco anotó en una página de la libreta una frase para que Méndez, la pudiese leer: “Este nos quiere dar a entender que nadie lo vio y que nadie lo conoce”.

La sorpresa de los agentes ante las respuestas huidizas de Enrique, todo se transformó aún más férreo. Comenzaron con preguntas en ráfaga, cada vez más duras.

—¿Viste a alguien caminar hacia la playa? —insistió

Blasco, marcando la corta distancia entre el muelle y la zona del asesinato—. Es imposible no fijarse, ¿seguro que no recuerdas a nadie?

—No... creo que no. Había gente por ahí, pero no sabría decir... Era de noche... —balbuceó, encogiéndose de hombros.

—Mira, Enrique, esto es muy serio —intervino Blasco, con voz tensa—. Si ocultas información, podrías enfrentarte a muchos años de cárcel, incluso cadena perpetua. ¿Estás seguro de que no quieres contarnos algo más?

—No estoy ocultando nada... no sé nada más, de verdad. —Su voz apenas era un susurro.

—¿Cuál era tu relación exacta con Laura? ¿Desde cuándo la conoces? ¿Os visteis solos ese día? —apremió Méndez, cruzando los brazos.

—Solo... nos presentaron dos amigas ayer, nada más.

No la conocía antes de nada —contestó evitando las miradas, como si buscara refugio en cualquier rincón de la mesa.

—¿Y no hablasteis después? ¿No intercambiasteis mensajes? —insistió Blasco.

—No, no...

Enrique se mantenía en su espiral de vaguedad, no recordaba, no era capaz de precisar nada.

—¿A qué hora saliste exactamente del puerto? ¿Viste a alguien más marcharse contigo?

—No sé decir la hora exacta, pero sería sobre las once, o tal vez sobre las doce de la noche. Vi a algunos pescadores recoger las cosas, pero no sé quién se fue antes o después que yo.

—¿Fuiste directamente a casa o te detuviste en algún otro sitio, o en la verbena?

—Fui directo, sí. No recuerdo haberme parado en ningún lado.

—¿Alguien puede confirmar que llegaste a casa a esa hora? ¿Hablaste con algún vecino o viste a tu familia?

—No, creo que no... Mi familia no estaba y no vi a nadie. Como estamos en fiestas, estaban en la calle. Entré y me puse a ver la tele, eso creo que hice.

Las preguntas continuaban, incansables, tratando de reconstruir cada minuto de la noche anterior.

Los agentes insistían, intentando encontrar esa fisura en la rutina difusa que describía, pero cada respuesta parecía solidificar el muro de incertidumbre.

Al salir al pasillo, los dos agentes de la UCO se quedaron en silencio unos segundos, como si necesitaran aire para volver a encajar todas las piezas del rompecabezas.

El teniente Salcedo estaba fuera, esperando ver terminar el interrogatorio de sus agentes.

¿Qué os ha parecido? —preguntó en voz baja, frotándose la frente—. Porque yo, sinceramente, no sé si habéis sacado algo en claro o si estamos exactamente igual que cuando empezamos.

Blasco se apoyó en la pared y negó con la cabeza.

—Es como intentar agarrar humo. Cada vez que le pedimos detalles, se escurre. O no recuerda, o no se fijaba, o no estaba seguro.

Méndez, hojeo las anotaciones antes de responder.

—Me da la sensación de que miente, que no dice toda la verdad. Hay muchas lagunas, pero no noto nerviosismo real ni pruebas graves. Solo evasivas en todo momento.

Salcedo se cruzó de brazos, mirando hacia la puerta cerrada de la sala de interrogatorio.

—Pero ¿a quién no le llama la atención lo que ocurre en el puerto a esa hora? Aunque no conozcas a nadie, algo ves, algún detalle

recuerdas. Ni siquiera se aclara con los horarios. Todo es “no sé”, “no me fijé”, “quizá”, “no me acuerdo de nada”.

Blasco resopló, hojeando su libreta como si esperara que saltara a la vista una respuesta inesperada.

—Me ha resultado especialmente raro que no pueda mencionar a nadie conocido, ni un pescador, ni un vecino... No sé, parece que quisiera borrar esa tarde de su memoria. O que no quiere comprometerse con nada.

Méndez se encogió de hombros.

—O tal vez va tan a lo suyo que no se entera de nada. Hay gente así. Pero para nuestra investigación es como cavar en la arena. Nada se sostiene.

Salcedo bajó la voz, mirándolos con seriedad.

—¿Pensáis que oculta algo? ¿O simplemente estamos ante un testigo inútil?

Blasco reflexionó unos segundos antes de responder.

—No sé, jefe. No tengo la impresión de que mienta descaradamente. Pero tampoco ayuda. Ni una sola afirmación firme, ni un dato verificable. Si alguien quisiera despistarnos, no lo haría mejor.

Méndez intervino, frotándose la barbilla.

—Quizá deberíamos revisar cámaras, si es que alguna funciona, o preguntar a los pescadores. A lo mejor alguno sí se fijó en Enrique y puede contradecir su versión.

Salcedo asintió, aunque no parecía convencido.

—Sí, pero no descartéis volver a interrogar. Quiero probar con un enfoque distinto, tal vez sacarle del entorno del puerto y preguntarle por cosas más personales, como las rutinas. A veces, un detalle sin importancia puede abrir una grieta.

Blasco escribió algo rápido en su libreta.

—También está Laura. Su testimonio puede ayudarnos a entender si Enrique actuó igual con ella. Si coincide la sensación de vacío, sabemos que no es solo con nosotros.

Méndez suspiró, dejando caer la carpeta sobre la mesa del pasillo.

—Lo frustrante es esa sensación de estar chocando con un muro blando. No puedes acusarle de nada, pero tampoco te ayuda a

avanzar. Es como si el caso se nos deshiciera entre los dedos.

Salcedo se irguió, apretando los labios.

—Nos ha tocado un hueso. Pero no vamos a dejarlo aquí. Volvemos a repasar horarios, buscamos testigos y, si hace falta, le preguntamos a Enrique hasta por el programa de la tele que se puso a ver al llegar a casa. Algún hilo vamos a encontrar.

Blasco asintió, entendiendo el mensaje.

—Habrá que cruzar todos los datos, buscar inconsistencias, aunque sean mínimas. Y no olvidemos tampoco a esa chica que él menciona, a Laura.

Se miraron los tres. Méndez recogió la carpeta, Blasco guardó la libreta en el bolsillo y Salcedo, tras una última mirada a la puerta, resumió el sentir de todos.

—Vamos, equipo. Si la verdad está ahí fuera, la encontraremos. Aunque haya que remover todo el pueblo piedra a piedra. Localizar a esa chica, Laura, y traerla aquí.

De momento, los agentes de la UCO solo tenían más preguntas que respuestas.

En el sótano, Enrique solo en la celda, ella en la de enfrente

El murmullo lejano del cuartel apenas llegaba hasta allí. Se pasó las manos por el rostro y cerró los ojos, intentando recordar algún detalle que se le hubiera escapado. Algo concreto. Un gesto, una palabra, un nombre.

Pero su memoria parecía haberse vuelto porosa, incapaz de retener nada con firmeza.

Pensó en Laura. En lo poco que la conocía y en lo mucho que, sin pretenderlo, se había visto arrastrado a su historia. Pensaba también en el pueblo, en los rumores, en las miradas que ya empezaban a pesarle encima incluso antes de que nadie pronunciara una acusación formal.

VIII

La sala permanecía en silencio. Aún flotaba en el aire el olor humano dejado por los interrogatorios anteriores.

El cuerpo de Marcos yacía inmóvil sobre la camilla metálica, mientras se inspeccionaba cada detalle con meticulosidad.

La agente Romero, de la científica, alzo la vista tras examinar el torso desnudo del fallecido y se dirigió a Salcedo, que observaba la escena desde el umbral, acompañado por Méndez y Blasco.

—No he encontrado rastros evidentes de lucha: ni arañazos ni marcas de manos, jefe. El único traumatismo es este golpe seco en la parte posterior del cráneo. Todo indica que fue la causa inmediata de la muerte.

Blasco se inclinó un poco hacia delante.

—¿Ningún indicio de arrastre? ¿Forcejeo? ¿Nada bajo las uñas?

—Nada. Las uñas están limpias, sin restos de piel ni fibras. Tampoco hay hematomas defensivos en los antebrazos. Si le atacaron, fue totalmente por sorpresa —añadió mientras giraba con cuidado el brazo inerte de Marcos para que los agentes pudieran comprobarlo.

Méndez, inquieto, señaló un pequeño recipiente de pruebas sobre la mesa.

—Esto estaba justo al lado del cadáver. No parece pertenecer a la ropa de Marcos. Podría ser de una camisa, pero no concuerda con lo que llevaba puesto —explicó, mostrando otra bolsa—. Es posible que pertenezca a otra persona... o que alguien lo perdiera allí.

Salcedo asintió con gesto cansado.

—Un botón. Es poco, pero si no hay más, tendremos que tirar de ese hilo. Blasco, encárgate de revisar si hay cámaras en la zona y si alguien llevaba una camisa azul marino. Revisad todo y pedid una

orden de registro en casa de Enrique. Quiero avances antes de anocheecer.

—¿Habéis hablado con los dueños de los bares cercanos?

—Sí, jefe —respondió Méndez—. Ya hemos localizado a los tres. Solo uno abrió esa noche: el bar Piedra. Esta mañana he hablado con el dueño.

Y comenzó a relatar lo ocurrido.

El local estaba tranquilo, apenas quedaban rastros de la noche anterior. Méndez se acercó al hombre tras la barra, que fregaba unos vasos con gesto pausado.

—Buenos días.

Sacó la cartera y se identificó mostrando la placa.

—¿A qué hora cerró anoche?

—Sobre las tres de la madrugada —respondió el dueño, un hombre de unos cuarenta años.

—¿Quiénes estuvieron aquí? ¿Hubo mucho movimiento?

—Los jóvenes de siempre, algún forastero. Nada fuera de lo común.

Méndez sacó una foto de Marcos y la colocó sobre la barra.

—¿Reconoce a este chico? ¿Lo vio anoche?

El hombre la observó un instante y asintió.

—Sí. Vino por la tarde, estuvo tomando unas cervezas tranquilamente. No vi nada raro.

—¿Con quién hablaba? ¿Alguna conversación acalorada?

—Charló con varios del pueblo, pero nada que llamara la atención. Estaba animado.

—¿Algún altercado? ¿Alguien que se marchara enfadado?

—No. La noche fue tranquila. Y tengo buen ojo para esas cosas.

Méndez insistió:

—¿Recuerda si llevaba una camisa azul marino? ¿Le faltaba algún botón?

El dueño frunció el ceño, pensativo.

—No, la verdad es que no me fijé en esos detalles.

—¿Vio algo anormal cerca del local, en la terraza o hacia la playa, después de cerrar?

—Nada. Los chavales salieron juntos y cada uno se fue por su lado, imagino que hacia el pueblo.

Méndez guardó silencio un instante, sin dar por cerrada la respuesta.

—Piénselo bien. ¿Nada le pareció fuera de lo común?

El hombre se frotó la barbilla y finalmente asintió.

—Bueno... ahora que lo dice. Me llamó la atención que estuvo hablando un buen rato con el que creo que es el recepcionista del hotel Palacio Arias. Ese chico viene de vez en cuando.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? ¿Discutían?

—No, nada de eso. Estaban tranquilos. Se tomaron tres cervezas, hablando en voz baja. El de la foto le enseñó algo en el móvil; el otro lo miró, hizo una mueca y siguieron hablando.

—¿Se marcharon juntos?

—No. El recepcionista se fue primero, sobre las once. Él otro se quedó unos minutos más y luego pagó y se fue solo.

—¿Hablaron de verse después?

—No que yo oyera.

Méndez anotó todo con atención.

—¿Reconoce a este hombre? —preguntó, mostrando ahora la foto de Enrique.

El dueño la observó con detenimiento.

—Claro. Es del pueblo. Buen chaval.

—¿Estuvo aquí esa noche?

—Sí. Llegó solo, se sentó en una esquina y pidió una cerveza. Apenas habló con nadie.

—¿Lo notó raro?

El hombre dudó.

—Sí... estaba distinto. Más callado, pensativo. Me acerqué y le pregunté si le pasaba algo, pero me dijo que no, que solo quería beber tranquilo. No me convenció. No era el Enrique de siempre.

Méndez levantó la vista.

—¿Lo vio con alguna mujer?

—No. Desde que abrí, no entró con nadie. Si lo hubiera hecho, me habría dado cuenta.

El dueño se encogió de hombros y añadió, como quien no quiere, pero necesita hablar:

—Aquí siempre hay rumores, agente. Pero Enrique siempre me pareció buen chaval. Eso sí... cuando bebe, a veces se mete en líos. Alguna bronca ha tenido, nada grave, pero el alcohol no le sienta bien.

—¿Peleas serias?

—No. Cosas de bar. Aunque a veces parecía que podía ir a más.

Méndez agradeció la colaboración y se despidió, consciente de que aquel testimonio, por primera vez, añadía una pieza nueva al puzle.

Después de exponer lo investigado, el teniente Salcedo se dirigió a los dos agentes. Bajó la voz instintivamente, aunque no había nadie más en la sala.

—Habéis hecho un buen trabajo, pero no dejéis ningún cabo suelto. Quiero que reviséis al detalle todo lo relacionado con ese recepcionista. Localizadlo cuanto antes y averiguad con quién se relaciona fuera del hotel. No subestiméis nada: hasta el comentario más trivial puede darnos la pista que nos falta —ordenó, mirándolos con firmeza—. Quiero todo por escrito, incluso lo que os parezca insignificante.

Blasco asintió, ya con el bolígrafo preparado. Méndez, en cambio, se acercó de nuevo al cuerpo, con el ceño fruncido.

—No deja de ser extraño —murmuró—. Un golpe limpio, ninguna señal de forcejeo... y solo un botón. Aquí falta algo, seguro.

Salcedo repasó mentalmente la investigación antes de responder.

—No nos basta con eso. Hay que hablar con quienes conocen bien a Enrique. Buscad a esas chicas que parecen ser sus amigas. Alguna puede aportar un detalle que ahora mismo no vemos —dijo—. Quiero entrevistas individuales, nada de juntas. Y tomando nota de cualquier cambio de versión o actitud. ¿Está claro?

—Claro —respondió Méndez, consultando ya la lista de contactos en su móvil.

Blasco levantó la vista de la libreta.

—¿Llevamos a Romero con nosotros? Por si en algún momento puede ayudarnos a interpretar algo técnico.

Salcedo asintió.

—Sí, que venga. Y recordad: cada palabra cuenta. Quiero saber quiénes son esas chicas, cómo se relacionaban con Enrique y si alguien notó cambios recientes en su comportamiento.

Los agentes se miraron, conscientes del peso de la orden. Romero observaba en silencio la bolsa de pruebas que contenía el botón.

—La ciencia dice lo que encuentra, no lo que falta —comentó—. Pero a veces, lo mínimo es lo que abre la puerta al misterio.

Salcedo torció ligeramente el gesto.

—No me seas filósofa. Tenemos trabajo. Y que no se nos escape nada... ni un botón.

Mientras tanto, en el puerto de Navia, el tiempo parecía detenerse. La procesión de la Virgen y San Roque, que había avanzado despacio sobre la ría, estaba llegando a su fin.

El agua reflejaba el brillo de las imágenes adornadas con flores y cintas, mientras los marineros se quitaban las gorras a su paso y algunos niños corrían entre la gente, excitados.

Teresa y Carmen, con rebecas ligeras por si refrescaba, paseaban entre la multitud. A su alrededor, las conversaciones fluían como el rumor constante de las olas.

Un grupo de mujeres mayores, sentadas en un banco junto al puente, cuchicheaban entre ellas.

—Te acuerdas, Maruja, ¿de la tormenta del 82? Aquella vez también sacaron a la Virgen. Y el mar se calmó de golpe, como si lo hubiera querido ella misma.

—No digas tonterías —replicó otra—. Aquello fue un milagro, y bien que lo fue. Si no, se nos va medio pueblo al fondo.

Teresa se acercó, curiosa, mientras Carmen se quedaba observando la comitiva de las barcas.

Una mujer con pañuelo de flores le sonrió.

—¿Eres de aquí, guaja?

—Claro que sí —respondió Teresa, algo molesta—. Aunque solo venga en verano.

—Yo nací aquí —intervino la mujer, animándose—. En una casa que ya no existe, cerca de Casa Cecilio. Luego me casé y me fui a Luarca. Pero en fiestas como esta siempre vuelvo. Por la Virgen... y por las vecinas de toda la vida.

Teresa asintió, con una sonrisa sincera.

—Debe de ser bonito volver.

—Claro que lo es. El pueblo tira siempre. Y cuando sale la Virgen, da igual dónde vivas: el corazón sigue aquí. Antes lo organizábamos nosotras, con los mantones y las flores. Ahora todo va más deprisa, pero la fe sigue siendo la misma.

Carmen, a unos pasos, escuchaba a dos pescadores bromear entre risas.

—Como le pidamos a la Virgen una buena costera y nos la mande de golpe, no damos abasto en la lonja.

—Tú pide que no se pierda ningún barco, que eso es lo importante.

—Ella escucha, ya lo sabes. Si no, mira cuánta gente hay hoy aquí.

El sol caía suavemente sobre la ría.

Una niña tiró de la manga de Teresa.

—¿Tú también tiras flores al agua?

—Claro —respondió—. Mi abuela me enseñó que así se le da las gracias a la Virgen.

—Yo he pedido que mi padre vuelva pronto del mar —dijo la niña, muy seria.

En una de las barcas, varios jóvenes entonaban una canción dedicada a la patrona, mientras las campanas repicaban a lo lejos.

Carmen comentó, emocionada:

—Es un momento único. Aquí nadie parece tener miedo, como si todos estuviéramos bajo el mismo manto.

—Eso es lo mejor de este día —respondió Teresa—. Incluso los que no creen mucho, hoy se dejan llevar.

Ya quedaban apenas unos metros para la llegada de las barcas al puerto, aún custodiadas por las pequeñas embarcaciones.

Sin embargo, entre el bullicio y la devoción, algo empezó a romper la armonía de la tarde. Los coches de la Guardia Civil iban y venían por la avenida de la Dársena, cruzándose con las miradas de los vecinos. Al principio, pocos les dieron importancia; se decía que era por la seguridad del evento. Pero pronto comenzaron los murmullos, sobre todo entre los grupos cercanos al club náutico.

—¿No os parece raro? —susurró una mujer, siguiendo con la vista al coche que desaparecía al fondo de la avenida—. No es normal que den tantas vueltas.

Un hombre mayor, apoyado en su bastón, respondió sin apartar la mirada del puerto:

—Cuando la Guardia Civil no para quieta, malo. Algo están buscando, seguro.

En el muelle, los que se apoyaban en la barandilla intentaban disimular, pero no podían evitar girar la cabeza cada vez que oían el motor de una patrulla. A pesar de la música y de las imágenes balanceándose sobre el agua, el ambiente comenzó a cargarse de un runrún inquieto, como si bajo la fiesta latiera una pregunta sin respuesta.

Teresa se abrió paso entre la gente, buscando algún rostro conocido. De pronto divisó a Manolo, el camarero de la sidrería, que iba y venía con la bandeja en alto, esquivando a clientes y parroquianos apiñados en la terraza.

Se dirigió hacia él con paso decidido. Cruzó la calle, dejando atrás a un grupo de jóvenes que reían alrededor de una mesa llena de botellas de sidra y platos a medio vaciar. En cuanto se acercó, varias miradas se volvieron hacia ella.

—¡Teresa! ¿Te animas a un culín? —bromeó Manolo, alzando el vaso.

Ella sonrió por cortesía, pero fue directa.

—Gracias, Manolo, pero necesito preguntarte algo. ¿Has visto hoy a Laura? La chica nueva, la que vino a comer estos días.

Manolo dejó la bandeja sobre una mesa y bajó la voz.

—Sí. Llegó a comer sobre las dos, más o menos. Y poco después aparecieron dos de la Guardia Civil, de paisano. Uno alto, muy serio; el otro más joven, con cara de no saber muy bien dónde meterse.

A Teresa se le tensó el gesto.

—¿La Guardia Civil? ¿Qué querían de ella? ¿Dijeron algo delante de ti?

—No gran cosa. Se acercaron con educación, le hicieron un par de preguntas y luego la invitaron a salir con ellos. Sin alzar la voz, sin montar espectáculo. Laura cogió el bolso y se fue con ellos sin protestar.

—¿Y no sabes adónde la llevaron? —insistió Teresa, llevándose la mano a la boca.

Manolo negó despacio.

—No. Intenté preguntar, pero uno de ellos me dijo que no me preocupara, que mejor no me metiera. Y ahí se acabó. Laura dejó la comida a medias... eso sí que me llamó la atención. Parecía nerviosa.

Teresa apartó la mirada, visiblemente alterada.

—¿No dijo nada más? ¿No parecía enfadada, asustada?

—Asustada, sí. Pero no dijo ni una palabra. Se levantó y salió con ellos. Como si supiera que no tenía opción.

Manolo, secándose el sudor con un trapo, bajó aún más la voz.

—Dime una cosa, Teresa... ¿qué pinta esa chica en todo esto? Porque en el pueblo se empieza a hablar demasiado.

Teresa miró alrededor antes de responder.

—Aquí no puedo decirte nada. Déjalo estar por ahora. Ya hablaremos cuando pase todo esto.

Manolo asintió, comprendiendo, aunque la curiosidad seguía brillándole en los ojos.

Teresa dio media vuelta, con el gesto serio, intentando ordenar lo que acababa de escuchar. Al poner un pie en el asfalto, se encontró de frente con dos hombres vestidos de paisano. No llevaban uniforme, pero su porte era inconfundible.

—¿Teresa Álvarez? —preguntó el mayor, mostrando discretamente la placa.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Sí... soy yo. ¿Pasa algo?

—Somos agentes de la UCO. Necesitamos que nos acompañe al cuartel. No tiene de qué preocuparse, solo queremos hacerle unas preguntas.

El agente más joven añadió, con tono correcto:

—Si puede, llame también a su amiga Carmen. Consideramos que su testimonio puede ser relevante.

Teresa respiró hondo, sacó el teléfono del bolso y marcó.

—Carmen, soy yo... Estoy en la esquina de la sidrería. La Guardia Civil quiere que vayamos al cuartel. Dicen que es mejor que vengas también.

—¿Qué? ¿Estás bien? —respondió Carmen, alarmada.

—Sí, tranquila. Ven, por favor.

Colgó con las manos ligeramente temblorosas. A su alrededor, el murmullo creció. Algunas personas fingían no mirar; otras cuchicheaban sin disimulo.

—¿Has visto eso? —decía una mujer tras sus gafas de sol oscuras—. A Teresa la han parado los guardias.

—Esto ya pinta mal... —respondió otra—. Aquí va a salir todo.

Mientras tanto, la escena no pasó desapercibida para los que ocupaban las mesas de la terraza ni para los curiosos que deambulaban por la calle. El murmullo creció, como un rumor que se propaga de boca en boca. Un par de señoras mayores se asomaron por encima de sus gafas de sol, cuchicheando en voz baja:

—¿Estás viendo lo que yo veo? ¿Tú crees que tendrá que ver con lo del asesinato?

—Vete a saber, pero a estas alturas, cualquiera puede estar metido en el ajo. Esto se está poniendo muy feo, hija, muy feo...

Los jóvenes que momentos antes reían en la mesa dejaron las bromas y se encogieron de hombros, intercambiando miradas de incredulidad.

—¿Será posible? Primero esa chica, ahora Teresa... Aquí va a saltar todo por los aires —murmuró uno, mientras otro agitaba la cabeza con gesto de preocupación.

En apenas unos minutos, Carmen apareció corriendo, jadeando por la prisa. Al llegar donde estaban la abrazó rápidamente.

—Tranquila, estoy contigo —le susurró al oído.

El agente mayor intervino con cortesía.

—¿Usted es Carmen Rodríguez?

—Sí, yo soy.

—Perfecto, si son tan amables, acompáñennos. No es necesario que se preocupen.

Las dos amigas asintieron, cruzando una mirada cómplice, y subieron juntas al coche camuflado, bajo la atenta mirada de medio pueblo. El murmullo se intensificó y, a medida que el vehículo arrancaba, algunos se agruparon en pequeños corros, especulando sobre lo que podía estar ocurriendo.

—Esto ya no es una simple investigación, aquí nos van a acabar interrogando a todos —dijo uno de los hombres, mientras la camarera de la sidrería se acercaba a la barra para contar el último cotilleo.

—Nunca había visto tanto revuelo en las fiestas —añadió una de las clientas, llevándose una mano al pecho—. Da miedo.

El vehículo arrancó entre susurros y conjeturas.

En pocos minutos, la noticia comenzó a correr por Navia como la pólvora.

En cuestión de minutos, el rumor de que la Guardia Civil se había llevado a Teresa y Carmen llegó hasta el muelle, donde la alcaldesa supervisaba el regreso de la barca que portaba a la Virgen y a San Roque.

Los vecinos comenzaron a arremolinarse a su alrededor, inquietos, tratando de sonsacarle alguna explicación.

—Señora alcaldesa, ¿es cierto lo que dicen? —preguntó una mujer mayor, con el rostro crispado—. ¿Que han detenido a Teresa y Carmen?

Varias personas asintieron, murmurando entre ellas.

La alcaldesa mantuvo la serenidad, aunque la tensión se le notaba en la rigidez del gesto. Esbozó una sonrisa medida.

—Por favor, no exageren. No hay ninguna detención —aclaró—. Se tratará de actuaciones rutinarias. No hay motivo para alarmarse.

Un joven, visiblemente alterado, dio un paso al frente.

—¿Y por qué ellas? No tiene sentido que se lleven a la gente así, sin más. Algo raro pasa.

La alcaldesa alzó la mano, reclamando silencio.

—Entiendo vuestra preocupación. Pero los agentes están haciendo su trabajo. No saquemos conclusiones precipitadas ni demos pábulo a rumores sin fundamento. Cuando haya algo que comunicar, se hará por los cauces adecuados.

—¿Tiene que ver con el asesinato? —se atrevió a preguntar otra vecina, con un hilo de voz.

La alcaldesa respiró hondo antes de responder.

—No hay ninguna información que apunte a un peligro para el pueblo. Os pido calma. Hoy es día de la Virgen y San Roque. Celebremos lo nuestro y dejemos que la Guardia Civil esclarezca los hechos.

Un murmullo de asentimiento recorrió el grupo, aunque la inquietud no desapareció del todo. Aprovechando que la barca se aproximaba al muelle, la alcaldesa señaló hacia la ría.

—Venga, vamos a recibir a la Virgen como se merece.

Poco a poco, la atención volvió a centrarse en la llegada de las imágenes. Los aplausos estallaron cuando la barca atracó y los portadores se prepararon para el desembarco.

El coche oficial cruzó el arco de entrada del cuartel, dejando atrás el bullicio del puerto. Eran casi las ocho y media de la tarde.

El ambiente allí era otro: paredes blancas, pasillos largos y un eco seco de pasos firmes. Las luces del techo desprendían una frialdad que contrastaba con el olor persistente a café recalentado.

Teresa y Carmen se miraron al bajar del coche, buscando una última complicidad antes de que distintos agentes las condujeran a salas separadas.

Un guardia joven les indicó con un gesto que dejaran los bolsos en unas taquillas y les ofreció agua, sin apenas sostenerles la mirada.

—Por favor, acompáñeme —dijo Méndez a Teresa, con voz neutra.

Carmen fue guiada por Blasco hacia una sala más pequeña, de paredes desnudas y una mesa metálica en el centro.

El sonido de las puertas al cerrarse tras ellas amplificó la sensación de aislamiento.

Comenzaron los interrogatorios.

Méndez se sentó frente a Teresa, desplegando varios papeles sobre la mesa. La luz del flexo le daba de lleno en el rostro. Teresa intentaba disimular el nerviosismo girando el vaso de agua entre las manos.

—Antes de empezar, le informo de sus derechos. No está detenida, se trata solo de unas preguntas —explicó Méndez—. ¿Se encuentra bien?

—Sí... bueno... no lo sé —respondió ella—. No entiendo muy bien por qué estoy aquí.

—Queremos aclarar algunos detalles sobre su relación con Laura. ¿La conocía bien?

—No demasiado. Nos conocimos en la cafetería El Monolito. No éramos amigas íntimas.

—¿Y la discusión con Marcos en la terraza? Se la vio alterada.

Teresa se removió en la silla.

—Fue incómodo. Él se puso pesado con Laura y yo le pedí que la dejara en paz. Se encaró conmigo, pero Carmen nos separó. No pasó de ahí.

—¿Conocía a Enrique?

—Sí, claro. En un pueblo pequeño nos conocemos todos. Siempre ha sido reservado, aunque últimamente lo notaba más nervioso. Nosotras le presentamos a Laura.

En la sala contigua, Blasco no perdió tiempo en rodeos.

—Vamos al grano, Carmen. ¿Qué relación tenía usted con Laura?

Carmen se acomodó en la silla, cruzando los brazos.

—No éramos íntimas. La conocí el mismo día en la cafetería.

—¿Y la discusión con Marcos?

—Empezó a molestarla. Estábamos tomando café cuando llegó y comenzó a provocarla. Yo me metí para que parara. Luego Teresa le plantó cara. No fue para tanto.

—¿Y Enrique?

—De él sí soy amiga. Le presentamos a Laura, pero no sé si luego llegaron a verse más. En el pueblo se habla mucho.

Las preguntas comenzaron a entrelazarse en ambas salas, siguiendo el mismo esquema.

Cada respuesta parecía correcta por sí sola, pero al contrastarlas surgían pequeñas fisuras.

Teresa ofrecía explicaciones largas, intentando ser precisa. Carmen respondía con frases cortas, contenidas.

Cuando los agentes compararon notas, las contradicciones empezaron a destacar.

—Carmen afirma que usted ya conocía a Laura con anterioridad —insistió Méndez a Teresa.

—Eso no es cierto —respondió ella, a la defensiva—. La conocí ese mismo día. Estaba sentada sola y traté de darle conversación.

En la otra sala, Blasco planteó la cuestión inversa.

—Teresa dice que usted ya la conocía.

—No es verdad, ella fue primero —replicó Carmen—. No entiendo por qué le dan tanta importancia.

El ambiente se fue cargando de una tensión silenciosa. Las versiones coincidían en lo esencial, pero diferían en matices: quién tomó la iniciativa, cómo reaccionó Laura, hasta dónde llegó la discusión.

Nada era definitivo. Todo parecía depender del recuerdo y del estado de ánimo de cada una.

Los agentes decidieron centrar el interrogatorio en una cuestión concreta.

—¿Vio usted a Enrique la noche anterior? —preguntó Méndez, mirando fijamente a Teresa.

Ella negó con rapidez.

—No. No le vi. A esa hora ya estaba en casa, me dolía la cabeza. Le conozco, claro, pero no coincidí con él anoche. Siempre ha sido educado conmigo.

En la otra sala, Blasco formulaba la misma pregunta.

Carmen se removió en la silla antes de responder.

—No, tampoco le vi. Sé cómo es, pero... —hizo una pausa, bajando la voz—. A veces se le va la mano.

Blasco levantó la vista.

—¿En qué sentido?

—Alguna vez ha tenido gestos que no me han gustado. Bromas, toqueteos. Nada grave, pero incómodo. Nunca le di importancia.

Las respuestas quedaron anotadas. El contraste empezaba a dibujarse solo.

Los agentes cambiaron entonces el enfoque.

—Teresa —continuó Méndez—, ¿diría usted que Enrique es una persona agresiva? ¿Celosa? ¿Rencorosa?

Dudó unos segundos. Miró al suelo antes de hablar.

—No lo creo agresivo. Siempre ha sido amable conmigo. Es cierto que se pone serio cuando algo le molesta, pero nunca le he visto perder el control. Celoso... quizá un poco. A veces no le gustaba que sus amigas hablaran con otros, pero no decía nada. Rencoroso, sí. Cuando alguien le hace daño, lo guarda. No olvida fácil. Pero no es de armar escándalos.

En la sala contigua, Blasco repitió la pregunta a Carmen.

—Depende —respondió ella, con cautela—. Normalmente, parece tranquilo, pero cuando bebe cambia. Se pone pesado, mira mal. Una vez, en el bar Martínez, interrumpió una conversación porque no soportaba que una amiga hablara con un chico de fuera. Ahí vi algo raro. Es celoso, sí. Y rencoroso también. Cuando se enfada, no se le pasa fácilmente.

—¿Lo considera peligroso?

Carmen se encogió de hombros.

—No sé si peligroso. Pero tiene mal genio. Y cuando se le cruza algo, cuesta hacerlo entrar en razón.

Las versiones, contrastadas, componían dos retratos distintos de la misma persona. Teresa tendía a suavizar; Carmen, a endurecer.

Los agentes profundizaron.

—¿Recuerda alguna ocasión en la que Enrique perdiera el control? Teresa negó.

—Solo discusiones sin importancia. Nada más.

Carmen, en cambio, tardó más en responder.

—Una vez rompió un vaso en una fiesta. Nadie le dio importancia, estaba bebido. Pero fue un gesto feo.

El ambiente se volvió más denso. Las palabras dibujaban la imagen de alguien capaz de mostrarse correcto y contenido, pero con arrebatos imprevisibles.

Tras más de una hora, Méndez pidió una pausa. Un café tal vez ayudaría a ordenar ideas.

En el pasillo, los dos agentes intercambiaron impresiones en voz baja.

—No cuadran del todo —dijo Blasco—. No mienten, pero tampoco dicen lo mismo.

—Teresa intenta protegerlo —respondió Méndez—. Carmen no tanto. O ve cosas que la otra prefiere no ver.

—O recuerda lo que le conviene —añadió Blasco.

Volvieron a las salas.

—Una última cuestión —dijo Méndez a Teresa—. ¿Cree usted que Enrique sería capaz de hacer daño a alguien?

Teresa se llevó la mano al pecho, sorprendida.

—No. No lo creo. Jamás. Tiene sus cosas, como todos, pero no le veo capaz.

En la otra sala, Blasco preguntaba lo mismo.

Carmen tardó en responder.

—No lo sé —admitió finalmente—. No le creía capaz de muchas cosas... hasta que empiezas a unir gestos.

Cuando los interrogatorios concluyeron, no había certezas. Solo percepciones enfrentadas, silencios y dudas.

Teresa se quedó sentada, con las manos frías, repasando mentalmente cada respuesta. Carmen, al recibir el aviso, se levantó enseguida, aparentando tranquilidad, aunque la inquietud se le notaba en la rigidez del cuerpo.

Ambas esperaron en el pasillo, separadas, conscientes de que nada volvería a ser igual.

Un agente les informó de que podían marcharse, aunque quizá tendrían que volver a declarar.

La noche había caído sobre Navia cuando salieron del cuartel. Eran casi las once.

Caminaron juntas unos metros. Teresa avanzaba con los hombros encogidos; Carmen, con la barbilla alta, mirando al frente.

El aire olía a pólvora y a fiesta terminada, pero ellas solo sentían el peso de un pueblo en vilo.

No tardaron en notar las miradas.

A pocos pasos de la dársena, un grupo de mujeres se apartó del banco al verlas pasar, cuchicheando tras los abanicos y los helados que empezaban a derretirse entre los dedos. Teresa intentó acelerar el paso, pero Carmen la sujetó del codo, obligándola a mantener la compostura.

—No corras —murmuró—. Si no lo saben, lo inventarán.

Cruzaron la calle, bordeando la zona donde la verbena ya desplegaba luces y sonido. La música llegaba amortiguada, como si perteneciera a otro mundo.

Al llegar cerca de la iglesia, la procesión avanzaba hacia el interior del templo. San Roque y la Virgen de la Barca entraban a hombros de los mozos del pueblo, seguidos por decenas de vecinos en un silencio respetuoso.

El cura, con la casulla dorada, entonaba letanías que se perdían entre el murmullo de las beatas.

Las dos se detuvieron unos segundos, resguardadas en un portal.

—No quiero que me vean así —susurró Teresa—. Parece que todo el mundo sabe que hemos estado en el cuartel.

—Tranquila —respondió—. Aquí nadie necesita pruebas para señalar.

A su alrededor, los comentarios bullían en pequeños corros.

Una voz aguda, de la peluquera, sobresalía.

—Dicen que Enrique sigue detenido —se oyó decir a la peluquera—. Y esas dos... las tuvieron allí metidas desde la tarde.

—He visto a la Guardia Civil dando vueltas otra vez —añadió la de la tienda de ultramarinos—. Algo gordo se está cociendo.

—Yo nunca me he fiado de esa Carmen —intervino otra mujer—. Muy callada para mi gusto.

Las palabras caían como piedras. Nadie alzaba la voz, pero todo se decía lo bastante alto como para que llegara.

La música dejó de sonar, cuando las imágenes ya estaban dentro del templo.

Al pasar junto a las amigas, algunos vecinos disimularon la curiosidad: saludos breves desde lejos, sonrisas tensas.

—¿Vas a ir a la verbena? —preguntó Teresa en voz baja, sin mirar a Carmen.

—Prefiero irme a casa. No tengo cuerpo para bailes, ni para que me miren como si fuera una apestada.

La música se apagó cuando las imágenes quedaron dentro del templo.

Al pasar junto a ellas, algunos vecinos disimularon la curiosidad con saludos breves y sonrisas forzadas.

—¿Vas a ir por fin? —preguntó Teresa, insistiendo.

—No. Creo que por hoy ya he tenido bastante baile, además, estarán todas las cotillas reunidas. Necesito desaparecer por una noche.

Horas después, la orquesta arrancó con un pasodoble. La verbena comenzó oficialmente, pero algo había cambiado. Los jóvenes reían junto a la barra, ajenos en apariencia, mientras los mayores se agrupaban en corros cerrados, intercambiando versiones y sospechas.

La orquesta arrancó con un pasodoble.

Junto a la barra, los chavales del pueblo reían a carcajadas, pero entre los mayores la tensión se palpaba.

—Aquí huele a tragedia —murmuró un hombre con la boina calada—. Dicen que la Guardia Civil va a volver a llamar a medio pueblo.

—¿Y del asesinato qué se sabe? —preguntó una chica joven, entre excitada y asustada.

—Cada uno cuenta una cosa distinta. Pero nadie está limpio del todo —respondió el hombre, bajando la voz.

—Poco, pero me han dicho que fue por una discusión muy grave —contestó otro, con aires de saberlo.

Teresa llegó a casa con el paso lento, cerrando la puerta sin hacer ruido, como si temiera despertar aún más los murmullos del pueblo. Se dejó caer en una silla junto a la ventana, desde donde veía las

luces de la verbena titilar a lo lejos. En su cabeza resonaban las preguntas del interrogatorio y las miradas esquivas de los vecinos. Cada recuerdo pesaba como un reproche.

La música llegaba distorsionada por la brisa nocturna, pero lo que más le dolía era el eco de los susurros.

Carmen, por su parte, se sentó en el borde de la cama, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Intentaba convencerse de que nada había cambiado, de que el pueblo olvidaría con el tiempo. Pero el silencio de la casa se volvía espeso, y las escenas del día regresaban una y otra vez.

Afuera, la fiesta seguía. Dentro, la inquietud crecía.

Navia parecía vivir dos realidades: la de la música, las luces y los bailes, y la de la sospecha que se filtraba por rendijas invisibles.

Bajo el ritmo alegre de la verbena, latía otro compás, más oscuro, marcando el paso de lo que aún estaba por revelarse.

IX

Martes y el día de la Jira había amanecido radiante, con esa luz especial que envuelve Navia cuando el verano se impone y la brisa marina arrastra promesas de alegría. El contraste con lo ocurrido la noche anterior resultaba casi ofensivo.

La UCO había recibido del juzgado la orden de registro tanto para la casa de Enrique como para la habitación de Laura en el Hotel Palacio Arias. Decidieron comenzar por el hotel.

Al llegar, mostraron la orden en la recepción. La directora, una mujer de porte correcto y sonrisa ensayada, no consiguió disimular del todo su nerviosismo.

—Buenos días, Guardia Civil. Venimos a realizar un registro en la habitación trescientos dieciséis —anunció el teniente Salcedo, mostrando la acreditación con gesto serio.

—Por supuesto, agentes —respondió ella, entregándoles la llave—. La huésped no ha regresado desde ayer.

Nada más entrar, los tres guardias realizaron una inspección visual rápida. La habitación estaba impecable: la cama hecha, el baño reluciente, las superficies libres de cualquier rastro de uso reciente. Enseguida, la científica desplegó sus maletines y comenzó a documentarlo todo con fotografías y toma de huellas.

—Nadie toque nada hasta que termine Romero —advirtió Salcedo, recorriendo el espacio con la mirada.

—¿Os habéis fijado? —comentó Méndez mientras retiraba una caja de pañuelos para revisar la mesilla—. Todo está demasiado ordenado.

—Demasiado —murmuró Blasco, abriendo el cajón del escritorio—. Aquí no duerme nadie tranquilo sabiendo que la Guardia Civil puede aparecer.

En el armario, Méndez extrajo una prenda.

—Jefe, mire esto.

Era una camisa negra, perfectamente planchada. Méndez la sostuvo con cuidado.

—Todos los botones están cosidos. Ninguno flojo, ninguno falta. Y está limpia. Demasiado.

—¿Es suya? —preguntó Salcedo.

—Parece de mujer... aunque no descartaría nada todavía.

La científica se acercó y tomó varias fotografías.

—La llevaremos para análisis de fibras y restos biológicos. A veces las costuras hablan más que quien las lleva.

Méndez la examinó minuciosamente.

—Nada, ni un pelo, ni una mancha, perfecta. Limpia como una patena —objetó, revisando los puños y cuello.

—¿No os parece mucha casualidad? Lo normal es estar algo más arrugadas. Esto parece recién traído de la tintorería —dijo Blasco cruzando la mirada con los demás.

—Lo extraño es tener dos vestidos de fiesta. ¿Por qué esos vestidos para estar aquí? —le extraño a Méndez.

Romero, la científica intervino, recogiendo la camisa a una bolsa de pruebas.

—La llevaremos para analizar fibras y restos biológicos. Quizá alguna costura nos cuente más que la dueña.

—Apuntad en el informe: camisa negra, todos los botones cosidos, sin huellas ni restos aparentes. Y ni una pista más —anotó Blasco—. Mal empezamos.

La científica, metódica, no dejó pasar la oportunidad de examinar incluso el colchón.

Sujetando una linterna ultravioleta, lo giró con ayuda de Méndez y comenzó a inspeccionar minuciosamente la superficie en busca de cualquier resto biológico, mancha o indicio que pudiera pasar desapercibido a simple vista.

Desenfundó cuidadosamente una espátula y varias bolsas de pruebas, frotando con esmero zonas aparentemente inmaculadas.

—Salazar, acérquese un momento —llamó Romero, sin apartar la vista de su trabajo—. Aquí, en la costura lateral, hay una pequeña

marca, apenas visible. ¿Ve este hilo ligeramente más oscuro?

El agente Salazar se inclinó junto a ella, fijando la mirada en el punto señalado.

—Sí, lo veo... ¿Es sangre?

—No lo creo, parece más bien una mancha blanquecina. Pero lo recogeré para analizarlo en el laboratorio. Ya sabe, cualquier detalle puede ser importante. Puedo creer lo que estoy pensando —respondió la científica, depositando el hisopo en una bolsa etiquetada.

Romero no se conformó con eso. Se agachó junto a la cama y, con ayuda de Méndez, giró el colchón. Encendió la linterna ultravioleta y comenzó a examinar cada centímetro.

—Salazar, aquí, en el centro. ¿Ve esto mucho más oscuro?

El agente se inclinó.

—Lo veo... eso sí parece restos de sangre.

—Sí lo creo. Parece algo seca, pero supongo poder analizarla. Lo recogeré para examinarlo.

Tomó otro hisopo con sumo cuidado y lo guardó en una bolsa etiquetada.

—¿Suele descubrir muchas sorpresas en los colchones? —preguntó Salazar, intentando aliviar la tensión.

—Más de las que imagina. Los colchones cuentan historias que nadie recuerda —respondió ella—. Aquí hay otro cabello. Largo y claro. Lo guardo también.

Salazar asintió, impresionado por la minuciosidad del proceso.

—¿Cree que alguien ha dormido aquí además de ella?

—Eso lo dirán las pruebas —contestó la científica, alzando por fin la vista—. Aquí no hay casualidades, solo pistas esperando a ser encontradas. La clave está en los detalles, y este colchón podría hablar más de lo que pensamos. Pueden ser de personas que pasaron antes por el hotel.

Salazar, agradecido por la explicación, anotó los nuevos hallazgos mientras la científica continuaba, sin perder el ritmo, revisando cada centímetro del colchón y su entorno. El ambiente seguía cargado de expectación.

A la hora y media de rigurosa inspección, la científica dio por terminado su trabajo, estirando la espalda con gesto cansado y guardando sus instrumentos.

El sudor le perlaba la frente, pero mantenía el semblante firme.

—Por mi parte, está todo recogido. A simple vista no parece que se nos haya escapado nada.

—Nada relevante, querrá decir —apuntó Salazar—. Eso es lo que me preocupa.

Salazar, que no había apartado la vista de ella en todo el proceso, asintió y se volvió hacia el resto del equipo:

—Bien, toca mirar en los cajones y armarios. Nada es irrelevante a estas alturas. Quiero que reviséis cada rincón, cualquier cosa, por pequeña que sea, puede darnos una pista.

—Aquí no hay ni una mota fuera de sitio —añadió Blasco desde la puerta—. O la huésped es extremadamente cuidadosa... o alguien ha limpiado esto a conciencia.

Salazar le lanzó una mirada severa, pero el veterano agente sonrió con resignación y añadió en voz más baja:

—Bueno, nunca se sabe. Quizá tengamos que volver en otro momento. Estas cosas siempre guardan alguna sorpresa para el segundo asalto, ¿no?

La científica, cerrando la última bolsa, intervino con un deje irónico.

—Tranquilo, Blasco. A veces los detalles más importantes aparecen cuando menos lo esperas. No sería la primera vez que un simple botón perdido resuelve el caso.

Otro de los agentes, Méndez, hurgando en el cajón de la mesilla, murmuró.

—Aquí tampoco hay nada, ni un recibo, ni siquiera una entrada de cine. Esta gente sí que sabe cómo limpiar.

Salazar respiró hondo, tratando de dar ánimo al grupo:

—No bajéis la guardia. Lo fácil sería pensar que no hay nada, pero aquí todo parece demasiado perfecto. Vamos a terminar el repaso y luego hablamos con la directora de nuevo, por si recuerda algún detalle más.

Blasco, encogiéndose de hombros, bromeó sin demasiado convencimiento.

—Al paso que vamos, solo nos va a faltar levantar el suelo y mirar por debajo. Aunque con lo que hemos visto hoy, no me sorprendería que estuviera recién encerado también...

La científica, ya junto a la puerta, se detuvo y miró a Salazar.

—Jefe, si necesitáis que vuelva, llamadme. Ya sabéis, los laboratorios pueden tardar, pero alguna pista saldrá. Aquí hay más de lo que parece a simple vista.

Salazar asintió, agradecido.

Durante unos minutos solo se percibían el roce de los guantes y el leve chasquido de cajones y puertas de armarios al abrirse y cerrarse. El ambiente, lejos de relajarse, seguía cargado de sospecha y expectación.

Salieron de la habitación con la sensación de que algo no cuadraba.

Antes de abandonar el hotel, Salazar decidió que era el momento de buscar respuestas más allá de las pruebas físicas.

Se dirigió hacia la recepción, donde la directora, una mujer con el cabello recogido en un moño severo, aguardaba con los brazos cruzados tras la larga espera.

—Señora directora, ¿puede dedicarme, por favor, unos minutos? —preguntó Salazar, con una cortesía que apenas enmascaraba la urgencia en su voz—. Hay algunos detalles sobre la huésped que necesitamos aclarar.

La mujer asintió, aunque su gesto denotaba incomodidad. Bajó la voz, como si temiera que los secretos del hotel pudieran escapar entre las paredes.

—Por supuesto, teniente. Lo que necesite saber. Aunque, le adelanto, no he tenido trato directo con la señora en cuestión. El hotel está bastante lleno estos días y... bueno, yo suelo ocuparme de la gestión general.

—Entiendo. —Salazar se apoyó en el mostrador, mirándola fijamente—. Pero, ¿ha notado usted algo extraño en sus movimientos? Cualquier detalle, por insignificante que parezca, puede ayudarnos.

La directora titubeó, ajustándose las gafas con gesto mecánico.

—Le aseguro que no he visto nada fuera de lo habitual... No es raro que algunos huéspedes pasen desapercibidos, sobre todo en temporada alta. No he cruzado palabra con ella, ni sé quién es.

—¿Alguna visita, algún comportamiento fuera de lo normal?

La mujer ajustó las gafas.

—No. Como le he dicho, no la conozco. Quizá los recepcionistas recuerden algo más.

Salazar ladeó la cabeza, escrutando sus palabras y el leve temblor en sus manos.

—¿Cuántos trabajan en la recepción?

La directora se irguió ligeramente, recuperando parte de su aplomo profesional.

—En la recepción son tres: dos mujeres, Encarna y Ofelia, y un hombre, Juan. Se turnan en horarios de mañana, tarde y noche. Él está de mañanas, Ofelia está de tardes y Encarna está de noches. Ese es el turno de esta semana —añadió, con una rapidez que delataba su deseo de ser útil, aunque su disgusto persistía—. Hasta el domingo pasado fue otro turno. Si lo desea, puedo localizarlos para que acudan al hotel esta misma tarde.

Salazar asintió lentamente.

—Eso es justo lo que necesito. Quiero hablar con todos. Que vengan aquí, al hotel, esta misma tarde. Es importante que no se lo tomen como una simple formalidad; necesitamos que recuerden cualquier cosa, por pequeña que sea —indicó Salazar, bajando un tono para subrayar la gravedad de la situación.

La directora tragó saliva, asintiendo con resignación. Sus ojos se movieron rápidamente de Salazar a los agentes que aguardaban a cierta distancia, y luego de nuevo al inspector.

—De acuerdo, inspector, me encargaré personalmente de avisarles. Les pediré que estén aquí a las siete en punto. Entiendo que, dada la situación, todo detalle cuenta.

Salazar percibió algo raro en su voz, el leve temblor en los dedos al tomar nota de los nombres. La observó unos segundos más de lo necesario antes de despedirse.

—Se lo agradezco, directora. Volveremos esta tarde, y le pido que esté también presente durante las entrevistas, por si podemos precisar algún dato más sobre las rutinas del hotel o las reservas. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, inspector. Puede contar conmigo —respondió, intentando sonreír, pero sin lograr ocultar del todo la inquietud que la embargaba—. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarles.

Salazar le dedicó una mirada de aprobación y se despidió con un leve gesto de cabeza.

—Nos vemos a las siete —concluyó, girándose para reunirse con su equipo.

La directora, aun con la agenda en la mano, permaneció unos instantes inmóvil tras el mostrador, observando a los guardias civiles mientras se alejaban por el pasillo. Solo entonces dejó escapar un suspiro y, sacando el móvil, comenzó a marcar los números.

Salieron del hotel con la bolsa de pruebas bien custodiada. El misterio del botón, lejos de aclararse, acababa de ganar peso.

El coche de la UCO abandonó el hotel y tomó la carretera que salía del pueblo en dirección a Puerto de Vega.

A medida que se alejaban del centro, el bullicio de la Jira quedaba atrás, sustituido por un silencio más espeso, solo roto por el rumor del mar y el paso ocasional de algún vehículo.

La casa de Enrique se alzaba a un lado de la carretera, sobria, bien cuidada, con el jardín recortado y las persianas perfectamente alineadas. Nada llamaba la atención. Y, sin embargo, todo parecía observado.

Salazar hizo un gesto al detenerse.

—Vamos con cuidado. Aquí no entramos a ciegas.

Llamaron al timbre. Tras unos segundos, la puerta se abrió y apareció la madre de Enrique. Llevaba el pelo recogido y un pañuelo entre las manos. Al ver a la Guardia Civil, palideció, aunque logró mantenerse erguida.

—Buenos días, señora —dijo Salazar con cortesía—. Tenemos orden judicial para registrar la vivienda.

Le mostró el documento. Ella lo sostuvo apenas un segundo, sin leerlo realmente, y se hizo a un lado para dejarles pasar.

—Hagan lo que tengan que hacer —murmuró—. Mi hijo es inocente.

El interior de la casa resultó tan pulcro como el exterior. El suelo brillaba, los muebles estaban alineados, no había nada fuera de lugar. Demasiado orden para una mañana de fiesta.

—Empieza a parecer una exposición —susurró Méndez.

—O una casa preparada para una visita —añadió Blasco.

Salazar observó a la mujer, que permanecía de pie junto a la puerta del salón, con el pañuelo cada vez más apretado entre los dedos.

—Por favor, señora, quédese aquí. No entre en las estancias mientras realizamos el registro.

Ella asintió en silencio.

A los pocos minutos, Salazar se apartó del grupo y sacó el móvil.

—Voy a llamar a la científica. Aquí hay demasiados detalles que merecen una revisión más técnica.

Marcó el número.

—Romero, necesito que te acerques a la casa de Enrique. Registro en curso. Todo está demasiado limpio.

—Entendido. Salgo ahora —respondió ella—. En cinco minutos estoy allí.

Mientras esperaban, los agentes iniciaron una inspección superficial. Nada desordenado, nada roto, nada olvidado.

El coche de la científica se detuvo frente a la casa poco después. Romero bajó con el maletín en la mano y el gesto concentrado.

—¿Qué tenemos, jefe? —preguntó mientras se enfundaba los guantes de látex y ajustaba la mascarilla.

—Una casa impoluta. Quiero que revises todo. Sin prisa. No hemos tocado nada. No escatimes en detalles —respondió Salazar, señalando la puerta entreabierta y el grupo de agentes expectantes en el recibidor.

Romero tomó el control de la escena.

—Nada de mover objetos ni cruzar estancias hasta que yo lo indique. Primero, zona por zona. Si veis algo extraño, no lo toquéis. Me avisáis antes y yo lo reviso —ordenó, marcando el ritmo con la autoridad tranquila de quien domina el oficio.

Durante las dos horas siguientes, la casa fue examinada con un rigor casi quirúrgico. Pomos, interruptores, marcos, alfombras. Romero fotografiaba, recogía muestras, murmuraba observaciones técnicas que Salazar seguía con atención.

—El nivel de limpieza es poco habitual. Mira aquí, no hay una mota en las esquinas. Ni una huella latente, ni rastro en los zócalos. ¿Seguro que no ha pasado una limpieza profunda en las últimas horas?

—No lo descartamos. Justo por eso estás aquí —replicó Salazar, inclinándose para observar cómo ella levantaba con delicadeza el tapete de una mesa auxiliar.

Méndez, que miraba por el vano de la puerta, intervino.

—En la cocina todo está etiquetado —apuntó Méndez desde la puerta—. Como si fuera un laboratorio.

—Haz fotos. Luego voy —ordenó Romero sin levantar la vista.

El tiempo pasaba lento, tenso. Cada habitación era peinada con linternas y reactivos.

La científica levantaba alfombras, analizaba cuadros y hasta desenroscó un par de enchufes sospechosos.

—¿Algo raro en los textiles? —preguntó Salazar en voz baja.

—Todo demasiado nuevo o recién lavado, salvo un par de toallas gastadas. Me las llevo para el laboratorio —anotó ella, en bolsas numeradas.

—Eso mismo pensé, excesiva limpieza —respondió Salazar.

Cuando la científica terminó y recogió su instrumental, se plantó ante Salazar, sudando ligeramente bajo la mascarilla.

—Hemos tomado muestras ambientales, huellas mínimas, nada que destaque salvo la obsesión por el orden. Ya podéis entrar a fondo, pero vigilad lo que tocáis. Si encontráis algo comprometido, avisadme antes de manipularlo. Esperaré por si acaso.

—Gracias —dijo Salazar—. Buen trabajo.

—Méndez y Blasco, vosotros arriba. Yo reviso el salón y el despacho. Mantened contacto si surge cualquier cosa.

Mientras los agentes trabajaban en silencio, la madre de Enrique permanecía fuera, justo en la puerta principal, los brazos cruzados y el rostro tenso, repasando mentalmente las instrucciones que le habían dado: esperar y no entrar bajo ningún concepto. El tiempo le pesaba en cada minuto y, por momentos, se quedaba absorta en sus propios pensamientos, sintiendo cómo el nerviosismo le recorría el cuerpo.

Desde su posición, podía ver pasar a varios vecinos del pueblo por la acera, algunos la saludaban con un gesto discreto, otros evitaban mirar. Los más jóvenes, ajenos a la tensión, marchaban en pequeños grupos hacia la Veiga de Arenas donde se celebraba la Jira, entre risas y cánticos que contrastaban cruelmente con la atmósfera de la casa.

Ella los observaba desfilar, sintiéndose cada vez más aislada y vulnerable, como si el bullicio festivo del pueblo estuviera a años luz de su propia angustia.

El eco de la celebración era un recordatorio constante de la vida que seguía fuera, mientras su mundo parecía detenido a la puerta de casa.

En la planta superior, el ambiente resultaba aún más pesado, casi saturado de presagios. Méndez comenzó por el dormitorio principal, revisando el interior del armario, mientras Blasco se ocupaba de la habitación de invitados y el baño. A cada paso, comentaban en voz baja.

—Da la sensación de que aquí no vive nadie —susurró Méndez, abriendo el armario del dormitorio principal.

—Sí, empiezo a pensar que aquí como si nadie viviera, o su madre vive con manía de hospital —respondió Méndez, revisando la mesilla de noche.

En ese momento, Blasco, que rebuscaba en la cómoda, levantó la voz.

—¡Jefe! Venga un momento.

Salcedo subió de inmediato. Blasco sostenía varias revistas ocultas bajo ropa perfectamente doblada. En el cajón inferior, varias cintas

de vídeo con títulos explícitos.

—Pornografía —dijo con incomodidad—. Hay varias cintas y revistas, jefe. Estaban bien escondidas.

—Llévoslo todo —ordenó Salazar—. Se revisará.

La inspección fue meticulosa y metódica, casi obsesiva. La unidad no dejó un solo rincón sin comprobar. Cajones abiertos y vaciados con cuidado, muebles desplazados, objetos cotidianos examinados con lupa.

El eco de los pasos y el roce de los guantes de látex contra la madera aportaban al ambiente una tensión casi irrespirable.

Tomaban notas de cada detalle, de cada prenda hallada, de la disposición de los enseres, buscando cualquier anomalía, cualquier desorden o pista escurridiza que pudiera arrojar luz sobre el caso.

Especial atención prestaron al armario de Enrique.

—Aquí hay dos camisas azul marino —indicó Méndez—, y perfectamente planchadas.

Las descolgó. Una parecía más antigua que la otra, pero ambas estaban impecables. Los botones, idénticos, cosidos con precisión.

Romero, que había subido de nuevo, fotografió las prendas.

—Dos camisas azul marino, botones perfectos, sin desgaste. Cero manchas. Cero huellas —enumeró—. Esto ya no es normal.

—¿Quién cose así dos camisas, y tan deprisa? —preguntó Blasco—. O Enrique es maniático... o alguien se ha esforzado demasiado.

Salcedo estaba asombrado.

—Esto ya no es normal —sentenció—. Y mira, que en todos mis años de servicio jamás he visto un sospechoso tan pulcro —añadió, mientras el resto de la unidad asentía en silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

Méndez fue aún más allá y revisó minuciosamente los puños, el cuello y hasta el reverso de los botones, buscando alguna señal, alguna marca de hilo diferente, alguna costura reciente o rastro de manipulación. Pero nada: estaban tan inmaculadas como si hubieran salido de la tintorería esa misma mañana.

La científica, detallaba.

—Cero manchas, cero huellas, cero cabos sueltos... literalmente —apuntó, y no ocultó un gesto de desconcierto.

La madre de Enrique, visiblemente incómoda, observaba la escena desde la puerta, frotándose las manos e intentando leer en los rostros de los agentes algún indicio de lo que estaba pasando.

Pero ellos seguían concentrados, hablando en voz baja entre sí.

—¿No será que alguien está intentando despistarnos? —murmuró Méndez, lanzando una mirada a su compañero—. Es demasiada perfección para ser casualidad.

—O demasiado esfuerzo para ocultar algo —replicó el veterano, cerrando la puerta del armario con un suspiro.

La suma de todos estos detalles no hizo, sino aumentar la inquietud entre los agentes, que salieron finalmente de la casa con más preguntas que respuestas, convencidos de que el caso de los botones escondía un enigma mayor de lo que parecía a simple vista.

Mientras los agentes terminaban de repasar los últimos rincones del pasillo, Méndez se detuvo en el umbral y, con un gesto a medio camino entre la admiración y la sospecha, comentó en voz alta.

—Tiene usted la casa impoluta, señora. Pocas veces he visto un hogar tan ordenado y limpio durante un registro —dijo, intentando sonar cordial, pero sin poder ocultar del todo el deje inquisitivo de su observación.

La madre de Enrique, que seguía apretando el pañuelo entre los dedos, levantó la barbilla con cierto orgullo herido. Sus ojos, hasta ese momento huidizos, se clavaron directamente en el rostro del guardia, y su voz recobró fuerza.

—Pues así está cada día, joven —respondió con cierta sequedad—. No hace falta que vengan ustedes a recordármelo. Es mi casa y me gusta tenerla en condiciones, ¿o es que ahora también sospechan de una mujer por tener el suelo fregado y las cosas en su sitio?

El agente, incómodo, intentó suavizar la tensión.

—No, claro que no —respondió Méndez, incómodo.

La mujer no cedió en su actitud.

—Detalles, dice... Llevo toda la vida luchando para que esta casa no se venga abajo, para que mi hijo y yo vivamos dignamente, y ahora resulta que tener todo ordenado es motivo de sospecha. ¡Pues vaya mundo!

Blasco, que había estado escuchando la conversación desde el salón, intervino en tono conciliador.

—Señora, entienda que nuestro trabajo es preguntar, observar... No se lo tome a mal. Pero créame, su dedicación es evidente. No queremos incomodarla más de lo necesario.

La madre, tras respirar hondo, bajó la mirada. Se permitió entonces un suspiro cansado y añadió, con menos aspereza, pero aún firme.

—Solo le pido una cosa, agente. Hagan su trabajo, pero no vengan a sacarme los colores por cómo llevo mi casa. Hay cosas que no tienen nada que ver con lo que buscan. Mi hijo es inocente y se están ustedes equivocando de sitio, de lugar y de persona.

El silencio se instaló unos segundos. Los agentes se miraron entre sí, entendiendo que, en esa casa, cada objeto tenía su lugar y cada respuesta, aunque dolida, también. La sensación de orden absoluto pasaba así de ser un simple indicio, a convertirse en otro pequeño enigma dentro de un caso en el que, nada parecía lo que a simple vista.

Una vez en la calle, los tres agentes de la UCO se agruparon cerca de los coches, lejos del alcance de miradas indiscretas.

El aire de la mañana, aún fresco, pero la tensión entre ellos se palpaba como si flotara en el ambiente.

El teniente Salcedo, fue el primero en hablar.

—Tenemos cuarenta y ocho horas... y no tenemos huellas, nada de manchas, nada de nada. ¿A alguien se le ocurre cómo desatascar esto? Porque así no llegamos a ninguna parte.

Blasco, estaba visiblemente agobiado.

—Yo sigo pensando que esto está demasiado limpio. Es como si supieran exactamente lo que íbamos a buscar y lo hubieran eliminado todo antes. O tenemos a un maníaco del orden delante, o nos están tomando el pelo.

—O como si esperaran que viniéramos hoy —añadió Salazar—. Mañana volvemos. Sin avisar.

La agente de la científica, Romero, aún con la cámara colgada del cuello, intervino con gesto serio.

—Las fotos no van a darnos más de lo que ya hemos visto. Pero, ¿y si buscamos en los cubos de la basura? O en los contenedores... Nadie limpia tan a fondo por rutina, hay algo raro aquí.

El agente Méndez, siempre pragmático, cruzó los brazos y miró hacia la casa, buscando algo que ni él mismo sabía.

—No perdamos la cabeza. Debemos centrarnos. ¿Qué tenemos realmente contra Enrique? ¿Y qué hay de Laura? En el fondo, no sabemos si estamos ante un autor o autora astutos o ante dos inocentes atrapados en una maraña que no logramos desenredar.

Salcedo, jefe de la unidad de la UCO, se apartó unos metros, consultando la pantalla de su móvil.

No dejaba de darle vueltas a lo que acababa de presenciar.

—Blasco —dijo en voz baja—, ¿te has fijado en la madre? Parecía más tranquila de lo que cabría esperar... Demasiado incluso. Como si supiera que íbamos a registrar su casa hoy.

El agente levantó la mirada, sorprendido.

—¿Cree usted que nos estaban esperando?

—No lo descarto. Esa mujer no se ha inmutado ante nada. Ni un titubeo, ni una queja real, solo ese orgullo herido... pero nada de miedo. Y la casa, de exposición.

Mañana a primera hora volvemos, sin aviso, y veremos si logramos pillarla desprevenida.

Se acercó entonces la agente Romero, al escuchar la conversación.

—¿Un segundo registro tan pronto? ¿Y si ya no hay nada que encontrar?

El jefe Salcedo negó con la cabeza.

—Tengo la intuición de que algo se nos escapa. Si la pillamos de sorpresa, igual se le cae la máscara. Prepara el equipo, quiero todo listo antes de las siete de la mañana. Esta vez, revisaremos desde el desván hasta el último azulejo del baño.

El agente Méndez, que había permanecido callado, intervino.

—¿Y si está compinchada con su hijo? A lo mejor no solo nos esperaba, sino que ha avisado a alguien para que borre cualquier pista.

—No entiendo, pero si no ha salido del cuartel ni hablado con nadie.

La científica asintió.

—Podemos montar vigilancia esta noche. Si alguien se mueve en la casa, lo sabremos.

El agente Méndez volvió a intervenir, cada vez más tenso.

—¿Y si mañana tampoco hallamos nada? Estaremos igual que hoy, pero con menos tiempo.

El jefe Salcedo le miró, firme.

—Entonces, al menos, sabremos que no se nos ha escapado ningún detalle por rutina. Pero tengo el presentimiento de que esa casa está limpia en apariencia. Solo hace falta mirar un poco más hondo.

—¿Alguna instrucción en especial?

—Sí —respondió el jefe—. Nada de avisos previos, ni a las autoridades del pueblo. Y vigilad bien las reacciones, que a veces las caras dicen más que las pruebas. Mañana es nuestra oportunidad.

El grupo asintió en silencio.

Salcedo, seguía dando instrucciones.

—El juez quiere resultados, y el tiempo se nos escapa. Si en estas cuarenta y ocho horas no encontramos una prueba clara, van a quedar en libertad. Y entonces, quizá hayamos perdido la única oportunidad.

El debate se fue haciendo cada vez más denso, con voces cruzadas.

—¿Y si vigilamos la casa? A lo mejor alguien vuelve a por algo que se le ha olvidado.

—¿No os dais cuenta de que, si hay algo escondido, no estará a la vista? Tal vez deberíamos hablar con los vecinos, preguntar si han visto movimientos extraños.

—¿Y si Laura es la clave? Tal vez ella sabe más de lo que aparenta. Podríamos presionarla aún más.

—Pero ¿y Enrique? Su actitud ha sido extraña, pero... nada concreto. Solo tenemos corazonadas.

Con este bullicio, Salcedo cortó con firmeza.

—Basta. Organizamos turnos de vigilancia, y esta tarde, a primera hora, registro del coche de Enrique y volveremos al hotel. Algo se nos escapa. Y, sobre todo, no os relajéis. Un paso en falso, una contradicción... ahí estará nuestra oportunidad. Esta tarde tenemos a los trabajadores del hotel. Y mañana, según lo planeado.

—El coche de Enrique lo tenemos en el cuartel. Lo llevaron esta mañana los compañeros de tráfico —añadió Blasco.

Se hizo un breve silencio, interrumpido solo por el bullicio de la gente, que iba hacia el pinar Veiga de Arenas.

La presión les pesaba. Cuarenta y ocho horas.

Nadie quería admitirlo, pero todos sabían que el día iba a ser largo y que, bajo la superficie inmaculada de aquella casa, se escondía algo.

O eso pensaban.

Aquel día, el pinar de Veiga de Arenas se convirtió en el corazón palpitante de Navia. Desde primera hora de la mañana, las calles se animaron con el ir y venir de coches cargados de familias que llegaban desde aldeas cercanas y de forasteros atraídos por el rumor de la fiesta grande.

Los bares próximos a la playa, antes vacíos y silenciosos, sacaban mesas y sillas a toda prisa, dejando escapar las primeras notas de música, un murmullo alegre que se mezclaba con las risas y los saludos de quienes llevaban meses sin verse.

En el pinar, las mesas se extendían bajo los árboles, cubiertas de manteles de cuadros, viandas y botellas de sidra. El aire olía a empanada recién hecha, a pulpo y a hierba caliente. Se escuchaban abrazos, bromas, exclamaciones de reencuentro, el correteo de los niños entre las atracciones improvisadas.

La música de la orquesta se alzaba sobre el zumbido constante de las conversaciones, animando a algunos a bailar entre los pinos sin esperar a la noche.

Durante unas horas, Navia sentía latir como una sola familia.

Pero el asesinato estaba en todas partes.

En cada mesa, en cada banco improvisado, el nombre de Enrique surgía tarde o temprano, mezclado con murmullos y miradas de soslayo. Los más mayores recordaban sus broncas de bar, sus

noches largas, su carácter impulsivo. Otros, con más cautela, bajaban la voz al hablar de supuestos negocios raros, de amistades poco claras, de tratos que nunca llegaron a entenderse del todo.

—Siempre pensé que Enrique acabaría mal —comentaba una mujer, frunciendo el ceño—. Era de los que buscan líos sin necesidad.

—Yo lo vi hace dos noches por el club náutico —añadía un hombre, removiendo la sidra en el vaso—. Estaba nervioso, como si ocultara algo.

No faltaban quienes defendían su lado más amable.

—Es un buen mozo, suele ayudar en las fiestas, siempre tiene una palabra para todos.

Pero nadie ignoraba que algo oscuro se escondía tras esa fachada.

El pinar hervía de vida y rumores. A pocos metros, bajo la sombra de los pinos más antiguos, varias familias discutían por el sitio.

—¡Pero si siempre ponemos la mesa aquí! —protestaba una mujer con las manos en la cintura.

—Este año llegaste tarde, Maruja —respondía un hombre con boina—. Nosotros estábamos aquí desde las nueve.

Cerca de ellos, un grupo de jóvenes arrastraba neveras y bolsas de botellas, buscando hueco entre risas y empujones.

Más allá, dos hombres intercambiaban impresiones con vasos de cerveza en la mano.

—¿Te enteraste de lo de Enrique? Nunca pensé que algo así pasara aquí, en Navia. Esto parece de película...

—Ya te digo. Mi abuela no para de hablar del tema. Dice que desde la guerra no veía tanto revuelo.

En la entrada del pinar, una pareja discutía con un agente de la Policía Local por un coche mal aparcado, mientras los vendedores ambulantes gritaban su mercancía: churros, globos, caramelos.

Entre el bullicio, la alegría se mezclaba con una inquietud sorda. Los problemas de siempre —los sitios, el tráfico, las discusiones— se entrelazaban con algo nuevo: el miedo.

Pero hombre, ¿dónde quiere que lo meta? ¡No hay sitio! Si hasta los de fuera aparcan en la curva sin mirar...

—Señora, si no lo mueve, le tengo que multar. Mire que ya lo he avisado tres veces esta mañana.

Entre tanto jaleo, algunos mayores observaban la escena desde sus sillas plegables, comentando en voz baja.

—Con tanto trajín, al final lo de la Jira se va a convertir en un lío cada año. Pero lo de Enrique, eso sí que nos ha dejado a todos con la mosca detrás de la oreja.

—¡Caramelos, globos, churros recién hechos! ¡Que hoy es el día grande! —los gritos del vendedor ambulante.

En ese mosaico de voces y discusiones, la conmoción se entrelazaba. Los problemas de siempre —los lugares reñidos, los coches mal aparcados— se mezclaban con la inquietud.

Cada conversación era un reflejo del pueblo: alegre, bullicioso y, por primera vez en mucho tiempo, desgarrado por el miedo y la sorpresa.

De Laura, en cambio, apenas se hablaba en voz alta. Su condición de forastera la convertía en un misterio incómodo. Algunos la describían como fría y reservada; otros, como una chica educada, demasiado discreta. Lo poco que se sabía venía de comentarios cruzados: que se alojaba en el hotel Palacio Arias, que apenas salía, que evitaba las miradas.

Pocos o casi nadie la conocía, pero el asunto era decir o hablar de algo.

—Dicen que Enrique la perseguía —susurraba una muchacha a sus amigas—. Nadie sabe de dónde salió.

—A lo mejor solo tuvo mala suerte —respondía otra, aunque la duda flotaba en el aire.

Las teorías iban y venían, se deformaban, se amplificaban. Que si los vieron juntos cerca de la playa, que si ella desapareció un par de horas la noche del crimen, que si alguien la vio por la senda navega. Nadie tenía pruebas. Todos tenían una versión.

Bajo la aparente normalidad de la fiesta, Navia latía con un nerviosismo nuevo, como si cualquiera pudiera ser el siguiente en descubrir —o en ocultar— una parte de la verdad.

Unos, más cautos, preferían no juzgar. “Hasta que no haya pruebas, no podemos culpar a nadie”.

Otros que había una persona anónima muerta en el pueblo.

Pero la inquietud era palpable, y hasta los forasteros que venían a la Jira se contagiaban del ambiente enrarecido.

En las barras y entre las cuadrillas, el nombre de Enrique se repetía con tono de incredulidad y cierta tristeza. Mientras que el de Laura era apenas un murmullo, un interrogante sin respuesta.

Entre ese bullicio, Teresa avanzaba con paso ligero, la empanada aún caliente envuelta en un paño de cuadros. Miró el reloj: las trece treinta. Aunque el ambiente ya rebosaba alegría, sentía un cosquilleo de prisa en el estómago.

—¡Mira quién llega por fin! —bromeó su hermano al verla llegar—. Pensamos que traías la empanada para la cena.

—No os quejéis —respondió ella, sonriendo—. Entre la masa y acordarme del relleno de mi madre, me lié... ¡Pero aquí está, no os quejéis!

Repartió los primeros trozos mientras saludaba a familiares y amigos. Preguntaron por Carmen, que aún no había llegado. Teresa bebió un sorbo de cerveza y, aunque aparentaba tranquilidad, consultaba el móvil con más frecuencia de la habitual.

Varios amigos se sumaron a la charla, algunos volvían a preguntar porque aún no había llegado. Ella, mientras seguía repartiendo los primeros trozos, miraba a su alrededor. Aparentemente tranquila, pero con un brillo nervioso en los ojos.

De vez en cuando, consultaba el móvil, como si esperara una llamada o un mensaje.

Pasadas las dos, Carmen apareció entre las mesas, con el pelo recogido sin esmero y una cazuela entre las manos. Como quien llega con prisas.

—Perdonad el retraso —dijo, cómo agotada, dejándose caer en el banco—. La fabada se me rebeló.

—Excusas —rio Teresa, dándole un codazo—. A ver sí es verdad y está tan rica como prometes.

—¡Eso, que hable la cuchara! —añadió un primo, acercando un plato.

Las risas estallaron. La comida comenzó entre comentarios ligeros, bromas y recuerdos de otras Jiras. Sin embargo, pronto el

tema del asesinato planeó sobre el grupo, como sobre todos los corrillos del pinar.

La comida transcurría envuelta en un murmullo inquieto, la noticia del interrogatorio a Teresa y Carmen flotando sobre la mesa como una nube densa.

Los platos de empanada y fabada circulaban, pero las miradas evitaban los ojos de las dos amigas, posándose en ellas solo de soslayo, con una mezcla de curiosidad y discreción.

—Dicen que estuvisteis ayer en el cuartel —preguntó Marisa, bajando la voz, aunque todos la oyeron.

Carmen, sentada en el extremo, apretó el borde del plato y fingió concentrarse en la comida. Apenas levantó la cabeza durante la pregunta; su silencio era una barrera invisible, como si cada palabra la alejara más del grupo.

—¡Bah, seguro que no fue nada! —intervino otro amigo, intentando restar importancia—. Preguntan a todo el mundo, no hay que hacer un drama.

El tío de Teresa, serio, se metió en la conversación.

—Lo que no entiendo es para qué os metéis en líos las dos. Tú preocúpate de tu familia, no de defender a nadie. Que en este pueblo todo se sabe y al final siempre pagan justos por pecadores.

Teresa apretó el vaso de cerveza y sonrió con algo de nerviosismo, intentando despejar la tensión.

—No es meterse en líos, tío. Solo respondimos lo que nos pidieron, como todos los demás. Además, aquí nadie está defendiendo a nadie, ¿eh? Anda, prueba la empanada, que está mejor que el año pasado... —intentó girar la conversación hacia la comida, pero las palabras de su tío ya habían dejado una huella incómoda.

—Ya te lo digo yo, con la Guardia Civil no se juega —insistió el tío, bajando el tono, pero sin aflojar el ceño.

En la otra punta de la mesa, una prima se atrevió con una duda: —¿Os preguntaron mucho? ¿Y sobre esa chica?

Teresa apenas levantó los hombros, mirando a su amiga de reojo, buscando apoyo que no llegó.

—Solo respondimos lo que nos preguntaron. Nada más.

Carmen seguía en su silencio férreo, la mirada perdida en la cazuela, como si la fiesta se hubiese apagado para ella. Los demás lo notaban, pero pocos se atrevían a decir nada.

—Bueno, ya está bien de tonterías —cortó Teresa, forzando una sonrisa—. Lo importante es que estamos todos juntos hoy. ¿Alguien ha visto a la charanga?

La conversación se dispersó, pero el ambiente permaneció tenso. El tema del crimen, del interrogatorio y de los rumores nunca desaparecía del todo; se colaba entre las frases y los silencios, y cada intento de normalidad parecía un esfuerzo torpe bajo la mirada vigilante del pueblo.

Las miradas se cruzaban, curiosas, contenidas. Carmen seguía callada, como si la fiesta se hubiese apagado para ella. Teresa intentó cambiar de tema, pero el murmullo regresaba una y otra vez, como un eco incómodo.

—¿Vosotras qué pensáis? —preguntó alguien—. Dicen que lo último que se supo es que estuvo cerca del hotel.

Las dos intercambiaron una mirada fugaz.

Teresa fue quien contestó.

—No lo sé.

—Dicen que esa chica tuvo algo que ver —insistía.

—La conocí poco —contestó encogiéndose de hombros—. Apenas en el café El Monolito.

El murmullo de la gente y el tintinear de los cubiertos sobre la loza apenas lograban disimular la atmósfera cargada que reinaba en la mesa. El grupo, acostumbrado a las bromas y las risas, parecía hoy contenido, como si todos midieran sus palabras.

Frente a ella, el tío de Teresa la observaba con el ceño aún más fruncido de lo habitual. Sus dedos golpeaban la mesa, impacientes, como si esperara una confesión que nunca llegaría. Respiró hondo, dejando que el aire saliera por la nariz con un resoplo audible, y volvió a la carga.

—No sé, hija, pero estas cosas nunca acaban bien. Tú di la verdad y que sea lo que Dios quiera, porque ya sabes que en este pueblo las mentiras tienen las patas muy cortas. Y me gustaría saber qué pintabas tú con esa chica —remató, clavando sus ojos en ella.

Teresa notó las miradas de su prima. Se obligó a devolver la mirada, deseando que su voz no fuera fuerte.

—Tío, de verdad, no fue nada raro. Solo estuvimos en el bar, tomamos algo y ya. La Guardia Civil pregunta a todos igual. No hay más.

Carmen, sin embargo, seguía inmóvil, la mirada fija en el plato como si estuviera tratando de descifrar un mensaje oculto.

Por dentro, la ansiedad la atenazaba. «No puedo hablar. Si abro la boca, se van a dar cuenta de que estoy nerviosa. Mejor callar, que Teresa se las apañe». Luchaba contra la tentación de sacar el móvil y revisar los mensajes de aquella noche, pero sabía que levantaría más sospechas. Solo sentía el frío de la mesa bajo las manos, a pesar del calor reinante y el de unas lágrimas que no pensaba dejar escapar.

Una tía, siempre presta a juzgar, intervino con tono afectado.

—A mí lo que me extraña es que siempre haya líos en las fiestas. Antes todo era más sencillo. Ahora parece que no se puede confiar en nadie. Yo digo que lo de ese chico no es normal, y que aquí alguien sabe más de lo que cuenta.

Las palabras flotaron como una amenaza.

Un primo, intentando suavizar el ambiente, bromeó con torpeza.

—Bueno... bueno, tampoco es para tanto. Seguro que la Guardia Civil está buscando por buscar. Aquí no pasa nada desde lo del tractor en las fiestas hace años... ¿Os acordáis?

Las risas fueron débiles, forzadas, como si nadie quisiera recordar otro escándalo. En la otra parte de la mesa, Marisa, tía de Teresa, susurró.

—Eso sí, la otra noche, tú estabas muy neurasténica, ¿eh, Teresa?
—soltó con tono de broma otro del grupo, guiñando un ojo.

—¿Yo? Lo que pasa es que mi madre me tenía frita con la limpieza... Ya sabéis cómo se pone si no sale bien.

La broma pasó casi desapercibida, pero Carmen la miró de soslayo, como intentando descifrar si aquella inquietud era real. Mientras tanto, aprovechó para apartar el móvil de la mesa y comprobar discretamente el registro de llamadas.

—Bueno, bueno —intervino en voz baja—, dejemos los temas negros, que hoy toca celebrar.

La conversación nunca terminaba de relajarse. Todo parecía normal, nada lo era.

Teresa se acercó a Carmen mientras recogían platos.

—¿Tú viste algo esa noche?

—Nada fuera de lo normal.

—Hay algo que no me cuadra —susurró Teresa.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, mezcladas con la música, las risas y ese rumor persistente que recorría el pinar, como una sombra alargada bajo los árboles.

La sobremesa avanzaba y el pinar empezaba a llenarse de sombras largas. Los niños corrían aún entre las mesas, ajenos a las tensiones de los adultos, mientras los más jóvenes se preparaban para la verbena de la noche. Pero entre los mayores, el ambiente se había vuelto más denso, más contenido.

Teresa aprovechó un momento de calma para acercarse a Carmen.

—En cuanto podamos, nos vamos —le susurró—. Esto se está poniendo raro.

Carmen asintió sin mirarla.

—Sí, mejor antes de que comiencen con las preguntas.

Ambas sabían que, aunque se marcharan, el runrún no iba a desaparecer. El pueblo entero estaba en vilo, y la Jira, por muy festiva que fuera, no lograba tapar del todo la sensación de que algo grave se estaba gestando bajo la superficie.

La Jira continuaba. La investigación, también.

El cuartel de la Guardia Civil permanecía sumido en una actividad constante, casi mecánica. Era uno de esos días en los que el tiempo parecía haberse espesado dentro de las paredes: teléfonos que no dejaban de sonar, puertas que se abrían y cerraban, pasos apresurados en los pasillos. Afuera, el pueblo celebraba la Jira; dentro, la urgencia mandaba.

La presión desde instancias superiores se hacía notar en cada gesto del equipo de la UCO. Querían resultados, avances tangibles, algo que justificara las horas acumuladas y el desgaste.

Pero los datos no encajaban, y cada nueva comprobación parecía devolverlos al mismo punto de partida.

Enrique permanecía sentado en el rincón más oscuro de su celda, con la espalda apoyada contra la pared fría y las rodillas ligeramente encogidas. Tenía los brazos cruzados y la cabeza inclinada hacia delante, como si así pudiera desaparecer. El silencio era su refugio y, al mismo tiempo, su única defensa.

Cada vez que escuchaba pasos en el pasillo, tensaba los músculos, esperando que se detuvieran frente a su puerta. Cuando seguían de largo, soltaba el aire despacio, sin moverse. Sabía que cualquier reacción podía ser interpretada como culpa. Mejor parecer invisible, pensaba. Mejor no destacar.

Intentaba no reconstruir la noche del crimen. No fijar horas, no dibujar trayectos en su mente. Cualquier recuerdo demasiado claro podía volverse contra él. Prefería quedarse en esa niebla espesa en la que todo era confuso, incluso para sí mismo.

Dos puertas más allá, Laura no lograba quedarse quieta. Caminaba de un extremo al otro de la celda, contando las baldosas, midiendo la distancia con pasos cortos y nerviosos. Tenía las manos cruzadas a la espalda y el rostro tenso. Cada sonido del pasillo le hacía detenerse en seco, como si el cuerpo reaccionara antes que el pensamiento.

Repasaba mentalmente respuestas vagas, frases neutras, explicaciones incompletas. Se repetía que el silencio era su salvación, que hablar de más solo empeoraría las cosas. No quería ofrecer ningún detalle que pudiera atarla de forma directa a lo ocurrido. El miedo no era tanto a la verdad como a no saber qué parte de ella podía volverse peligrosa.

Ambos, en celdas separadas, compartían la misma estrategia sin saberlo: resistir, aguantar, no dar nada que pudiera ser utilizado en su contra.

En un momento dado, dos agentes recorrieron el pasillo empujando un carro metálico. Llevaban varias bandejas de comida en recipientes de plástico, aún calientes. El olor a estofado se mezcló con el del café recalentado que impregnaba el cuartel.

—Hora de comer —anunció uno de ellos con voz neutra.

Dejaron las bandejas sobre las pequeñas mesas ancladas a la pared. Estofado, una ensalada sencilla y pan. Nada más.

Enrique apenas probó bocado. Removió la comida con la cuchara sin demasiada convicción y acabó dejándola casi intacta. El estómago se le había cerrado desde hacía horas. Se limitó a beber agua, despacio, intentando mantener la mente en blanco.

Laura, en cambio, comió un poco más, casi por inercia. Cada cucharada le sabía igual, pero sabía que necesitaba fuerzas. Cuando terminó, se quedó sentada en la litera, mirando al frente, con la bandeja aún sobre las rodillas, como si no supiera qué hacer después.

El cuartel siguió funcionando a su alrededor, ajeno a sus pensamientos. Informes que se redactaban, llamadas que entraban y salían, decisiones que se aplazaban. Afuera, la música de la Jira continuaba sonando, amortiguada por la distancia, como un eco lejano de una normalidad que ya no parecía pertenecerles.

Para Enrique y Laura, el tiempo había dejado de avanzar de forma natural. Cada minuto era una espera tensa, un cálculo silencioso. Ambos sabían que las próximas horas serían decisivas, aunque ninguno se atrevía a imaginar cómo acabaría todo.

Y mientras el pueblo seguía celebrando, el cuartel permanecía en guardia, como un corazón oscuro latiendo al margen de la fiesta, preparado para el siguiente movimiento.

X

En una de las salas del cuartel, los agentes de la UCO repasaban las últimas declaraciones recogidas en el caso. El café aún humeaba en las tazas; habían comido hacía poco, pero el cansancio seguía ahí, pegado al cuerpo. El reloj avanzaba sin tregua y los plazos judiciales no daban margen para despistes.

—¿Has visto la declaración de Teresa? —preguntó Blasco, deslizando el cursor por la pantalla del ordenador—. No termina de cuadrar con lo que contó su amiga. Todo es confuso... como siempre. Cada uno cambia la versión según le conviene, pero al final, alguno acaba cayendo.

—Espérate a que declaren los amigos del bar —bufó Méndez, estirándose en la silla con un leve crujido de espalda—. A ver quién es el valiente que vuelve a preguntar por Enrique sin que te contesten con evasivas. Yo, sinceramente, empiezo a pensar que nos están mareando.

—Y todo esto en pleno puente —añadió Blasco, sin levantar la vista—. Llevamos desde el domingo sin ver la calle más que desde la ventanilla del coche. Horas extras, turnos interminables... y luego vendrán con lo del “deber cumplido”. De cobrar, ni hablamos.

Méndez dejó escapar un suspiro resignado.

—Ya sabes cómo funciona. Si resolvemos el caso antes del jueves, igual nos dan una palmadita en la espalda. Si no, bronca del jefe. Y en la nómina, ni rastro de ese esfuerzo.

Blasco asintió despacio, clavando la mirada en la pizarra del despacho, cubierta de nombres, flechas, horarios y anotaciones cruzadas. Cada trazo parecía una promesa incumplida.

—Lo que más me fastidia es esta sensación constante —dijo al fin—. Todo el mundo sabe algo, pero nadie suelta prenda. Y mientras

tanto, aquí encerrados, tragando polvo y perdiendo días libres. ¿Por qué siempre nos toca a nosotros el marrón cuando hay fiestas?

—Porque somos los pringados de la UCO, compañero —ironizó Méndez, con una sonrisa cansada—. Pero venga, repasemos otra vez los horarios de Laura y Enrique. Si pillamos una contradicción, igual avanzamos algo y hasta nos dejan volver a casa antes de que acabe agosto.

El murmullo del despacho se mezclaba con el zumbido constante del aire acondicionado.

A lo lejos, amortiguada por los muros del cuartel, la música de la fiesta seguía sonando, ajena a su desgaste y a la tensión que se acumulaba en aquella sala.

Apenas habían retomado la lectura de los informes cuando la puerta del despacho se abrió y apareció Romero, la agente de la unidad científica.

Entró con paso decidido, una carpeta repleta de documentos bajo el brazo y el gesto concentrado. Su presencia cortó de golpe el murmullo cansado de la sala.

—¿Alguna novedad? —preguntó Méndez, incorporándose en la silla y dejando el bolígrafo sobre la mesa.

Romero negó con la cabeza, aunque su expresión era más intrigada que decepcionada. Dejó la carpeta sobre la mesa y comenzó a hojear los informes.

—Los rastreos de esta mañana, nada fuera de lo normal —empezó—. En la habitación de Laura no hay restos de sangre ni fibras sospechosas. Tampoco huellas extrañas en sus objetos personales. Todo limpio.

—¿Y Enrique? —intercedió Blasco—. ¿Nada que lo relacione directamente con el crimen?

—Las camisas estaban recién lavadas y planchadas —respondió Romero, subrayando el detalle—. Olían todavía a suavizante. Ni manchas, ni marcas, ni rastro de nada. Demasiado limpias. No es lo habitual en una detención así, pero tampoco hay nada que lo incrimine.

Blasco alzó una ceja, pensativo.

—¿Crees que pudo prepararlo todo con antelación? ¿O simplemente tuvo suerte?

Romero dudó unos segundos antes de contestar.

—No lo sé. O es extremadamente meticuloso, o alguien se ha encargado de borrar cualquier evidencia antes de que llegáramos. Pero hay algo que sí me llamó la atención en el caso de Laura.

Méndez se inclinó hacia delante, atento.

—¿Qué cosa?

—Ceniza en la alfombra del hotel. La he analizado: es de puro habano. Laura no fuma, y en la habitación no hay colillas ni restos similares. Solo esa ceniza dispersa, como si alguien hubiera estado allí fumando... o como si alguien la hubiese dejado a propósito.

Méndez frunció el ceño.

—¿Alguna visita registrada? ¿Personal de limpieza? ¿Alguien ha mencionado a alguien fumando puros?

Romero negó con la cabeza.

—Nada. Aún nos faltan las declaraciones del personal del hotel y las grabaciones de las cámaras no muestran a nadie entrando con ese tipo de cigarro. Es un detalle suelto, pero no me gusta.

Blasco silbó por lo bajo.

—Eso nos deja dos opciones: o alguien intentó despistarnos, o ese hábito pertenece a alguien que todavía no está en nuestro radar.

Méndez se levantó y se acercó a la pizarra, repasando nombres y flechas.

—Esta tarde volvemos al hotel. Que nadie toque esa alfombra hasta que Romero termine los análisis. Por suerte, la habitación sigue precintada. Ese detalle puede ser la clave.

Romero asintió, cerrando la carpeta.

—Os avisaré en cuanto tenga algo más. De momento, es el único misterio físico que tenemos. Todo lo demás está demasiado limpio para mi gusto.

Blasco intercambió una mirada rápida con Méndez antes de volver a dirigirse a ella.

—¿Has informado ya al jefe Salcedo?

Romero negó con un suspiro.

—No. No está en el cuartel. No lo he visto desde el mediodía. En cuanto aparezca, le cuento todo, palabra.

Méndez frunció el entrecejo.

—¿No sabes dónde anda? Tenía que revisar los informes.

—Supongo que estará en la Jira, quizá con la alcaldesa. No me ha dicho nada —respondió Romero—. Pero en cuanto lo vea, le pongo al día.

Blasco dejó escapar un bufido.

—Genial... nos faltaba solo el jefe desaparecido.

Méndez hojeó de nuevo sus notas.

—¿Y el coche de Enrique? Dijiste que lo revisaste esta mañana.

Romero asintió.

—Sí. Está en el aparcamiento del cuartel. No hay nada relevante: solo huellas de Enrique. Todo demasiado limpio, otra vez.

—¿Ni un rastro de otra persona? —insistió Blasco—. ¿Ni una fibra, ni un pelo?

—Nada concreto —respondió Romero—. Hay algunas huellas antiguas, de alguien que pudo viajar con él hace tiempo, pero nada que podamos relacionar con el crimen.

Méndez se pasó la mano por la cara, frustrado.

—Al final, todo lo que tocamos está impoluto. Como si alguien hubiera pasado la goma de borrar.

—Habrá que hablar con el jefe en cuanto aparezca —gruñó Blasco—. Este asunto no me gusta nada.

Romero recogió sus papeles.

—Os mantengo informados. En cuanto tenga algo nuevo, os aviso.

Los agentes intercambiaron miradas cargadas de preocupación.

Resignados, volvieron al trabajo, sabiendo que ni el misterio ni la burocracia entendían de días festivos.

Eran casi las cuatro y media de la tarde. El despacho empezaba a cargarse de un cansancio espeso, de esos que no se quitan ni con café. Méndez, con el gesto cansado, repasaba por enésima vez las declaraciones, buscando una grieta que no aparecía. Blasco, en cambio, había dejado vagar la mirada hacia la ventana, como si

intentara imaginar el ruido de la fiesta que seguía latiendo fuera, a pesar de todo.

Justo cuando el reloj marcaba las 16:33, la puerta del cuartel chirrió suavemente al abrirse. Una figura femenina cruzó el umbral con paso contenido, midiendo cada movimiento, como quien entra en terreno ajeno. Alta, de pelo rubio recogido en una coleta impecable, vestía el uniforme reglamentario recién planchado y llevaba una carpeta abrazada contra el pecho.

Se detuvo un instante, observando el ambiente, antes de avanzar hasta la mesa central.

—Buenas tardes, soy Sonia López —anunció con una voz clara y firme, aunque el ligero temblor en el gesto delataba cierto nerviosismo—. Me han incorporado hoy mismo, por solicitud expresa del teniente Salcedo.

Blasco y Méndez se quedaron mirándola, sorprendidos. El despacho, cargado aún de frustración y rutina, quedó suspendido en un silencio expectante. Ninguno de los dos había sido advertido de aquella incorporación.

Blasco fue el primero en reaccionar. Apartó la vista de la pantalla y se reclinó ligeramente en la silla.

—¿De dónde dices que vienes, López? —preguntó, entrecerrando los ojos—. Aquí no teníamos noticia de ningún traslado para hoy. ¿Te avisaron hace tiempo?

Sonia acomodó la carpeta sobre la mesa y respiró hondo antes de responder.

—La orden fue bastante reciente —explicó—. Soy de Jaén, aunque mi último destino ha sido Cáceres, en la unidad de investigación. Allí he estado los últimos tres años. Ayer mismo me comunicaron el traslado. Según me dijeron, fue el propio teniente Salcedo quien solicitó mi incorporación.

Méndez, cada vez más interesado, se giró hacia ella.

—¿Y qué tal en Cáceres? —preguntó—. ¿Casos complicados?

—Tráfico de estupefacientes, principalmente, y algún caso de desaparición —respondió ella, ya más segura—. El ritmo era intenso, pero me acostumbré a trabajar bajo presión y en equipo. Supongo que algún informe llegó hasta aquí... o eso me dijeron.

Blasco apoyó los antebrazos sobre la mesa, escrutándola con atención.

—¿Y por qué crees que el jefe te ha pedido a ti, precisamente? —insistió—. Esta unidad no es cualquiera. Aquí los recién llegados no suelen aparecer de la nada. ¿Le conocías de antes?

Sonia negó con la cabeza.

—No, no le conozco personalmente. Según mi superior, Salcedo buscaba un perfil con experiencia reciente en campo y formación en criminología. Entiendo que vio mi hoja de servicios. Sé que es una responsabilidad grande y no quiero ser un estorbo. Estoy aquí para aprender y aportar.

Méndez la observó unos segundos en silencio antes de intervenir.

—Aquí el ambiente puede ser... especial —dijo—. No es lo mismo que en otros destinos. Los casos son más pequeños, pero a veces más enrevesados. ¿Sabes dónde te metes?

Sonia miró a su alrededor: los papeles amontonados, las tazas de café, la pizarra llena de nombres.

—Lo imagino —respondió—. Sé que cada sitio tiene sus normas no escritas. Mi intención es adaptarme rápido y sumar, no restar. Estoy acostumbrada a los retos.

Blasco intercambió una mirada fugaz con Méndez. Luego dejó escapar un bufido leve, casi una sonrisa.

—Bueno, López, si sobrevives al carácter del jefe y a nuestros turnos eternos, ya tendrás medio camino hecho —ironizó—. ¿Qué llevas ahí, información o solo la carpeta para disimular los nervios?

Sonia sonrió por primera vez con sinceridad.

—Un poco de las dos cosas —admitió—. Llevo mi tablet y notas de trabajo. Me da seguridad tener algo en las manos cuando empiezo en un sitio nuevo.

El ambiente empezó a relajarse. Méndez le ofreció un vaso de agua y Blasco señaló una silla libre junto a la mesa.

—Siéntate, López —dijo, apartando unos papeles—. Este va a ser tu sitio.

—Aquí nos llamamos por el apellido —añadió—, manías de la casa. Soy Méndez, y él es Blasco. El jefe Salcedo... bueno, no

sabemos muy bien dónde se ha metido, pero debería aparecer en cualquier momento. Bienvenida a la unidad.

—Encantada —respondió ella, tomando asiento—. Y gracias.

Méndez tomó la palabra con un tono más calmado, consciente de que la recién llegada necesitaba ubicarse.

—Para que te hagas una idea rápida —dijo, apoyándose en el respaldo de la silla—, estamos con un asesinato bastante turbio. La víctima apareció hace dos noches cerca de la playa. Desde entonces no hemos parado, pero lo cierto es que tenemos pocas certezas. Solo dos sospechosos detenidos y ninguna prueba sólida.

Mientras hablaba, fue pasando algunas hojas del expediente y deslizando otras hacia López.

—El escenario estaba impoluto —continuó—. Demasiado. Ni una huella clara, ni fibras, ni restos biológicos. Todo como si alguien hubiese limpiado a conciencia. La única pieza, que nos lleva locos, es un botón azul marino de una camisa.

López escuchaba con atención, asintiendo levemente, sin interrumpir. Blasco se sumó a la explicación.

—Hemos registrado la casa de uno de los sospechosos y la habitación de hotel de la otra —añadió—. Mismo resultado: orden extremo, limpieza obsesiva y cero pistas claras. Los interrogatorios tampoco nos han dado mucho. Versiones cruzadas, contradicciones pequeñas, pero nada que se sostenga en un juzgado.

—¿Cuál es la relación entre la víctima y los sospechosos? —preguntó López, con cautela, midiendo bien las palabras.

Méndez respondió tras un breve silencio.

—Conexiones indirectas. Una discusión previa, algún contacto puntual. Nada que, de momento, podamos llamar móvil claro. Todo se mueve en el terreno de las dudas. La sospechosa mantenía una relación con el fallecido.

—Y el tiempo corre —apuntó Blasco, golpeando suavemente la mesa con los dedos—. Tenemos plazos judiciales encima y un pueblo entero opinando antes de que podamos cerrar nada.

López dejó la carpeta a un lado y cruzó las manos sobre la mesa.

—¿Habéis considerado que alguien esté intentando borrar deliberadamente cualquier rastro? —aventuró—. No hablo solo de

limpiar, sino de crear una sensación de pulcritud exagerada para despistar.

Blasco arqueó una ceja, mirándola con interés.

—Eso mismo pensamos —respondió—. Aquí hay demasiado esfuerzo en no dejar nada. Y eso, en este oficio, nunca es casual.

—Por ahora, los dos están en los calabozos —añadió Méndez—, pero sin pruebas claras no podremos retenerlos mucho más. Si no aparece algo pronto, se irán a casa.

López asintió despacio, consciente del peso de aquellas palabras.

—Entiendo —dijo—. Haré lo que esté en mi mano para ayudar. Aunque sea desde una mirada nueva.

El sonido de unos pasos firmes en el pasillo interrumpió la conversación. Romero apareció en el umbral, con el maletín de muestras colgado del hombro y el gesto concentrado.

—Perdonad —dijo—, sigo revisando el coche por segunda vez. De momento, nada distinto, pero prefiero asegurarme.

Méndez levantó la vista.

—Ven un momento. Te presento a Sonia López, nueva incorporación.

Romero sonrió y le tendió la mano.

—Encantada. Cualquier apoyo es bienvenido. Si te interesa la parte científica, puedes ir aprendiendo.

Respondió al apretón con una sonrisa sincera.

—Me encantaría. Creo que la ciencia forense es clave en casos como este. No quiero ser una carga.

Blasco negó con la cabeza.

—Aquí nadie sobra —dijo, con tono firme—. Si Salcedo te ha pedido, será por algo. Observa, pregunta y participa. Ya tendrás tiempo de demostrar de qué eres capaz.

La tensión inicial se fue diluyendo poco a poco. López sacó su tablet y comenzó a tomar notas.

Mientras Méndez y Blasco repasaban algunos puntos del caso.

Romero, apoyada en la pared, explicaba de forma resumida los procedimientos que había seguido y los que quedaban pendientes.

Por un momento, el despacho pareció recuperar un pulso más ordenado. No había soluciones, pero sí una sensación nueva: la de

que tal vez, con otra mirada, algo pudiera encajar.

La calma relativa del despacho duró poco.

El timbre del teléfono irrumpió de repente, cortando el aire como un chasquido seco. Los tres agentes se sobresaltaron al unísono. Durante un segundo, nadie se movió.

—¿Será el jefe? —murmuró Blasco, incorporándose a medias.

—Seguro que quiere saber por qué seguimos igual que esta mañana —bufó Méndez, pasándose la mano por la frente.

Blasco se adelantó y descolgó el auricular.

—Guardia Civil, cuartel de Navia... —dijo con voz automática.

Al otro lado, una voz desconocida, grave y medida, fue pronunciando cada palabra con una calma inquietante, como si estuviera leyendo un texto ensayado.

—Escuche con atención, agente. Ha habido una muerte en el parque de doña Isadora. Conviene que acudan cuanto antes.

Blasco abrió la boca para responder.

—¿Quién es usted? ¿Puede repetir...? —pero solo recibió el clic seco de la línea cortada

Durante unos segundos, el silencio se adueñó de la sala. Blasco seguía con el auricular en la mano, inmóvil. Méndez y López lo observaban, tensos.

—No era el jefe, ¿verdad? —aventuró Méndez.

Blasco negó despacio, colgando el teléfono.

—No —dijo al fin—. Nos acaban de avisar de una muerte en el parque. Pero no era ninguna voz conocida. Ha sonado... raro. Muy raro.

—¿En el parque? —Méndez se levantó de golpe—. ¿A estas horas? ¿Quién llama así y desaparece?

López tragó saliva, sin apartar la vista de Blasco.

—¿El parque de doña Isadora? —preguntó—. ¿El que está junto a la biblioteca?

—Ese mismo —respondió Méndez—. Lleva el nombre de Isadora Fernández, la maestra del pueblo. Media Navia aprendió a leer con ella. El parque se hizo en su honor, después de que muriera, a principios de los ochenta.

Blasco cortó la conversación con un gesto seco.

—Basta. Coged los chalecos y el material. Vamos para allá ahora mismo. ¡López! —añadió, girándose hacia ella—, avisa al coche patrulla para que acuda de inmediato. ¡Romero!, tráete la cámara y el equipo completo. Que nadie del pueblo se entere antes de tiempo.

En cuestión de segundos, el despacho se convirtió en un ir y venir de pasos apresurados, chalecos abrochándose y mochilas cerrándose con prisas. El ambiente había cambiado por completo.

El misterio acababa de crecer y el parque, testigo mudo de tantas historias, volvía a situarse en el centro de las sospechas.

Las sirenas rompieron la calma del pueblo al ponerse en marcha, colándose entre las casas y arrastrando tras de sí la curiosidad inevitable de los vecinos. En las aceras comenzaron a formarse pequeños grupos.

—¿Sabes qué pasa, Antonia? —preguntó una mujer, agarrándose al bolso.

—Ni idea, pero dicen que han encontrado a alguien en el parque —respondió otra, bajando la voz—. Lo han comentado en el bar.

Un grupo de jóvenes se detuvo cerca del cordón policial improvisado.

—Cuando suenan así las sirenas, algo gordo ha pasado —murmuró uno.

—Esto no tiene pinta de accidente —añadió otro—. Mira cuántos agentes hay ya. Si fuese un accidente, no montarían tanto lío en el parque. Aquí huele a tragedia de las grandes.

—Mi hermana dice que hace un rato vio a la policía municipal, hablando con el del quiosco. Igual ha visto algo.

—Lo mismo es una pelea, o algún peregrino del camino que se habrá metido en líos, ya sabes cómo se pone la gente —opinó otra, aunque el tono era más de inquietud que de convención.

En el parque, las órdenes empezaron a cruzarse con tono firme.

—Retrocedan, por favor. No pueden pasar. Zona acordonada.

Pero los vecinos, acostumbrados a vivir entre rumores, se resistían a marcharse.

Querían ver, saber, contar. El parque, en apenas unos minutos, se había convertido en el centro de todas las miradas.

Cada vez se acercaban más, deseosos de atrapar el menor detalle, cualquier pista que les permitiera ser los primeros en contar en los bares, lo que realmente había pasado en el parque de doña Isadora.

Bajo las luces portátiles, los agentes desplegaron el equipo. Maletines abiertos, cámaras preparadas, cintas extendidas.

López fue la primera en cruzar el cordón. Se detuvo un instante al ver el cuerpo tendido junto a un banco, a la sombra de un castaño.

—¿Confirmado que no lleva documentación encima? —preguntó Blasco, agachándose.

—Nada —respondió ella—. Solo llaves y un mechero. Ni cartera, ni móvil. Tampoco signos de forcejeo. El reloj está intacto.

Romero fotografiaba los tatuajes del antebrazo izquierdo: anclas, olas, una sirena y una silueta difusa.

—¿A alguien le suena? —preguntó Blasco señalando los dibujos

—Marinos, puro Cantábrico. Igual es de los que trabajan en el puerto o en el Astillero de Armon —aventuró Méndez, mirando alrededor como si esperase que alguna cara conocida emergiese entre los curiosos.

El murmullo de los incautos crecía detrás de la cinta.

—Esto corre demasiado —murmuró López—. Ni veinte minutos y ya lo sabe medio pueblo.

—Como si alguien quisiera que se supiera —respondió Blasco, recorriendo el parque con la mirada.

—Siempre pasa —intervino Blasco, encogiéndose de hombros—. Pero esta vez, va demasiado deprisa. Como si alguien quisiera asegurarse de que llegase a todos.

Romero se detuvo de repente junto a la cabeza del cadáver.

—Aquí hay algo. Un botón azul marino. Sin hilos, como arrancado —dijo sujetando con una pinza.

El silencio se volvió denso.

Méndez fue el primero en hablar.

—Como Marcos. El mismo tipo de botón.

—Demasiada casualidad —susurró Blasco.

López dudó antes de formular la pregunta.

—¿Creéis que estamos ante el mismo autor?

Romero señaló el golpe detrás de la oreja.

—Contundente, pero limpio. No hay otras lesiones ni defensa. Parece que lo sorprendieron. No hay sangre en las manos, ni roturas en la ropa.

—Como a Marcos. Un solo golpe, sin pelea, sin huellas más allá de lo imprescindible. Ni siquiera hay barro en los zapatos... ¿Dónde lo mataron realmente? —aventuró Méndez, pasando la linterna ultravioleta por la hierba húmeda.

Blasco se apartó de los focos, bajando la voz para que no llegase a los oídos de los curiosos.

—Esto ya no es un ajuste de cuentas. No es un accidente. Alguien está enviando un mensaje, y el pueblo lo ha entendido antes que nosotros. ¿Casualidad? ¿O alguien quiere que cunda el pánico?

—A mí esto me huele a algo preparado —dijo la científica, levantándose—. Fijaos, ni una pisada fuera de sitio, que no sea del césped o de la propia ropa del fallecido. Es profesional. O muy sutil, al menos.

López, la agente aún novata, se atrevió a preguntar.

—¿Y si el botón es una firma? ¿Como esos asesinos de las novelas, que dejan algo para retar a la policía?

—No digas tonterías, que aquí no estamos en la tele —replicó Méndez, aunque en el fondo sus palabras sonaron menos firmes de lo habitual.

—Pues a mí me parece que alguien se está divirtiendo. O nos está probando —insistió Blasco.

Por encima del zumbido lejano de la música en la Jira, se escuchaba ahora el siseo creciente de la prensa, que ya había llegado, maletines en ristre y cámaras en alto.

Debido a la presencia de los fotógrafos, se cubrió el cuerpo con una sábana blanca.

—Que nadie toque nada —ordenó Méndez—. Blasco, toma declaraciones. López, revisa los alrededores.

Blasco se acercó a Méndez.

—Deberías llamar al jefe. Tiene que saber lo que ha pasado, y puede que esté cerca —sugirió, mirando de reojo hacia el extremo del parque.

Asintió, sacando el móvil con manos firmes, aunque el rostro delataba la presión del momento. Marcó el número mientras Blasco observaba el perímetro.

—Jefe, soy Méndez. Tenemos un cadáver en el parque de doña Isadora. Es urgente que venga. —esperó un segundo y añadió, bajando la voz—. Es un caso parecido al de Marcos. Un botón azul, mismo golpe. Sí, lo sé... Aquí estamos intentando controlar la escena.

Al fondo, se oyó la voz de Salcedo, apenas audible para quienes estaban cerca de Méndez.

—Voy para allá. No dejéis que nadie toque nada.

Colgó, guardó el móvil en el bolsillo y miró a Blasco:

—Dice que viene de inmediato. Y que no toquemos nada.

Asintió en silencio, cruzando los brazos mientras, en sus rostros, la inquietud iba en aumento.

El parque, silencioso testigo de tantas historias, acababa de convertirse en el nuevo epicentro del miedo.

Unos minutos después, el coche del teniente Salcedo irrumpió en el parque con un frenazo seco. Aparcó sin preocuparse por la línea ni el ángulo, salió casi antes de que el motor se apagara y avanzó con paso rápido, el gesto duro y los ojos recorriendo la escena en un barrido automático. Saludó con un gesto breve, sin perder tiempo en formalidades, y se detuvo frente a Méndez.

—¿Qué tenemos? —preguntó, sin rodeos.

—Hombre de unos cuarenta años —indicó Méndez en voz baja—. Mismo patrón que el caso de Marcos. Un solo golpe contundente, sin señales de lucha, sin huellas claras. Y... —hizo una pausa mínima— el botón azul marino también está aquí.

Salcedo miró hacia el cuerpo cubierto, luego al suelo, luego al perímetro acordonado. Encendió un cigarro con gesto mecánico, aspiró despacio y soltó el humo sin prisa.

—¿Testigos?

—Nadie ha visto ni oído nada —intervino Blasco, acercándose—. Los vecinos empezaron a salir cuando llegaron las sirenas. Antes, silencio absoluto.

Salcedo asintió, sin sorpresa.

—Demasiado limpio —murmuró—. Otra vez.

Su mirada se detuvo entonces en López, que inspeccionaba el terreno con atención, tomando notas rápidas.

—¿Ella es la nueva? —preguntó, señalándola con el mentón—. Me avisaron esta mañana, pero con todo el caos se me pasó en decírselo al equipo.

López se acercó, manteniendo la compostura.

—Agente López, señor. Incorporada esta tarde. A sus órdenes.

Salcedo la observó un segundo más de lo habitual, como evaluándola.

—Bienvenida, López. Aquí aprendemos rápido y trabajamos en equipo. Este caso no va a darnos tregua. No te guardes nada: cualquier detalle puede ser clave. ¿Está claro?

—Entendido, señor —respondió ella, firme.

Romero se acercó al grupo con el rostro sereno, ya enfundada en el protocolo.

—Voy a preparar el traslado —anunció—. Necesito que nadie cruce el perímetro hasta que termine. Hay que documentarlo todo con cuidado.

Méndez y Blasco se movieron para ayudarla mientras

Salcedo observaba la escena en silencio, absorbiendo cada gesto, cada detalle: los curiosos tras la cinta, los móviles levantados, los murmullos apagados.

—No entiendo como alguien puede ser tan meticuloso —murmuró Blasco—. Dos escenas limpias, dos botones, mismo golpe.

—O es una sola persona muy organizada... —respondió Romero, sellando una bolsa de pruebas— o alguien que sabe exactamente lo que hace.

López, sin levantar la voz, se atrevió a intervenir.

—He revisado los alrededores. No hay pisadas extrañas ni objetos fuera de lugar. Da la sensación de que el cuerpo fue colocado aquí con cuidado.

Salcedo la miró de reojo.

—Buen apunte. Eso refuerza la idea de control. Aquí nadie improvisa.

El traslado comenzó entre flashes y órdenes cortas. La prensa intentaba acercarse, pero la cinta policial resistía, igual que la paciencia de los agentes.

Salcedo se giró hacia su equipo.

—Escuchadme bien —dijo, bajando el tono—. A partir de ahora, esto cambia. Dos muertes con el mismo patrón no son una coincidencia. Quiero revisar de nuevo todo: hoteles, bares, movimientos, llamadas. Y quiero discreción absoluta. Si alguien está jugando con nosotros, no vamos a seguirle el ritmo.

Méndez asintió.

—Esta noche reorganizamos turnos y repasamos todo desde el principio.

—Exacto —confirmó Salcedo—. Nada de suposiciones, nada de prisas. Solo hechos. Y cuidado con el pueblo: el miedo corre más rápido que nosotros.

El cuerpo fue finalmente retirado. El parque quedó en silencio, iluminado aún por los focos, como si guardara la respiración. Los curiosos se dispersaban poco a poco, aunque las miradas seguían clavadas en la cinta amarilla, conscientes de que algo grave había ocurrido allí.

López observó la escena unos segundos más, sintiendo el peso del oficio caerle encima por primera vez de verdad. Aquello no era un informe ni un expediente: era un mensaje dejado a plena vista.

Salcedo se colocó a su lado.

—Acostúmbrate —dijo en voz baja—. Cuando alguien mata así, no lo hace solo por matar. Quiere ser visto.

Ella asintió, sin responder.

Mientras los vehículos arrancaban y el parque recuperaba lentamente su oscuridad habitual, una certeza se asentaba en todos ellos: el caso ya no era un crimen aislado. Era el inicio de algo más grande, más calculado... y mucho más peligroso.

El verano en Navia acababa de volverse definitivamente oscuro.

XI

La Guardia Civil, tras analizar con detenimiento los datos recabados en la escena, coincidió en que era imprescindible informar cuanto antes a la alcaldesa de Navia. El hallazgo de un segundo cadáver, con elementos que apuntaban a un mismo patrón, elevaba el caso a una dimensión que ya no podía gestionarse únicamente desde el ámbito operativo.

Méndez sacó el móvil y, tras una breve consulta con su superior, el teniente Salcedo, marcó el número de la alcaldesa. Sabía que interrumpir la Jira no era una decisión menor, pero tampoco lo era lo ocurrido aquella tarde.

—Señora alcaldesa, siento molestarla en plena celebración —dijo con tono respetuoso—, pero creemos necesario hablar con usted cuanto antes.

Al otro lado de la línea, el ambiente festivo se filtraba entre voces y música.

—Agente, dígame... ¿qué ha pasado exactamente? —preguntó ella, y en su voz ya se colaba una inquietud difícil de disimular—. ¿Es algo grave?

Méndez sostuvo el silencio apenas unos segundos antes de responder. A su alrededor, el cuartel parecía suspendido en una calma tensa, muy distinta al bullicio que aún resonaba en el pinar Veiga de Arenas.

—Señora alcaldesa, le agradeceríamos que se desplazara al cuartel —continuó, bajando aún más la voz—. Hay detalles que conviene tratar con discreción y en un entorno adecuado.

Bastó ese matiz para que la alcaldesa entendiera la magnitud del asunto. No hizo preguntas ni puso objeciones. Se despidió con rapidez de quienes la rodeaban, recogió el bolso y se alejó de la

fiesta con paso ligero, saludando a los vecinos que se cruzaban en su camino. Ellos seguían riendo, brindando, ajenos a la grieta que empezaba a abrirse bajo la superficie del día.

A su llegada al cuartel, percibió de inmediato que algo no iba bien. El ambiente era denso, contenido.

Méndez la recibió y la condujo hasta una pequeña sala de reuniones. Sobre la mesa, varios informes y fotografías estaban cuidadosamente dispuestos, como si el orden intentara contener lo que las imágenes sugerían.

Tras un saludo formal, todos tomaron asiento. Salcedo ocupó la cabecera; la alcaldesa se sentó a su derecha. Frente a ellos, Méndez y Blasco. Un poco más apartada, pero atenta, la agente López, todavía nueva, observaba la escena con gesto concentrado.

Sirvieron café. Nadie lo tocó al principio.

—Gracias por venir con tanta rapidez, señora alcaldesa —comenzó Salcedo, sin rodeos—. Hace unas horas hemos hallado un cadáver en el parque de doña Isadora. Lo preocupante no es solo el hecho en sí, sino que las circunstancias del fallecimiento presentan una inquietante similitud con el caso de Marcos, ocurrido hace apenas unos días.

La alcaldesa se inclinó hacia delante, entrelazando las manos sobre la mesa. A medida que Salcedo detallaba los hechos, su expresión se fue tensando. Cuando terminó, se llevó una mano a la boca, incapaz de ocultar la conmoción.

Durante un instante, pareció que el aire de la sala se volvía más pesado.

Miró a cada uno de los agentes, buscando quizás una grieta de alivio, alguna señal de que aquello no fuera tan grave como sonaba. No la encontró.

El silencio se impuso, roto solo por el ruido lejano de una motocicleta al pasar frente al cuartel.

La alcaldesa respiró hondo y aferró la taza de café, como si aquel gesto mecánico le permitiera recomponerse. Sabía que la noticia no tardaría en filtrarse y que Navia no estaba preparada para asumir algo así.

—Nadie esperaba esto... —murmuró finalmente—. Tenemos que actuar con prudencia, pero también con responsabilidad. La gente confía en la Guardia Civil y no podemos permitir que el miedo se apodere del pueblo. Necesito saber qué aconsejan. No podemos dar un paso en falso.

Había preocupación en su voz, sí, pero también una determinación firme, propia de quien sabe que su papel no admite titubeos.

—¿En qué sentido son similares los casos, Salcedo? —preguntó—. ¿Cree que están relacionados?

El teniente cruzó una breve mirada con Méndez antes de responder.

—Ambos cuerpos presentan un único golpe letal, sin signos de lucha ni defensa. No hay alteraciones en la vestimenta ni huellas evidentes de forcejeo. Y en ambos escenarios se ha hallado un botón azul marino junto a la víctima. Aún no podemos confirmar que sea exactamente del mismo tipo, pero la coincidencia es significativa.

La alcaldesa escuchaba con atención, procesando cada palabra.

—¿Y la persona encontrada en el parque...? —preguntó, con cautela—. ¿Han logrado identificarla?

Salcedo tomó un documento de la carpeta.

—Sí, señora alcaldesa. Se trata de Julián Paredes, trabajador de los Astilleros Armon, especialista en soldadura. Tenía el turno de tarde, según la empresa.

La reacción fue inmediata. La alcaldesa se quedó rígida, los ojos muy abiertos.

—Julián... —susurró—. Lo conozco desde que éramos niños. Fuimos juntos al colegio. Estaba casado, tenía dos hijos... Era una persona tranquila, de las de fiar.

Méndez asintió con gravedad.

—Vivía a poca distancia del parque. Su familia ya ha sido informada. La noticia ha causado un impacto enorme entre los vecinos.

La alcaldesa bajó la mirada, visiblemente afectada. Sus dedos golpeaban nerviosos sobre la mesa mientras intentaba ordenar sus

pensamientos.

—Nunca habría imaginado algo así... Julián era de esas personas tranquilas, siempre dispuesto a ayudar. ¿Tenéis alguna idea de por qué él? ¿Había recibido amenazas, problemas en el trabajo o en casa?

—Por ahora no hemos encontrado nada fuera de lo habitual —respondió Méndez—, pero seguimos investigando su entorno personal y laboral.

Sus ojos parecían buscar una explicación en el techo de la sala.

La científica intervino entonces, con tono contenido.

—La escena no presenta huellas adicionales ni indicios evidentes. Todo apunta a una actuación limpia, muy controlada. Los detalles técnicos, por el momento, deben permanecer reservados.

La alcaldesa asimiló la información en silencio, dibujando con el índice pequeños círculos sobre la superficie de la mesa.

—¿Existe un riesgo real para la población? —preguntó—. ¿Deberíamos advertir a los vecinos?

Salcedo negó con cautela.

—De momento, no queremos generar alarma innecesaria. Estamos explorando todas las líneas, pero aún no podemos confirmar un patrón concluyente más allá del *modus operandi*.

—El Ayuntamiento está a su disposición —indicó ella—. Policía local, Protección Civil... lo que necesiten.

—Se lo agradecemos —intervino Blasco—, pero por ahora conviene mantener la normalidad. Cuanta menos alteración, más fácil será detectar movimientos extraños.

Méndez añadió:

—Y necesitamos discreción absoluta. Cualquier filtración podría entorpecer la investigación.

La alcaldesa asintió.

—Lo entiendo. Confío plenamente en ustedes. Manténganme informada.

Se inclinó entonces hacia Salcedo, con gesto serio.

—Hay algo que sigo sin comprender —dijo, midiendo sus palabras—. ¿Los dos detenidos tienen alguna relación entre sí? Me preocupa

especialmente Enrique... es de aquí, todos lo conocemos desde pequeño. ¿Estamos seguros de que no hay error?

El teniente respiró hondo antes de responder.

—No hay pruebas concluyentes contra él, señora alcaldesa. Precisamente por eso estamos siendo extremadamente cautelosos en todo.

—Estamos revisando todas las conexiones posibles —añadió Blasco—, pero de momento no hay nada sólido.

La alcaldesa asintió, más serena, aunque el peso seguía en su mirada.

—Solo les pido transparencia. La gente empieza a inquietarse.

—La verdad es nuestra prioridad —concluyó Salcedo.

La alcaldesa, resignada, seguía sus palabras.

—Por supuesto. Confiamos plenamente en la Guardia Civil. Si hay algo en lo que podamos ser útiles, no duden en avisar. Y por favor, mantenedme informada de cualquier progreso.

El silencio volvió a imponerse. El café, ya frío, permanecía intacto.

Salcedo se levantó, dando por finalizada la reunión. En la puerta del cuartel, antes de despedirse, insistió en voz baja:

—Máxima discreción, señora alcaldesa.

—Puede confiar en mí —respondió ella, sosteniéndole la mirada.

Ya en la puerta del cuartel, el calor de la tarde contrastaba con la tensión acumulada dentro. Salcedo miró a la alcaldesa con gesto serio, bajando la voz antes de que cruzara el umbral.

—Le insisto, señora alcaldesa, máxima discreción. No podemos permitirnos filtraciones ni comentarios fuera de aquí. Le hemos informado por cuestiones de seguridad y porque es usted la autoridad del pueblo, pero necesitamos su colaboración absoluta.

La alcaldesa, aún con la preocupación reflejada en el rostro, asintió agradecida. Se detuvo un instante en el escalón, girándose hacia Salcedo.

—Puede confiar en mí, teniente. Entiendo la gravedad de la situación. No saldrá ninguna palabra de mi boca —respondió en tono solemne, sosteniéndole la mirada.

Ambos intercambiaron un apretón de manos breve y contenido. Un silencio breve, cargado de responsabilidad, precedió el momento

en que, despidiéndose con una leve inclinación de cabeza.

Mientras Salcedo la observaba marchar, seguro de que esa confidencialidad sería respetada.

Preocupada y suspirando profundamente, la alcaldesa dejó el cuartel para dirigirse al pinar, donde la Jira se encontraba en todo su apogeo.

A cada paso, su rostro recuperaba la serenidad y la sonrisa protocolaria que se espera de una autoridad en día de fiesta.

Su rostro recuperó la serenidad y la sonrisa institucional. Saludó, bromeó, probó empanada, posó para fotos. Nadie habría sospechado el peso que cargaba.

Al llegar entre los banderines y mesas corridas, la alcaldesa se mezcló con los grupos, estrechando manos y agradeciendo la hospitalidad a los mayores.

Su actitud era impecable: ni un gesto de preocupación, ni una mirada perdida; solo el porte tranquilo y la sonrisa educada de quien sabe que debe transmitir seguridad. Incluso se inclinó para probar un trozo de empanada ofrecido por una vecina, y posó junto a la charanga para una fotografía solicitada por los jóvenes del pueblo. Nadie, ni siquiera los más atentos, habría adivinado el peso de la situación que llevaba consigo. La alcaldesa se movía entre los suyos como una sombra discreta, decidida a que la fiesta no perdiese ni un ápice de alegría por causa alguna.

La Guardia Civil se encontraba en una auténtica encrucijada. La ausencia de pruebas concluyentes, unida a la presión creciente tras el segundo hallazgo, obligaba al equipo a replantearse la estrategia. No podían permitirse más pasos en falso.

Aquella misma tarde tendrían que dividir esfuerzos y atacar el problema desde dos frentes que, a esas alturas, se revelaban imprescindibles: la habitación de Laura y el personal del hotel.

A las 18:45, Salcedo entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí con un golpe seco. El gesto era el de alguien que ya no tenía margen para la duda. El equipo aguardaba en silencio.

—Escuchad bien —dijo, sin preámbulos—. Méndez, Blasco y Romero, volvéis a la habitación 316. Quiero una revisión completa, sin dar nada por sentado. Cada centímetro cuenta.

Se giró hacia la científica.

—Romero, revisa de nuevo las muestras recogidas y presta especial atención a cualquier mínima alteración. Si algo no encaja, por insignificante que parezca, lo documentáis de inmediato.

Méndez asintió con gesto serio.

—Entendido, jefe. Esta vez no se nos escapa ni el polvo.

Salcedo continuó, dirigiéndose ahora a la agente López.

—López, vienes conmigo. Vamos a hablar directamente con la directora del hotel y con el personal de recepción. Quiero entrevistas claras, sin rodeos.

—Lista, teniente —respondió ella, sin titubeos.

—Dos vehículos camuflados —concluyó Salcedo—. Cada grupo sabe lo que tiene que hacer. Máxima discreción. Y si surge algo relevante, avisad por radio antes de tomar cualquier decisión.

—Sí, señor —respondieron al unísono.

El equipo se repartió en los coches. Al llegar al hotel, Méndez, Blasco y Romero se dirigieron directamente al ascensor, intercambiando impresiones en voz baja.

—¿De verdad crees que puede haber algo que se nos pasara ayer? —murmuró Blasco.

—No lo sé —respondió Méndez—. Pero cuando todo está demasiado limpio, algo falla. Prefiero comprobarlo otra vez.

Romero ajustó los guantes.

—Llevo todo preparado.

La habitación 316 seguía precintada. Entraron sin titubeos. El silencio era casi absoluto, apenas roto por el roce de los guantes de látex y el leve chasquido de los cajones al abrirse y cerrarse. Una corriente de aire movía suavemente las cortinas.

—Nada nuevo —comentó Blasco al poco rato, dejando el bloc sobre la mesilla—. Todo exactamente igual que ayer.

Romero revisó de nuevo la papelera y las bolsas.

—No hay fibras nuevas ni huellas distintas a las nuestras. Todo coincide con la primera inspección.

Méndez se pasó la mano por la nuca, frustrado.

—Es como si aquí no hubiera vivido nadie. O como si alguien hubiera borrado cualquier rastro con una precisión quirúrgica.

—¿Y la alfombrilla del baño? —preguntó Blasco—. Ayer dijiste que tenía una marca rara.

—La he vuelto a fotografiar —respondió Romero—. Es la misma. Probablemente de una maleta pesada. Nada que no estuviera ya registrado.

Durante unos segundos, los tres permanecieron en silencio. La decepción se palpaba.

—Será mejor bajar y poner al jefe al corriente —dijo finalmente Méndez—. Aquí arriba no hay más que sacar.

Salieron de la habitación dejando atrás un espacio tan inmutable como lo habían encontrado, con la incómoda sensación de que los secretos, a veces, se esconden precisamente en la ausencia de cambios. Pero algo pensaron, y volvieron a entrar, la sospecha de algo no les convencía.

Mientras tanto, en la recepción del hotel, Salcedo y López se acercaban a la directora, que aguardaba junto a los tres empleados. La tensión era visible.

—Buenas tardes —saludó Salcedo—. Necesitamos hablar con cada uno de ustedes. La agente López llevará las preguntas. Yo estaré presente.

La directora asintió y los condujo hasta un pequeño despacho, alejado del bullicio. Cerró la puerta con cuidado.

—Aquí estarán más tranquilos. Estaré cerca por si necesitan algo.

López se quedó a solas con el recepcionista varón. Salcedo tomó asiento a cierta distancia, observando.

El hombre entró con paso inseguro. Rondaría los cincuenta años, delgado, de tez morena, con acento del sur del país. Sus manos sudaban y se retorcían sin descanso. Aunque intentaba mantener la compostura, su mirada delataba la inquietud: evitaba el contacto visual directo y parpadeaba demasiado rápido.

—Siéntese, por favor —indicó López, activando la grabadora.

El silencio se volvió pesado. Juan tragó saliva, apoyando las palmas sobre sus rodillas, pero enseguida las retiró, como si la tela

quemara.

—Juan —comenzó—, vamos a hacerle unas preguntas. Responda con claridad. ¿Estuvo usted anteayer en la recepción durante toda la tarde?

—Sí... sí, señora agente —respondió, evitando mirarla.

—¿Se ausentó en algún momento?

Negó rápido, luego bajó la vista.

—Solo para ir al baño, sobre las seis y cuarto. Fue un momento.

López lo observaba sin interrumpir, registrando cada gesto.

—¿Conocía personalmente a la huésped Laura?

—No... solo de verla por aquí. Nada más.

El temblor en la voz no pasó desapercibido. López dejó un silencio calculado, estudiando las manos, las uñas cortas, el cuello del uniforme algo ajado.

—¿Recuerda si alguien preguntó por la habitación 316 o merodeó por la planta?

—No. Nada raro. Laura llegó algo nerviosa y subió a su habitación.

López se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Está seguro de que no vio ni oyó nada fuera de lo normal?

Juan tragó saliva.

—De verdad, no vi nada raro. Lo único... —titubeó, mordiéndose el labio—. Bueno, que la puerta del ascensor estuvo atascada un minuto, pero pensé que era cosa de siempre.

El silencio volvió a caer. López anotó sin apartar la vista.

—¿De dónde es usted, Juan?

—De Cáceres, señora agente. Nací en un pueblecito cerca de Zafra.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

Juan movió los dedos, inquieto, antes de responder.

—Ocho meses.

—¿Por qué decidió venir a Navia? No es muy común cambiar Extremadura por Asturias, así como así —insistió López, sin perder la expresión serena pero inquisitiva.

Dudó.

—Necesitaba un cambio. Empezar de cero. Vida nueva, aires nuevos, ya sabe...

—¿Tiene familia en Navia? ¿O en algún otro sitio de Asturias?

El recepcionista negó con la cabeza, tragando saliva.

—No, aquí no tengo a nadie. Solo algún conocido del hotel, compañeros... Pero familia, no.

—¿Es usted casado? —preguntó López, anotando sin mirar a Juan.

Él negó de nuevo, bajando la mirada al suelo.

—No, soy soltero. Nunca me he casado.

—¿Alguna pareja? ¿Alguien con quien haya tenido trato especial últimamente?

Juan tragó saliva, notoriamente incómodo:

—No, nada de eso. Estoy solo, aquí... Me dedico al trabajo y poco más.

López entrecerró los ojos, escrutando cualquier gesto que pudiera delatar otra cosa. A continuación, buscó profundizar.

—¿Le costó mucho conseguir este empleo en el hotel? ¿Cómo se enteró de la vacante? —continuó López, dejando caer las preguntas una tras otra con una calma calculada.

El recepcionista se frotó nervioso los muslos con las palmas de las manos antes de responder.

—Pues... la verdad, no me costó mucho. Vi el anuncio en Internet, mandé el currículum y me llamaron al poco tiempo. Fue bastante fácil, la verdad.

López asintió, sin comentar.

—¿Dónde estuvo la noche del crimen?

—Tomando unas cervezas cerca de aquí. Luego me fui a casa.

López sacó una fotografía de Marcos_y la dejó frente a él, empujándola suavemente con el dedo índice.

—¿Conoce a este hombre?

Juan se removió.

—Sí... lo vi en un bar de la playa esa tarde. Hablamos un poco. Nada más.

—¿De qué hablaron?

—De fútbol... del tiempo.

¿No hablaron de nada más? —insistió López, mientras su mirada no perdía detalle.

—No... —dijo Juan, titubeando—. Fue una conversación de lo más normal. Pero no le conozco de nada más, se lo juro.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—No recuerdo bien... creo que una hora, o menos.

—¿Mencionó algo extraño?

—No.

—¿Habían coincidido en otras ocasiones en el bar o en el hotel?

Juan negó con la cabeza, visiblemente incómodo.

—No, creo que no. Esa fue la primera vez que coincidimos. Yo estaba sentado en una mesa, y él se acercó. Me preguntó si el Oviedo había jugado ya ese fin de semana, y de ahí surgió la charla. Pero nada más relevante, la verdad.

—¿Recuerda si le mencionó algo sobre sus planes para esa noche? ¿Se mostró inquieto, nervioso, o le contó algo que le llamara la atención?

—No, no dijo nada especial. Comentó que tenía que volver pronto a casa, pero no entró en detalles. Yo tampoco le pregunté mucho, porque no le conocía —añadió Juan, evitando la mirada de la agente.

—¿Había más gente alrededor que pudiera corroborar su versión?

Juan se quedó pensando unos segundos, intentando recordar.

—Había algunos clientes, pero no sé si alguno se fijó en que hablábamos. Fue todo bastante superficial.

—¿En algún momento hablaron de trabajo, de problemas personales, o de algo fuera de lo común?

—No, en absoluto. Ya se lo he dicho. Nada que pudiera ser importante.

—Juan, ¿está usted nervioso?

Él bajó la cabeza.

—Sí. Me impone todo esto.

López se levantó.

—Gracias por colaborar. Le ruego discreción absoluta.

Juan asintió, visiblemente aliviado, y salió del despacho.

López respiró hondo. Aquello no cerraba nada, pero había demasiadas dudas. Le costaba creer la simpleza de las respuestas, aunque por ahora no tenía motivos para contradecirlas.

—¿Y esa noche? ¿Dónde la pasó? —preguntó a bocajarro.

—En la vivienda que he alquilado, está cerca del hotel. Allí es donde vivo ahora. Llegué, estuve solo.

López cerró la libreta despacio. El bolígrafo de López se detuvo sobre el papel.

Nada le dejaba convencida.

—Gracias por colaborar, Juan. Le sugiero que no comente nada de lo hablado hoy con nadie. Es por su seguridad y por la nuestra —dijo en tono firme pero cordial.

Juan asintió, nervioso, y la agente salió del despacho, cruzando el pasillo en dirección a la recepción.

Dos plantas más arriba, la habitación 316 seguía intacta, casi ofensivamente pulcra. Méndez, Blasco y Romero continuaban el registro con la meticulosidad de quien se niega a aceptar que no haya nada más que encontrar. El silencio era tan espeso que cualquier movimiento parecía amplificado.

—Nada —murmuró Blasco, dejando el bloc de notas sobre la mesilla—. Igual que ayer. Ni una huella nueva, ni un indicio distinto.

Romero, arrodillada junto al baño, levantó la vista con gesto cansado.

—He repasado de nuevo las superficies, los desagües, la alfombra, incluso los pliegues de las cortinas. Todo coincide con la primera inspección. No hay fibras nuevas, ni restos orgánicos distintos a los ya registrados.

Méndez se apoyó un momento en el marco de la puerta, exhalando despacio.

—Es desesperante. Da la impresión de que aquí alguien se tomó el tiempo necesario para no dejar absolutamente nada. Ni siquiera el desorden natural de una estancia ocupada.

—O que alguien quiso que pareciera así —añadió Blasco—. Demasiado orden también es una señal.

Romero asintió con lentitud.

—Cuando no hay errores, suele ser porque alguien sabe muy bien lo que está haciendo.

Revisaron por última vez la alfombrilla del baño.

Romero volvió a fotografiar la sombra oscura.

—La marca sigue siendo la misma —confirmó—. Peso constante, misma presión. Nada nuevo.

Méndez cerró los ojos un segundo, como si intentara forzar una idea.

—Todo está congelado en el tiempo —dijo—. Como si este lugar no quisiera contar nada.

—O como si ya lo hubiera dicho todo —replicó Blasco, resignado.

No había más que rascar. Salieron de la habitación y dejaron atrás aquel espacio inmutable, con la sensación de que el verdadero movimiento no estaba en los objetos, sino en las personas.

Encarna aguardaba en el despacho contiguo, de pie junto a la pared, con los brazos cruzados y el gesto tenso. Al ver aparecer a López, se recogió el pelo de forma automática, como si necesitara ordenarse antes de hablar.

—Encarna, ¿podemos hablar un momento? —preguntó la agente en voz baja.

—Claro... sí —respondió ella, adelantándose sin esperar más indicaciones.

La directora observó la escena desde la recepción, inquieta.

—Si necesitan algo, estaré aquí —dijo.

—Gracias. Todo va bien —respondió López con un gesto tranquilizador.

El despacho era pequeño, apenas iluminado. Salcedo permanecía apoyado junto a la pared, en silencio, atento a cada movimiento. Encarna tomó asiento con rigidez, entrelazando los dedos sobre el regazo.

—Necesito que seas sincera conmigo —comenzó López—. Cualquier detalle, por pequeño que parezca, puede ser importante. ¿De acuerdo?

Encarna asintió, tragando saliva.

—¿Conocías a la clienta Laura?

—Solo de vista —respondió—. Como a cualquier otra. Entraba, salía... nunca habló conmigo más de lo normal.

López anotó, sin levantar la vista.

—¿La viste acompañada en algún momento?

—No. Siempre iba sola.

—¿Notaste algo raro en su comportamiento?

—No... nada que me llamara la atención.

La agente dejó un breve silencio antes de cambiar el enfoque.

—Háblame de tu compañero Juan.

La pregunta la tomó por sorpresa. Encarna dudó unos segundos.

—Juan... —repitió—. Trabaja bien. Es serio. Pero... —se interrumpió, buscando las palabras— a veces es raro.

—¿Raro cómo?

—Mira mucho. A las clientas. Demasiado. No hace nada, pero... observa. Y cuando viene mi novio a buscarme, siento que le incomoda.

López no la interrumpió.

—¿Te ha hecho sentir incómoda directamente?

—No, nunca ha dicho nada. Pero hay miradas... y una sensación constante de que está pendiente de todo. De quién entra, quién sale, con quién hablo.

Salcedo observaba con atención, registrando el nerviosismo en las manos de Encarna, el temblor apenas notorio en su voz.

—¿Comentaste esto con alguien del hotel?

—No. No quería problemas.

López anotó despacio.

—Encarna, ¿te suena de algo un tal Enrique? Es del pueblo, ¿lo has visto por aquí alguna vez?

Mientras hablaba, le mostró una fotografía, ligeramente arrugada. Encarna la observó con atención, negando lentamente con la cabeza.

—No, no me suena. No creo haberlo visto nunca —contestó, aunque su cara delataba que intentaba recordar algo más.

López, sin apartar la foto, insistió:

—¿Estás segura? Piensa bien. A veces los rostros se mezclan, pero este hombre ha estado últimamente por el hotel.

Encarna dudó unos segundos, mordiéndose el labio inferior, hasta que de pronto pareció recordar algo.

—Espere... Ahora que lo dice, creo que lo vi hace dos noches.

López, viendo la vacilación, aprovechó para profundizar en sus recuerdos.

—¿Recuerdas qué hizo exactamente cuando le viste esa noche? —preguntó, marcando cada palabra.

Cerró los ojos un instante, intentando reconstruir la escena en su mente.

—La verdad, solo le vi merodear por la parte del jardín del hotel —contestó, bajando un poco la voz—. Estaba solo, caminando despacio, como si buscara algo o a alguien. No entró al vestíbulo ni habló con nadie que yo viera.

López miraba fija, sin dejar pasar el detalle.

—¿Te pareció extraño que estuviera allí? ¿Es habitual ver a huéspedes o visitantes en esa zona a esas horas?

—No, la verdad es que no. Por eso me llamó la atención —admitió — me extrañó mucho verle dando vueltas, pero pensé que quizá estaba esperando a alguien o quería tomar el aire. No le di más importancia en ese momento.

López intercambió una mirada significativa con Salcedo, captando que aquel pequeño gesto de inquietud de Encarna podía ser más relevante de lo que parecía.

—¿A qué hora?

—Serían las nueve y media más o menos.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿Te llamó la atención?

—Sí, pero, como le he dicho, no le di valor en ese instante.

López intercambió una mirada rápida con Salcedo.

—¿Quién estaba de turno antes que tú?

—Juan. Me pidió que le relevara antes, sobre las nueve. Dijo que tenía cosas que hacer.

—¿Vio Juan a Enrique?

—Creo que sí. Miraba hacia la puerta.

—¿Dijo algo?

—No.

López cerró la libreta un instante. Aquella franja horaria empezaba a cobrar forma.

—Gracias, Encarna. Has hecho bien en contarlo.

Encarna respiró aliviada, como si se hubiera quitado un peso de encima.

López repasó mentalmente los hechos: Enrique visto dos noches antes, antes del cambio de turno. Juan, al que Encarna había relevado, sale antes de su hora. «¿Podía Juan saber más de lo que aparentaba?» «¿Es probable que pasara algo más en ese breve lapso de tiempo?» El testimonio de Encarna abriría una nueva línea de incógnitas y, quizá, de sospechas. López decidió guardar silencio.

En ese momento, la puerta se abrió suavemente y apareció Ofelia. Su expresión era tensa, los dedos entrelazados con fuerza.

—Buenas tardes, Ofelia —dijo López—. Vamos a hacerte unas preguntas.

Ofelia asintió y tomó asiento.

—¿Conocías a Laura?

—Solo de vista. Trabajo por las mañanas. Bajaba sola a desayunar.

—¿La notaste diferente esos días?

—No.

López hizo una pausa y cambió de rumbo.

—¿Qué opinión tienes de Juan?

Ofelia bajó la mirada. Dudó.

—Juan es... correcto. Pero... —tragó saliva—, estamos viéndonos fuera del trabajo.

Salcedo levantó ligeramente una ceja.

—¿Puedes precisar desde cuándo estáis juntos? ¿Fue algo reciente o ya veníais viéndoos antes?

—Es muy reciente —aclaró Ofelia, apretando los dedos—. Empezamos a quedar hace unos quince días, todo es muy nuevo.

—¿Dónde estabas la noche del crimen? —preguntó López.

—Con él. Toda la noche.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Solo nosotros... Nadie más lo sabe. Y, por favor, se lo pido —añadió Ofelia, casi en un susurro—, no digan nada a la directora. Está prohibido tener relaciones entre compañeros y no quiero problemas en el trabajo. Me pueden tirar a la calle.

Salcedo le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes, esto queda entre nosotros. No diremos nada que pueda perjudicarte, solo necesitamos aclarar los hechos.

—¿Y a qué hora llegó?

—Pues, serían cerca de las doce, más o menos.

—¿Es normal llegar a esas horas?

—Me dijo que se quedó tomando una cerveza aquí cerca.

—¿Juan te comentó algo de esa noche? ¿Algo raro en el hotel?

—No. Nunca habla del trabajo.

López apagó la grabadora.

—Gracias por tu sinceridad. Esto nos ayuda mucho. Puedes marcharte, y recuerda: lo que nos has contado queda entre nosotros.

Ofelia asintió, visiblemente aliviada, y salió del despacho.

López se quedó unos segundos en silencio, procesando la información. Tres empleados. Tres versiones. Mentiras evidentes. Y, sin embargo, demasiados huecos.

Salcedo habló por primera vez.

—Esto ya no es casualidad.

López asintió.

—No. Aquí hay alguien que sabe más de lo que dice.

En el despacho de la recepción, López permanecía sentada unos segundos más, repasando mentalmente lo escuchado. Encarna y Ofelia habían aportado más inquietud que certezas. Juan seguía siendo una incógnita envuelta en nervios y silencios.

Salcedo rompió el mutismo.

—Tenemos tres testimonios y ninguno encaja del todo.

—Pero juntos dibujan algo —respondió López—. Juan observa demasiado. Enrique aparece en el jardín justo en el cambio de turno. Y nadie recuerda nada más... como si todos miraran, pero nadie quisiera ver.

—O como si alguien se moviera justo en los huecos —apuntó Salcedo.

López asintió.

—El cambio de turno es clave. Es el único momento sin continuidad clara.

—Y es cuando aparece Enrique —añadió Salcedo—. Sin decirlo antes. Sin mencionarlo después.

López, pensativa, apenas levantaba la vista del suelo.

—Jefe, ¿puedo pedirle algo? —preguntó, sin mirarlo—. Me gustaría interrogar a Enrique. Solo cinco minutos, se lo prometo.

Salcedo torció el gesto, dudando

—¿Estás segura?

—No del todo —admitió—. Pero hay algo en su relato que no termina de asentarse. No miente... pero tampoco dice todo.

Salcedo guardó silencio unos segundos antes de asentir.

—Cinco minutos. Nada más. Y quiero escucharlo todo.

Minutos después, de vuelta en el cuartel, Blasco levantó la vista del ordenador cuando vio entrar a López.

—Blasco, necesito que me ayudes a trasladar a Enrique a la sala de interrogatorios. Es solo un momento —le indicó López.

—¿Otra ronda con Enrique? —preguntó, sin sorpresa.

—Sí. Solo un momento.

Blasco se levantó.

—Vamos.

Enrique descansaba tumbado en la celda, con los ojos abiertos y las manos cruzadas sobre el pecho. Al verlos, se incorporó de inmediato.

—¿Pasa algo más? —preguntó, inquieto.

—Solo unas preguntas más —dijo Blasco—. Acompáñanos.

Enrique asintió, resignado, y los siguió por el pasillo hasta la sala de interrogatorios.

El lugar estaba en penumbra, iluminado solo por el fluorescente del techo, que parpadeaba levemente. Enrique tomó asiento frente a la mesa metálica con movimientos torpes, frotándose las manos como si intentara entrar en calor. El ambiente no era hostil, pero sí asfixiante, cargado de una tensión silenciosa.

López abrió su cuaderno con calma. Salcedo permanecía ligeramente ladeado, observando sin intervenir. Blasco se situó junto a la puerta, apoyado en la pared.

—Enrique —comenzó López, con voz serena—, sabemos que llevas horas aquí y que esto no es fácil. No estamos aquí para acusarte de nada nuevo, solo para aclarar algunos puntos que han salido ahora.

—Ya he dicho todo lo que sé —respondió él, casi en un susurro.

—Lo sabemos —replicó ella—. Pero a veces, cuando uno está nervioso, se deja cosas fuera sin darse cuenta.

López consultó brevemente sus notas.

—La noche de los hechos, dijiste que saliste de casa y fuiste directamente hacia el puerto sobre las diez y media. ¿Correcto?

—Sí... más o menos a esa hora.

—Sin embargo —continuó López, sin levantar la voz—, una empleada del hotel te vio cerca de los jardines, junto a la entrada, alrededor de las diez.

Enrique bajó la mirada. Sus dedos se entrelazaron con más fuerza.

—Pasé por allí... sí. Quería ver si Laura estaba.

—Eso no lo mencionaste antes.

—No pensé que fuera importante.

López dejó que el silencio se alargara unos segundos.

—¿Por qué fuiste al hotel?

—Estaba preocupado. No sabía nada de ella. Pensé que quizá querría hablar conmigo.

—¿Entraste al hotel?

—No. Me quedé fuera. Miré un poco y me fui.

Salcedo intervino entonces, con voz grave pero contenida.

—Dicen que mirabas mucho hacia la puerta. Y al reloj.

Enrique levantó la cabeza, incómodo.

—Porque dudaba... no sabía si entrar o no. No quería montar un lío.

—¿A quién esperabas exactamente? —preguntó López.

—A Laura. A nadie más.

López pasó página con un gesto lento.

—¿Conoces a Juan, el recepcionista?

Enrique negó con la cabeza de inmediato.

—Solo de vista. Nunca he hablado con él.

—¿Ni dentro ni fuera del hotel?

—No.

—¿Estuviste con alguien más esa noche?

—No.

López se inclinó ligeramente hacia delante.

—Enrique, hay algo que no encaja. Primero dices que vas directo al puerto. Luego aparece este desvío. No es grave, pero es importante. ¿Por qué no lo contaste desde el principio?

Enrique tragó saliva.

—Porque me puse nervioso. Nunca me había pasado algo así. Pensé que, si decía que estuve merodeando por el hotel, parecería peor de lo que fue.

—¿Parecer peor ante quién? —preguntó López, sin agresividad.

Enrique dudó.

—Ante ustedes.

Salcedo habló de nuevo.

—¿Viste a alguien más en los jardines? ¿Oíste algo? ¿Un coche, una voz?

—No. Todo estaba tranquilo.

—¿Seguro?

—Sí.

López cerró el cuaderno lentamente.

—Última pregunta, Enrique. Y piénsala bien. ¿Hay algo que no nos hayas contado por miedo, vergüenza o por proteger a alguien?

El silencio se volvió casi físico. Enrique respiró hondo, varias veces.

—No —dijo al fin—. No hay nada más. Ojalá pudiera ayudarles más.

López sostuvo la mirada unos segundos más, buscando una fisura que no apareció.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Eso es todo por ahora.

Blasco abrió la puerta. Enrique se levantó con lentitud, como si las piernas le pesaran.

—Gracias —murmuró, antes de salir escoltado.

Cuando la puerta se cerró, López apoyó ambas manos sobre la mesa y exhaló con frustración.

—Es como si estuviera... —buscó la palabra— flotando. Aparece y desaparece. Nadie lo ve del todo.

Salcedo asintió, serio.

—O alguien se asegura de que no lo vean.

López se pasó una mano por el pelo, tensa.

—Lo tiene bien montado. O no es él... o hay alguien más moviendo los hilos.

El silencio volvió a llenar la sala.

Cuando Enrique abandonó la sala de interrogatorios, el pasillo recuperó su silencio habitual. El sonido de la puerta cerrándose resonó más de la cuenta, como si marcara un punto y aparte en la investigación.

López permaneció sentada unos segundos más, mirando la mesa vacía. El reflejo del fluorescente se deslizaba sobre el metal, frío, impersonal. Cerró el cuaderno sin prisa.

—No miente —dijo finalmente—. Pero tampoco dice toda la verdad.

Salcedo se apoyó contra la pared, cruzándose de brazos.

—Eso es lo más peligroso —respondió—. La gente que no miente... solo oculta.

Blasco regresó a la sala con gesto cansado.

—¿Y ahora qué?

López levantó la vista.

—Ahora empezamos a mirar a los lados. Porque si Enrique no es el centro, entonces está orbitando alrededor de algo que todavía no vemos.

Salcedo asintió despacio.

—El hotel es un punto caliente. Y Enrique... —dejó la frase en suspenso—. No me gusta nada cómo encaja todo.

—Ni cómo no encaja —añadió Blasco.

Durante unos segundos, ninguno habló. Afuera, la noche se había instalado por completo sobre Navia. El eco lejano de la música de la Jira llegaba amortiguado, como un recordatorio irreal de que la vida seguía su curso mientras algo oscuro se movía por debajo.

López se levantó y caminó hasta la ventana. Observó la calle casi vacía, las farolas iluminando charcos antiguos, las sombras alargadas

contra las fachadas.

—Hay alguien que sabe exactamente dónde no mirar —dijo—. Alguien que se mueve entre rutinas, cambios de turno, horarios muertos.

—Y que deja marcas —añadió Salcedo—. Botones. Limpieza. Silencio.

López se giró.

—Como si quisiera que lo notáramos. Pero no demasiado.

Salcedo la miró con atención, midiendo sus palabras.

—Este no es un crimen impulsivo. Ni dos. Aquí hay intención... y paciencia.

Blasco se pasó la mano por la cara.

—Y un pueblo entero mirando sin ver.

El reloj del cuartel marcó las 22:17. Un minuto después, una radio crepitó en algún despacho cercano. Todo seguía igual. Y, sin embargo, nada lo estaba.

Salcedo rompió el silencio.

—Mañana seguimos. Quiero revisar de nuevo los turnos del hotel, las cámaras, los movimientos de Juan... y cualquier vínculo con el puerto o los astilleros. Nada queda fuera.

López asintió.

—Y yo quiero volver a hablar con Encarna. Hay cosas que aún no ha dicho en voz alta.

Salcedo cogió la chaqueta.

—Descansad lo que podáis. Esto no ha hecho más que empezar.

Apagaron las luces de la sala y salieron al pasillo. El cuartel quedó en penumbra, custodio mudo de preguntas sin respuesta.

A lo lejos, la música seguía sonando. Risas, vasos chocando, pasos apresurados. Navia celebraba sin saber que, en silencio, alguien estaba escribiendo otra historia muy distinta.

Y esta vez, nadie parecía a salvo.

XII

En el pinar de Veiga de Arena ya quedaba poca gente. La tarde empezaba a deshacerse, iluminando por última vez las copas de los eucaliptos y proyectando sombras largas sobre la alfombra de agujas secas. Los mayores recogían con calma, plegando manteles y guardando platos en bolsas reutilizadas, mientras intercambiaban bromas cansadas, comentarios sobre el calor y algún suspiro cargado de nostalgia.

Las abuelas, con los delantales aún anudados a la cintura y el moño ligeramente deshecho, repasaban una y otra vez que no quedara olvidada ni una taza. Los abuelos, pacientes, apilaban sillas plegables y recogían botellas vacías, resoplando con una sonrisa satisfecha. Sabían que, un año más, la Jira se había celebrado. Incluso esta vez. Incluso a pesar de un muerto que nadie mencionaba en voz alta.

En contraste, la gente joven se resistía a abandonar el ambiente festivo. Se agrupaban en pequeños corrillos junto a los bares Piedra y Rompeolas, aún abiertos, algunos sentados en los bancos de piedra, otros apoyados en las mesas altas. Las carcajadas, los gritos y las voces animadas por las últimas cervezas resonaban entre los pinos, creando una burbuja de alegría que parecía ignorar deliberadamente el paso del tiempo. Unos cuantos improvisaban juegos absurdos, vaso en mano; otros sacaban altavoces portátiles para seguir escuchando música, aunque la orquesta oficial ya hubiera dejado de tocar.

La orquesta, tras haber amenizado la jornada con pasodobles, cumbias y alguna balada melódica, comenzaba a recoger los instrumentos. Algunos músicos intercambiaban anécdotas con los

jóvenes; otros se acercaban a los bares a por una caña, relajados tras el trabajo.

El pinar —formado en su mayoría por eucaliptos— que horas antes había estado repleto de familias, se iba vaciando poco a poco. Aun así, cerca del escenario todavía quedaba vida: parejas que apuraban un último baile, adolescentes haciéndose fotos en grupo para subirlas a redes y algún valiente intentando convencer a un amigo de cantar cuando ya solo quedaban los focos encendidos y una música de fondo casi residual.

El ambiente era de despedida, pero también de promesa. Se hacían planes a media voz, casi como un ritual:

—¿Nos vemos luego en la verbena?

—Vamos antes al bar del puerto.

—No te olvides de la chaqueta, que refresca.

Las conversaciones se mezclaban con el tintinear de las botellas y el arranque de los motores de los coches que venían a recoger a quienes ya no aguantaban más. En el aire flotaba la brisa salina, mezclada con el olor a hierba pisada, perfumes dulces y restos de sidra y cerveza.

Teresa, sin embargo, aunque sonreía y asentía cuando le hablaban, no lograba apartar la vista de la zona donde, en ese momento, la alcaldesa conversaba con dos agentes de la policía municipal. El gesto serio de la regidora contrastaba con el ambiente festivo, y varios en la mesa se giraron, curiosos, siguiendo la dirección de su mirada.

—¿Habéis visto la cara de la alcaldesa? —murmuró la tía Puri, bajando la voz hasta casi un susurro—. Algo pasa. Lleva un rato largo con los municipales y no me gusta un pelo.

El tío Manolo, más pragmático, se encogió de hombros antes de responder:

—Son cosas del cargo, Puri. Seguro que le estarán dando novedades. Con todo el pueblo aquí, es normal. Si hubiera pasado algo grave, ya nos habríamos enterado.

Teresa intercambió una mirada inquieta con su amiga.

—Yo no sé... con los días que llevamos...

—¡No empecemos con teorías! —rio Carmen, restándole importancia—. Hoy tocaba disfrutar. Si hay novedades, seguro que Manolo se entera antes en la sidrería que por boca de la alcaldesa.

Teresa asintió, aunque una sombra persistente seguía empañando su ánimo. Atenta a cada movimiento a su alrededor, comenzó a recoger los restos del mantel, ayudó a su sobrina a ponerse las sandalias y besó a la abuela en la mejilla, con esa nostalgia que dejan las fiestas largas cuando empiezan a terminar.

Carmen, en cambio, se mostraba despreocupada, convencida de que nada debía empañar un día así. Animada por la música que aún sonaba a lo lejos, alzó la voz para despedirse.

—¡No os olvidéis de venir esta noche a la verbena!

—Tía, ¿puedo quedarme un poco más con los primos? —suplicó Marta, tirando suavemente de la mano de Teresa.

—Solo un rato —respondió Teresa, procurando que no se le notara el nerviosismo—. Luego directa a casa con la abuela.

—Déjala, Teresa. Hoy hay que aprovechar hasta el último minuto. ¿Cuándo volverá a juntarse toda la familia así? —insistió Carmen, bajando el tono.

Teresa miró de soslayo hacia el lugar donde la alcaldesa seguía hablando con los agentes.

—Ya... pero con el lío que hay en el pueblo... no quiero sustos.

—Si hay algún problema, nos enteraremos pronto —replicó Carmen con un guiño—. Vamos, que nos espera la ducha y el cambio de ropa.

El camino de vuelta se llenó de confidencias y comentarios inevitables sobre Enrique. El pinar —llamado así desde que los pinos originales desaparecieron tras un temporal que inundó la zona con agua salada— quedaba atrás, todavía perfumado por la brisa marina y los restos de la tarde. Poco a poco se iba quedando desierto.

Teresa caminaba pensativa, las zapatillas marcando un ritmo suave contra el suelo.

—¿Tú crees que irá mucha gente esta noche? —preguntó al fin.

—Seguro. Si algo nos saca de casa es la verbena —respondió Carmen, resistiéndose a dejar entrar el miedo—. Además, después

del susto de estos días, la gente necesita bailar. Aunque sea para olvidar. ¿Tienes ganas?

Teresa dudó.

—Tengo una mezcla rara. Por un lado, sí... por otro, no me quito de la cabeza este ambiente tan extraño del pueblo. ¿Y tú?

—Yo me voy a poner unos vaqueros y voy a bailar hasta que me duelan los pies —sentenció Carmen—. Ya está bien de mirar a todos con sospecha. Esta noche toca reír.

Al llegar a casa de Teresa, se despidieron con un abrazo apretado.

—Nos vemos en media hora —dijo Carmen—. Ni se te ocurra llegar tarde, que luego te entretienes con las pestañas y no sales.

Teresa sonrió, viendo como su amiga se alejaba agitando la mano antes de cruzar la calle.

En el silencio del baño, Teresa dejó que el agua barrera poco a poco la tensión acumulada. Cerró los ojos bajo el chorro caliente y respiró hondo, como si quisiera desprenderse del peso del día. Al mirarse en el espejo, con el vaho empañando el reflejo, se recogió el pelo en un moño improvisado y repasó mentalmente cada momento desde la mañana, intentando ordenar pensamientos que no dejaban de ir y venir.

El ritual cotidiano empezó a devolverle algo de calma: elegir el vestido azul —el de tirantes finos, el que siempre le hacía sentirse distinta—, buscar los pendientes de plata en el cajón donde nunca estaban a la primera, retocar el maquillaje con cuidado, sin prisas.

Al otro lado de la ventana, las primeras notas de la orquesta llegaban amortiguadas por el aire nocturno, mezcladas con risas lejanas y el murmullo constante del pueblo.

Un cosquilleo antiguo, casi infantil, le recorrió la espalda. Hacía tiempo que no sentía esa mezcla de ilusión y nervios antes de salir.

Carmen, en su casa, tarareaba canciones de los ochenta mientras se pintaba los labios de rojo frente al espejo. Revisaba mensajes en el móvil, lanzando respuestas rápidas, y revolvía entre los cajones hasta dar con la pulsera que le había regalado su hermana años atrás. Se la colocó con una sonrisa satisfecha.

—Hoy voy a comerme el baile —se dijo en voz alta, lanzando un beso exagerado a su reflejo.

La explanada del club náutico era ya un mosaico de luces y voces cuando ambas amigas se reencontraron, a pocos metros de la sidrería Antolín. Las guirnaldas colgadas entre las farolas proyectaban sombras irregulares sobre el suelo. Familias enteras charlaban cerca de la barra improvisada; los adolescentes formaban corrillos alrededor de los bancos; los mayores se sentaban en hilera junto al muro, observando el ir y venir con paciencia y cierta melancolía.

Frente a la verbena, la feria desplegaba todo su bullicio bajo luces de colores que parpadeaban y giraban sin descanso. El carrusel, con sus caballitos brillantes, giraba acompañado al eco de una melodía infantil que se mezclaba con los gritos emocionados de los niños en los coches de choque. Cerca del puesto de algodón de azúcar se formaba una pequeña cola, mientras el aire se impregnaba de aromas dulces y fritos.

La tómbola sonaba con su altavoz algo cascado: “¡Un euro, un número, siempre toca!”. Al fondo, el martillo de la fuerza arrancaba aplausos y desafíos entre los mozos del pueblo, y las luces de la noria se reflejaban en los rostros expectantes de quienes esperaban turno.

Todo ese ajetreo se mezclaba con el inicio de la verbena, creando un ambiente vibrante y real, donde la música de la orquesta competía en volumen con el golpe seco de las pelotas en la caseta de los patitos. Las voces de los feriantes se sumaban al murmullo general, y entre la feria y la pista se cruzaban familias, adolescentes y grupos de amigos, cada cual eligiendo dónde dejarse llevar por la noche. Era una mezcla difícil de separar, un conjunto de sonidos, luces y emociones que daba al pueblo un aire de fiesta grande, de las que se recuerdan todo el año.

—¡Por fin! —exclamó Carmen al ver llegar a Teresa, que lucía el vestido azul y el pelo suelto—. Menos mal que vengo yo a ponerte las pilas, que si no te quedas en casa viendo la novela.

—¿Tú has visto cómo está esto? —respondió Teresa, mirando a su alrededor, algo abrumada—. Parece que han venido hasta los veraneantes de la otra punta.

—Nada de agobiarse. Hoy estamos para vivir —sentenció Carmen, ofreciéndole un vaso de cerveza—. Vamos a saludar, que veo a Bea y a Jacobo junto a la barra.

Cruzaron la explanada esquivando grupos, saludando aquí y allá. Bea, con su sonrisa contagiosa, se alegró al verlas.

—¡Pero bueno, por fin! Teresa, estás guapísima. ¿De dónde has sacado ese vestido?

—Es el de las bodas aburridas —bromeó ella—. Pero hoy quería algo que me recordara a otros tiempos.

Jacobo, con un vaso en la mano, se sumó a la conversación.

—Esta noche promete. ¿Os habéis enterado de que han puesto barra doble? Carmencita, ¿vas a bailar conmigo esa de Los Panchos o seguimos con pasodobles?

—¡Contigo bailo hasta la conga! —rio Carmen—. Pero primero cerveza y después cotilleo. ¿Habéis visto a la alcaldesa? Parece menos tensa que esta tarde.

La música subió de volumen y la gente empezó a animarse en la pista.

—Venga, que esta canción es nuestra —dijo Carmen, tirando suavemente del brazo de Teresa—. Si no bailas ahora, te saco yo a la fuerza.

—Pero si esta es “Marinero de luces” —protestó Teresa, aunque la melodía ya le traía recuerdos de otros veranos, de otras noches parecidas.

—Justo por eso —respondió Carmen, empezando a moverse al compás—. Ven.

Mientras la música seguía sonando y la pista comenzaba a llenarse, Jacobo se acercó un poco más, bajando la voz para no llamar la atención. Miró primero a Carmen y luego a Teresa, como si midiera hasta dónde podía llegar.

—Oye... ¿sabéis algo de Enrique? —preguntó al fin—. He oído rumores, pero no me aclaro con nada.

Carmen negó con la cabeza de inmediato y suspiró, apartando la mirada hacia la pista.

—Mejor no me preguntes ahora, Jacobo.

—Pero ¿está bien? —insistió él, con un gesto sincero de preocupación.

Teresa se encogió de hombros, sin poder ocultar el desasosiego.

—Eso espero. Imagino que aún estará en el cuartel.

—¿Y creéis que es inocente?

—Por supuesto —respondió Carmen sin dudar—. Enrique no haría nada malo. Seguro que todo se aclarará pronto.

Jacobo asintió despacio, aunque la duda seguía reflejada en su rostro. Dio un sorbo a la bebida antes de hablar de nuevo.

—Ya... es que se dicen muchas cosas. Y cuando el pueblo empieza a hablar...

Un silencio incómodo se coló entre los tres, roto solo por el estribillo de la canción y los aplausos dispersos.

Carraspeó y lanzó otra pregunta, esta vez con más cautela.

—¿Y esa chica, la amiga vuestra?

Las dos amigas intercambiaron una mirada rápida, casi automática.

Fue Carmen quien contestó, quitándole hierro al asunto.

—Laura... bueno, apenas la conocemos. Es solo alguien con quien hemos coincidido estos días.

—Sí —añadió Teresa—. No tenemos trato con ella, la verdad.

Asintió, aceptando la respuesta, aunque parecía quedarse con ganas de más.

—Bueno... pues esperemos que todo se resuelva y que pronto podamos brindar con Enrique aquí, como siempre.

Carmen levantó el vaso, forzando una sonrisa.

—Eso. Brindaremos por las buenas noticias. Ya verás como todo sale bien.

—Claro —apoyó Teresa, deseando contagiar optimismo—. Esta noche toca pensar en positivo, ¿no?

Jacobo respondió con un gesto ambiguo y, aunque la preocupación no se le borraba del todo, trató de integrarse de nuevo en el ambiente festivo.

—Venga, que aún quedan muchas canciones y la noche es joven. Pero si sabéis algo más de Enrique, avisadme.

—Por supuesto —aseguró Carmen—. Serás el primero en enterarte.

Poco a poco volvieron a mezclarse entre el gentío. A ojos de Jacobo, la actitud de ambas podía parecer despreocupada, incluso evasiva. Sonreían, bailaban, levantaban los vasos. Sin embargo, ni Teresa ni Carmen lograban relajarse del todo. De vez en cuando, sin darse cuenta, ambas lanzaban miradas hacia la entrada de la explanada, como si esperaran ver aparecer a Enrique en cualquier momento.

La música seguía sonando, las luces giraban y el ambiente se animaba, pero bajo esa apariencia festiva se colaba una inquietud difícil de ignorar. Algo flotaba en el aire, invisible, haciendo que cada risa sonara un poco más forzada y cada brindis durara menos de lo habitual.

Mientras la verbena alcanzaba su punto álgido entre luces de colores y canciones alegres, el cuartel de la Guardia Civil, a apenas unas calles de distancia, parecía existir en otro tiempo.

Allí dentro, la vida quedaba suspendida en una calma tensa, pesada, como si cada segundo costara el doble.

El murmullo lejano de la música llegaba amortiguado, casi irónico, recordando que fuera la normalidad seguía su curso. Las puertas metálicas, cerradas a cal y canto, reforzaban la sensación de aislamiento. Solo de vez en cuando se escuchaban pasos apresurados de agentes cruzando los pasillos, el roce de unas botas o el chasquido seco de una puerta al cerrarse.

En una de las celdas, Enrique permanecía sentado en el catre, la mirada fija en una mancha del suelo que parecía no desaparecer nunca. Llevaba horas allí dentro, aunque había perdido la noción del tiempo. El zumbido constante del aire acondicionado era su única compañía.

La noche era calurosa; el frescor de las losas se agradecía en el cuerpo y, por momentos, un leve temblor le recorría los brazos sin saber si era por los nervios o por la temperatura.

—¿Necesitas algo? —preguntó un agente desde la puerta, sin acercarse demasiado.

Enrique levantó la vista despacio.

—Agua, si puede ser. Y... —dudó un instante— ¿han dicho algo de cuándo podré hablar con alguien?

—Te traigo ahora —respondió el agente con tono cansado—. Y ya te avisarán los de la UCO.

En la celda de enfrente, Laura permanecía tumbada de lado, mirando la pared. Tenía las manos entrelazadas bajo la mejilla. A primera vista parecía tranquila, pero su respiración rápida y superficial la delataba.

Una agente entró con una sábana doblada.

—Aquí tienes, por si deseas taparte —dijo, dejándola a los pies del catre.

Laura apenas se movió. Pasaron unos segundos antes de que, con voz ronca, preguntara.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? No he hecho nada.

—Eso no me corresponde a mí —respondió la agente, procurando sonar comprensiva—. Lo mejor es que intentes descansar. Ya habrá tiempo de hablar.

Laura asintió en silencio.

Cuando la puerta se cerró, permitió por primera vez que una lágrima le resbalara por la mejilla, sin sollozos, sin ruido.

En la sala de reuniones, la atmósfera era muy distinta a la de la fiesta del pueblo. Un gran panel en la pared reunía fotografías, esquemas y cronogramas unidos por un entramado de hilos rojos y notas adhesivas. Sobre la mesa central descansaban dos informes: el del cadáver hallado en el parque y el del asesinato de Marcos. Fotografías de las escenas, autopsias y anotaciones se mezclaban formando un conjunto abrumador.

El teniente Salcedo repasaba los documentos con gesto cansado. Méndez y Blasco, sentados a ambos lados, intercambiaban hipótesis en voz baja.

—No puede ser casualidad —dijo Salcedo, señalando uno de los informes con el bolígrafo—. Mismo patrón de heridas, misma forma

de actuar, incluso la disposición del cuerpo. Es prácticamente calcado.

El tic-tac del reloj colgado en la pared marcaba el paso del tiempo con una insistencia incómoda.

En menos de doce horas, al mediodía del día siguiente, tendrían que decidir si liberar a Enrique y a Laura o reunir argumentos suficientes para justificar su detención.

Salcedo, con la camisa arrugada y el rostro fatigado, volvió a repasar los interrogatorios más recientes mientras varias tazas de café a medio consumir se acumulaban en la mesa.

—¿López, tienes un momento? —llamó sin levantar la vista.

Los agentes dispersos por la sala alzaron la cabeza, atentos. Salcedo fue directo:

—Quiero repasar lo de ayer, sobre todo los interrogatorios de los recepcionistas del hotel. ¿Te quedó alguna impresión que merezca la pena?

López consultó sus apuntes antes de responder.

—Con Juan tuve la sensación de que ocultaba algo. Estaba inquieto y sus respuestas parecían demasiado medidas, casi memorizadas. Pero al profundizar en los turnos y los registros, no encontré contradicciones claras. Con Ofelia fue distinto. Más espontánea. Al principio pensé que podía estar fingiendo, pero su coartada parece sólida. Estaba en su casa en la franja horaria clave... o eso creo.

Salcedo frunció el ceño.

—¿Nada que te chirriara especialmente?

—No en lo esencial —negó López—. Pregunté por movimientos de huéspedes, por si vieron a Enrique o a Laura juntos, por detalles fuera de lo común. Nada. Juan repitió varias veces que solo vio a Laura de pasada. Y no titubeó con las preguntas trampa. Si mienten, lo hacen muy bien. Pero, al menos Ofelia, creo que dice la verdad. Y Juan... no lo sé.

Blasco, que había estado escuchando junto a la pizarra, intervino:

—¿Y si estamos mirando en la dirección equivocada? No tenemos móvil claro ni patrón de conducta. Enrique es reservado, Laura

parece asustada, y los del hotel solo se pisan los talones entre ellos. Y, mientras tanto, tenemos otro muerto sin ninguna pista.

Méndez añadió, apoyándose en el respaldo de la silla.

—La presión del plazo no ayuda. Si mañana al mediodía no hay algo más sólido, se nos cae todo el caso. ¿Y si hay alguien más implicado que se nos está escapando?

Durante varios minutos se sucedieron las hipótesis y las dudas, preguntas lanzadas al aire sin respuesta. El ambiente se volvió más espeso a cada segundo que pasaba.

—Estamos atascados —resumió Salcedo al fin, con voz baja—. No hay pruebas materiales, ni testigos directos, ni confesiones. Solo coincidencias y vacíos. Si no encontramos un hilo del que tirar antes de que venza el plazo, mañana a las doce tendremos que soltarles. Y el asesino, si está entre ellos, seguirá libre.

El silencio que siguió fue más pesado que cualquier discusión.

—No podemos descartar a Enrique ni a Laura, por mucho que nos pese. Él sigue sin poder explicar algunos de sus movimientos la noche del crimen. Y ella... podría haber salido del hotel sin que nadie se diera cuenta, sobre todo si alguien la ayudó o si aprovechó algún descuido en la recepción.

Blasco, con el ceño fruncido, se echó hacia delante.

—Pero si el asesinato del parque de doña Isadora se cometió con el mismo patrón, ¿qué sentido tiene? ¿Estamos seguros de que es el mismo autor? ¿O hay un imitador?

Méndez se pasó la mano por la barba, pensativo.

—Lo único que está claro es el modus operandi: ataque rápido, silencioso, sin dejar huellas. Eso no es casualidad. Y los perfiles de las víctimas, aunque distintos, tienen algo en común: ambos se movían en círculos cerrados, casi herméticos.

Salcedo suspiró, abatido.

—Demasiadas coincidencias para que sean casuales. Pero ni Enrique ni Laura parecen el tipo de persona capaz de algo así. Aun así, son los únicos cuyas coartadas no hemos podido blindar del todo. ¿Y si todo es una casualidad?

Blasco lo interrumpió.

—¿Y si estamos pasando por alto algo de esa noche? Quizá alguien usó a Enrique o a Laura como tapadera. O peor, tal vez uno de los dos se marchó del hotel y volvió antes de que nadie se diera cuenta. No sería la primera vez que un sospechoso engaña a todo el mundo con una coartada perfecta.

Méndez asintió.

—Además, el asesinato del parque de doña Isadora complica todo. Si el autor es el mismo, hay alguien más jugando al despiste... y mi teoría es que nada tiene que ver el uno con el otro.

Salcedo cerró el dossier con un golpe seco y concluyó:

—No nos queda otra que volver a revisar cada detalle, cada declaración. Hasta que algo encaje o mañana, a mediodía, tengamos que dejarles marchar y cruzar los dedos para que el asesino no vuelva a atacar.

El murmullo de los agentes se apagó, ahogado por la urgencia y el cansancio. En la sala, la noche parecía aún más larga bajo la amenaza inminente del mediodía.

Una densa atmósfera de incertidumbre y agotamiento extremo se respiraba dentro del cuartel.

Entre el murmullo de hipótesis y el peso del plazo que se les echaba encima, la agente López se movía con un gesto cansado, como si cada paso requiriera un esfuerzo adicional.

Desde hacía horas arrastraba un malestar persistente.

El viaje hasta Navia había sido más largo de lo habitual y su cuerpo se lo estaba recordando sin contemplaciones.

El dolor le subía desde el vientre en oleadas, punzante, y el sudor frío le perlaba la frente. Intentaba concentrarse en los detalles del caso, pero el zumbido constante en las sienes le dificultaba mantener la atención.

Dudó unos segundos antes de acercarse a Salcedo, que seguía absorto en los expedientes. Bajó la voz, procurando no llamar la atención del resto del equipo.

—Jefe, ¿puedo retirarme un rato? —preguntó con tono contenido—. No me encuentro bien. El viaje se me ha hecho eterno y necesito descansar un poco. No quiero ser una carga ahora mismo.

Salcedo levantó la vista, sorprendido al principio. La dureza usual de su expresión se suavizó ligeramente al observarla con más detenimiento.

—Por supuesto, López —respondió en voz baja—. Todos estamos al límite. Descansa y recárgate. Pero necesito que mañana estés aquí a las siete en punto, ¿de acuerdo?

—Claro, teniente —contestó ella, aliviada, aunque con un deje de culpa.

Blasco intervino desde su sitio, con una sonrisa cansada.

—Aprovecha y duerme por nosotros también. Mañana nos toca madrugar a todos.

—Y que no te despierte el camión de la basura —añadió Méndez con ironía amable—, que aquí pasa antes del amanecer.

López esbozó una sonrisa débil, agradeciendo el intento de quitarle hierro al asunto. Recogió sus cosas con rapidez. Antes de salir, cruzó una última mirada con el equipo, recibiendo gestos de ánimo y alguna broma discreta.

—Que sueñes con pistas y no con sospechosos —bromeó Blasco, levantando la taza de café.

—Pon la alarma —apostilló Méndez—, que el teniente no perdona los retrasos.

López salió de la sala con paso lento, dividida entre el alivio y la frustración. Sabía que necesitaba descansar, pero dejar al equipo en un momento tan delicado le pesaba más de lo que quería admitir.

El aire fresco de la noche le ayudó a despejar la cabeza.

Al llegar al pequeño apartamento cerca del cuartel, se permitió un suspiro largo antes de prepararse una infusión. Se tumbó en el sofá, con la esperanza de que el sueño le devolviera algo de fuerzas para el amanecer.

A las siete de la mañana, tanto a Enrique como a Laura les llevaron el desayuno, cada uno en su celda.

Laura apenas entendía nada. El dolor por la pérdida de Marcos la golpeaba con fuerza, a pesar de todo lo ocurrido entre ellos. Hablaba sola a ratos, en voz baja, como si necesitara escucharse

para ordenar el desconcierto. Enrique, en cambio, permanecía en silencio, la mirada perdida y una expresión ausente. Sabía que era inocente, pero no lograba comprender la maraña de sospechas que lo mantenía allí encerrado. Solo quería salir, recuperar su vida y dejar atrás aquel laberinto.

Ambos estaban atrapados, no solo entre las paredes de la celda, sino en sus propios pensamientos.

Laura luchaba contra la culpa y el recuerdo; Enrique, contra la frustración y la incomprensión. Dos mundos paralelos, cerrados sobre sí mismos, mientras la investigación seguía avanzando fuera, ajena a sus silencios.

A las 7:45, el operativo para registrar la casa de Enrique se puso en marcha con una precisión tensa. El cuartel bullía con el ir y venir de agentes ajustándose las chaquetas y comprobando radios.

Salcedo, apoyado en el marco de la puerta de la sala de reuniones, consultó el reloj por quinta vez en diez minutos.

El gesto se le endureció al comprobar que López aún no había llegado. Masculló entre dientes, apenas audible.

—Esto me pasa por ser blando... —gruñó mientras rebuscaba las llaves del coche—. No estamos para fisuras hoy.

Méndez, que organizaba la documentación junto al tablón, intentó aliviar la tensión.

—Igual se le pegó la sábana, jefe. Con el camión de la basura todas las noches, sorprende que alguien duerma.

Salcedo lanzó una mirada severa, pero no respondió. Alzó la voz, marcando el tono.

—Bien. Dos coches camuflados. Nada de sirenas ni uniformes visibles. No quiero llamar la atención, ¿queda claro?

—Sí, señor —respondieron.

—Méndez, conmigo. Blasco, tú con Romero. Si López aparece, que se una donde sea.

El operativo comenzó a moverse. El margen se estrechaba y todos lo sabían: ya no había espacio para errores.

Romero murmuró a Blasco en voz baja.

—Hoy no está para bromas, ¿eh?

—Normal —respondió—. Nos jugamos mucho. Y sin López, falta uno menos que intervenir.

Un zumbido de móviles y walkies puso en marcha a todos. Salcedo, ya inquieto, se detuvo un instante junto al tablón y, casi para sí mismo, añadió.

—A ver si al menos este registro nos da algo... porque si no, a las doce estamos jodidos.

Con esa nerviosidad, los agentes preparados para salir con prisas, atravesando el patio bajo el cielo claro de la mañana asturiana. Las puertas de los coches camuflados se cerraron casi al unísono.

El operativo se puso en marcha con rapidez contenida. Los movimientos bajo un cielo despejado que contrastaba con el nudo que todos llevaban en el estómago. Las puertas del cuartel se cerraron casi al mismo tiempo y, sin sirenas ni luces, se incorporaron a la carretera.

La casa de Enrique parecía aún dormida cuando llegaron. Una quietud extraña flotaba en el aire, como si incluso el vecindario contuviera la respiración. Salcedo pulsó el timbre con insistencia.

Pasaron unos segundos eternos.

Volvió a llamar.

Finalmente, la puerta se abrió despacio. La madre de Enrique apareció en el umbral, en pijama y con el pelo revuelto, el rostro marcado por el cansancio.

—¿Ya otra vez? —gruñó, sin disimular el fastidio—. No he desayunado siquiera. ¿No pueden esperar?

Salcedo le mostró la orden de registro con gesto sereno.

—Buenos días, señora. Necesitamos pasar.

Ella resopló y se apartó, dejándolos entrar. En cuanto cruzaron el recibidor, el equipo se dividió de forma automática.

Romero se dirigió escaleras arriba, ajustándose los guantes.

—Subo a la primera planta. Reviso habitaciones —avisó—. Os digo algo en cuanto encuentre lo que sea.

Salcedo y Méndez comenzaron en el salón, abriendo cajones y desplazando muebles con movimientos precisos. El teniente marcaba el ritmo con órdenes breves.

—Méndez, marcos de las puertas y huecos bajos. Yo me encargo de la cómoda y los estantes.

—Aquí todo huele a limpiador —murmuró Méndez, medio en serio—, pero si hay algo escondido, saldrá.

Desde arriba llegó la voz de Romero.

—De momento, limpio. Voy con el armario.

Méndez se detuvo frente a una vitrina repleta de figuritas.

—Jefe, sinceramente... esta casa no parece la de un asesino.

Salcedo no levantó la vista.

—No te fíes de las apariencias. El segundo asesinato no me deja tranquilo. Algo no encaja.

Fuera, Blasco vigilaba la calle. Fue entonces cuando vio aparecer a López, apresurada, con el gesto todavía somnoliento. Resopló al verla.

—Menudas horas —murmuró—. Entra ya y no hagas ruido. Salcedo está de uñas.

—Me he quedado dormida, Blasco. Anoche no pegué ojo...

Blasco le cortó con tono bajo, para no llamar la atención.

—Pues mejor entra ya y no hagas ruido. Ponte a inspeccionar sin levantar la voz, porque hoy Salcedo no está para bromas.

López asintió, ajustándose la chaqueta antes de cruzar el umbral. Nada más verla, Salcedo la fulminó con la mirada.

—López. Llegas tarde —dijo seco—. Súbete con Romero. Quiero despacho y baños revisados a fondo.

—Sí, jefe —respondió ella sin replicar.

La madre de Enrique, sentada ahora en el sofá y envuelta en la bata, observaba en silencio cada movimiento, con una mezcla de miedo y desafío en la mirada.

—Mi hijo no es un asesino —soltó de pronto—. Busquen lo que quieran.

El registro continuó.

Méndez levantó una alfombra y masculló para sí.

—Aquí hasta el polvo parece sospechoso.

Romero bajó con su bolsa de trabajo.

—Nada relevante arriba, pero falta revisar el cuarto de Enrique más a fondo. López, ven conmigo.

Salcedo, sin perder el control, se acercó a la madre.

—No se preocupe, señora. Hacemos lo correcto. Si recuerda algo, cualquier detalle, por insignificante que parezca.

El sonido de cajones, pasos y murmullos llenaba la casa. Hasta que Méndez, al levantar una pila de jerséis, notó algo rígido entre la ropa. Tiró con cuidado y extrajo una libreta negra, gastada por los bordes.

—Jefe... —llamó, alzándola—. Mire esto.

Salcedo se acercó. Al abrirla, encontraron páginas cubiertas de anotaciones inconexas, dibujos de figuras humanas deformadas, cuchillos trazados con líneas nerviosas, fechas subrayadas una y otra vez. El día de la muerte de Marcos aparecía repetido. Frases sueltas: “El silencio pesa más que la culpa”, “el final siempre es oscuro”.

—Esto no es normal —musitó Méndez.

—No es una prueba —respondió Salcedo con cautela—, pero tampoco es inocente. Dice mucho más de lo que parece.

—Las frases son preocupantes. Habla de muerte, de culpa, como si estuviera procesando algo muy oscuro. ¿Cree que puede estar relacionado con el asesinato?

—No hay indicios directos, solo patrones —reflexionó Salcedo—. Pero esto encaja con el perfil de alguien que no está bien, alguien obsesionado con la idea de la muerte. No podemos descartar nada y dice mucho.

Méndez añadía, en tono bajo.

—Quizá necesitemos que lo evalúe un psicólogo. Esta libreta puede ser la clave para entenderlo, o al menos para saber qué tiene en la cabeza.

Durante más de una hora siguieron registrando la vivienda. No hubo armas, ni ropa manchada, ni rastros incriminatorios. Solo preguntas nuevas.

La madre de Enrique, en silencio, observaba los movimientos desde el umbral, como si temiera que cualquier objeto pudiera volverse una prueba en contra de su hijo.

Al terminar, Méndez se recompuso.

—¿Nos vamos jefe?

Ya en la puerta, los agentes se detuvieron un instante bajo el cielo azulado. Salcedo resumió en voz baja.

—No tenemos pruebas, pero sí más preguntas. Esto nos ayuda a perfilar a Enrique, aunque seguimos lejos de una acusación sólida. Lo importante es no perder de vista lo que revela sobre su carácter. Es turbador, sí. Hay que seguir tirando del hilo.

A las 10:30, el margen se había reducido al mínimo. En el cuartel, la presión era palpable. Sabían que, sin pruebas sólidas, debían tomar una decisión.

Durante ese tiempo, cada minuto contaba.

Los miembros del equipo se afanaban en revisar registros, contrastar testimonios y cruzar datos en busca de algún hilo del que tirar.

En ese maratón silencioso, todos comprendían que la justicia se mide también en la paciencia y el rigor, y que a veces lo más difícil es saber cuándo dejar ir.

Salcedo, visiblemente molesto, se dirigió a la máquina de café, preparándose una taza mientras lanzaba miradas de desaprobación.

Acto seguido, llamó a López al despacho con voz seca.

—López, entra ahora mismo —ordenó, sin apenas mirarle.

La agente, algo nerviosa, cerró la puerta tras de sí y esperó en silencio. Salcedo se giró bruscamente, con el café en la mano.

—¿Sabes qué hora era cuando has llegado al operativo esta mañana? No permito llegar tarde, y esto no es cumplir con el deber que tienes ni con el compromiso adquirido. La próxima vez, te amonesto con un informe y te lo advierto aquí, delante de ti —dijo con tono firme y cortante.

López bajó la mirada claramente avergonzada.

—Lo siento mucho, jefe. No volverá a pasar. Es que... anoche me llamó mi anterior superior, de la unidad de Cáceres, donde estuve destinada tres meses. Me llamó para ver como estaba, y como me iba aquí. La conversación se alargó más de lo que esperaba y no pude dormir bien. Sé que no es excusa, pero de verdad lo lamento.

Salcedo resopló, intentando contener el enfado.

—No me sirven las excusas personales en mitad de una investigación de asesinato. Aquí estamos para trabajar y para que el

equipo funcione. Si tienes cosas personales, las gestionas en otro momento. ¿Me has entendido?

—Sí jefe. Entendido. No volverá a ocurrir, de verdad.

—Eso espero —remató Salcedo, zanjando la conversación mientras daba un sorbo de café—. Ahora vuelve con los demás y céntrate. Tenemos demasiado en juego para perder tiempo.

Salió del despacho, aun sintiendo el peso de la reprimenda.

Blasco cerró el expediente de Laura, lo dejó sobre la mesa y miró a sus compañeros con gesto serio.

—No tenemos nada sólido —empezó, dejando que el silencio pesara un instante—. Ni huellas, ni testigos, ni pruebas materiales.

Méndez, que había permanecido pensativo, asintió con cierta resignación.

—Lo hemos interrogado dos veces, revisando coartada, y no hay fisuras. Si lo retenemos más tiempo, podríamos estar cometiendo algo ilegal y podría iniciar acciones legales contra nosotros.

López intervino, en tono algo más analítico.

—Coincido. No podemos dejar que el miedo o la presión nos lleven a buscar culpables donde no los hay.

Antes de abandonar el despacho, Blasco planteó en voz alta una última duda que pesaba sobre todos.

—Y sobre la libreta que hemos encontrado en la casa de Enrique, ¿qué pensáis? —preguntó, con el ceño fruncido, dirigiéndose a sus compañeros.

López se adelantó, aún con la tensión del momento reflejada en el rostro

—He estado leyéndola —respondió—, y es cierto que refleja un comportamiento obsesivo, casi enfermizo, con detalles sobre sus rutinas, movimientos de los vecinos, e incluso anotaciones sobre Laura. Pero... no hay nada que le delate directamente. Es la definición de un patrón obsesivo. No hay amenazas explícitas, ni referencias directas al crimen.

Méndez, apoyado en la pared, resopló.

—Es como tener una pieza importante de un puzle, pero sin saber en qué lugar encaja —refunfuñó, mirando alternativamente a sus compañeros—. Sabemos que algo no cuadra, que se nos escapa

algo. Puede que la libreta oculte un mensaje, o que nos falte una pieza clave para interpretarla.

Blasco golpeaba con los dedos en la mesa.

—Nada nos lleva a una acusación directa —admitió, con un deje de impotencia—. Pero esa sensación de que hay algo más, algo que no vemos... no puedo quitármela de la cabeza.

—No podemos descartar nada aún. Si se nos está escapando algo, tiene que estar ahí, delante de nuestros ojos —dijo López asintiendo lentamente

—Todo nos lleva al mismo punto de partida. Nada. —indicaba Méndez con resignación.

—Pues entonces, cerremos el informe.

Los dos agentes se plantaron frente a la puerta del despacho, intercambiando una mirada de complicidad antes de llamar suavemente.

Desde dentro, la voz de Salcedo sonó áspera, seguía con mucho cabreo.

—Adelante.

Méndez y Blasco entraron, cerrando la puerta tras ellos. Salcedo levantó la vista de unos papeles, con gesto impaciente.

—¿Qué tenéis?

Blasco tomó la palabra, con tono firme, pero con respeto.

—No tenemos nada —admitió Blasco—. Ni para Laura ni para Enrique.

—Retenerlos sería ilegal —añadió Méndez—. Podría volverse contra nosotros.

—¿Estáis seguros? —preguntó, mirándolos fijamente—. ¿No os dejáis nada?

Méndez intervino, respaldando a su compañero.

—Sí, jefe.

Salcedo guardó silencio unos segundos. Luego habló, cansado.

—Dejadlos en libertad. Vigilancia discreta. Que ninguno salga del pueblo.

Nadie celebró la decisión. La incertidumbre pesaba más que cualquier orden.

Antes de que Blasco cerrara la puerta, se atrevió a preguntar:

—Jefe... ¿cree que Enrique es culpable?

Salcedo tardó en responder.

—Creo que sabe más de lo que dice. Pero el cadáver del parque... eso no es cosa suya. Ahí hay alguien más. Y sigue libre.

El reloj marcaba las últimas horas del plazo legal y, aun así, la decisión no era fácil.

—Teniente —se atrevió a preguntar Méndez, rompiendo la tensión—. Si soltamos a Enrique ahora, ¿no corremos el riesgo de que desaparezca? Ya sabe como está el ambiente en el pueblo, cualquier paso en falso...

Blasco intervino, inquieto.

—Y Laura, ¿cree que no se pondrá en contacto con él si ambos salen libres? Podrían coordinarse, ocultar pruebas, incluso convencer a algún testigo.

Salcedo tragó saliva, mirando fijamente la brasa de su cigarro. Dudaba.

—Esa mujer caerá por su propio peso.

No era únicamente una cuestión de legalidad, sino de intuición; a veces, la falta de pruebas era más desconcertante que su presencia. «¿Realmente hemos indagado lo suficiente?», se preguntó. «¿Y si el asesino estaba a punto de escapársenos por un tecnicismo?» —cavilaba.

Salcedo asintió, visiblemente cansado, y tras una última calada, apagó el cigarro en el cenicero de metal.

—No tenemos nada. Dejad a los dos en libertad.

—¿Está seguro, jefe? ¿No nos la estamos jugando demasiado?

Un segundo de vacilación, apenas perfectible, cruzó el rostro de Salcedo.

—No estoy seguro de nada —admitió, bajando la voz—. Pero tampoco puedo hacer otra cosa. Veremos qué sucede. Y recordad, si hemos pasado algo por alto, el culpable no tardará en mostrarse.

—Y sobre Enrique, ¿qué piensa? Yo tengo mis dudas —interpeló Blasco, ya en la puerta del despacho.

Salcedo se quedó mirando un instante al infinito. Se frotó la barbilla, pensativo, antes de contestar.

—De momento, tiene muchas papeletas. Su actitud, algunas contradicciones. Todo apunta a que está lidiando con algo muy oscuro. Pero no podemos precipitarnos. Hay detalles que no encajan.

—¿A qué se refiere? ¿No cree que su actitud y dudas son suficientes para considerarle principal sospechoso?

—No lo niego —asintió Salcedo—. Pero el cadáver encontrado en el parque de doña Isadora... Los informes forenses apuntan a una violencia contenida, casi fría. Además. No dejo de pensar, que sea solo una mera coincidencia los dos asesinatos.

Méndez, inquieto, asintió.

—Además, estuvo cerca de la escena del crimen la noche que mataron a Marcos. Su móvil se conectó a la antena de la playa. Aunque él dice que solo paseaba para despejarse.

Salcedo negó con la cabeza, mirando por la ventana.

—No es tan sencillo. De Enrique tenemos sospechas, pero ni una sola prueba sólida. Ni huellas, ni manchas de sangre, ni testigos directos. Y el cuerpo en el parque... hay algo en la disposición, en la forma de ocultarlo, que no encaja con nada. Y los dibujos de la libreta me perturban.

—¿Cree entonces que Enrique sabe algo, pero no es el asesino? ¿O que podría estar encubriendo a alguien?

—Puede que sí —admitió Salcedo—, o puede que sea solo un joven perturbado por la muerte de Marcos, incapaz de gestionar el duelo. No lo perdamos de vista. No descartéis la posibilidad de que sea una pieza más, no el autor material.

Blasco asintió, cabizbajo.

—¿Y la madre? ¿Qué hacemos con ella?

—Por ahora, nada. Vigilemos cualquier movimiento extraño, pero no la presionemos más. Está asustada y cualquier paso en falso podría hacer que Enrique se cierre aún más. Mantengamos la vigilancia discreta. Y, por favor, no dejéis que la presión nos lleve a cometer un error. Hay mucho en juego y demasiadas preguntas sin respuesta.

Salcedo los despidió con un gesto de la mano, mientras retomaba sus papeles.

—Bien. Entonces, hagamos lo acordado, y no os despistéis.

Los agentes asintieron.

El reloj avanzaba implacable. El asesino, siempre un paso por delante.

Y en Navia, la fiesta había terminado.

XIII

Salcedo se quedó solo en el despacho, rodeado de ese silencio espeso que, a ciertas horas, oprimía más que el bullicio constante de la comisaría. Los papeles seguían extendidos sobre la mesa, ordenados solo en apariencia, esperando una lógica que no terminaba de revelarse.

Se frotó el puente de la nariz, cerrando los ojos unos segundos, como si así pudiera borrar el cansancio acumulado... o las dudas que no dejaban de asediarlo.

Dudaba.

«¿Y si soltar a los dos había sido un error?»

«¿Y si, en el fondo, no era más que una forma elegante de no reconocer que no tenían nada sólido?»

Había tomado decisiones peores en su carrera, pero pocas le habían dejado ese sabor agrio en la boca, esa sensación de estar caminando sobre hielo fino.

El timbre estridente del teléfono rompió la quietud con violencia, haciéndole dar un respingo involuntario. Miró el aparato unos segundos, como si alargar ese instante pudiera retrasar lo inevitable.

Finalmente, descolgó.

—Salcedo al habla —gruñó, intentando sonar firme, aunque notaba la garganta seca.

Al otro lado, la voz de la alcaldesa llegó cargada de tensión contenida, de esa urgencia política que nada tenía que ver con el tiempo lento de una investigación real.

—Teniente, le llamo porque estoy realmente preocupada. Me llegan rumores contradictorios sobre la investigación. La gente empieza a impacientarse y el pueblo necesita respuestas. ¿En qué punto estamos?

Salcedo apoyó el codo sobre la mesa y se pasó la mano por la frente. No era la primera llamada. Tampoco sería la última.

—Esta mañana hemos liberado a Laura. No hay pruebas concluyentes contra ella. Enrique también está en libertad; tampoco tenemos nada que lo incrimine de forma directa. Trabajamos sin descanso, alcaldesa, pero las piezas no encajan tan fácil como parece desde fuera.

Hubo una breve pausa. Al otro lado, el silencio era tan elocuente como una acusación.

Después, la alcaldesa resopló, dejando escapar la crispación acumulada.

—¿Y con todos los recursos que hemos puesto a su disposición, esto es lo máximo a lo que hemos llegado? El pueblo habla, teniente. Y no precisamente bien. Le recuerdo que el ayuntamiento está dispuesto a colaborar, a ofrecer más medios si hace falta.

La respuesta de Salcedo fue fría, casi cortante. Había aprendido hacía tiempo que la distancia era la única defensa ante la presión política.

—Agradecemos el apoyo, pero déjenos trabajar. No necesitamos más ojos ni más presión, sino tiempo y espacio. Si la UCO se ve entorpecida, el asesino es el único que sale ganando.

—No me hable de entorpecer, Salcedo —replicó ella, con un tono que oscilaba entre la advertencia y el reproche—. Es mi obligación velar por la seguridad de los vecinos. No toleraré que se nos deje al margen mientras la desconfianza crece y ustedes avanzan tan despacio.

El teniente apretó los labios. Contuvo la réplica que le subía a la lengua. No era el momento.

—Le informaré de cualquier avance relevante, señora alcaldesa —respondió, midiendo cada palabra—. Mientras tanto, le pido que no me moleste tanto. No es una situación sencilla, lo sabe.

Un silencio tenso selló la conversación. La alcaldesa dejó caer la frase final con una voz ronca, cargada de decepción... o de amenaza.

—Eso espero, Salcedo. Porque la paciencia tiene un límite... y no solo la mía.

La línea quedó muerta antes de que él pudiera despedirse correctamente. Salcedo sostuvo el auricular unos segundos más, escuchando ese pitido vacío que siempre le resultaba irritante. Luego colgó despacio.

Se recostó en la silla, mirando al techo.

El pueblo pedía respuestas.

La política pedía resultados.

Y él solo tenía intuiciones, piezas sueltas y una sensación creciente de que algo esencial se les estaba escapando.

Laura se detuvo un instante en el umbral del hotel. Acababa de llegar tras haber sido dejada en libertad y, por primera vez en horas, no sabía muy bien si aquello debía sentirse como un alivio o como una derrota. El vestíbulo, con su brillo pulido y su olor a limpiador reciente, le pareció extraño, casi ajeno.

El recepcionista, con el pelo engominado y la corbata estrecha perfectamente alineada, se inclinó levemente hacia ella desde detrás del mostrador, sin borrar esa sonrisa fija que parecía parte de su uniforme.

—Buenos días, señorita Laura... o casi tardes —dijo, alargando las sílabas, como si quisiera envolverla en ellas—. ¿Todo bien en el cuartel?

Se quedó inmóvil.

La pregunta, lanzada con aparente naturalidad, la atravesó como una descarga. No entendía como sabía que había estado retenida y, sin embargo, él lo afirmaba con una seguridad inquietante. Tragó saliva antes de responder, notando como el pulso se le aceleraba.

—¿Y usted cómo sabe que he estado en el cuartel? —preguntó, forzando una sonrisa que no logró disimular el temblor de su voz.

El recepcionista se encogió de hombros, sin perder la sonrisa, ahora ligeramente ladeada, casi cómplice.

—Bueno, aquí las noticias vuelan. Además, la Guardia Civil no pasa desapercibida cuando investiga a alguien. Y usted, créame, es tema de conversación desde hace días.

Laura sintió el calor subirle al rostro. La idea de convertirse en objeto de rumores en un lugar donde apenas se sentía parte de nada le revolvió el estómago.

—Supongo que sí —musitó—. Pero preferiría que mi vida no fuera tan pública.

Él bajó el tono, inclinándose hacia ella con un aire confidencial que le erizó la piel.

—No se preocupe. Esto es un pueblo pequeño. Todo se sabe, para bien o para mal. Pero yo no soy de los que van contando historias —añadió, sosteniéndole la mirada—. Soy de los que guardan secretos.

La frase quedó suspendida en el aire más tiempo del necesario.

Laura notó que la calidez forzada de su voz era solo una capa. Debajo asomaba algo más oscuro, más denso: una insistencia calculada en la forma en que la miraba, sin parpadear, como si quisiera leerle por dentro, como si intentara medir cada uno de sus silencios.

Juan se estiró desde detrás del mostrador y bajó aún más la voz, hasta casi convertirla en un susurro.

—Sé que aquí uno nunca se siente del todo seguro... pero si le incomodan en el pueblo, yo puedo ayudarla. De verdad. No tiene que confiar en todos, pero sí en alguien. Yo podría protegerla. No se imagina la cantidad de cosas que pasan sin que la Guardia Civil se entere.

El susurro le recorrió la espalda como una corriente de aire frío.

Fingió buscar algo en el bolso para evitar cruzar esa mirada demasiado fija, demasiado presente. Supuso, con una claridad incómoda, que rechazarlo podía incomodarlo... pero aceptar aquella "ayuda" le resultaba aún más inquietante.

—Le agradezco la intención —respondió, esforzándose por sonar firme—, pero no necesito protección.

Él sonrió. Esta vez la sonrisa fue distinta: más ladeada, casi triunfante. Apoyó una mano sobre el mostrador, como si quisiera sellar algo invisible.

—Eso dicen todas al principio —murmuró—. Pero si cambia de opinión...

No terminó la frase. El guiño fue suficiente.

Laura apretó el botón del ascensor con más fuerza de la necesaria. El silencio se volvió espeso, cargado de una tensión eléctrica que parecía chisporrotear entre ambos.

Cuando las puertas se abrieron, no miró atrás. Se dirigió a las escaleras, con el corazón golpeándole las costillas.

Subió los peldaños casi de dos en dos. El eco de sus pasos resonaba en el pasillo desierto, amplificando la sensación de huida. Al llegar a la puerta de su habitación, se detuvo un instante, apoyando la frente en la madera, intentando recuperar el aliento. Introdujo la llave con manos torpes y empujó la puerta.

La escena la dejó clavada en el sitio.

La maleta abierta sobre la cama. La ropa revuelta. Documentos esparcidos por el escritorio. Cajones entreabiertos. La funda del móvil tirada en el suelo. Todo gritaba registro. Manos ajenas hurgando su intimidad.

La Guardia Civil había estado allí.

Por un segundo, el desamparo fue absoluto. Permaneció inmóvil, observando el caos de sus pertenencias como si no le pertenecieran ya: la blusa arrugada, el frasco de colonia volcado, la ropa interior fuera de lugar. Una ira sorda le subió por la garganta, mezclada con cansancio y una sensación punzante de vulnerabilidad.

Con movimientos lentos, casi mecánicos, empezó a recoger. Doblaba cada prenda con una precisión obsesiva, como si ese gesto pudiera devolverle algo de control. Pero la ansiedad seguía instalada en el pecho.

Cuando terminó, se dirigió al baño sin encender la luz. Se desvistió despacio y se metió bajo la ducha, dejando que el agua caliente arrastrara el sudor frío, el miedo, la rabia contenida. Cerró los ojos. Durante unos minutos, el mundo se redujo al murmullo del agua y al latido acelerado de su corazón.

Quiso llorar. No pudo.

Sentada después en el borde de la cama, envuelta en la toalla, la realidad volvió a golpearla con brutalidad: Marcos. La imagen de su rostro inmóvil atravesó su mente como un relámpago. Los planes pendientes. La urgencia de trasladar su cuerpo a Valencia.

La necesidad de cerrar, al menos allí, algo que en su interior seguía abierto en canal.

Imaginó el mar cercano, la ceremonia silenciosa, la tierra valenciana. Le dolía pensar que todo aquello tendría que hacerlo sola.

Respiró hondo, recogió los papeles esparcidos y los guardó en la maleta. El cansancio la vencía. Se tumbó sobre la colcha, la piel aún tibia por la ducha, y dejó que la claridad del cuarto la envolviera.

La habitación seguía pareciendo inhóspita, como si todavía estuviera habitada por presencias ajenas. Con el corazón acelerado y la mente en ebullición, Laura cerró los ojos, deseando que el sueño la rescatara, aun sabiendo que la tensión seguiría agazapada bajo sus párpados.

Enrique empujó la puerta de casa con sigilo, como si quisiera pasar desapercibido incluso dentro de su propio hogar. El silencio le dio una falsa tregua, apenas unos segundos, antes de que la voz de su madre lo alcanzara desde el fondo del pasillo, dura como una bofetada.

—¡Por fin te dignas a aparecer! —espetó—. ¿Te parece normal, Enrique? ¿Eh? Irte por ahí con esa chica, meterte en líos con la Guardia Civil, que todo el pueblo cuchichee... ¿No te da vergüenza?

Él dejó las llaves sobre la mesilla del recibidor con un gesto cansado, sin levantar la vista.

—Mamá, no es para tanto. Solo me han hecho unas preguntas. Nada más. No he hecho nada malo.

La mujer soltó una risa incrédula, seca.

—¿Nada más? ¿Tres días en el cuartel y me dices que no es para tanto? No me tomes por tonta —continuó, elevando la voz—. Si fuera tan sencillo, no vendrías con esa cara. ¿Qué has hecho para que te retengan tanto tiempo?

Enrique tragó saliva. Notaba el sudor frío en la nuca.

—Te lo prometo, mamá. No he hecho nada. Me preguntaban lo mismo una y otra vez y yo siempre respondí igual. No tengo nada que ocultar.

Ella se acercó, señalándole con el dedo, cada palabra cargada de reproche.

—Pues no lo parece. Aquí todo el mundo habla. Que si tú, que si la Guardia Civil sospecha, que si estás metido en algo gordo. ¿Tú crees que me merezco esto? ¿Pasar dos noches sin dormir pensando que a mi hijo le han hecho algo? ¿Esperar que llamen a la puerta en mitad de la noche?

Enrique bajó la mirada, encogido bajo el peso de esa culpa que no terminaba de entender.

—No quería que sufieras. De verdad. Si supiera explicarlo... pero ni yo lo entiendo. Solo te pido que confíes en mí. No soy ningún delincuente.

Ella cruzó los brazos, luchando por contener las lágrimas.

—La confianza no se pide, se gana. Y tú siempre callas, siempre ocultas cosas. Esta casa no es para secretos, Enrique. Y te advierto una cosa: si vuelven a llevarte al cuartel, esta vez voy yo delante. No pienso quedarme esperando sin saber la verdad.

—Vale —asintió él, con dificultad—. Te prometo que no he hecho nada malo. Pero no pienses lo peor de mí. Ya bastante tengo con lo que dicen fuera.

La madre suspiró hondo, agotada.

—Eso espero. Porque si no, esta familia se rompe. Y no sería la primera vez.

Se quedó frente a él, sin apartar la mirada.

—Y no me mires así. Desde que andas con esa chica, todo son problemas. Y las otras dos, Teresa y Carmen, igual. Ya te lo he dicho: esas amistades no te convienen. Te buscan porque eres demasiado confiado, ya que te dejas llevar. Y luego pasa lo que pasa.

—Son mis amigas —replicó Enrique, con un hilo de voz—. Y Laura está pasando por un mal momento. No es culpa mía que la Guardia Civil esté nerviosa.

Ella resopló con amargura.

—¿Y Cáceres? —lanzó de pronto, como quien saca un arma guardada—. ¿De qué te sirvió irte tan lejos? Allí también te metiste

en un lío, y aquí vuelves igual... o peor... ¡Hasta yo, tu madre, empiezo a dudar de si no habrás hecho algo otra vez!

El silencio se tensó.

—Yo no busqué aquello —respondió él, defensivo—. Fui ingenuo, sí, pero no hice nada malo. Eso ya pasó.

—¡Ah!, ¿sí? —su madre negó con la cabeza—. Porque yo no lo he olvidado. Tuve que mentir por ti, Enrique, mentir para sacarte del lío en el que te habías metido. Engañar a gente que no se merecía eso, solo para solucionar el problema. ¿Tú crees que eso es normal?

La vergüenza le subió por el cuello.

—No fue culpa mía. Te lo he dicho mil veces. Lo de Cáceres quedó atrás.

—No para mí —replicó ella, con la voz quebrada—. Yo sigo esperando que cualquier día salga todo a la luz. Aquí nada se tapa para siempre. Nunca me cuentas toda la verdad, siempre me entero tarde.

Enrique dio un paso hacia ella, buscando comprensión.

—No hay nada más, mamá. Te lo juro. Solo quería protegerte.

Ella negó lentamente.

—Ojalá pudiera creerte. Pero me dejas fuera de tu vida y luego todo explota. No quiero volver a pasar por lo de Cáceres. No lo soportaría otra vez.

—No volverá a pasar —insistía él—. Te lo prometo.

Ella lo miró largo rato, con una mezcla de miedo y cansancio.

—Eso espero. Porque si no, no sé como vamos a seguir adelante.

Enrique apretó los puños, conteniendo las lágrimas.

—¿De verdad piensas eso de mí? Soy tu hijo...

—¡No me grites en mi casa! —le cortó—. No te reconozco. Has cambiado. Y como no espabiles, te van a culpar de algo que quizá no hayas hecho... pero todo el mundo estará preparado para señalarte.

Enrique apretó los puños, conteniendo las lágrimas y la rabia.

—Solo quiero que confíes en mí, mamá. Tú déjame a mí, que sé como hablar con la Guardia Civil.

La madre le lanzó una última mirada, cargada de cansancio y miedo.

—Ojalá tengas razón, hijo, ojalá. Pero mientras vivas aquí, vas a escuchar lo que yo tenga que decir. Piensa bien con quién te juntas y qué haces.

Sin decir nada más, se refugió en su cuarto, cerrando la puerta con cuidado.

Al otro lado, su madre seguía murmurando, desahogando en voz baja el miedo y la frustración de no saber como proteger a un hijo adulto que ya no reconocía del todo.

Eran las 13:45 del mediodía cuando la sala de reuniones del cuartel volvió a llenarse. Ese espacio, tantas veces testigo de decisiones rutinarias, se preparaba una vez más para albergar una de esas resoluciones que dejan poso.

Salcedo esperó a que todos ocuparan su sitio alrededor de la mesa.

Méndez, con un caramelo en la boca y los brazos cruzados; Blasco, inquieto, haciendo girar el bolígrafo entre los dedos; López, en silencio, observando cada gesto con atención crítica, y Romero, la científica, sosteniendo una carpeta gruesa llena de informes.

El teniente no se anduvo con rodeos.

—Según el último informe —dijo, lanzando una mirada a Romero, que asintió—, una de las camisas encontradas en la casa de Enrique presenta indicios de haber tenido restos de sangre. Y no hablamos de una mancha cualquiera: pudo haber sido lavada dos veces.

El silencio se tensó.

—¿Pero sangre de quién? —saltó Méndez, dejando escapar la impaciencia—. Enrique no es precisamente cuidadoso. Podría ser suya, o de cualquiera. ¿Qué dice el análisis?

Romero carraspeó, consciente de la presión.

—La tipificación no es determinante —explicó—. Hay restos, sí, pero no podemos asegurar el origen. He solicitado ampliación de pruebas, pero no tendremos resultados definitivos hasta dentro de tres días, como mínimo. Lo que sí puedo afirmar es que una de las camisas tuvo dos lavados seguidos. Eso no es habitual.

Salcedo aprovechó el silencio incómodo que siguió.

—No estamos hablando en el vacío. Las camisas, los huecos en la coartada, los cambios de actitud... todo suma. No podemos quedarnos quietos esperando una prueba perfecta mientras dejamos a un posible asesino en la calle.

Méndez masculló algo entre dientes. Blasco dejó caer el bolígrafo con un golpe seco. López alzó la vista al techo, conteniendo un suspiro.

—Así que, hasta que tengamos algo definitivo, Enrique sigue siendo nuestro principal foco —zanjó Salcedo.

—No me gusta —intervino Blasco—. Y menos aún si tenemos en cuenta el otro asesinato. Nada de lo que tenemos contra Enrique encaja con ese caso.

—Además —añadió—, estaba en el muelle la noche de la muerte de Marcos. No hay prueba directa de que se marchara de allí.

—Y sigue faltando el motivo —apuntó López—. No tenemos ni una enemistad clara, ni una deuda, ni una historia previa.

Romero asintió.

—Los restos pueden tener otro origen. Una pelea antigua, un accidente doméstico. Que sea descuidado no lo convierte en asesino.

Salcedo apoyó ambas manos sobre la mesa, firme.

—Entiendo vuestras objeciones. Pero hay algo que no podemos ignorar: Enrique miente. Sus horarios no cuadran, su actitud ha cambiado y su versión no es sólida. Las camisas no son una prueba final, pero sí una señal. Y, hoy por hoy, es quien más encaja.

—O quién mejor aguanta la presión —murmuró Méndez.

—O quién está encubriendo a alguien —añadió Blasco.

—O quién está siendo usado como tapadera —insistió López.

Romero cerró la carpeta con calma.

—Sea como sea, necesitamos más datos.

Salcedo respiró hondo.

—Lo sé. Pero el juzgado quiere respuestas ya. Así que vamos a informar con lo que tenemos. Enrique queda como eje principal. Dejaremos constancia de las dudas y de las otras líneas abiertas, pero no podemos paralizarnos.

Salcedo se pasó una mano por la cara, agotado, y se giró hacia Méndez con tono decidido:

—Méndez, encárgate de coordinarlo. Quiero que lo redactéis en conjunto y que no quede un solo cabo suelto. Cuando esté terminado, me lo indicas para que lo firme. No quiero más demoras.

Méndez masculló, todavía rumiando sus dudas.

—¿Y qué ponemos en las conclusiones, jefe? ¿Lo de Enrique? Porque, sinceramente, no me gusta nada dejar el caso así de abierto.

Salcedo resopló, apoyando el peso en la mesa.

—No tenemos más opciones, Méndez. Recoge todo lo que hemos discutido hoy, los análisis, las contradicciones en la coartada, las camisas... todo. Las dudas también, pero la línea principal es clara. Ahora es lo que hay.

—Entonces lo dejamos, ¿así? Con reservas.

—Con todas las reservas —confirmó Salcedo.

El ambiente seguía cargado.

—¿Incluimos el otro asesinato? —preguntó Blasco.

—Sí, pero separado. Que conste que no encaja del todo y que seguimos abiertos a otras hipótesis. La prioridad es el caso de Marcos y que el juez decida.

Romero intervino:

—En el informe dejaré claro hasta dónde llegan los datos técnicos. Ni más ni menos.

—Bien —asintió Salcedo—. Quiero ese informe antes de las tres.

Méndez la observó, dubitativo.

—Entonces, ¿sin más vueltas?

—Así es —respondió Romero, asintiendo con seriedad—. No podemos dar más vueltas al asunto.

López rompió el silencio:

—¿Y el otro asesinato, jefe? ¿Lo dejamos realmente a la espera?

Salcedo tardó unos segundos en responder.

—Lo testificamos sin causa concluyente. No da más de sí con lo que tenemos ahora.

—Pues que quede claro que hay incógnitas, muchas. Pero también que la opción más lógica es la que tenemos ahora mismo delante —

contestó López buscando la aprobación del grupo.

Blasco frunció el ceño.

—Eso no nos convence a ninguno.

—Lo sé —admitió Salcedo—. Pero a veces hay que elegir el mal menor.

El silencio fue denso, incómodo. Nadie parecía satisfecho, pero todos comprendían la presión que los empujaba.

—Podéis dejar anotaciones, advertencias —concedió Salcedo—. Pero el informe debe salir hoy.

Salcedo soltó un suspiro, se llevó la mano a la nuca y evitó la mirada de sus compañeros. Por dentro, sentía el peso de la presión: la llamada de la central esa mañana, el expediente pendiente, y el recuerdo amargo del mensaje de su exmujer sobre el papel del divorcio sin firmar. No podía permitirse tropiezos, ni más retrasos. Pero eso nadie debía saberlo.

Romero, con el expediente aún entre las manos, intervino con voz suave pero firme.

—Entiendo la urgencia, jefe, pero si lo dejamos así... ¿no estaremos traicionando la investigación? Hay datos que no cuadran, y si lo dejamos como un simple atraco, mañana nos lo pueden tirar a la cara. ¿No sería mejor dejar alguna nota de cautela, algo que nos cubra?

Méndez no estaba del todo convencido.

—Es que, sinceramente, esto me parece coger el camino fácil. ¿Qué hacemos si luego sale que era otra cosa? Se nos va a quedar cara de tontos. ¿

Salcedo apretó los puños sin darse cuenta. El zumbido en la cabeza le recordaba la voz de su superior exigiendo resultados, la amenaza silenciosa de otra investigación interna si no cerraban el caso con rapidez.

Las noches de insomnio, repasando los informes, se mezclaban con los reproches en casa y el eco de lo que perdía cada día.

—No es cuestión de comodidad, Méndez. Es cuestión de prioridades. El juzgado quiere respuestas ya mismo, la prensa nos acecha y no tenemos recursos para abrir tres líneas a la vez. Y,

sinceramente, no pienso hipotecar la vida de nadie más por un caso que no se sostiene —dijo, con un tono más tenso de lo previsto.

López no se rindió, sin ocultar el malestar:

—Pero jefe, ¿no crees que esto nos va a pasar factura? Aunque sea solamente una anotación, un comentario, algo que diga que no lo damos por cerrado del todo... Porque esto lo vamos a lamentar.

El silencio se hizo más denso y Blasco añadía.

—A mí me parece que estamos obedeciendo a las prisas, no a la lógica. Tú mismo nos enseñaste que la presión no puede con la verdad, Salcedo —le lanzó, midiendo cada palabra—. ¿O es que hay algo más que no sepamos?

Un parpadeo de rabia y cansancio cruzó por el rostro de Salcedo. No iba a reconocer que sí, que había algo más: las noches en vela, los papeles apilados en la mesa del comedor, la voz cansada de su hija al teléfono. Pero no podía dejarlo ver. Tomó aire, se obligó a retomar el control.

—No hay nada más, Blasco. Solo que a veces, toca elegir el mal menor. Y esta vez, informar rápido es lo que hay que hacer. Ya sabéis como están las cosas arriba. Y abajo... tampoco mejoran.

—Es una decisión difícil. Solo pido que conste que los datos no son concluyentes. Si luego nos piden cuentas, al menos tendremos la conciencia tranquila —matizó Romero.

Méndez soltó un bufido, pero su tono fue más suave:

—Bueno, yo lo haré, pero que conste que esto no es justicia. Es trámite. Y no me gusta.

López se echó el bolso al hombro, resignada.

—Vale. Apunto lo que vea, pero hay que aceptar que esto no es el cierre que esperábamos. No sé si dormiré mejor, pero tampoco quiero que el caso se enquisté.

Salcedo percibió en su equipo el cansancio y la frustración reflejados en sus rostros.

Al fin, se permitió un segundo de debilidad: los hombros caídos, la mirada perdida en algún punto del suelo, la sombra de un pensamiento que jamás compartiría.

Pero enseguida se recompuso, recogiendo los papeles con manos firmes.

—Sé que no es justo, compañeros. Pero es lo que hay. Os agradezco el esfuerzo, de verdad. Cuando todo esto pase, trataremos de hacerlo mejor. Ahora toca cerrar filas. Es una orden.

El silencio fue la única respuesta durante unos latidos. Después, de mala gana, cada uno se dispuso a cumplir su parte.

Blasco murmuró algo ininteligible, Romero cerró la carpeta con más fuerza de la necesaria, López se quedó mirando la ventana unos segundos, y Méndez negó con la cabeza, todavía incrédulo ante la decisión.

Salcedo, ya en la puerta, se giró un momento, la voz menos firme, casi un susurro.

—Y... gracias por aguantarme. No es fácil para nadie, ni arriba ni abajo. Ni en casa tampoco. Pero esto... esto lo terminamos juntos.

Nadie contestó.

Pero en el aire quedó flotando todo aquello que no podían decirse: el miedo al error, la rabia ante la injusticia, la compasión callada del que sabe que la verdad, a veces, es un lujo para el que no tiene prisa ni problemas personales.

Y así, en medio de ese silencio espeso, la investigación se cerraba.

—Pues venga, manos a la obra. Que terminen esto y podamos irnos tranquilos.

La decisión estaba tomada, y actuar era más fuerte en ese instante.

Salcedo esbozó una leve sonrisa, la primera de toda la mañana.

—En cuanto tengáis el informe, a mi mesa. Y después... que cada uno piense ya en las vacaciones.

Mientras redactaban, el ambiente se distendió.

Blasco, aun con su cara seria, añadió.

—Entonces, todos estamos de acuerdo con la conclusión de Salcedo. Lo dejamos por escrito, sin detallar los flecos, pero apostando por lo que hay —resumió.

Salcedo alzó la mirada, satisfecho de ver que, a pesar de las dudas, el equipo cerraba filas.

—Bien. Me alegra ver que estáis alineados. Romero, deja clara la parte técnica. El resto, sumad vuestros puntos. Necesito ese informe

antes de las tres. Se lo envió al juez para que decida y ver si lo detenemos otra vez —ordenó, su tono más calmado que antes.

Durante unos segundos, el silencio fue total

En el pasillo, el eco de sus pasos se mezcló con el sonido distante de un teléfono y el zumbido constante del fluorescente. La investigación, al menos de cara al exterior, estaba cerrada. Pero en el aire flotaba todo aquello que no habían sabido —o querido— decirse: el miedo a equivocarse, la intuición de que algo esencial seguía fuera de lugar, la certeza incómoda de que la verdad no siempre coincide con los plazos.

Mientras redactaban las últimas líneas del informe, el ambiente pareció relajarse ligeramente. Alguna broma forzada, un comentario trivial, el ritual casi supersticioso de fingir normalidad.

Era el mecanismo de defensa de siempre.

Finalmente, uno a uno, asintieron. No por convicción, sino por cansancio.

Salcedo apagó su ordenador.

—No es justo, compañeros.

Nadie respondió.

La investigación, al menos, seguía abierta.

Laura no tenía fuerzas ni para el desconsuelo. Apenas había dormido un par de horas, el cuerpo rendido por el peso del insomnio, la mente saturada de pensamientos que giraban en torno a Marcos y la amarga sensación de estar atrapada en un lugar que solo le traía desgracias.

Eran las 14:20 horas. Se levantó despacio, el hotel sumido aún en ese silencio pesado de la tarde de Navia. Se vistió con la misma ropa del día anterior, sin preocuparse por su aspecto; ya no tenía energía ni para la dignidad.

Al mirar por la ventana, vio el supermercado justo enfrente, una de esas tiendas de pueblo con el letrero azul chillón y las persianas a medio subir. Decidió que necesitaba comer algo, aunque solo fuera para engañar al estómago y convencerlo de que la vida seguía.

Bajó las escaleras despacio, con el deseo casi infantil de que la recepción estuviera vacía, de cruzar ese vestíbulo sin que su presencia llamara la atención. Dudó frente al ascensor, pero la fatiga y el peso emocional la empujaron a elegir la opción más rápida. Pulsó el botón, sintiendo el frío metálico bajo la yema de los dedos, y esperó con la mirada perdida en la moqueta descolorida del rellano.

Al abrirse la puerta y salir al pasillo de la planta baja, lo primero que vio fue la silueta de Juan, el recepcionista, justo donde no quería encontrarlo: de pie junto al mostrador, dos maletas grandes a su lado, como si estuviera aguardando a unos huéspedes recién llegados o, peor aún, como si supiera que Laura iba a aparecer en ese momento.

El ambiente se tensó de inmediato.

Juan la observó con esa intensidad que desbordaba lo profesional, sus ojos clavados en la dirección de sus pechos, sin molestarse en disimular la invasión.

Laura, incómoda y sintiéndose expuesta, sostuvo la mirada por un segundo demasiado largo, intentando encontrar algún atisbo de cordialidad o disculpa en su gesto, pero solo recibió silencio y esa inspección muda que la hacía sentirse desnuda ante él.

Con voz seca, casi forzada, pronunció un “hola” que se perdió entre las paredes, esperando una respuesta, un mínimo saludo que nunca llegó.

Juan permaneció impasible, sin pronunciar palabra, como si su mirada fuera suficiente para transmitir o para marcar la distancia.

Cruzó el vestíbulo con la espalda erguida, fingiendo seguridad que no sentía, tratando de ignorar el nudo en el estómago y la incomodidad pegajosa que le dejaba cada encuentro con Juan. Pensó que quizá era una obsesión, una paranoia alimentada por el cansancio y el desgaste de los días, pero no podía evitar ese escalofrío cada vez que coincidían.

Mientras salía del hotel, la sensación de vulnerabilidad la acompañó, como si el simple hecho de ser vista la despojara de cualquier defensa. Aquella imagen del recepcionista —callado, inmóvil, los ojos insaciables— penetró en su cabeza.

Entrar en el supermercado fue como adentrarse en un refugio anónimo, lejos de miradas indiscretas y de los recuerdos que le apretaban el pecho. Recorría los pasillos sin prisa, casi como si flotara sobre el suelo. Sus manos frías ligeramente al coger un sándwich de la nevera, el de jamón y queso, el único que le pareció soportable.

Dudó unos segundos ante la estantería de las bebidas, pero finalmente eligió una cerveza fría, sin importarle que no fuera la mejor opción para su comida. "Hoy no me juzgo", —pensó, dándose permiso para ese pequeño gesto de abandono.

Caminó hacia la caja, observando a su alrededor, evitando los ojos de la joven cajera que la saludó con un "buenas" forzado. Laura respondió apenas con un movimiento de cabeza, intentando mantener la compostura. Sacó las monedas, contándolas despacio, como si el gesto le diera tiempo para recomponerse. Pagó y recogió la bolsa de papel, sintiendo el peso de la comida y, sobre todo, de todo lo que aún no podía digerir.

Al salir, el murmullo de la gente en la calle le pareció lejano, como si estuviera viendo una película en la que ella solo era una espectadora accidental.

De vuelta al hotel, cruzó la calle, la avenida de los Emigrantes, casi sin fijarse en el tráfico. No vio a Juan en la recepción. Subió las escaleras, sosteniendo la bolsa como si fuera lo único que la mantenía anclada a la realidad.

Al llegar a su habitación, cerró la puerta con suavidad y se dejó caer en la cama sin deshacer ni descolocar nada, tan solo colocó el sándwich y la cerveza sobre la mesilla de noche. Comió despacio, sin apenas saborear, dejando que el líquido amargo de la cerveza le apagara la garganta, esperando que también apagara, aunque fuera un poco, el dolor que le recorría el pecho.

Quería marcharse de Navia cuanto antes, cerrar ese capítulo y recibir de una vez la autorización de la Guardia Civil para poder llevarse el cuerpo de Marcos a Valencia y despedirse de él en paz. Dejar ese pueblo y sus recuerdos en el retrovisor junto a la parte de sí misma que ya sabía perdida para siempre.

Mientras masticaba, con la mirada perdida en el gotelé de la pared y el eco de la televisión de fondo en algún cuarto contiguo, pensó en todo lo que había dejado atrás y en lo poco que esperaba del día.

Mientras tanto, en el cuartel, Salcedo leía el informe final. Eran las 14:40 horas.

Revisó cada apartado con ojos cansados, corrigió un par de frases y examinaba el documento para el juzgado. La pantalla fría e impersonal,

El silencio de la oficina solo era interrumpido por un ir y venir de los agentes del cuartel. Mientras esperaba la salida de las últimas páginas, su vista se detuvo.

Y entonces pensó en la alcaldesa.

Sus llamadas incesantes.

Su tono al borde de la exigencia.

Su necesidad de respuestas inmediatas.

—«Como si esto fuera un trámite administrativo» —murmuró en voz baja.

Rumió en descolgar el teléfono y marcar. Imaginó la conversación. La presión. Las preguntas.

No.

No tenía fuerzas para explicaciones.

«Mañana se las daré, si es que se las tengo que dar» —se dijo.

Y esa última parte quedó flotando en el despacho como una sombra.

No tenía obligación de rendir cuentas fuera de la cadena oficial. Pero la irritación seguía ahí.

Esa sensación de que todos querían un culpable rápido. Una conclusión limpia. Un cierre cómodo.

La verdad no era cómoda.

Hoy necesitaba distancia, y la alcaldesa podía esperar.

Con un suspiro resignado, se dispuso a firmar el informe mediante firma electrónica y, tras comprobar por última vez que todo estuviera en orden, lo envió al juzgado.

Minutos después de enviar el informe, permaneció unos instantes con la mirada fija en la pantalla, como si le costara despegarse de la decisión. Al fin, respiró hondo, tomó el teléfono y marcó el número interno de la agente López. El tono se repitió tres veces antes de que ella contestara, su voz algo áspera por el cansancio.

—¿Sí? Soy López.

Salcedo se aclaró la garganta, intentando sonar lo más neutral posible, consciente de la tensión que aún flotaba entre ambos tras el incidente del día anterior.

—López, necesito que vengas a mi despacho. Es importante.

Hubo una breve pausa. López caviló que, quizá, venía una reprimenda más.

—Voy enseguida.

Salcedo se quedó unos segundos mirando la puerta después de llamarla.

Sabía que aquella conversación no era solo burocrática.

—Siéntate, por favor. No te entretengo mucho, que sé que estamos todos hasta arriba.

López se acomodó, cruzando los brazos casi instintivamente. Antes de que pudiera abrir la boca, Salcedo levantó una mano, cortando cualquier intento de anticipación.

—Sé que ayer no fue tu mejor día, pero ahora mismo no estamos aquí para eso. Ya habrá tiempo de hablar, si es necesario. No quiero darle más vueltas. Ahora hay otra prioridad.

López asintió, relajando visiblemente la postura, aunque sus ojos seguían encendidos por la inquietud.

—¿En qué puedo ayudar?

Salcedo sacó una carpeta del montón que tenía a su derecha, separando un documento con el membrete de la Guardia Civil y el juzgado.

—Necesito que lleves esto en mano al Hotel Palacio Arias. Es el documento oficial para Laura, la pareja de Marcos. Con esto podrá iniciar el traslado del cadáver y terminar los trámites para la sepultura. Es fundamental que se lo entregues tú, cara a cara, y que le dejes claro que ya no hay impedimentos legales por nuestra parte. Debe firmarte que le entregaste el documento.

—¿Quiere que le explique algo más? —preguntó López, cogiendo y examinando, que estaba correcto.

—Sé que ha pasado por mucho, así que no hace falta que entres en detalles. No hay más trabas. El juzgado ha dado la conformidad. Y, si te pregunta por el informe, dile que es confidencial, pero que está registrado y a disposición de su abogado si lo solicita.

López asintió, guardando el documento con cuidado.

Dudó unos segundos, como si quisiera decir algo más, pero finalmente optó por la profesionalidad.

—Entiendo. ¿Alguna instrucción especial más, jefe?

—Sí, coge uno de los coches camuflados de la unidad, por si acaso. No hace falta hacer ruido. Si surge cualquier problema, me llamas directamente. No quiero que esto se complique por ningún detalle burocrático. Hazlo fácil, por favor.

—De acuerdo. Haré el recorrido directo. ¿Alguna orden más?

—Solo mantén la discreción, y si ves gente cerca, evita cualquier conversación. Lo importante es que Laura reciba el documento cuanto antes.

López se levantó, con el rostro más relajado tras comprobar que no habría reproches ni tensiones añadidas. Salcedo, por su parte, le dedicó una mirada cansada pero sincera.

—Gracias por esto, López. Sé que no es fácil estos días. Hazme el favor de cuidarte también entre tarea y tarea.

—Lo intento, jefe. A veces cuesta, pero seguimos.

—Jefe... —López dudó—. ¿Usted cree que ya hemos mirado todo lo que debíamos mirar?

Salcedo apoyó los codos sobre la mesa.

—Creo que hemos hecho lo que podíamos hacer con lo que tenemos.

No era una respuesta cerrada.

—Pero usted tampoco está convencido del todo —insistió ella.

Él exhaló despacio.

—En esta profesión, López, cuando algo encaja demasiado bien... suele haber algo que no estamos viendo.

Ella asintió.

—Entonces la cuenta atrás no es solo para el juez.

Salcedo la miró con una media sonrisa cansada.

—Nunca lo es.

Se inclinó hacia atrás.

—Cuando le entregues el documento, sé clara, pero humana. Está sola aquí. No tiene a nadie.

—Tiene al pueblo mirándola.

—Eso no es tener a alguien.

Hubo un breve silencio.

—¿Cree que corre peligro? —preguntó López en voz baja.

Salcedo no respondió de inmediato.

—Si creyera que ella corre peligro ahora mismo, no te estaría enviando sola.

No era una certeza absoluta. Era una probabilidad.

—Quiero que observes —añadió—. No solo entregues el papel. Observa el entorno. La recepción. Las miradas. Cualquier detalle fuera de sitio.

López lo entendió.

—¿Juan?

Salcedo no respondió directamente.

—Observa.

Otro silencio.

—Teniente...

—Dime.

—Si nos estamos equivocando de persona... todavía estamos a tiempo.

Salcedo clavó la mirada en el informe abierto sobre la mesa.

—Eso espero.

Ella recogió la carpeta.

Antes de salir, él añadió:

—Y López... no te precipites con tus intuiciones. A veces el instinto es certero. Otras veces solo es cansancio.

—Lo tendré en cuenta.

Salcedo esbozó una media sonrisa, una de esas que se escapan en medio del agotamiento, y López salió del despacho con paso ligero.

Durante el trayecto, repasaba mentalmente las palabras de su jefe, buscando el modo más correcto de transmitirle a Laura una noticia que, aunque esperada, suponía el cierre definitivo de un capítulo doloroso.

El trayecto fue corto.

No conocía bien el pueblo, pero evitó las calles principales y los focos de atención, llegando finalmente a la avenida de los Emigrantes, donde se encontraba el hotel.

Aparcó discretamente en la zona interior ajardinada.

Respiró hondo antes de salir del coche, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, y se encaminó hacia la puerta principal, lista para entregar los documentos que pondrían fin, al menos en lo formal, a la pesadilla de los últimos días.

El hotel Palacio Arias parecía aún más callado de lo habitual cuando López cruzó el umbral.

El mostrador de recepción estaba vacío, ni rastro de cualquier trabajador ni de nadie más; solo el eco sordo de sus propios pasos y el murmullo lejano de una televisión encendida en alguna habitación.

Miró el reloj y avanzó hacia el ascensor, comprobando que la documentación seguía bien asegurada bajo el brazo. Pulsó el botón del tercer piso y, al abrirse las puertas, el pasillo encendido con una luz tenue y el olor a moqueta antigua. Caminó hasta la 316.

Llamó suavemente.

—¿Sí? —la voz de Laura al otro lado sonó cansada, pero alerta.

—Laura, soy la agente López. ¿Puede abrir un momento?

La puerta se abrió tras una breve pausa. Laura asomó el rostro, ojeroso y tenso.

—Pase. ¿Ha ocurrido algo?

López se mantuvo a cierta distancia. Sacó los papeles y los sostuvo entre ambas manos, mirándola con seriedad.

—Vengo a entregarle esto. Es el permiso oficial para el traslado del cuerpo de Marcos a Valencia. A partir de ahora, ya no hay impedimentos legales y los trámites pueden continuar. Solo necesito que me firme aquí, por favor.

Laura cogió el documento, lo leyó por encima y firmó sin apartar la vista de López.

—¿Y... ya sabéis quién fue? ¿Tenéis algo? —preguntó preocupada, pero con una urgencia que rozaba la súplica—. Por favor, ¿hay sospechosos? ¿Alguien ha confesado?

López cogió el documento firmado, evitando el contacto visual demasiado tiempo.

—Ahora mismo no tengo autorización para comentarle detalles del procedimiento. La investigación está cerrada provisionalmente —respondió López con cuidado—. El informe está en el juzgado, esperando nos den órdenes.

Laura, cada vez más inquieta, dio un paso adelante.

—Pero... ¿están ocultando algo? ¿Fue alguien del pueblo o fue Enrique? Necesito saberlo, no puedo irme así.

López respiró hondo, manteniendo el gesto impasible.

—Comprendo que quiera respuestas, créame. Ahora mismo solo puedo decirle que la investigación no está cerrada del todo y hemos dejado más líneas posibles. No puedo añadir más.

—Entonces... oficialmente... ya no hay nada que me retenga aquí.

—Por nuestra parte, de momento no.

—¿Y por la verdad?

López guardó silencio.

—Agente, no me trate como si fuera de cristal —añadió Laura—. Sé que hay algo que no encaja.

—¿Estoy en peligro? —Laura insistía, preocupada, clavando la mirada en los ojos de la agente—. Dígame al menos si Marcos... si fue alguien de aquí.

—No puedo dar información, por más que me lo pida, lo siento.

López observó la reacción en sus ojos.

—No puedo confirmar ni desmentir nombres.

Laura apretó el documento.

—¿Y alguien más?

Esa pregunta fue más sutil.

Más peligrosa.

—Laura... —dio un pequeño paso hacia ella—. A veces, cuando alguien muere, el entorno entero se vuelve sospechoso. No siempre

es quien más grita. Tampoco quien más calla.

Laura la miró fijamente.

—Eso no me tranquiliza.

—No era mi intención tranquilizarla con palabras vacías.

Silencio más largo.

—¿Ha notado algo extraño en el hotel? —preguntó López, aparentemente casual.

Laura tardó un segundo en responder.

—¿Extraño cómo?

—Miradas. Presencias. Algo fuera de lugar.

Laura se quedó pensativa.

Recordó a Juan en la recepción. La forma en que la miraba. El ofrecimiento insistente.

—No... —dijo finalmente—. Solo lo normal en un pueblo pequeño.

Pero esa pausa no pasó desapercibida.

—Si necesita algo, llámeme sin dudar —añadió López—. Aunque sea una sensación.

—¿Suelen acertar las sensaciones?

—A veces llegan antes que las pruebas.

Laura firmó los papeles.

Cuando López se dirigió a la puerta, Laura habló de nuevo:

—Agente.

—Dígame.

—Cuando todo esto termine... ¿usted cree que podré recordar Navia sin miedo?

López no esperaba esa pregunta.

—Eso dependerá de si la verdad aparece completa... o a medias.

Laura asintió. No sonrió.

—¿Entonces solo me queda irme, sin saber nada? ¿Eso es todo lo que tengo derecho a saber?

—Sé que no es justo, Laura. Ojalá pudiera decirle más, pero mi deber es ceñirme a las normas.

Laura asintió, derrotada, y apartó la vista. López se recogió la chaqueta y se dirigió a la puerta, pero antes de salir, se detuvo un instante.

—De verdad, lamento mucho todo esto. Cualquier novedad relevante se le comunicará por los cauces oficiales

Cuando la puerta se cerró, la habitación volvió a llenarse de silencio.

Un silencio distinto.

Como si algo estuviera a punto de moverse.

Salió, dejando tras de sí, las preguntas sin respuesta y el eco sordo de la pena en la habitación.

De regreso, la agente López esperó unos segundos junto al ascensor, pero al notar que seguía ocupado —probablemente por el trasiego de clientes del propio hotel— decidió no perder más tiempo y se dirigió a las escaleras. Solo eran tres plantas, así que no lo dudó.

En el rellano, Juan subía maletas.

Se cruzaron.

—Vaya, agente —dijo él con naturalidad—. Últimamente, hay mucho movimiento por aquí.

—Es lo que tiene un pueblo tranquilo cuando deja de serlo.

Él sonrió.

—Supongo que ya está todo aclarado, ¿no?

La pregunta fue ligera. Pero directa.

—El juzgado dirá.

—Claro... —respondió Juan, bajando la mirada un segundo—. Siempre el juzgado.

—Buenas tardes.

—Que tenga buen servicio.

Ella continuó bajando.

Sintió su mirada en la espalda.

Y por primera vez, no estaba segura de si era simple incomodidad... o algo más.

Laura permaneció inmóvil unos segundos después de que la agente López cerrara la puerta, sintiendo que el aire se espesaba.

El documento para el traslado, entre sus manos, parecía pesar mucho más de lo que dictaba el papel. Se sentó al borde de la cama,

la vista fija en la firma recién estampada, preguntándose una vez más si aquello era realmente el final de todo, o solo el inicio de otro capítulo solitario.

Durante varios minutos, el sonido lejano de la televisión apenas lograba distraerle del remolino de pensamientos.

Respiró hondo, intentando recomponerse antes de abordar lo inevitable.

Dejó los papeles sobre la mesilla y encendió el móvil.

Buscó, desplazando fotos, mensajes y correos hasta dar con la póliza del seguro de decesos. Su dedo tiritaba levemente al abrir el archivo PDF, repasando los datos: número de póliza, contacto de la funeraria, coberturas, nombre de Marcos en letras negras sobre fondo blanco.

Se detuvo en la pantalla unos segundos, repasando cada paso que tendría que dar.

Marcó el número de la funeraria en Valencia. Durante el tono de llamada, la ansiedad se mezcló con la responsabilidad; sentía que tenía que escoger con precisión cada palabra, que cualquier error podría retrasar el traslado y prolongar el dolor.

—Funeraria San Gabriel, buenos días. Le atiende Natalia, ¿en qué puedo ayudarle?

Laura tragó saliva antes de responder, intentando que la voz no le temblara demasiado:

—Hola, buenos días. Soy Laura Martín. Les llamo desde Navia, Asturias. Necesito iniciar los trámites para el traslado de mi pareja, Marcos Vidal, a Valencia. Me acaban de entregar la autorización oficial, y... —se le quebró la voz, pero continuó—. Quisiera saber qué debo hacer o como proceder.

Al otro lado, Natalia respondió con tono calmado y profesional, pero con una empatía palpable.

—Lo siento mucho por su pérdida, señora Martín. ¿Podría indicarme si dispone ya del certificado de defunción y la autorización de traslado?

—Sí, tengo ambos documentos aquí. El certificado y la autorización terminan de entregármelos la agente de la Guardia Civil. Estoy... estoy lista para enviarles lo que necesiten.

—Perfecto. ¿Podría enviarnos por correo electrónico o WhatsApp una foto clara de ambos documentos? Así podremos comenzar los trámites con el tanatorio en Navia y coordinar el traslado a Valencia. Le indicaremos todos los pasos por wasap y podremos resolver cualquier duda que tenga.

Laura asintió, aunque la empleada no podía verla. Se incorporó y anotó la dirección de correo de la funeraria.

El proceso le pareció de pronto abrumador, pero la voz de Natalia le ayudó a centrarse.

—¿Necesitan algún dato más? —preguntó Laura, intentando no sonar perdida.

—Usted envíeme la documentación y nosotros nos encargamos de todo. ¿Tiene ya decidido el tanatorio o la funeraria aquí?

—Sí, en el Tanatorio Municipal de Valencia. Y... la fecha, cuanto antes, por favor. No sé si hay algo especial que deba cumplir.

—No, si ya tiene la autorización judicial y el certificado de defunción, podemos proceder. Le enviaré ahora mismo un mensaje con la documentación que realmente necesito. Le mantendremos informada de todo.

—Por favor, sí. Es importante para mí... y la familia de Marcos. No quiero que haya ningún contratiempo.

Laura adjuntó los documentos al correo. Al enviar el mensaje, vio como la pantalla confirmaba la salida y, unos segundos después, recibió el acuse de recibo de la funeraria.

—Muchas gracias, señora Martín. En cuanto revisemos la documentación, le llamaremos para confirmar la fecha y los detalles del traslado. Si necesita apoyo emocional, disponemos de un equipo de psicólogos que puede contactar en cualquier momento. ¿Desea que le facilite el teléfono?

—No... ahora no, gracias. Solo quiero que todo se gestione cuanto antes. Ya... ya buscaré ayuda cuando esté en casa.

—Entiendo. Le acompaño en el sentimiento. No dude en llamarnos si necesita cualquier cosa. Estaremos en contacto durante todo el proceso.

La llamada terminó y Laura sintió un inesperado vacío. Había hecho lo correcto, había dado el paso que durante días temía

afrontar.

Sin embargo, el eco de las palabras de Natalia y la formalidad de los trámites le recordaban que, más allá de la burocracia, quedaban preguntas sin respuesta y una ausencia imposible de rellenar.

Apoyó la cabeza entre las manos, dejando que las lágrimas fluyeran finalmente, sabiendo que, en medio de ese dolor tan íntimo, había conseguido cerrar, al menos en lo administrativo, una parte de la historia.

En la pantalla del móvil, el correo enviado aún brillaba con la confirmación de entrega.

Laura respiró hondo, sabiendo que el proceso no aliviaría su pena.

La agente López salió del hotel con paso ligero, sorteando el bullicio del vestíbulo y cruzando bajo el cielo plomizo de Navia. Subió al coche, ajustó el retrovisor y arrancó, dejando atrás el Hotel Palacio Arias. El recorrido hasta el cuartel era breve, apenas cinco minutos por las calles silenciosas; la tarde lucía inmóvil, salpicada solo por el eco lejano de las gaviotas.

Antes de llegar, el móvil vibró. Era el número de su anterior jefe de unidad, el teniente Figueroa. López dudó un instante, pero contestó.

—López, ¿cómo vas? Me comentaste anoche cuando hablamos por teléfono lo del caso que tenéis en Navia. Oye, cuando me lo contaste, me vino inmediatamente a la cabeza un asunto parecido de hace años...

La agente, sorprendida, asintió, aunque sabía que él no podía verla.

—¿Un patrón parecido?

—No lo sé, pero hay detalles demasiado parecidos. El asesino tenía una forma muy particular de dejar las escenas: objetos colocados con precisión, detalles en el lugar del crimen... Nunca dimos con el responsable. He estado revisando el informe que guardé, y justo ahora lo tengo escaneado.

Un pitido anunció la llegada de un mensaje de WhatsApp. López consultó el móvil y leyó.

*Inspector Figueroa:

*—Te envío en PDF el informe del caso antiguo. Echa un vistazo por si te sirve para atar cabos. La foto robot del posible asesino está incluida también. Avísame si ves cualquier cosa que encaje.

López respondió rápidamente, agradeciendo el envío y asegurando que revisaría el documento en cuanto llegara al cuartel. La pantalla mostraba el icono del adjunto a punto de llegar.

A los siete minutos exactos, la agente López giró la esquina y aparcó junto al edificio encalado del cuartel, antes de que pudiera coger su mochila del asiento trasero, divisó a lo lejos la silueta imponente del teniente Salcedo. Con su habitual porte erguido, Salcedo caminaba con paso decidido hacia un coche oscuro aparcado cerca de la entrada principal.

López se apresuró a cruzar el patio, ajustando el uniforme, y se plantó a un par de metros de su superior.

En cuanto la agente López se acercó, Salcedo, sin perder tiempo, le dirigió la palabra con tono directo:

—López, antes de que me vaya, ¿has podido hablar ya con Laura? ¿Le entregaste la documentación que te pedí?

López asintió, buscando la mirada de su superior mientras respondía con precisión.

—Sí, teniente, pude localizarla en su habitación del hotel. Estaba algo nerviosa, pero le entregué el documento oficial de defunción tal y como me ordenó. Se lo expliqué despacio, asegurándome de que entendía los pasos que debía seguir para el traslado. Le di el certificado en mano y la acompañé un rato, por si necesitaba resolver alguna duda.

Salcedo apoyó la carpeta sobre el techo del coche y profundizó en sus preguntas.

—¿Y cómo la viste? ¿Crees que está preparada para todo lo que viene ahora? ¿Mostró algún problema con la documentación?

López se tomó un segundo, antes de contestar.

—Estaba muy afectada. Muchas preguntas. No puso ninguna objeción a la documentación; revisó los papeles, y me agradeció la ayuda.

Salcedo asintió, satisfecho.

—Bien hecho, López. Es importante el acompañamiento en lo emocional, no solo en lo técnico. Si surge algún contratiempo, me informas. ¿Te queda algo pendiente de ese trámite?

—No, teniente, ahora mismo estará todo en manos de la funeraria. Estaré atenta por si hay novedades.

El teniente le dedicó una mirada de aprobación.

—Perfecto, López. Gracias por la diligencia y por el tacto. Era una parte delicada y lo has gestionado bien. Mantenme al corriente en cuanto tengas noticias.

López sonrió, agradecida por la confianza.

—¿Sale de viaje?

Salcedo giró la cabeza y le dedicó una sonrisa cordial, aunque cansada.

—Sí, me voy a Madrid. Me han convocado a una reunión en la central —suspiró, haciendo un gesto de fastidio—. Ya sabes como son allí arriba, siempre con prisas y a última hora. Salgo en coche ahora mismo, espero llegar a medianoche, así que podré estar fresco para la reunión a primera hora.

López asintió, buscando el contacto visual de su superior.

—¿Necesita algo más, o está todo listo?

Salcedo negó con la cabeza.

—He revisado todo hace un momento y está todo perfecto. De hecho, he dejado instrucciones claras. El agente Méndez se encargará de cualquier novedad urgente durante estos días. Tratar de no sobrecargaros.

—Entendido. ¿Y Blasco?

Una leve sonrisa asomó en el rostro del teniente.

—Le he dado permiso de tres días. Necesitaba estar con su familia. Así que tú y Méndez os quedáis al mando hasta que vuelva, que será pasado mañana por la tarde, si no hay imprevistos.

López asintió de nuevo, también por la confianza depositada en ella.

—Si surge cualquier cosa, le llamamos.

Salcedo cerró la puerta del coche, apoyándose un momento sobre la ventanilla y bajando la voz, más cercano.

—López, confío en ti. No te preocupes si hay algún contratiempo, priorizad el protocolo y mantenedme informado por correo o WhatsApp. Si hace falta que intervenga desde Madrid, lo haré, pero espero que no sea necesario.

—Tranquilo, jefe. Si surge algo nuevo, se lo notifico de inmediato.

Salcedo asintió, satisfecho.

—Perfecto. Entonces, queda todo en vuestras manos. Estos casos dejan huella, y lo estás llevando con mucha profesionalidad. Méndez es buen compañero. Ya lo verás.

—Gracias, jefe. Lo tendré en cuenta.

El teniente le dedicó una última mirada de complicidad.

—Y relajaros. Os lo habéis ganado todos. Nos vemos en dos días.

—Buen viaje, teniente. Le avisaré si hay novedades.

Salcedo arrancó el motor y enfiló la salida del cuartel. Ella se quedó unos segundos mirando el coche alejarse.

López entró al cuartel y, tras dejar la carpeta en su mesa, fue en busca de Méndez, que revisaba unos informes. Al verla llegar, levantó la vista y esbozó una sonrisa.

—Oye, Méndez —dijo sentándose frente a él—, ahora que el caso está en el juzgado y Salcedo se ha ido a Madrid, ¿qué se supone que debemos hacer? ¿Nos quedamos a la espera o hay algo pendiente?

Apoyó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Por el momento, nada. Solo esperar que no ocurra nada en esta zona. ¿Tienes alguna preocupación en concreto?

—No exactamente, pero con Blasco de permiso y la responsabilidad de todo el occidente de Asturias sobre nosotros, me preocupa que surja algún imprevisto.

—¿Crees que pueden aparecer complicaciones con el traslado de Laura Martín? —preguntó Méndez, cruzando los brazos.

—Por ahora parece todo controlado, pero no me fío mucho de ella. ¿Y si la funeraria llama con problemas de última hora? ¿O si la familia de Marcos pide más información?

—En ese caso, actuaremos siguiendo el protocolo.

—¿Crees que deberíamos revisar lo que tenemos con anterioridad, por si acaso?

—No vendría mal echar un vistazo. Además, convendría repasar los casos que tenemos pendientes en la zona. Ya sabes que cualquier incidente en el occidente de Asturias nos lo derivan aquí —respondió Méndez, señalando el mapa de la pared.

—¿Quieres que prepare un informe resumen para cuando vuelva el teniente? ¿O esperamos a ver si nos llegan nuevas órdenes desde Madrid?

—Mejor revisamos y vamos viendo. A Salcedo, le gusta tenerlo todo en orden. ¿Tienes claro el protocolo si surge una emergencia mientras tanto?

—Sí, lo comprobé esta mañana. ¿Y la ronda nocturna? ¿Te toca a ti o me encargo yo?

—Esta noche me toca a mí, pero si prefieres cambiar, avísame. ¿Te preocupa algo en particular del turno?

—No, solo quiero asegurarme de que no se nos escape nada. ¿Te imaginas que salta una alarma en Puerto de Vega o Coaña justo ahora?

—Pues ahí estaremos, como siempre. De momento, tranquilidad. Esperamos a Salcedo y seguimos al pie del cañón en Navia. ¿Te parece?

—Perfecto, gracias, Méndez. Estaré pendiente de todo y si surge cualquier cosa, te aviso al momento.

Y las miradas de complicidad se intercambiaron, sabiendo que, aunque el caso principal estaba cerrado, en su unidad nunca podían bajar la guardia.

Eran las 21:15 horas.

Méndez seguía frente al ordenador, navegando por páginas irrelevantes, leyendo sin leer. La pantalla iluminaba su rostro cansado, pero su mente estaba lejos, atrapada en las dudas que no se habían ido con la firma del informe. No levantó la vista cuando López entró en la sala.

A ella le quedaba poco más de una hora para terminar su turno. Volvía del baño, notando todavía ese pinchazo incómodo en el vientre que la había obligado a retirarse unos minutos. Se dejó caer en el sofá de la sala de reuniones, buscando alivio, dejando que el silencio la envolviera.

Cogió el móvil casi por inercia. WhatsApp.

Grupos de primos. Mensajes triviales. Avisos sin importancia. Amigos y un antiguo novio.

Deslizó el dedo con desgana... hasta que algo la detuvo.

El chat de su antiguo jefe. No se acordaba.

Frunció el ceño. Entre mensajes antiguos apareció un archivo PDF que no recordaba haber abierto. Aquello le produjo una incomodidad inexplicable, como si el cuerpo se adelantara a la razón.

Durante unos segundos dudó. El cuartel estaba tranquilo.

Demasiado.

El silencio seguía reinando.

Pulsó el archivo.

El documento se cargó lentamente. Al principio, datos fríos: fechas, lugares, nombres. Un informe policial más. López avanzaba línea a línea, miraba cada renglón escrito que la sumía más en la extrañeza, impregnándose de una intranquilidad sorda, hasta que algo empezó a resonarle de forma inquietante.

El caso de Cáceres. Una serie de asesinatos sin resolver. Patronos. Detalles demasiado familiares.

Su respiración se aceleró.

Bajó un poco más.

El último párrafo, en negrita, la dejó con curiosidad.

“Sospechoso identificado. Véase anexo.”

Deslizó el dedo con torpeza.

Y entonces lo vio.

El retrato robot ocupó la pantalla del móvil como una bofetada. Ojos fríos. Mandíbula rígida. Una expresión neutra, demasiado controlada. López sintió un escalofrío recorrerle la espalda, desde la nuca hasta la base de la columna.

El aire pareció desaparecerle de los pulmones.

—¡Méndez! —exclamó, con la voz rota.

La silla de Méndez se desplazó bruscamente al levantarse. El sonido de su silla arrastrándose por el suelo pareció retumbar en la sala vacía.

Cruzó la sala en dos zancadas.

—¿Qué pasa? —preguntó, pero al ver el rostro de López supo que no era nada trivial.

Ella le tendió el móvil con manos temblorosas.

—Mira esto. Es el caso de Cáceres. Mi antiguo jefe... me lo envió.

Méndez enfocó la pantalla. Apenas necesitó unos segundos. La sangre se le heló.

—¡Joder!... —exclamó—. Imprímelo. Necesito verlo bien en papel —pidió, como si temiera romper aún más el frágil equilibrio del ambiente.

López no respondió. Ya estaba conectando el móvil al ordenador. El sonido de la impresora rompiendo el silencio resultó casi insoportable.

Cuando la hoja salió, ambos se inclinaron sobre ella.

El retrato robot los miraba.

—Es él... —murmuró Méndez—. No puede ser otra persona.

López sintió un nudo en la garganta. Todo encajaba ahora: los gestos, la calma forzada, la obsesión, la presencia constante sin levantar sospechas.

—¡Joder, qué hijo de...! —susurró, sin atreverse a decir nada más.

Un silencio abrumador se instaló en la sala mientras Méndez leía el informe por segunda vez.

Se detuvo leyendo el detalle que describía los rasgos del presunto asesino, su forma de proceder, los patrones seguidos en cada asesinato.

Todo encajaba a la perfección.

—Llama a Salcedo —dijo ella, sin levantar la vista del papel—. ¡Ya!

Méndez marcó el número con dedos torpes. El tono sonó una, dos veces. Al tercer intento, la voz de Salcedo apareció al otro lado, distorsionada por las manos libres del coche.

—¿Qué pasa ahora? Estoy llegando a Benavente.

—Jefe —dijo Méndez, sin rodeos—. Tenemos un informe de Cáceres. El sospechoso identificado... el retrato robot es idéntico a una de las personas que hemos estado interrogando. Está aquí. En Navia.

Un silencio absoluto.

—¿Estáis seguros? —preguntó Salcedo, ahora sin rastro de cansancio.

—Completamente. López lo ha reconocido al instante. El patrón, el modus operandi... todo coincide.

Al otro lado se oyó el ruido del coche reduciendo velocidad.

—Maldita sea... —susurró Salcedo, su voz, audible incluso a través de manos libres—. Escuchadme bien: no perdáis tiempo. Salid ahora mismo a detenerlo. Le leéis sus derechos, lo lleváis al cuartel y lo dejáis incomunicado. Nada de declaraciones a nadie ni de filtrar información fuera. En cuanto lo tengáis bajo custodia, me avisáis. No hagáis nada más hasta que yo regrese, ¿me habéis entendido?

—Recibido, teniente.

—López, coge la pistola y avisa al coche patrulla de guardia, de que vamos a hacer una intervención urgente. Yo localizo a Blasco por si puede regresar urgente.

—¡Enseguida! —exclamó López, el tono agudo, casi sin aliento. De un salto, corrió hacia su despacho, recogió la pistola reglamentaria y la funda, y en ese momento se permitió una mirada fugaz a Méndez—. ¿Crees que llevará alguna arma?

—No lo sé, pero iremos preparados —contestó él—. No podemos arriesgarnos. Si sospecha algo antes de tiempo, puede desaparecer sin dejar rastro.

—Vamos —dijo Méndez—. Ahora mismo.

López ya estaba preparada, con el pulso firme a pesar del temblor interno.

Al otro lado de la línea, Salcedo seguía hablando, el tono ahora autoritario, casi rudo por la urgencia

—Méndez, quiero que grabéis el procedimiento y lo documentéis todo. No quiero errores ni cabos sueltos. Si hay resistencia, actuad siguiendo el protocolo.

Estoy dando la vuelta ahora mismo. ¿Está claro?

—Clarísimo, jefe. Vamos en marcha

El eco de sus pasos resonó en el pasillo mientras ambos salían del cuartel, la tensión a flor de piel.

—Nunca pensé que acabaría así —murmuró mientras salían—. Tan cerca todo este tiempo.

—La calma siempre es mentira —dijo Méndez—. Solo es el aviso de que algo está a punto de romperse.

El coche patrulla arrancó sin sirenas. La lluvia comenzaba a caer sobre Navia, fina, persistente.

Dentro del vehículo, el silencio era absoluto.

López cerró los ojos un segundo, y la imagen volvió a su mente: los ojos fríos, la sonrisa contenida, el control obsesivo.

Apretaba sus manos sobre el volante, la mirada perdida en el parabrisas empañado por el aliento nervioso de ambos.

—No me lo puedo creer, Méndez... —murmuró ella, la voz a punto de quebrarse—. Lo teníamos delante todo este tiempo y no supe verlo... y yo, tan ciego.

Méndez no apartó la vista de la carretera, pero su mandíbula se tensó

—No te machaques, López. Si es lo que creo, nadie podría haber atado cabos antes. Lo importante es que ahora lo tenemos.

—¿Y si no llegamos a tiempo? ¿Y si se ha olido algo y se ha marchado? —López golpeó el salpicadero con la palma, la rabia y la culpa mezclándose en su pecho—. Ese botón... como una firma. No puedo dejar de verlo. Está ahí, en la maldita camisa, como si se estuviera riendo de nosotros.

Méndez lanzó una mirada fugaz a su compañera, compartiendo el peso del presentimiento

—Llegaremos. Pero no va a ser fácil atraparlo con la guardia baja.

La lluvia comenzó a repiquetear contra el parabrisas.

En la mente de López su imagen regresó, nítida y perturbadora. La sombra de una sonrisa tensa parecía anclada en sus labios, y la piel, pálida, apenas se tensaba sobre los pómulos afilados. Un lunar diminuto bajo la oreja izquierda, casi imperceptible, completaba el retrato. Había algo en su manera de moverse, en como evitaba el contacto visual prolongado, en dudas y mentiras que ahora se le antojaba inquietante.

Todo encajaba demasiado bien.

En dos lugares del país distintos.

Y, por un instante, López no supo si temía a la verdad o a descubrir que siempre había estado a un palmo de ella.

Las calles con gente en las terrazas al cubierto, tomando sus cervezas.

Todo había estado delante de ellos.

Y ahora, por fin, el monstruo dejaba de ser una sombra.

XIV

Mientras la lluvia seguía golpeando el techo del coche y la carretera serpenteaba bajo la noche, Salcedo decidió aprovechar las pocas horas que le quedaban antes de llegar a Navia. Estaba de regreso. Marcó el número de la Comandancia de Cáceres con el pulgar tenso, como si al hacerlo pudiera despertar algo que llevaba demasiado tiempo dormido.

Al otro lado de la línea respondió la voz grave del teniente Figueroa, reconocible incluso entre el crepitar de la interferencia y el rumor lejano del agua contra el parabrisas.

Salcedo esperó a que la comunicación se estabilizara antes de hablar. Escuchó un suspiro largo, cargado de cansancio.

—¿Figueroa? Soy el teniente Salcedo de la UCO, en Navia.

—¡Hola, compañero! —respondió amigablemente.

—¿Puedes explicarme lo que has enviado a la agente López?

—Mira, compañero... —empezó Figueroa—. A este individuo lo seguimos durante meses en Cáceres. Dos víctimas. Dos noches distintas. Y siempre el mismo sello: un golpe seco, limpio, preciso. Nada de forcejeo. Nada de ruido. Y, como si quisiera que no lo olvidáramos... ese maldito botón azul marino. Siempre ahí. Colocado. No perdido. No arrancado al azar.

Salcedo apretó ligeramente el volante.

—¿Nunca dejó nada más? ¿Ningún error? ¿Algo que os permitiera atarlo de forma definitiva?

—Nada —respondió Figueroa, sin titubeos—. Era un fantasma. La familia le construyó coartadas milimétricas. Todos juraban que estaba con ellos. Todos. Lo interrogamos varias veces, revisamos movimientos, horarios, rutinas... Nada. Y cuando notó que

empezábamos a cercarlo, desapareció. Literalmente. Le perdimos la pista justo cuando creímos que iba a cometer un fallo.

Salcedo frunció el ceño. La frustración se le coló en la voz.

—¿Y cómo conectas eso con Navia?

Hubo un silencio breve al otro lado. Figueroa bajó la voz, como si aún hoy desconfiara de las paredes.

—Por López. Ella estuvo conmigo tiempo después. Hace dos noches hablamos... una conversación banal que terminó derivando en patrones, en obsesiones. Me habló del botón, de la camisa azul marino, de la limpieza extrema, de la ausencia de huellas. Demasiadas coincidencias. Cuando me contó lo de Navia, lo supe. Era el mismo. O alguien que había aprendido demasiado bien.

Salcedo sintió un nudo en el estómago.

—¿Crees que sigue en la zona?

—Si es él, no se mueve sin controlarlo todo. Es metódico. Calculador. Nunca actúa impulsivamente. Y te diré una cosa más: si ha reaparecido, no es casual. Nunca lo es.

Salcedo tragó saliva mientras los limpiaparabrisas barrían la oscuridad.

—¿Algún consejo? Algo que no dejáramos pasar esta vez.

Figueroa no dudó.

—No te fíes de su entorno. Nunca lo hicimos. La familia lo encubrió entonces y podría volver a hacerlo ahora. Observa los detalles mínimos: horarios, rutinas nocturnas, la ropa... y el botón. Ese tic no es un descuido, es una necesidad. Es su forma de calmarse. Y, sobre todo, no le deis tiempo. Cuando se siente observado, huye. Cuando se siente seguro, mata.

Salcedo guardó silencio unos segundos.

—¿Y las víctimas? ¿Cómo las elige?

Figueroa respondió con una voz más áspera, curtida por años de análisis y fracaso.

—Mujeres solas. No necesariamente abandonadas, pero sí aisladas. Mujeres fuertes por fuera y vulnerables por dentro. Él detecta eso. Las observa durante días. Aprende sus gestos, sus silencios, sus horarios. Para él no son víctimas: son pertenencias en potencia. Cree protegerlas. Cree ser imprescindible.

Figuerola hizo una pausa, como si aquella parte aún le pesara.

—El problema empieza cuando aparece otro hombre. No importa quién sea ni qué represente. Basta una mirada, una conversación inocente, una risa compartida. Para él, eso es traición. Pero nunca castiga a la mujer. Castiga al intruso. Siempre. El asesinato es su forma de restablecer el orden. Y deja la firma porque necesita reafirmarse: “yo estuve aquí”. Es control. Es posesión. Es calma.

Salcedo escuchaba con el pulso acelerado. Cada palabra encajaba con precisión inquietante.

Figuerola siguió hablando, arrastrado por una obsesión que nunca había cerrado del todo. Aquellos casos lo habían perseguido durante años, incluso en los días tranquilos. Cada detalle, cada omisión, seguía latiendo como una deuda profesional.

Mientras escuchaba, Salcedo entendió por fin el segundo asesinato. No había sido un error ni una derivación.

«Un testigo» —recapacitaba—. «Alguien que vio algo que no debía».

El asesino no dejaba cabos sueltos.

En ese momento, el rompecabezas terminó de cerrarse.

—He dado orden de detención —dijo Salcedo al fin—. López va de camino con otro agente.

—No perdáis tiempo —respondió Figuerola—. Y no os confiéis. Si es él, nunca lo hace.

Salcedo agradeció la información con una sinceridad que pocas veces se permitía. Sabía que aquella llamada podía marcar la diferencia entre cerrar por fin el caso... o repetir el error de Cáceres.

—Gracias, Figuerola. Es lo que necesitábamos. Si te necesito, volveré a llamarte, compañero.

—Aquí estaré. Ojalá esta vez no se escape.

Colgó.

La autopista parecía interminable, sus faros apenas arañaban la negrura, y cada gota que chocaba con el cristal le devolvía el eco de la conversación con Figuerola.

Dos horas aún hasta Navia.

Pensó en aquel hombre discreto, correcto, siempre educado. En lo fácil que había sido no verlo. En lo peligroso que resulta confundir

normalidad con inocencia.

El volante vibró entre sus manos, y Salcedo aflojó la presión, consciente de que el asfalto mojado no perdonaría una distracción. La noche cerrada le obligaba a reducir la velocidad, pero el nerviosismo lo empujaba a apresurarse.

A medida que avanzaba, el resplandor de las luces intermitentes de los coches le recordaba que la vida seguía, ajena al drama que latía bajo el silencio de Navia.

Apretó el volante con más fuerza.

Esta vez no iba a mirar hacia otro lado.

Laura había pasado las últimas horas encerrada en su habitación, rodeada de papeles y formularios que ya apenas distinguía unos de otros. Eran las 21:20 horas. La documentación para el traslado de Marcos a Valencia la había absorbido por completo, pero no le había dado alivio. Cada documento revisado le devolvía la certeza de que todo avanzaba... menos ella.

Sabía que, al día siguiente, temprano, recibiría noticias de la funeraria. Lo sabía porque se lo habían repetido varias veces. Y, aun así, la espera le pesaba como si aquel trámite pudiera torcerse en cualquier momento.

Miró el reloj de la mesilla. Tarde. Demasiado tarde para tener hambre, pero el estómago empezó a protestar con una insistencia sorda. El día había sido demoledor.

Necesitaba salir, cambiar de aire, romper el encierro, aunque solo fuera unos minutos.

Cogió la chaqueta y abrió la puerta. El pasillo la recibió con la luz mortecina de los apliques y ese olor indefinido a moqueta vieja y limpieza reciente. El ascensor marcaba planta baja. Ocupado. Siempre ocupado.

Suspiró.

Tres pisos no eran nada. Empezó a bajar por las escaleras, escuchando el eco de sus propios pasos, demasiado nítido, como si el edificio entero la estuviera escuchando marcharse.

Al llegar a la recepción, sintió el ambiente cargado, y el agobio le trepó por la espalda como una sombra.

Lo sintió antes de verlo.

Juan estaba detrás del mostrador.

No hacía nada en concreto. Solo miraba la pantalla del ordenador. No hablaba por teléfono. Simplemente, estaba allí, sentado, observándola con una atención que le erizó la piel. Laura intentó cruzar el vestíbulo sin detenerse, con la vista fija en la puerta, pero él se adelantó lo justo para obligarla a reconocer su presencia.

—Hola —dijo ella, forzando una firmeza que no sentía.

Juan sonrió. No una sonrisa amable. Una de esas que se sostienen un segundo más de lo necesario. Se apoyó en el mostrador, bajando la voz.

—¿Dónde vas tan guapa y sola? —preguntó—. Si quieres, en media hora termino el turno. Podría acompañarte. No es buena noche para andar sola.

Laura apretó la mandíbula. No respondió. Aceleró el paso. El agobio era tan fuerte que apenas podía respirar. Sintió que los ojos de Juan la seguían mientras alcanzaba la puerta, deseando desaparecer de aquel lugar. No dijo nada más; solo se centró en llegar a la calle y dejar atrás el ambiente opresivo del hotel.

Sintió su mirada clavada en la espalda hasta que empujó la puerta de salida.

El aire húmedo de la noche le golpeó el rostro como un alivio brusco.

Respiró hondo, intentando desprenderse de esa sensación pegajosa, de ese algo indefinible que le decía que no estaba exagerando, que no era paranoia.

Cruzó el jardín del hotel. La lluvia había amainado, dejando el suelo brillante bajo los faroles. Cada sombra parecía alargarse más de lo normal. Cada sonido, amplificarse.

La avenida de los Emigrantes se extendía ante ella, silenciosa. Caminó deprisa, con el corazón marcando el ritmo. El olor a tierra mojada y el aire fresco le llenaron los pulmones. Un coche pasó a lo lejos. Nada más.

El bullicio del bar Martínez la sacó de golpe de ese estado. La terraza seguía llena, mesas metálicas brillando bajo la luz, risas altas, conversaciones que no escondían nada. Allí estaban Carmen y

Teresa, sentadas en una esquina, hablando de cualquier cosa que no importaba.

Laura las observó un instante.

No vio preocupación. No vio miedo. Solo ligereza. Esa forma de vivir de espaldas a todo lo que pesa. Por un segundo sintió rabia. Luego, cansancio. No tenía fuerzas para fingir normalidad.

No las saludó. Se desvió hacia la entrada del bar.

Dentro, el ambiente era otro mundo: calor, voces, platos golpeando la barra, olor a tortilla recién hecha. Se acercó, pidió una ración de croquetas y una copa de vino tinto. Cuando la tuvo entre las manos, sintió algo parecido a control. Luego, un café.

Observó a la gente. Las risas. Los brindis. Los cuerpos relajados. Ese mundo ya no era el suyo. Y, sin embargo, estar allí le permitió respirar.

Allí, en medio del jaleo, se reafirmó en su soledad, pero también en la certeza de que esa distancia era necesaria.

A veces —valoraba— la independencia es la única luz verdadera cuando todo lo demás es sombra.

Pensó en Enrique.

Lo imaginó en su casa. Lo vio de pie, encogido, defendiéndose sin convicción. Supo, con una claridad amarga, que él tampoco tenía salida.

Mientras mordía una croqueta y bebía un sorbo de vino, sintió algo distinto. No alivio. Pero sí una decisión silenciosa.

Iba a marcharse.

Navia no sería su refugio. Pero tampoco su cárcel.

Pagó, salió del bar y volvió a la calle. El aire era más frío. El hotel la esperaba al final de la avenida, oscuro, inmóvil.

Y no sabía —no podía saber— que, mientras ella avanzaba, el tiempo se estaba cerrando también para otro.

El salón estaba sumido en una penumbra dorada, iluminado únicamente por la lámpara de pie junto al sofá. La luz, cálida y algo mortecina, estiraba las sombras por el papel pintado y hacía que las formas bailaran torcidas, como si la casa entera compartiese el

cansancio de quienes la habitaban. Era el escenario habitual de las discusiones; allí cada palabra pesaba, cada silencio tenía filo.

Enrique se detuvo unos segundos frente a la mesilla, pasando los dedos por encima de un llavero gastado.

—Me voy a tomar algo con los amigos, mamá —dijo finalmente, intentando que la frase sonara trivial, inocente, como si no supiera que cada palabra iba a ser interrogada.

La respuesta no se hizo esperar. Desde la cocina, antes siquiera de ver su rostro, llegó la voz de su madre, cortante, cargada de impaciencia y cansancio.

—¿Otra vez con esas chicas, Enrique? —su figura apareció en el umbral, aún con el delantal sujeto a la cintura y las manos húmedas de haber fregado platos—. ¿No tienes otra cosa que hacer? De verdad, hijo, ¿no te cansas? Siempre igual, siempre las mismas historias.

Enrique se revolvió, sin soltar las llaves.

—Mamá, solo voy al bar. Un rato. No estoy haciendo nada malo.

Ella soltó una risa breve, irónica, y secó las manos en un paño con furia contenida.

—¡Claro! Nada malo. Tú nunca haces nada malo, ¿verdad? Porque el mundo gira en torno a ti y todo lo malo es, por supuesto, culpa de los demás. O mía, que para eso soy tu madre y la que siempre da la cara.

Él se sentó despacio en una de las sillas, apoyando los codos en las rodillas.

—No empieces otra vez, mamá.

—No, no. El que empieza eres tú —le interrumpió enseguida, alzando la voz—. Porque cada vez que cruzas esa puerta, tengo el corazón en un puño. ¿Tú sabes lo que es estar esperando cada noche a que suene el teléfono? ¿Tienes idea de lo que se siente al pensar que algo va a ir mal en cualquier momento?

—No va a pasar nada, mamá.

—Eso mismo decías en Cáceres. Y mira como terminó la cosa —la palabra resonó como un golpe seco, llenando el salón de un silencio incómodo.

—Fue distinto —murmuró Enrique, apenas audible.

—¿Distinto? —ella acortó la distancia, apretando el paño entre las manos—. ¿Por qué, Enrique? ¿Por qué esta vez no te pillaron? ¿O porque todavía no ha salido todo a la luz? ¿Qué tengo que pensar yo?

—No hice nada en Cáceres —replicó, alzando la voz.

—Eso dices siempre. “No hice nada”. Y luego soy yo la que tiene que ir a dar explicaciones, hablar con la familia, dar la cara delante de todos. ¿Sabes lo que es mentirle a la gente por proteger a un hijo? ¿Sabes lo que es mirarlos a los ojos y fingir seguridad cuando por dentro todo se tambalea?

Enrique tragó saliva.

—Confiabas en mí.

—Confiaba porque no tenía más remedio, Enrique. Porque eres mi hijo. Porque, aunque a veces me dejes sin fuerzas, sigo esperando que algún día las cosas cambien.

Enrique apretó las llaves en el puño.

—No me mires así.

—¿Así cómo? ¿Cómo una madre que no sabe si su hijo le cuenta la verdad?

—No sé qué esperas de mí, mamá.

—No espero nada, hijo. Eso es lo triste. Que solo temo. Y ahora, esa tal Laura... —el nombre salió como una exhalación—. ¿Por qué te juntas con una forastera? ¿Qué sabes tú de ella, de dónde viene, por qué está aquí? No me parece normal, no me gusta nada de esto.

Él intentó mantener la calma, pero la voz le salió temblorosa.

—No tiene nada que ver conmigo, mamá.

—No directamente, claro... pero siempre te acabas metiendo en medio. Te crees que puedes salvar a todo el mundo, Enrique, y al final acabamos pagando todos. Yo, la primera.

—No soy un crío, mamá.

—No, ya no. Y eso es lo que más me asusta. Porque sigues comportándote igual que cuando lo eras. ¿O crees que no me doy cuenta?

Enrique se levantó bruscamente, acercándose a la ventana. Corrió un poco la cortina, buscando aire fresco.

—Estoy harto de que me compares con los demás.

—¿Con Carlos? Sí, te comparo. ¿Sabes por qué? Porque él tiene un trabajo, una vida tranquila, una novia que me parece decente, y no anda siempre trayéndome sustos. Porque podría dormir tranquila si mi hijo fuera como él.

—No quiero ser como Carlos. No es mi vida.

—Claro. Mucho más divertido estar siempre al borde del precipicio, ¿verdad?

—No vivo al límite, mamá. Solo quiero espacio.

Ella se acercó y bajó la voz, pero no el reproche. —Desde que tu amigo vino a trabajar aquí, te veo distinto. Más nervioso. Y cada vez que os juntáis, se lía alguna. Lo de Cáceres no fue solo culpa tuya. Lo sabes y lo sé.

—No metas a él en esto —saltó Enrique, la mandíbula tensa.

—¿Por qué, te molesta? ¿O es que sabes que tengo razón?

—Él tiene trabajo. Hace su vida.

—Sí, tiene trabajo, ¿y qué? Todo demasiado junto, demasiado casual. Y a mí no me gustan las casualidades. No me gusta donde trabaja, ni esa gente, ni que entres y salgas como si nada.

Enrique inspiró hondo, controlando el temblor en las manos.

—No puedes controlarlo todo, mamá.

—No, pero puedo intentar protegerte. Es mi deber. Siempre ha sido así.

—Protegiéndome, me asfixias.

Ella se quedó unos segundos quieta, como si el eco de la frase le doliera físicamente.

—¿Yo te asfixio? —murmuró, con los ojos llenos de reproche y pena.

—Sí.

El silencio, esta vez, fue largo y denso.

—¿Sabes lo fácil que sería para mí? Lavarme las manos. Decir “ya es adulto, que se apañe”. Pero no puedo. No sé hacerlo.

—No necesito que me soluciones nada, mamá.

—Siempre lo pienso, Enrique. Siempre. Pero no me sale.

Se miraron, y la distancia entre ambos parecía un muro infranqueable.

La madre respiró hondo. —Dime la verdad, Enrique. ¿Tienes algo que ver con lo que ha ocurrido? ¿Hay algo que deba saber?

Él apartó la vista, y el silencio se hizo aún más pesado.

—No, mamá. Te lo juro.

Su madre entrecerró los ojos.

—¿Seguro?

Ella sostuvo la mirada unos segundos eternos.

—Porque si me mientes, Enrique... Si esta vez me engañas, no podré ayudarte. No podré más.

La frase quedó flotando, sin amenaza, casi como una súplica.

Enrique bajó la cabeza. El silencio se adueñó del momento.

El reloj de la pared marcó las nueve y media, con un tic-tac sordo que llenó el silencio.

—Solo voy al bar —repitió Enrique, casi en un suspiro.

—A verla, ¿verdad?

—No.

—Sí. No me engañas.

—Mamá, por favor...

Ella se apoyó contra el respaldo de la silla, la voz temblorosa.

—Me paso el día con el corazón encogido, Enrique. Y tú sales por la puerta como si el mundo no pesara nada. Como si nunca hubiera pasado nada. Como si no hubieras estado tres días en el cuartel.

Él apartó la mirada, tragando saliva.

—Eso ya terminó.

—¿Terminó? ¿O está esperando el momento de volver?

La pregunta le heló la sangre. Enrique se acercó a la puerta, como si necesitara poner distancia.

—Vuelvo pronto —musitó, casi como una promesa.

Su madre se irguió, recuperando el tono firme de siempre.

—Mientras vivas bajo mi techo, tengo derecho a preguntar y a saber lo que haces con tu vida.

Él ya tenía la mano en el pomo.

—Y yo tengo derecho a decidir como respiro.

Se oyó el clic de la puerta al cerrarse.

La lámpara siguió proyectando sombras largas por el salón.

Por primera vez, no tenía claro si temía lo que su hijo podía hacer... o si el miedo era porque quizá, ya lo había hecho.

Y mientras ella seguía hablando, él repasaba mentalmente, una vez más, la lista interminable de reglas y advertencias, el corsé invisible que marcaba cada uno de sus días.

Dudaba si quedarse en casa o salir a tomar algo.

Y allí, siguió, en la puerta pensando.

Laura salió del bar Martínez con el sabor amargo del café aún pegado al paladar. No tenía sueño. Decía a sí misma que era solo el insomnio, pero sabía que era otra cosa: ese vacío que se instala cuando todo parece resuelto y, sin embargo, nada lo está. Caminó despacio, sin prisa, con el paso arrastrado de quien no sabe adónde va, pero tampoco de quien quiere volver atrás.

En la terraza seguían Carmen y Teresa. Las vio, claro. O eligió verlas, mejor dicho, porque reconocerlas era confirmar lo inevitable: ya no era una de ellas. Carmen se inclinó hacia Teresa y susurró algo. Ambas rieron, pero fue una risa breve, contenida, casi clandestina—esa clase de risa que excluye. Laura la reconoció al instante; pertenecía a otro tiempo, a otro grupo, a otra vida.

En realidad, nunca fueron sus amigas. Lo supo en ese instante, con la lucidez que solo traen las noches sin máscaras: aquellas mujeres habían compartido cafés, secretos a medias, y hasta alguna confidencia importante, pero jamás le ofrecieron el refugio verdadero de la amistad. Laura había sido testigo de sus vidas, había desvelado pedazos propios con la esperanza de pertenecer, pero ellas nunca se implicaron de verdad, nunca la incluyeron en el nosotros sin condiciones. Era un desprecio silencioso, casi más hiriente que una afrenta abierta, como si ignorar su presencia fuera la manera más definitiva de marcar distancia.

Teresa levantó la vista un segundo, fingió sorpresa al cruzarse con la mirada de Laura—demasiado rápido, demasiado calculado. Ni siquiera un gesto con la mano. Solo esa media sonrisa tibia que, sin palabras, dictaba sentencia: “No sabemos qué hacer contigo”.

Laura sostuvo la mirada dos segundos más de lo necesario.

—«¿Y si me acerco?» —pensó, pero no lo hizo. Porque el miedo al rechazo puede más que la soledad. Así que se dio la vuelta, fingiendo aplomo, y echó a andar.

La avenida de los Emigrantes parecía ahora más larga, más ancha, más vacía. La lluvia había cesado, pero el asfalto seguía devolviendo reflejos borrosos, como si guardara memoria del agua. Como si Navia guardara memoria de todo. Cruzó la calle sin mirar atrás, preguntándose si alguna vez volvería a sentirse parte de algo.

El parque Ramón de Campoamor estaba casi desierto. Se sentó en uno de los bancos de piedra, apoyó los codos sobre las rodillas y sacó un cigarrillo. Le sorprendió que las manos no le temblaran. Encendió el cigarro y aspiró despacio; el humo le arañó la garganta, pero, por un breve momento, le dio una calma engañosa. Observó la fachada del hotel a lo lejos, iluminada de forma espectral.

«Mañana me voy» —repasó. No había drama en la frase, ni siquiera resignación. No sonaba a despedida, sonaba a huida.

El silencio se espesaba, solo roto por el murmullo lejano del bar y el eco ocasional de algún vehículo cruzando el pueblo.

Entonces lo vio: un coche oscuro dobló la esquina.

No llevaba distintivos, tampoco luces, pero Laura reconocía ese tipo de vehículo. Lo había visto días antes, demasiado cerca, demasiado de frente. Sintió un nudo en el estómago.

El coche redujo la velocidad al pasar delante del parque. No se detuvo. Siguió su camino, pero tras él apareció un segundo vehículo. Dos.

No iban deprisa, ni parecían patrullas de rutina. Avanzaban con una valentía que no necesitaba sirena.

Laura se quedó petrificada. «No es casualidad», pensó, y el cigarrillo se consumió entre sus dedos sin que ella lo notara.

Dudó solo tres segundos, los suficientes para decidir qué hacer. Luego se levantó.

No corrió, no dramatizó.

Caminó tras los coches, con esa urgencia muda que nace cuando el cuerpo sabe lo que la mente aún no quiere aceptar.

En la casa de la calle paralela al puerto, Enrique seguía junto a la ventana del salón. La discusión con su madre aún flotaba en el aire, espesa como el humo de una vela recién apagada.

—Si cruzas esa puerta, no vuelvas más —había dicho ella, con ese tono de cansancio y miedo que él nunca supo descifrar.

Él no respondió entonces. Ni ahora. Miraba la calle sin verla realmente. Salir significaba enfrentarse a los murmullos; quedarse, seguir siendo el hijo vigilado.

Un ruido de motores le hizo asomarse más. Dos coches pasaron lentamente frente a su casa. A esa hora, el tráfico era escaso. Sintió un escalofrío irrazonable.

—¿Quién anda ahí? —preguntó su madre desde la cocina.

Enrique no contestó. Porque no sabía qué decir. Porque sentía, de pronto, que la noche ya no era suya.

En el Hotel Palacio Arias, el vestíbulo estaba casi vacío. Juan revisaba el libro de entradas apoyado en el mostrador. La pantalla del ordenador iluminaba sus facciones, arrancando sombras tensas de su rostro. Quedaban veinte minutos para terminar el turno. Todo estaba en orden. Siempre estaba en orden, se repetía, como un mantra contra el miedo.

Escuchó motores acercarse, y levantó la vista hacia la puerta de cristal. Vio luces reflejadas en el mármol; «tal vez eran los clientes que habían avisado de su llegada tardía» —repasó. Sus dedos se detuvieron un instante sobre el teclado, atento al movimiento en el exterior. Cerró la pantalla del ordenador, ordenó los papeles con tranquilidad y se preparó para recibirlos, aunque algo en el ambiente seguía siendo diferente, como si la noche escondiera aún alguna sorpresa.

No sé si escribo para recordar o para no hacerlo.

El tren avanza hacia Valencia y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo prisa por llegar.

Navia se va quedando atrás despacio. El verde, el mar, esa forma suya de estar quieta, como si el mundo no tuviera urgencia allí. Durante unos días creí que podía quedarme. Que bastaba con aprender el ritmo del pueblo, con repetir gestos sencillos, con dejar de hacer preguntas. Es un lugar hermoso. No solo por lo visible. Hay algo en la manera en que todo parecía sostenerse en silencio. Como si nadie necesitara explicarse demasiado. Pensé que quizá yo tampoco.

Ayer volvía del parque Ramón de Campoamor cuando ya había oscurecido. Caminé hasta el hotel sin prisa, pensando en la mañana siguiente, en la maleta a medio cerrar, en este mismo viaje que ahora recorro. No presentí nada. O tal vez no quise hacerlo.

Al llegar, vi dos coches. Dos. Aparcados frente a la entrada. Demasiado rectos. Sumamente ajenos a ese lugar.

Dentro, el vestíbulo estaba en silencio.

Durante unos segundos pensé que venían por mí.

Sentí el cuerpo tensarse, como si hubiera algo que yo también debía explicar.

No dijeron mi nombre.

Entraron sin levantar la voz.

Recuerdo las botas, el sonido seco de los pasos, una mano que se alzó sin resistencia.

Recuerdo haber pensado que aquello no podía estar ocurriendo allí. Que Navia no era ese lugar. No podía serlo.

Juan no protestó. No preguntó nada.

Le dijeron que quedaba detenido por homicidio.

Fue esposado y no dijo nada. Fue en ese momento cuando todo encajó de golpe. Marcos.

Las ausencias. Las mentiras pequeñas. El silencio. No sentí alivio. Tampoco rabia. Solo tristeza honda, como si hubiera llegado tarde a algo que ya estaba decidido. Me quedé quieta mientras se lo llevaban. Nadie se movió.

El hotel volvió a cerrarse sobre sí mismo, como si nada hubiera pasado.

Hoy me marché con el cuerpo cansado y la cabeza extrañamente en calma. Navia no fue el lugar que imaginé, pero tampoco fue un error. Fue un lugar donde pude detenerme. Donde aprendí a escuchar. Donde, por un momento, creí que era posible empezar de nuevo.

Antes de irme, quise despedirme de Enrique. Me acerqué y le agradecí la oportunidad de haberle conocido y de haber compartido esos días juntos. También le dije, con sinceridad, que en algún momento llegué a pensar que podía estar implicado en lo que ocurrió con Marcos, pero que me alegra haber estado equivocada.

Nos despedimos de forma sencilla, sin muchas palabras.

Su madre, en un momento de sinceridad, me pidió disculpas por haber pensado que yo era una mala influencia para su hijo. Me confesó que tenía una parte frágil, que en ocasiones se dejaba llevar por amistades poco recomendables y que, en Cáceres, ya lo había pasado realmente mal por culpa de su amigo Juan. O eso me dijo. Reconoció que el temor a que volviera a equivocarse la había hecho juzgarme antes de conocerme, y comprendí entonces que su desconfianza nacía del miedo y no de la maldad.

Mientras el tren avanza, miro por la ventanilla y dejo que el paisaje se aleje. No sé cuándo volveré.

Este lugar se queda conmigo, no como persona, sino como parte del camino.

Queda atrás, pero el agradecimiento y el perdón se quedan dentro, como semillas que tal vez florezcan en otro tiempo, en otra ciudad, en otra vida.

Y sentí tranquilidad, Valencia me esperaba.

